



*Sandra Palacios «Bree»*

UNA FLOR  
EN EL OESTE



*Sandra Palacios «Bree»*

**UNA FLOR  
EN EL OESTE**

zafiro<sup>♥</sup>

# Índice

Portada
Una flor en el Oeste
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Epílogo

Créditos

## Una flor en el Oeste

Cheyenne (estado de Wyoming)

Edward Hamilton atravesó las puertas batientes de la cantina con una sonrisa pintada en su rubicundo rostro. Disfrutaba mucho con las chicas de Lucy, el mejor prostíbulo de la zona, donde pasaba momentos fabulosos. Se hubiera quedado más rato de no tener que ir al día siguiente al rancho de Máximo Delaware a despedirse. El golpe de suerte que había andado buscando durante todo ese tiempo le había llegado en forma de oro y lo había convertido en un hombre rico, y ahora pensaba aprovecharse de su buena fortuna.

Era tarde y ni un alma vagaba por las oscuras calles de la ciudad de Cheyenne, envueltas en una ligera bruma. Edward caminaba de un lado a otro de la vía, ebrio después de haberse divertido todo lo que había querido. A pesar de tener la mente nublada por el alcohol, se detuvo de repente al advertir que dos sombras salían de un estrecho callejón, y comenzó a temblar cuando el terror se apoderó de su cuerpo. Faltaban dos manzanas para llegar al hotel; en su estado y con esos dos tipos delante, comprendió que aquél era el final del camino. De hecho, vio brillar la hoja del cuchillo antes de que le desgarrara la carne.

Llantos y gritos rompieron el silencio de la noche. Poco a poco se encendieron las luces de algunas viviendas y varias cortinas se descorrieron. Un perro ladró en la lejanía y el eco se perdió en las estrechas callejuelas de la ciudad, dejando un vacío inmenso.

Una mujer joven lloraba mientras su compañero intentaba impedir que ella siguiera contemplando la escena. Habían salido del restaurante del hotel y se encaminaban hacia las cocheras en busca de su vehículo cuando se tropezaron con el terrible incidente.

La ciudad de Cheyenne estaba acostumbrada a que sucesos como ése acontecieran todos los días. Si no había tiroteos, gritos, duelos, alcohol o vapuleos, no se estaba en el estado de Wyoming.

Eran numerosas las personas que pasaban por la zona siguiendo la ruta de Oregón. Era el itinerario utilizado por los pioneros en su camino para establecerse en el noroeste del país. Viajaban a lo largo de la ruta en caravanas, carretas, carros, a caballo y a pie, para establecer nuevas granjas, vida y empresas en el Territorio de Oregón.

Los comerciantes de pieles habían sido los primeros en abrirse camino; luego llegaron los misioneros y, después, las expediciones militares, acosadas por los indígenas durante los primeros años. Ahora las gentes que transitaban por la ruta estaban impelidas por la fiebre del oro, por la búsqueda de la riqueza. Familias enteras recorrían cerca de tres mil kilómetros con la esperanza puesta en un sueño dorado.

Aquella noche era una más de tantas, todas similares..., peligrosas. En el suelo de un estrecho callejón, bajo una luna plateada, yacía un cuerpo ensangrentado, una pobre víctima de algún bandido, o quizá de un ajuste de cuentas.

El indeseable se hallaba boca abajo, con la crisma metida en un charco de barro y sangre, las piernas estiradas grotescamente y los pies descalzos. Las ropas habían quedado desgarradas y sucias después de que el hombre hubiera sido apaleado.

Podía haberse tratado de uno más de los muchos que perdían la vida en la ciudad; sin embargo, en esa ocasión había testigos que habían visto lo ocurrido. No se habría dado tanta importancia al asunto de no haber sido porque se señalaba a los salvajes nativos de esas zonas como los asesinos del pobre infeliz.

La mujer, entre sollozos, describió a un indio de cabellos oscuros que había alcanzado a ver justo cuando habían doblado la calle. Su acompañante

corroboró las palabras de la joven con un estremecimiento.

Desde que las tribus indias se encontraban en reservas parecía que el peligro había disminuido, pero en realidad no era así porque ahora la mayoría de los pistoleros se habían convertido en cazarrecompensas, y los que no, se cobijaban bajo el ala de los señores rancheros, sus protectores.

Los nativos americanos eran gente acogedora, pacífica y bienhumorada, aunque en ocasiones resultaban algo toscos en las formas: eran personas que habían vivido en un entorno natural hasta que el hombre blanco había hecho su aparición.

La población de Cheyenne ya estaba acostumbrada a ver a miembros de las tribus caminando por las calles de la ciudad, e incluso bebiendo en algunas tabernas, pero sólo en algunas, ya que los indios no eran tan ingenuos como para dejarse engañar por los blancos y tampoco eran bien recibidos en todos los sitios.

Pero ahora el hombre que yacía muerto había sido asesinado por nativos, por pieles rojas. Habían roto la tregua; a partir de ese momento, sobre la ciudad, e incluso sobre el estado, se cernía una grave amenaza si las autoridades no actuaban deprisa.

Pese a todo, el barullo pasó en seguida, y las luces se fueron apagando una a una. El cadáver fue cargado en una carreta sucia y cubierta de serrín, y llevado al depósito, donde lo prepararían para enterrarlo.

Horas más tarde, Bradford Stone, el sheriff de la ciudad, paseaba ante el oficial de guardia, observándolo con furia. Tenían un problema bastante gordo y siempre era a él a quien le tocaba dar la cara. Llevaba algunos años en el cargo, pero estaba deseando recibir el traslado a una localidad más tranquila y pacífica en algún lugar del este; en realidad, no le importaba dónde. Ya estaba cansado de tantos nervios y preocupaciones, sobre todo cuando la causa era gente de paso que ni siquiera llegaba a instalarse en la ciudad.

Se volvió al percibir el sonido de la puerta al abrirse y no pudo evitar sentir ese extraño cosquilleo que lo invadía cada vez que veía a Alce Gris.

Alce Gris era un hombre extremadamente peligroso. Su piel bronceada y su espeso cabello negro lo delataban, sin duda alguna, como sioux. No

obstante, aquellos singulares ojos dorados similares a los de un león, el alto y firme mentón, el rostro fuerte y, sobre todo, su altura —sobrepasaba una cabeza a Bradford— indicaban que el hombre había heredado otra clase de genes muy diferentes. Ése era el problema de Bradford, que nunca sabía si verlo como a un lakota a punto de saltar directamente a su yugular o como al hombre inteligente y culto que dejaba entrever.

Desde luego, no era solamente el ayudante y traductor sioux que el sheriff había contratado, sino que además se trataba del hijo de un guerrero que había pertenecido al consejo tribal; un hombre que ahora tenía el poder de decidir si la paz se había quebrantado de forma irremediable o si, por el contrario, seguían las negociaciones. Y eso era lo que más temía el sheriff Bradford.

Llegar a una serie de acuerdos entre ambas partes había llevado muchos años, y cuando por fin todo había comenzado a asentarse —las tribus habían accedido a vivir en las reservas preservando sus costumbres, y el hombre blanco las ignoraba—, la discordia golpeaba de nuevo. Lo cierto era que el corazón del sheriff ya no estaba para muchos trotes y, aunque todavía le faltaba tiempo para jubilarse, tenía la esperanza de seguir con vida cuando le llegara la hora del descanso.

Antes de que Bradford lo contratara, el mestizo había estado un temporada en busca y captura. En realidad, se desconocía a cuántos hombres había matado por ajuste de cuentas según las leyes de su pueblo. Con antelación a instalarse definitivamente en la tribu de su padre, se había alistado en un barco británico para completar su aprendizaje como guerrero. Mucho antes de eso, se había pasado la niñez viajando al este, donde tenía familia. El sheriff era uno de los pocos blancos con quienes se relacionaba, ya que el lakota era un hombre más bien callado.

Como consecuencia de este nuevo incidente, Alce Gris, ahora uno de los representantes de las diferentes comunidades sioux, ordenaría celebrar un *pow wow*, que era un encuentro social, festivo y ceremonial entre tribus de distintos lugares. Esto permitiría la reunión del consejo, formado por familias sioux asentadas no sólo en el estado de Wyoming —a los nativos de la zona se los conocía como lakotas—, sino también en otros territorios. Sin duda, las



contundentes acusaciones que próximamente la ciudad de Cheyenne lanzaría si no lograban acallar pronto lo ocurrido afectarían a todas las tribus.

A Bradford le permitían asistir a esas reuniones y, aunque debería estar acostumbrado, él reconocía ante sí mismo que pasaba miedo durante esos encuentros. No se sentía nada cómodo rodeado de indígenas medio desnudos y armados hasta los dientes.

Alce Gris era sobrino del jefe más importante de la región, Halcón Liviano, y nieto de Alce Negro, uno de los últimos sabios de su pueblo que había legado sus vivencias a los herederos. Bradford no acababa de comprender por qué no era el hijo de Halcón Liviano el que se hacía cargo de esas labores en lugar de consentir que un mestizo que se había criado entre sioux decidiera el destino de su pueblo. Sin embargo, debía admitir que era una apuesta juiciosa, porque ese hombre tenía la capacidad de pensar como un lakota y a la vez podía responder como un blanco. Ambas sangres corrían por sus venas y, desde que su padre había muerto hacía dos años, se había hecho cargo de muchas vidas en la reserva. Alce Gris podía ser un salvaje si se lo proponía, pero también era el hombre más cuerdo e inteligente con el que Bradford se había topado. En todo momento, sabía qué era lo que quería y cómo debía actuar. La sangre fría que transmitía era sobrecogedora, y su porte resultaba enigmático y peligroso.

—¿Y bien? —le preguntó Bradford.

El sheriff colocó los pulgares sobre el cinturón en un intento de no parecer nervioso. No se acercó al mestizo para no tener que levantar la cabeza; aun así se irguió sobre sus talones.

—¿Tenemos algo a lo que podamos agarrarnos?

El otro negó con la cabeza.

—He hablado con los testigos —le informó—. Vieron a un nativo, pero estaba oscuro y no pudieron reconocerlo. Los Newton venían de cenar cuando se toparon con un hombre que huía. Para vosotros todos los indios somos iguales.

Alce Gris vestía una extraña indumentaria. Había adoptado los pantalones largos, pero seguía llevando una túnica castaña, abierta por delante, con flecos colgando por debajo de las caderas. Las botas, altas y ajustadas a sus

pantorrillas como una segunda piel, lo que le permitía moverse con agilidad, estaban adornadas con multitud de cuentas de colores subidos. La última vez que había viajado al este se había cortado el cabello, pero ya comenzaba a sobrepasarle de nuevo la nuca.

Bradford asintió a la vez que se encogía de hombros. En el fondo, el lakota tenía razón. El hombre blanco veía a los indios como si fueran clones unos de otros: misma ropa, misma tez bronceada, cara huesuda de pómulos altos, ojos oscuros y pelo largo, lacio y negro. Últimamente habían empezado a adquirir otros hábitos, sobre todo los mestizos, pero en general ésa era la descripción de los sioux. Por su parte, Alce Gris no tenía los rasgos tan marcados; de no ser por el modo como vestía quizá no habría parecido un lakota.

—Enviaremos un telegrama a la familia. Alce Gris, procura dejarlo solucionado para cuando lleguen —le avisó Bradford en tono amistoso; nunca había tenido ningún altercado con el mestizo—. Si se puede solventar de forma que no llame la atención, mejor. Los Newton no conocían a la víctima, por lo que creo que pronto se olvidarán del incidente. ¿Te suena el nombre de Edward Hamilton?

—Un forastero que llegó hace unos meses, pero no sé nada de él. Oí decir que estaba interesado en algunas tierras, pero poco más. ¿Sus pertenencias están todas?

Bradford asintió después de que el oficial de guardia se lo confirmase con un movimiento de cabeza.

—De momento, las dejaremos en el hotel. Tenemos la oficina saturada y ya he dado el aviso. Debemos ponernos de acuerdo en las respuestas. Si el general Smith se interesa por el caso, se puede poner muy pesado.

Los dorados ojos del lakota brillaron con fuerza. Averiguar qué nativos habían asesinado a ese hombre podría llevar algunos días, y más cuando había tanta gente que deseaba linchar a las tribus y buscaba cualquier motivo, por pequeño que fuera. Él debía demostrar que los lakotas no habían roto el pacto, y para eso tenía que hacer unos pocos movimientos. No se podía descartar a los nómadas que viajaban en solitario ni a los grupos pequeños que asaltaban las diligencias y se atrevían incluso a robar en el mismo centro

de la ciudad.

El mestizo miró al oficial de guardia uniformado, que mantenía la posición de firmes, y después posó los ojos sobre el sheriff Bradford Stone. Era muy poco tiempo el que le estaba ofreciendo, de todas formas.

—Está bien; no hablaré todavía con mi pueblo —dijo con un leve acento extranjero.

Salió sin despedirse, con prisa, y de pronto pareció que nunca hubiera estado en la oficina. Bradford se acercó hasta la puerta; todo se hallaba envuelto en el silencio de la noche.

# Capítulo 1

—¡No me van a detener! —gritó la joven con furia.

Estaba metiendo sus pertenencias en la maleta precipitadamente, sin ni siquiera importarle que todo quedara descolocado y que hubiera que plancharlo después. Su único objetivo era salir de aquella casa que cada día le amargaba más la existencia.

—Espere a que por lo menos regrese su padre...

Jessica Dorothea Sconner de Lampert miró a su doncella con los ojos muy abiertos. Sabía más que de sobra que si esperaba a que su padre regresara éste no le daría permiso para partir; por eso, debía hacerlo cuanto antes.

—El hermano de mi mejor amiga ha muerto y ella necesita que yo esté a su lado. Se ha quedado sola. ¿Sabes qué es eso, Pilar?

La joven hablaba sin dejar de moverse por la habitación, recogiendo la ropa que había sacado del armario y que se encontraba desparramada sobre la cama. Cuando vio que la doncella asentía, pareció calmarse y suavizó la voz. Pilar era buena persona y no se merecía que la tratara así.

—Mi padre no permitiría que me marchara, y ahora que me ha prometido a ese hombre mucho menos.

Jessica intentó recordar el nombre de su futuro marido y se dio cuenta de que ni siquiera lo sabía con certeza. Tal vez era Hounder, pero no estaba muy segura. Se detuvo para mirar a Pilar, que tenía una expresión de horror en el rostro.

—Lara me necesita. Sería muy duro para ella adentrarse en el Salvaje

Oeste sola. ¿Crees que quiero ir? —La joven negó, agitando sus alborotados cabellos cobrizos. Hablaba con sinceridad y pavor—. Jamás pisaría esa tierra si no fuera de suma importancia que acompañe a Lara. Va a ser un trago bastante amargo reunirse con su hermano fallecido. ¡No puedo dejarla sola! —exclamó, y sintió un escalofrío sólo de pensar en el viaje que emprendería en menos de dos horas.

—¿Y qué dirá su prometido cuando se entere de que su novia se ha ido de viaje a ese lugar tan feo? —insistió Pilar, tratando de convencerla.

—¡No le conozco de nada! Si quiere esperarme que lo haga, pero ¡ojalá entienda que no voy abandonar a mi amiga! —contestó Jessica. No le importaba demasiado lo que ese hombre pudiera pensar de ella; desde luego, sería su padre quien tendría que enfrentarse a él—. ¡Por mí que haga lo que quiera! Pilar, no se te ocurra decirles adónde he ido. Haz como si no lo supieras.

—¿Cómo voy a hacer eso, señorita Jessy? Ellos sabrán que la he ayudado con el equipaje —respondió la doncella, asustada.

—Pero no tienen por qué saber adónde voy. Pilar, confío en ti.

Jessica intentó cerrar la maleta, pero la ropa sobresalía por varios sitios y ni con la doncella encima fue capaz de conseguirlo. Retiró lo que sobraba y lo arrojó sobre la cama.

—¿Se va a dejar aquí esos guantes de cabritilla? —preguntó Pilar alarmada; conocía a Jessica demasiado bien y sabía que se arrepentiría de no habérselos llevado.

La muchacha los volvió a coger con prisa y corrió hasta la habitación de su hermano mayor. Allí sacó una maleta del rincón del ropero y regresó a su dormitorio a toda velocidad. Su hermano se había marchado hacía muchos años y, según sus últimas palabras, no pensaba regresar nunca porque ése no era un hogar para él. Desde hacía tiempo para ella tampoco lo era.

Últimamente, Miles Sconner, su padre, se perdía en las noches neoyorquinas y regresaba a casa a las tantas de la madrugada completamente ebrio. Ariadna, su segunda esposa, luchaba por que la servidumbre no se fuera de la lengua y dejara al señor en mala posición, y Jessica había optado por ignorar lo que ocurría en casa saliendo a divertirse cuando tenía la

oportunidad, o de compras, o incluso de paseo. Cualquier cosa que la mantuviera alejada de Sconner's House y de su madrastra significaba un rato de tranquilidad.

—Tienes razón. No sé qué es lo que voy a necesitar y no puedo dejar estas cosas aquí. Sin duda, la arpía se las apañaría para encontrarles algún uso.

Recordó entonces que no hacía mucho que Ariadna había destrozado su mejor vestido de fiesta para hacer trapos. Cuando Jessica se lo contó a su padre, éste se encogió de hombros y alegó que no quería meterse en problemas de mujeres.

—Me lo llevaré todo. Apresúrate. Guarda esos sombreros. —Jessica corrió hacia el tocador y recogió varios frascos de perfume y un par de bolsitos que colgaban del respaldo de una silla—. Te voy a echar mucho de menos, Pilar —dijo con rapidez, sin mirarla a los ojos.

Quizá fuera a ella a la única que echara de menos. Sus amigas estaban casadas y, poco a poco, habían abandonado Nueva York para instalarse en otros lugares. Sería una suerte si en alguna ocasión volvían a estar otra vez todas juntas. Estaba por ver cuántas asistirían en las próximas Navidades a la ya famosa fiesta del notable hotel Five Stars, un baile al que acudían cada año desde que habían salido de la escuela de señoritas de doña Petunia Doors. El año anterior, Laura Evans las había informado de su compromiso. Como era una de las jóvenes menos agraciadas de Nueva York, tanto Jessica como el resto de las que aún no tenían pretendientes parecieron animarse. Si Laura había encontrado a su hombre, ellas no serían menos. En cosa de seis meses ya se habían oído rumores sobre otras dos amigas, y de hecho, su padre la había prometido a ella misma al señor Hounder.

—¿Está segura de lo que hace, señorita Jessy? Mire que ese lugar...

—¡Es horrible! —gimió Jessica de repente, interrumpiéndola; tenía el rostro pálido—. Cuando vi a esos dos pistoleros disparando como locos... — Se calló, tratando de borrar la escena de su imaginación.

Una tarde, al salir de la sombrerería, justo delante de ella, dos hombres se habían liado a tiros, poniendo en peligro a todo el que pasaba. Aunque las autoridades habían intervenido rápidamente, había habido algún herido.

—Lo voy a hacer —dijo con decisión—. Reza mucho por mí; tú eres una cristiana fiel, Dios a ti te hará caso, Pilar. Y sobre todo, pide por que no me cruce con alguno de esos indios salvajes y desaseados.

La doncella ahogó una exclamación con la mano. Jessica volvió a sentir otro escalofrío. ¿Estaría preparada para ir a un sitio así? De todas formas, aunque no lo estuviera, cuanto más tarde conociera a su prometido mejor. No deseaba casarse todavía. Su padre no parecía querer darse por enterado y se había negado a posponer la petición de mano para después del verano; quería que se casaran antes de que acabara el año y que, por tanto, anunciaran el compromiso en breve.

Si el señor Hounder rompía la relación por no poder entender que ella debía acompañar a su mejor amiga para consolarla y apoyarla en un momento así, a Miles Sconner le estaría bien merecido lo que le pasara. La dura tragedia de su amiga le había dado la excusa perfecta para alejarse una temporada y poder pensar. Estaba segura de que después de regresar del estado de Wyoming, una vez hubiese visto la clase de hombres que había por allí, estaría encantada de casarse con el prometido elegido para ella. Al menos, sabía que era un hombre joven y que no había cumplido los treinta años. Eso le daba cierta tranquilidad, como también que el hombre hubiese sido elegido por su padre y no por aquella bruja que la odiaba a muerte. Esperaba que Miles hubiera estado sobrio durante la negociación con su futuro yerno.

Abrazó a la doncella antes de dejarle una maleta y, cogiendo ella la otra, descendió por las escaleras golpeando repetidas veces la pared empapelada de amarillo. Más de un cuadro se movió ligeramente, pero para disgusto de Jessica ninguno se cayó.

La mansión había sido redecorada cuando Miles contrajo segundas nupcias con Ariadna. Jessica sentía que ahora nada de lo que había en la casa le pertenecía. No podía decir que la decoración no fuera exquisita y elegante. Sconner's House presumía de ser una de las casas mejor amuebladas y embellecidas de Nueva York, pero no quedaba nada de su madre, a excepción de un pequeño retrato que aún colgaba de la pared en el cuarto de Jessica. Era el único objeto que le recordaba todos los días que Ariadna le había usurpado

el puesto.

Le gustaría poder ver el rostro de su padre por un agujerito cuando descubriera que ella se había marchado. Se lo imaginaba con la cara roja de furia y escupiendo cada vez que hablara. ¡Qué asco! Pobre de quien le diera la noticia. Lo malo sería que se entregara de una vez por todas a la bebida y no volviera a levantar cabeza. Como estaba demostrando últimamente, poco le faltaba para convertirse en alcohólico.

El coche esperaba en la misma puerta de la mansión. El conductor la miró ceñudo mientras colocaba el equipaje.

—¿Será un viaje muy largo, señorita Sconner? Nadie me ha avisado...

—Tú sólo has de llevarme a casa de la señorita Hamilton.

Sin esperar ayuda, se metió en el carruaje cubierto y cerró la portezuela. Estaba deseando salir cuanto antes; si su padre la descubría no tendría nada que hacer. En cambio, la arpía no diría nada: con la partida de Jessica, ella se haría dueña de todo. ¡Pues que lo disfrutara! ¡Ya estaba harta de sus continuos desplantes!

Su mirada azul recorrió los jardines y la casa por última vez. Iba a ausentarse una larga temporada.

El coche traqueteó por el camino de gravilla hasta llegar al asfalto que accedía al centro de la ciudad. Los altos edificios comenzaban a vislumbrarse a medida que se iban acercando. No tardaron mucho en llegar a su destino; cuando el cochero detuvo los caballos, varios lacayos corrían ya a por los bultos de ella.

Se encontraban en la Quinta Avenida. Aunque en ese momento la calle estaba repleta de gente, Jessica no reconoció a nadie. Fue un alivio pensar que sus planes se desarrollaban a la perfección y que tendría el tiempo suficiente para salir de la ciudad antes de ser descubierta.

Se cambió de coche y apoyó la cabeza contra el respaldo de satén burdeos mientras esperaba a Lara. Era la primera vez que ambas salían de Nueva York y no podía ignorar la chispa de emoción que encendía su corazón.

Edward Hamilton ya podía haberse ido a morir a Filadelfia, o a Boston, o incluso a cualquier otro continente; no hubiera importado mucho el lugar. Pero a Wyoming... Ella había oído bastantes historias relacionadas con los



nativos, siempre salpicadas de violaciones y muertes. Claro estaba que antes era mucho peor, porque ahora el general Smith había logrado que esas personas maleducadas y salvajes vivieran en reservas. Aún había muchas tribus que se negaban a abandonar sus tierras, pero eso era cuestión de tiempo. También había oído relatos sobre bandidos y cuatreros, y le causaban el mismo repelús que toparse con una rata de alcantarilla. No podía soportar a la gente sin modales, y los pistoleros, rudos y toscos, todo lo que sabían lo aprendían de la calle.

Lara, a diferencia de ella, era muy rubia. Su cabello parecía de plata, y sus mejillas de porcelana. Aún tenía los ojos hinchados cuando entró en el carruaje y abrazó a Jessica. Vestía de negro y un corto velo de gasa cubría su triste mirada.

—¿Te han informado de algo más? —preguntó Jessica, ciñendo la cara de su amiga con sus manos enguantadas y mirándola fijamente—. Verás cómo el camino te ayudará a serenarte.

Lara soltó un suspiro tembloroso.

—Tan sólo me han dicho que ha muerto y que debo recoger... sus cosas. Se han ofrecido a enviarlo todo por correo, pero yo quiero saber qué es lo que ha ocurrido realmente con Edward.

—¿Y tu abuelo qué ha dicho?

—Que si deseaba ir que fuera, pero que él no quería saber nada. —Agitó la cabeza—. Dice que estaba seguro de que un día pasaría esto. Se ha empeñado en afirmar que Edward era una persona sin un ápice de inteligencia.

—¡Pues vaya ánimos! ¡Menudas familias que tenemos! —le dijo Jessica, soltándole el rostro y limpiándole los restos de lágrimas con el dedo—. Cuando mi hermano se fue, mi padre renegó de él. Lo trató poco menos que como a un vulgar ratero. —Los ojos de Lara se clavaron en ella con interés—. No supe qué es lo que había hecho, porque era pequeña y nadie quiso decirme nada.

—¿Y no se lo has preguntado nunca a tu padre?

—Una vez, pero no quiso responderme. Me dijo que él no tenía un hijo. Y luego fue cuando empezó a pensar que yo necesitaba una madre para

amortiguar la ausencia de mi hermano. —Jessica sonrió con nostalgia—. ¿Por qué se fue Edward, Lara?

—El abuelo y él nunca se habían llevado bien, así que en cuanto alcanzó la mayoría de edad nos dijo que se iba a buscar su futuro. No habíamos vuelto a tener noticias de él hasta esta mañana. ¿Tu padre sabe dónde vamos? —preguntó Lara con interés, frunciendo ligeramente el ceño.

El coche ya se había puesto en marcha, perdiéndose en el denso tráfico de la ciudad.

—No había nadie en casa. Ariadna estaba tomando el té con la señora Constanca y mi padre tenía una reunión —respondió Jessica, lacónica.

Lara y ella se conocían desde siempre, por lo que no les hacía falta hablar mucho para que una supiera lo que pensaba la otra. Sus padres habían sido socios en varios negocios, hasta que Hamilton había muerto en un accidente y el abuelo de Lara había decidido desentenderse de todo para vivir de las rentas. Ambas habían ido a la misma escuela y siempre habían sido inseparables. Juntas habían visto cómo el resto de sus amigas se marchaban o se casaban; aunque aún quedaban varias solteras, dos de ellas tenían tendencias religiosas.

—Debo dar la razón a tu abuelo. Muy listo no debería ser tu hermano para ir a morir a una tierra tan salvaje. Y que conste que no me estoy quejando.

El viaje se les estaba haciendo eterno. La mayor parte del tiempo lo pasaban en silencio, enfrascadas en distintas revistas de moda que habían cogido para no aburrirse. En otros momentos se sumergían en entretenidas conversaciones que aceleraban el paso de las horas.

Los primeros días observaron el paisaje y las vastas praderas con cierta admiración, pero a medida que se internaban más en el Oeste el panorama se fue tornando monótono y aburrido.

El vehículo se detuvo de forma tan suave que ninguna de las dos lo notó. Sólo cuando Darius, el mayordomo de Lara, abrió la puerta, las jóvenes se sobresaltaron.

Jessica levantó su mirada azul de las bellas ilustraciones del periódico que

había comprado el día anterior en la ciudad donde se habían detenido a descansar y refrescar los caballos. Durante las tardes solían refugiarse en las poblaciones más cercanas a la ruta y continuaban la marcha cuando salía el sol.

—Pasaremos aquí la noche y dejaremos que los animales descansen —las informó el sirviente con tono cansado, sin llegar a meter la cabeza en el interior del coche.

Un sol abrasador bañaba el paisaje y convertía en oro todo lo que tocaba. Si en el exterior la temperatura primaveral alcanzaba los veintiséis grados, en el interior del vehículo cerrado se disparaba tanto que uno tenía la sensación de estar dentro de un horno.

Ambas jóvenes descendieron con velocidad y se sacudieron las anchas faldas. Jessica se pasó el pañuelo por la cara y el escote. Sentía el vestido pegado al cuerpo y todos los huesos doloridos, como si le hubiesen dado una paliza.

—¡Estoy asquerosa! —exclamó, gimiendo—. Necesito un baño sin falta. —Vio el gesto condescendiente de Lara y añadió, observándola—: Ya sé que me bañé anoche. Lo siento; es una sensación muy extraña. Estoy pegajosa. — Se acercó un brazo a la nariz—. Huelo mal.

Lara se inclinó sobre ella y negó con una sonrisa.

—No es cierto; hueles bien. Te has puesto una burrada de perfume y me tienes saturados los sentidos.

—¿Sí? ¿Tú crees que es para tanto?

Levantó la cabeza para contemplar el lugar y sintió que el alma se le caía lentamente a los pies. Esa vez ni siquiera habían llegado a un pueblo o una ciudad; se encontraban ante una posada bastante grande, con su propio establo, y nada más. Todo lo que la rodeaba era una extensa pradera de tierra dorada, sin árboles, sin agua, completamente árida. Jessica miró, incrédula, el edificio; dudaba de que hubiera más visitantes aparte de ellos. ¿A quién se le había ocurrido poner un negocio en medio de la nada? Un cartel alargado colocado sobre el porche se agitó por unos segundos gracias a alguna pequeña brizna de aire.

—¿Quién puede vivir aquí? —preguntó Jessica, estudiando el entorno—.

¿Qué clase de personas se detendrían en un lugar como éste?

Lara caminó hasta una bomba de agua y Jessica la siguió, siempre vigilante, escudriñando en todas las direcciones, preocupada por que en cualquier momento pudiera aparecer uno de esos salvajes que se hubiera escondido detrás del edificio. Se moriría si pasara eso.

El canto de las cigarras rompía el silencio del lugar.

Darius era un tipo alto, de constitución fuerte y hábil en el manejo de las armas. También estaba el cochero, que transmitía bastante tranquilidad, y los acompañaba un joven criado con más miedo que vergüenza. Aun así, esa pequeña comitiva seguía siendo un blanco fácil para los bandidos.

Jessica vio cómo Lara intentaba sacar agua de la bomba para mojar el pañuelo. La manivela subía y bajaba, pero no salía agua del caño de metal.

—Déjame probar —le dijo Jessica, inclinándose sobre el artefacto para bombear con todas sus fuerzas.

Era más bien alta, por lo que la bomba, seguramente construida por un hombre, le quedaba perfectamente a la altura de los brazos. El agua comenzó a brotar a intervalos, y Lara aprovechó para lavarse un poco.

—Es muy fácil; tan sólo hay que sacar primero el aire. Mi abuela tenía una así en la granja y a mí me encantaba hacer que el agua brotara —explicó Jessica, que seguidamente lanzó un pequeño grito al ver que se estaba mojando el vestido—. ¡Me estoy salpicando la falda! —se quejó, y queriendo apartarse de la bomba, saltó sobre el profundo y embarrado charco que se había formado en el suelo—. ¡Ahora sin Pilar no sé cómo voy a limpiar esto!

Lara se echó a reír.

—Pues para no ser la primera vez que haces esto ya podías haberte dado cuenta.

—¡No me acordaba! Era apenas una cría, y tampoco me molestaba mucho ensuciarme de barro. De no haber estado doña Petunia todo el día tras de mí, hubiese seguido comportándome como un gorrino.

—La señorita Doors siempre fue muy estricta en cuanto a la limpieza personal. A mí me ponía nerviosa cuando me husmeaba —confesó Lara.

Jessica asintió con una mueca.

—Y con Olivia Rock siempre fruncía los morros. Me daba pena Olivia; la

tenía mortificada —dijo Jessica, mientras miraba las salpicaduras que ensuciaban su ropa y sentía cómo la humedad traspasaba sus ligeras zapatillas de satén.

Debía recordarse a sí misma que todo lo hacía por su amiga, aunque en parte, si no se arrepentía de ese viaje, era por la regañina que le caería con toda seguridad cuando regresara a casa. Por otro lado, debía reconocer que el agua que había humedecido sus prendas le refrescaba el cuerpo y lo liberaba del calor que había acumulado en el trayecto.

Cuando entraron en la posada, las cegó por un momento pasar tan radicalmente de la luz del exterior a la oscuridad que reinaba dentro, aunque pronto sus ojos se adaptaron, y Jessica suspiró, aliviada, al darse cuenta de que no había nadie más, excepto el tabernero, que descansaba tras el mostrador con los codos apoyados en la barra; el local estaba completamente vacío. Las sillas habían sido acomodadas sobre las mesas y el piso, fregado no hacía mucho, lucía limpio y todavía húmedo.

Darius había elegido un rincón para ellas y ambas tomaron asiento mientras observaban el establecimiento.

—Ahora les servirán la cena y luego les mostrarán las habitaciones. Señoritas, si desean algo más, nosotros estaremos sentados aquí cerca.

Jessica vio a Lara asentir y en seguida se volvió hacia ella.

—¿Por qué nos hemos detenido tan pronto? —preguntó Jessica, susurrando.

Temía que si hablaba en voz alta su pequeña comitiva pudiera oírla. Aunque no era nada malo lo que estaba diciendo, no tenía ganas de que el servicial Darius fuera a acercarse otra vez. Darius era un hombre muy guapo y atractivo, y por algún motivo no había dejado de observarla durante todo el trayecto; a veces resultaba un poco agobiante encontrarse con su mirada cada dos por tres. Era como si el hombre esperase que lo llamara continuamente.

—Me han dicho que si hubiésemos seguido habría caído la noche antes de llegar a cualquier población. Es mejor viajar con la luz del día, aunque haga tanto calor. Lo estás pasando mal, ¿verdad, Jessy?

—¡No, qué va! —se apresuró a responder la amiga, agitando la cabeza, intranquila. Era una mentira bastante gorda—. Ya sabes que soy muy quejica

y que me molesto por todo, pero la verdad es que tiendo a exagerar. Siento la necesidad de llamar la atención de todos y hacerme la víctima. Eso no es algo nuevo en mí, y para ti, a estas alturas, tampoco.

Lara se echó a reír, a pesar de la tremenda tristeza que sentía desde que se había enterado de que su hermano había muerto en Wyoming. De la noche a la mañana se había quedado sola, pues con su abuelo no podía contar.

Jessica la compadecía de corazón. Le había aconsejado que, para apaciguar la angustia, se imaginara que su hermano seguía vivo en cualquier rincón del mundo; al fin y al cabo, hacía mucho tiempo que Edward no estaba en casa. Pero Lara, por el contrario, deseaba ver con sus propios ojos las pruebas de lo que había sucedido.

## Capítulo 2

Craven Logan estaba sentado con los ojos fijos en el lago, perdido en sus pensamientos. Tenía la espalda apoyada en un grueso tronco y su mano descansaba sobre la rodilla doblada en actitud relajada. Las aguas se mecían con suavidad formando pequeñas olas que llegaban hasta la orilla y regaban los delgados juncos. Tras el lago, la montaña se alzaba agreste y salvaje contra el inmenso cielo. En la cima aún quedaba nieve del invierno.

Craven acudía muchas veces a aquel lugar con la intención de sentirse más cerca de Kyara, su esposa, pero en realidad no lo conseguía. Kyara ya no caminaba entre los vivos, y eso difícilmente podía salir de su cabeza de un día para otro. Era incapaz de aceptar la culpa que roía su alma.

Aquello tenía que haberlo superado hacía tiempo, por lo menos eso era lo que decían los ancianos; sin embargo, Craven continuaba encerrado en su recuerdo. Peor aún, desde la muerte de Kyara él se había convertido en un hombre frío, cortante, serio.

Kyara se había ahogado en ese lago. Craven podía recordarlo como si estuviera sucediendo en ese mismo momento, y otra vez volvió a sentirse culpable. Si Kyara y él no se hubieran conocido, ella seguiría estando viva en algún lugar del país.

—¡Padre!, ¡padre! —le llamó su hijo, corriendo hacia él.

El niño llegó jadeando. Su cabello oscuro y lacio flotaba al viento junto a una pequeña pluma de águila.

—¿Qué ocurre, Amaru? —le preguntó Craven, levantándose del sitio con agilidad para coger al pequeño en brazos.

—Te busca el sheriff. Bueno, él no, pero ha enviado a alguien para hablar contigo. Dice que es importante.

Craven asintió. Con seguridad la visita estaría relacionada con el asesinato de Edward Hamilton en la ciudad de Cheyenne, el caso que llevaba ahora.

—Bien, veamos qué quiere —contestó Craven, y echó a andar hacia el poblado.

—¿Puedo acompañarte a la ciudad? Por favor, padre. Ya soy mayor. Mira. —El pequeño le mostró los músculos del brazo—. Mira qué fuerte.

—¡Oh, vaya!, sí que eres fuerte. —Craven le sonrió y se lo colocó en la espalda—. Hoy no te puedo llevar, Amaru. Otro día, ¿vale?

—¡Vaya! ¡Siempre otro día! —gruñó, rodeando el cuello de su padre con sus pequeñas manitas—. Ya tengo siete inviernos y sigues tratándome como a un chiquillo.

—¿Y quién dice eso? —preguntó, soltando una sonora carcajada.

—Amina y Nube Blanca.

—No les hagas caso, Amaru. No tienen razón. ¿Cuántos niños de tu edad pueden presumir de ser tan buenos cazadores como tú?

—Flecha Veloz —respondió su hijo con pesar.

Flecha Veloz tenía ya diez años, tres más que Amaru, y se le permitía cabalgar en su propio caballo y salir a cazar con los guerreros. Amaru no veía el momento de convertirse en hombre. Quería seguir los pasos de su padre y conseguir el mismo respeto que él.

—Dentro de poco comienza la feria de ganado, e iremos a echar un vistazo. Además, creo que ha llegado el circo a la ciudad. ¿Qué te parece?

Alce Gris o Craven Logan, como se lo conocía en el campamento, llegó hasta el oficial que esperaba, nervioso, junto a su montura. Todos los hombres blancos se mostraban recelosos al verse rodeados de nativos, y aquel hombre no era una excepción. Craven soltó al pequeño Amaru, que salió corriendo hacia el grupo de amiguitos que lo aguardaban.

—¿Qué sucede? —le preguntó Craven al hombre, saludándolo con un frío movimiento de cabeza.

—Buenos días, Alce Gris. El sheriff Bradford tiene nuevas pistas sobre el



asesinato de Edward Hamilton. El hombre trabajaba para los Delaware, y el sheriff sospecha que algunos de los trabajadores podrían haber actuado por su cuenta después de que Hamilton tuviera un altercado en el rancho. Alguien registró la habitación del hotel donde el hombre se hospedaba. Parece que andan buscando algo.

—¿Cuándo sucedió eso?

—Hace un par de días.

—¿Qué buscaban?

—No lo sabemos —respondió el oficial, y se encogió de hombros—. Parece que Hamilton poseía algo que los secuaces de Delaware querían.

—¿Y lo han conseguido? —insistió Craven.

—Pues como no sabemos qué pueden estar buscando, no tenemos ni idea. —El oficial se sonrojó—. El dueño del hotel oyó ruidos y se dirigió a la habitación, y eso hizo que quien estuviera allí en ese momento la abandonara apresuradamente.

—¿Y le vieron?

El hombre asintió, tragando con dificultad. Los ojos dorados del mestizo lo miraban con fijeza.

—Era un nativo. Nadie llegó a verle el rostro, pero un par de viandantes que pasaban por allí juran que era un hombre de Delaware.

Craven asintió, pensativo.

—Bien. Entonces, tendré que ir al rancho a ver si me entero de algo.

Delaware era un notable de la zona que a veces actuaba según su propia ley. Conociéndolo como lo conocía, Craven dudaba que el hombre colaborara con facilidad.

—Hay algo más, Alce Gris. La señorita Hamilton está en camino, y Bradford quiere que esté usted allí cuando llegue. Le mantendremos informado.

—Alguien tiene que dar la cara, ¿no? —dijo Craven, riendo con cinismo.

En cuanto podía, Bradford evitaba sentirse el centro de atención, y a Craven se le pagaba, entre otras cosas, para eso.

—¿Dónde se alojará?

—En la misma habitación donde estaba su hermano. Hemos trasladado

las pertenencias de Hamilton a la oficina, para que la pobre, al menos, se lleve algo de él. Si piensa que la hemos hecho venir para nada puede liar las cosas y posiblemente esto se llene de soldados.

—Sí, mejor así.

Cuando los soldados cruzaban la ciudad, el número de delitos y peleas aumentaba, y tal como estaban las negociaciones entre los sioux y los colonos era preferible que ningún oficial asomara la cabeza por allí.

—Además, querrá saber quién lo asesinó —comentó Craven pensativo—. Me pasaré uno de estos días por la ciudad —dijo con su eterno rostro inexpresivo.

—¡Dios mío, por fin! —exclamó Jessica, dejando una bolsa de mano en el suelo de la habitación.

Estaba cansada de tanto viajar. El coche era incómodo, daba botecitos continuamente, el calor resultaba insoportable y tener a Darius siempre con ellas suponía un completo aburrimiento. ¡Necesitaba comodidad! ¡Quería descanso!

Miró la habitación con agrado. De todo lo que habían conocido hasta aquel momento eso era de lo mejorcito con lo que se habían topado. ¡Habían pasado tres semanas y media desde que habían salido de Nueva York!

En cierta medida, ella era bastante culpable de la tardanza. Cada vez que llegaban a una posada se ponía a dormir y luego no había ser humano capaz de despertarla. Ciertamente, su cuerpo no estaba preparado para ese trote. Era quejica como nadie y quizá demasiado impulsiva. No estaba acostumbrada a trabajar ni a hacer muchos esfuerzos físicos; si había que hacerlos, ella lo intentaba, pero pronto acababa desistiendo.

—¿De verdad no te importa quedarte con la habitación de mi hermano? —preguntó Lara desde el hueco de la puerta, barriendo el lugar con la mirada—. No deseo estar en el mismo sitio en que estuvo él antes de morir.

—No te preocupes, Lara. Además, Edward no murió en la habitación. Este sitio no está mal.

—Gracias, Jessy. No sabes cuánto significa para mí que me hayas acompañado.

—Sólo espero que no tengamos que quedarnos mucho tiempo por aquí, aunque, si te digo la verdad, estoy tan cansada que no me importaría dormir durante dos meses seguidos.

—¡Qué exagerada! —se rió Lara—. Voy a refrescarme y después nos acercaremos a la oficina del sheriff. No te metas todavía en la cama, haz un último esfuerzo.

—Podríamos ir mañana. Estaríamos más descansadas —propuso Jessica.

Edward ya estaba muerto, por lo que justo en ese momento ya no corría tanta prisa saber lo que le había sucedido y a ella le dolía el trasero a causa del asiento del vehículo.

—Prefiero ir ahora. El sheriff ya sabe que estamos aquí. Cuanto más pronto nos diga todo lo que quiero saber, antes podremos regresar.

—Cuando hablas de regresar antes, ¿te refieres a pasados unos días, verdad? ¡Necesito descansar y tirarme en una cama! ¿Tendrán aquí servicio de habitaciones? —preguntó, frunciendo el ceño—. En el Five Stars de Nueva York había, ¿lo recuerdas? Las veces que nos hemos alojado allí siempre lo he utilizado.

—Estas tierras no se pueden comparar con nada que hayamos conocido. No te hagas muchas ilusiones.

Lara se encogió de hombros y, con una sonrisa, se despidió, dejando a Jessica todavía murmurando sobre lo que le apetecería hacer de verdad.

Con un largo suspiro, Jessica cerró la puerta del dormitorio y miró la ancha cama con ansia. El lugar estaba limpio y los muebles se hallaban en buen estado. No era una habitación tan amplia como a las que estaba acostumbrada, pero ya se había resignado a las estrecheces de los cuartos de las posadas donde se habían alojado.

Se observó atentamente en un descolorido espejo de cuerpo entero que había junto a la única ventana de la habitación. No estaba mal. Se guardó un bucle cobrizo bajo el diminuto sombrero y se limpió un pequeño tiznón de la barbilla. La imagen le devolvió un rostro de tez más bronceada de lo normal, por lo que sus ojos azules resaltaban como pequeños brillantes aperlados; una nariz ligeramente respingona, un mentón delicado, unas elegantes cejas que enmarcaban las rizadas pestañas oscuras. Varios mechones con tonos de oro

viejo caían sobre su frente en un revuelto flequillo.

Jessica era muy bonita, de aspecto frágil, primoroso; no obstante, la determinación de sus ojos claros daba muestras de lo terca e irritante que podía llegar a ser cuando las cosas no salían como ella esperaba.

Se asomó a la ventana al oír un repentino barullo y observó el exterior con interés. La ciudad se veía primitiva, ruda. Las calles de Cheyenne eran polvorientos caminos de tierra rojiza, y sus escasas aceras estaban construidas a base de tablones de madera. La gente caminaba junto a los caballos y las carretas, interrumpiendo continuamente la marcha. Sus ojos siguieron a los pistoleros, que se movían haciendo ruido con las espuelas, y a los nativos, que deambulaban tranquilamente vestidos con pieles y plumas en la cabeza. Si no los hubiera ido viendo a lo largo del viaje, posiblemente habría tenido un infarto al llegar a Cheyenne; de todos modos, su vello seguía erizándose cada vez que los tenía demasiado cerca.

Entonces descubrió a un hombre frente a la entrada de una tienda discutiendo con un pequeño mocoso que había intentado robarle. Supo que era el dueño porque llevaba una enorme tela atada a su cintura a modo de delantal.

Se alegró de que al menos esa disputa no fuera a acabar en tiroteo. Porque no harían daño a un crío, ¿verdad? No quiso seguir mirando por si acaso.

## Capítulo 3

Jessica estaba sentada junto a Lara frente al escritorio del sheriff Bradford Stone. Acababan de llegar y un oficial había ido a avisar a su jefe, que estaba haciendo algo al fondo del local.

La joven siguió con la vista al oficial, que hablaba en susurros con un hombre de aspecto robusto, en cuyo chaleco de piel oscura lucía una brillante estrella. Apartó la mirada cuando los dos hombres se acercaron.

—Señoritas —saludó el que debía de ser el sheriff con un gesto amable—. Lamento lo ocurrido y haber tenido que llamar por algo así. ¿La señorita Hamilton?

—Soy yo —contestó Lara con voz firme—. Ella es mi amiga, la señorita Sconner. He preferido que me acompañase alguien de confianza —explicó.

—Por supuesto, es lo normal. Imagino que habrán tenido un largo viaje. Han venido desde Nueva York, ¿verdad? —Ambas asintieron—. Bonita ciudad.

—¿La conoce? —preguntó Jessica—. ¿Ha estado alguna vez allí?

Lo miró a través de sus largas pestañas, dispuesta a iniciar una agradable conversación con alguien que no fueran sus compañeros de viaje. El sheriff tenía pinta de ser un hombre amable, ya entrado en años.

—Aún no he podido visitarla, pero tengo familia y pienso ir en breve. — Se inclinó hacia ellas con una chispa de diversión en los ojos—. En cuanto me concedan el traslado.

—Será un placer encontrarlo en Nueva York. Desde luego no tiene nada que ver con estas ciudades.

El sheriff sonrió.

—¿Es la primera vez que viajan al Oeste?

—La primera y la última —respondió Jessica.

El hombre se echó a reír, seguramente por la graciosa mueca de aversión que reflejó el rostro de la muchacha.

—¿Cuándo tiene pensado ir a Nueva York?

—Aún no está decidido.

—Espero que sea pronto —respondió Lara con un suspiro que denotaba cansancio—. Si no le importa, señor... —dijo, y sacó el telegrama que él le había enviado para leer su nombre— Bradford...

—Stone. Bradford Stone —confirmó el sheriff, tomando por fin asiento frente a ellas.

—Sí. Verá, es que estamos muy cansadas y querríamos acelerar los trámites. Me gustaría saber qué es lo que ha pasado con Edward, cómo sucedieron los hechos y por qué.

—De acuerdo —asintió Bradford, que abrió un cajón y sacó varios papeles que leyó en silencio bajo la atenta mirada de las jóvenes.

La oficina era una estancia totalmente cuadrada, con dos únicos escritorios y varias sillas desperdigadas. Había una puerta estrecha al fondo, desde donde se veían algunas celdas. Tanto el suelo como las paredes eran de madera y podía distinguirse aquí y allá el dibujo de grandes grietas. Las ventanas tenían unas gruesas rejas de pesado hierro que habían comenzado a oxidarse.

Jessica volvió el rostro para observar a su amiga, que esperaba nerviosa. Pensaba consolarla mientras el sheriff se decidía a comenzar, pero con el rabillo del ojo descubrió a un nativo que acababa de llegar, y sus miradas se cruzaron durante un breve instante. Jessica se tensó y, clavando los ojos en Bradford, dejó de respirar. Sentía tras ella los suaves pasos del recién llegado y, a causa de la inquietud, su cuerpo empezó a temblar al mismo tiempo que se le secaba la garganta. Nunca había tenido a un indígena tan cerca desde que había empezado la aventura, y todo su desasosiego afloró de golpe. ¿Se habría dado cuenta el sheriff de que un indio acababa de entrar en la oficina? ¿Y si le avisaba? Casi por instinto, tosió ruidosamente, y Lara le palmeó la

espalda.

—John, trae agua para la señorita —ordenó el sheriff, levantando los ojos de los documentos—. ¿Se encuentra bien?

Ella asintió, mientras abría los ojos como platos para tratar de advertir al hombre. No hizo falta porque Bradford se puso en pie en aquel momento.

—Alce Gris lleva el caso de su hermano —dijo el sheriff, presentando al nativo.

«¿Alce Gris es un nombre?», se preguntó Jessica, a quien la tensión le agarrotaba los hombros y no se atrevía ni a mirarlo. Se estaba comportando como una maleducada y lo sabía, pero no le importaba. Ella no estaba allí para tratar con un hombre incivilizado que vestía de forma ridícula.

Lara se incorporó para saludarlo; en cambio, Jessica siguió dándole la espalda. Tan sólo la indumentaria que había entrevisto ya la había asustado.

—Encantada, señor Alce Gris —escuchó que decía Lara con su peculiar tono de amabilidad—. Mi nombre es Lara Hamilton y mi amiga es la señorita Sconner de Lampert.

El hombre asintió, estrechando la mano que Lara le ofrecía.

—Estaba haciendo un poco de tiempo hasta que llegaras —comentó Bradford, tomando una silla vacía para entregársela al indio.

Ambos cruzaron una rápida mirada de preocupación que Lara no pasó por alto; posiblemente ninguno de ellos había esperado que acudieran dos señoritas del este.

Cuando el indígena colocó la silla frente a Jessica, ésta no tuvo más remedio que mirarle. Se llevó una grata sorpresa al descubrir que el hombre no era un indio, o por lo menos eso creía. Si bien vestía más o menos como ellos, era alto y fuerte, de hombros anchos y rostro duro. Sus ojos le recordaron a los de un felino: dorados y peligrosos. Él apenas inclinó la cabeza en su dirección y dirigió la vista hacia Lara.

Jessica lo encontró muy interesante a pesar de sus ropas. No habría imaginado nunca, ni en sus sueños más recónditos, que un nativo pudiera ser tan... guapo.

—¿Ya le han dicho por qué llevo el caso? —preguntó Alce Gris con voz tensa.

Todo en él destilaba fuerza y peligro. Sobre la extraña túnica llevaba a la cintura una cartuchera de donde colgaba un revólver.

Lara negó con la cabeza, agitando sus cabellos rubio platino, que llevaba sueltos sobre la espalda.

—Aún no hemos hablado de nada —le informó Bradford—. Alce Gris trabaja con nosotros cuando los casos están relacionados con su gente.

—¿De modo que lo han matado esos salvajes! —se le escapó a Jessica con un grito débil—. ¿No se supone que el general Smith se encarga de estas cosas?

Alce Gris la miró con frialdad durante unos segundos. Parecía que iba a decir algo, pero finalmente la ignoró de manera deliberada, y ella, en el fondo, se lo agradeció. Jessica no había tenido ninguna consideración al referirse a los indios, y su lengua, a la que no podía dominar, le había jugado una mala pasada. Claro que tampoco pensaba disculparse.

Bradford carraspeó, nervioso, y se aflojó el cuello de la camisa. Por su parte, la educada Lara ahogó una exclamación cubriéndose la boca con una mano y regañó a su amiga con la mirada. El ambiente se cargó de tensión.

—El general tiene muchas cosas de que ocuparse y este tema compete exclusivamente a las autoridades de Cheyenne —contestó Bradford con un tono más serio que el que había utilizado hasta el momento.

—¿Por qué mataron a Edward? —preguntó Lara con voz dulce y la vista clavada en el indio—. Aún no sabemos nada.

—Estamos haciendo indagaciones —contestó Alce Gris, inclinándose con las piernas abiertas en la silla y las manos entrelazadas en el aire—. Creemos que tiene relación con el puesto de trabajo que ocupaba Hamilton. Es posible que se trate de un ajuste de cuentas. ¿Cuándo fue la última vez que supo algo de su hermano?

El hombre hablaba perfectamente el idioma, aunque su voz fría y suave tenía un ligero acento extranjero.

—Hace ya varios años; ni siquiera sabía que estaba aquí en Cheyenne. Díganme qué debo hacer. Mucho me temo que andamos perdidas...

Lara tenía una apariencia dulce y delicada, digna de una dama de alta alcurnia. Su personalidad, en cambio, era la de una mujer fuerte,



acostumbrada desde siempre a gobernar la casa y un ejército de sirvientes.

—Yo que ustedes regresaría a casa cuanto antes. Nosotros nos ocuparemos de meter al culpable entre rejas —dijo Alce Gris.

Jessica tuvo la impresión de que lo decía como queriendo zanjar el tema, y eso la molestó. No tenían derecho a tratarlas como si fueran dos niñitas perdidas en un parque.

—¡Pues entonces ya está todo! —exclamó Jessica, levantándose de la silla para alejarse un poco del hombre. Tal vez no pareciese indio, pero se llamaba Alce Gris y vestía como ellos—. ¿Para qué nos han hecho venir, entonces? —dijo, furiosa—. ¿Para recoger sus cosas? ¿No podían haberlas enviado por correo?

—Fui yo quien quiso venir, Jessy —le recordó Lara, tratando de calmarla. Y para disculparse con los hombres, añadió mientras sus ojos claros se anegaban en lágrimas—: Ha sido un viaje agotador, y todo esto... es muy duro para mí, ¿saben?

Jessica apoyó las manos sobre los hombros de su amiga, consolándola. No podía evitar que su mirada curiosa recayera una y otra vez sobre Alce Gris, como si tuviera un imán que la atrajera.

—Sé cómo se debe sentir —asintió Bradford—, pero haremos todo lo posible para que se haga justicia. Debe entender que por esta zona circula mucha gente. Cheyenne es una ciudad de paso obligado, y no encontrarán otra en muchas millas a la redonda.

Jessica abrió los ojos, sorprendida. ¡Justicia! ¿Cuándo?, ¿cuando ellas estuvieran de regreso y ya les diera lo mismo seguir con la investigación?

—Nos gustaría marcharnos de aquí sabiendo por lo menos qué fue lo que pasó —insistió Lara de manera inteligente. Jessica sintió ganas de aplaudirla.

Alce Gris y Bradford también se pusieron en pie, y la oficina pareció empequeñecerse con sus cuerpos robustos.

—Es lógico —convino Bradford—. La tendré informada. —Cruzó una mirada con el otro hombre y volvió la vista a Lara—. Les traeré sus cosas.

Mientras el sheriff se iba a buscar las pertenencias de Edward, Jessica observó de nuevo a Alce Gris. Estaba serio, como si estuviera enojado por algo. Sus ojos dorados eran dos frías espadas de hielo cuando se toparon con

los de ella.

—¿Qué ocurre, señorita? ¿Nunca ha visto a un salvaje de cerca? —le preguntó con los dientes apretados, de manera que sólo ella lo oyó, pues Lara estaba distraída buscando un pañuelo en el pequeño bolso que colgaba de su muñeca.

A Jessica le cayó mal el indio. En ese momento supo que su educación dejaba mucho que desear. Más que un hombre parecía una estatua con rasgos de granito esculpido. Sus ojos eran rasgados, peligrosos; su ceño, fruncido; su rictus, serio y sobrecogedor, y sin embargo, algo en él la atraía con fuerza.

—Supongo que trabajando para el sheriff no será usted demasiado salvaje —le respondió Jessica, también en un murmullo.

Se cruzó de brazos. No le daría el gusto de que la viera asustada. Además, ignoraba por qué, pero no le temía. Quizá era porque sabía que estaba en la oficina del sheriff, y allí no podía pasarle nada, ¿verdad?

—¿Cómo dices? —preguntó Lara, levantando la cabeza—. Estaba pensando.

—No he dicho nada —replicó su amiga, alzando el mentón con soberbia—. ¿Y qué pasará si el asesino es uno de ustedes? —le preguntó directamente a Alce Gris, mirándolo con desdén.

—Se le ahorcará, por supuesto —contestó él con una sonrisa calculadora—. ¿Se quedará a verlo?

—¡Claro que no! —exclamó Jessica, ofendida—. ¡No me gusta la violencia! ¡Odio la violencia! —Y negó con la cabeza para confirmar sus palabras.

—Pero ¿no tienen ni una ligera idea de por qué ha pasado esto? —intervino Lara, frunciendo el ceño—. No sé, quizá mi hermano tuviera alguna pelea. ¿Seguía siendo soltero?

—Es posible que su hermano tuviera en su poder algo que no le pertenecía. —respondió Alce Gris—. Alguien registró su habitación, pero no hemos llegado a ninguna conclusión. Sobre su estado civil, no sé nada, señorita. Es Bradford quien se encarga de contactar con los familiares. —Miró a su alrededor; en la oficina sólo había un oficial sentado tras su escritorio tomándose una taza de achicoria—. Pero parece que ustedes son las

únicas que han venido. Si piensan quedarse por aquí, les aconsejo que tengan mucho cuidado y que procuren no salir por las noches. Esta ciudad es bastante peligrosa.

—¡Qué gracioso! ¡Ni que nos hiciera falta su advertencia! —masculló Jessica.

En el interior de la oficina hacía calor, y la joven se abanicó distraídamente con una mano. Pero ¿qué le pasaba? ¿Por qué estaba deseando escapar de aquellos ojos gatunos? Lara le propinó un suave codazo y sonrió al indio.

—Gracias, señor Alce Gris. Es muy amable.

—Señor Alce Gris —repitió Jessica, mordaz—. ¿De verdad se llama así?

Cuando el hombre se volvió hacia ella, Jessica aguantó la respiración y alzó la mirada; era altísimo. Sin duda, lo estaba provocando y ni siquiera sabía por qué. Tal vez le gustara escuchar su forma de hablar, o tal vez fuese un modo de defenderse de sus propios miedos.

—¿Tiene algún problema con mi nombre, señorita? —le preguntó él con extrema suavidad y los ojos fijos en ella.

—No..., claro que no. —Jessica se encogió instintivamente—. No estoy acostumbrada a...

—Craven Logan.

—¿Cómo?

—Me llamo Craven.

Jessica abrió la boca y la volvió a cerrar. Craven Logan era diferente; ya no era Alce Gris. Craven estaba mejor.

Bradford llegó con un hatillo que dejó sobre la mesa. Uno de sus ayudantes llevaba una maleta.

—¿Tienen a alguien que las pueda ayudar? —preguntó el sheriff, observando a Lara—. Si no es así, uno de mis hombres estaría encantado de acompañarlas.

—No se preocupe, gracias; no hemos venido solas —respondió Jessica, que de inmediato se escabulló hacia la salida con prisa. Ese «no hemos venido solas» fue para que el señor Logan se enterara de que no estaban indefensas.

—Darius, por favor, ¿podría llevar esto al hotel? —dijo, señalando los bultos al sirviente.

El mayordomo entró rápidamente en la oficina.

—Debe firmar un par de papeles, señorita Hamilton —apuntó Bradford, que le entregó los documentos.

Jessica esperó golpeando un pie contra el suelo, impaciente. Craven Logan había vuelto a ignorarla y ella lo agradeció de nuevo. No se sentía bien ante ese hombre. Quizá fuera por su mirada peligrosa o por su porte orgulloso —no era capaz de saber el motivo—, pero su estómago se contraía con sólo mirarlo.

## Capítulo 4

Craven observó cómo la hermana del difunto firmaba los documentos con mano temblorosa. Sabía que la otra andaba cerca; sentía su presencia, percibía su aroma dulzón. La tenía atemorizada. Al ver las furtivas miradas que le lanzaban sus ojos celestes, el ligero temblor de su labio inferior y la manera como tragaba saliva, adivinó el ansioso estado en que se encontraba la jodida señorita Sconner, y estaba así desde el mismo momento en que lo había visto entrar en la oficina.

Aunque la joven aparentaba estar enojada y, por momentos, lo trataba incluso con indiferencia, lo que realmente sentía era miedo. Y a él lo enfurecía esa actitud.

Craven Logan había crecido entre dos mundos completamente distintos uno del otro; ni los sioux lo veían como a uno de ellos, ni los blancos lo aceptaban en su seno. Había sido su decidida personalidad la que le había ido abriendo camino en la vida.

Por ser mestizo, tanto su pueblo como su padre le habían exigido más que al resto de los muchachos; con catorce años ya tenía su apodo de guerra, Alce Gris. Pero Craven había seguido sin encontrar sus verdaderas raíces, y en uno de sus viajes al este su abuela Katherine, por quien sentía un especial aprecio, lo convenció para que se enrolara en un barco. El mar lo enamoró durante un tiempo; tras recorrer mundo, finalmente optó por quedarse en Inglaterra, cuando el buque español en el que viajaba fue atacado y apresado por el famoso pirata Lord Satán muy cerca de la costa.

En Londres se había hecho respetar a puñetazos. Nadie quería contratar a

un mestizo americano, y sus andaduras le habían llevado a los bajos fondos de la ciudad, a los barrios más ruines, indecentes y escabrosos de todo el país. A pesar de que siempre había creído que los negocios fraudulentos eran una característica de los suburbios de Nueva Orleans, en realidad se trataba de una práctica extendida en todo el mundo.

En Londres tardó dos años en abrirse camino en una empresa bastante deshonesto y, cómo no, lucrativa. Chantajes, sobornos, robos, todo lo que estuviera completamente fuera de la ley, porque él no daba ningún valor a la ley del hombre blanco. En Londres, los rateros y delincuentes habían llegado a temerle. Pero un día estuvo a punto de ser detenido y entonces decidió regresar a Cheyenne. Morir colgado a manos de los ingleses no era lo que estaba buscando. William Saxon, un buen amigo que había conocido en Londres, lo sustituyó y se hizo cargo de los negocios.

Tampoco en Cheyenne le había ido demasiado bien al principio. Le negaron la licencia para tener un casino y las mujeres lo evitaban como a la peste, o al menos fingían no sentirse atraídas por él. De todos modos, siempre había algunas menos remilgadas a las que no les molestaba un buen revolcón con un mestizo. Las señoritas del este, en especial, en cuanto se vestía de forma acorde con la moda de los caballeros, revoloteaban todas a su alrededor. Por eso, antes de casarse, había viajado al menos una vez al año a Nueva York; por eso, y para visitar a su abuela. Poco después, Bradford le había ofrecido el puesto de ayudante y traductor, y desde entonces se había vuelto más bien sedentario. Últimamente las únicas damas con las que trataba eran las chicas de Lucy, que le buscaban cada vez que acudía al local.

Miró de reojo a la cursi señorita del sombrero estrafalario, y ella volvió a apartar la vista, haciéndose la distraída, como si fuera mucho más importante la telaraña que cubría dos vigas del techo que tener que conversar con él. Era la típica niñita altiva y consentida, aunque también terriblemente bonita, un motivo que le impedía ignorarla por mucho tiempo. Desde que la había visto no había dejado de estudiarla.

Parecía muy joven, aunque no había podido adivinar su edad. Tenía un flequillo revuelto sobre la frente que le confería un aspecto travieso, juguetón, como si fuera una persona risueña, incluso divertida, aunque desde

que él había llegado no había sonreído ni una sola vez, ni siquiera al mayordomo que babeaba por complacerla. Saltaba a la vista que tenía al hombre completamente enamorado.

Tal vez el carácter de aquella jovencita no le agradara en absoluto, pero no podía dejar de admirar las curvas de su cuerpo, su estrecha cintura y sus caderas bamboleantes cuando caminaba, el cuello largo y esbelto, la delicada mandíbula hecha para morder, la suave piel del discreto escote...

No tenía muy claro el color de su cabello. En algunos momentos, le había parecido castaño y, en otros, había brillado como el fuego a causa del reflejo del sol que entraba por la ventana del edificio.

Le había hecho gracia que la jodida muchacha se hubiera enfrentado a él; no había esperado un carácter tan fuerte. Sin duda, se debía al miedo. Las damas que él conocía, que no eran muchas, nunca se hubiesen atrevido a desafiarlo; al contrario, seguramente habrían bajado la mirada, abochornadas. ¿Por qué ésa no lo hacía y le estudiaba con descaro? Aquellos ojos claros lo habían repasado de arriba abajo, y supo que había superado el examen con éxito al ver reflejada la admiración en el bonito rostro.

Ella seguía en la puerta. La muy... estúpida no se había levantado a saludarle cuando Bradford los había presentado, ni siquiera le había mirado directamente hasta que se sentó frente a ella, lo que por otro lado había hecho de forma deliberada. A causa de su actitud, se había sentido irritado y con deseos de asustarla, y si no lo había hecho, había sido por el respeto que le inspiraba el sheriff.

¿Serían tan tontas como para quedarse en Cheyenne hasta que se pudiera descubrir qué había ocurrido con Edward Hamilton? Esas muchachitas iban a llamar mucho la atención en la ciudad y, como Bradford no estuviera atento, correrían peligro, sobre todo si se vestían con esas bonitas ropas de ciudad que decían a gritos que habían costado un ojo de la cara.

—Bueno, pues ya está todo —dijo la señorita Hamilton, estampando la última firma en los documentos.

Bradford le tendió una mano para despedirse mientras le decía algo.

Craven aprovechó para acercarse a la puerta de salida y asomar la cabeza a fin de constatar que su montura aún seguía allí esperándolo. También, de

paso, echó un vistazo al hombre que cargaba la pesada maleta hasta el hotel.

Cuando Craven llegó hasta la puerta, la joven se aplastó contra el muro para evitar que la tocara. Él sonrió con cinismo, fingiendo no verla; ella, por el contrario, no le quitaba esos enormes ojos almendrados de encima, vigilándolo en todo momento como un ratón al acecho.

Se quedó con las ganas de decirle algo, pero ¿para qué? Nunca había sido simpático, ni agradable, y no iba a empezar a serlo ahora, y mucho menos con ella. ¡Cuanto menor fuera el contacto que tuviera con la damisela mejor! Pero ¿por qué puñetas había tenido que acercarse a ella? El aroma que desprendía lo excitaba.

—¿Tardarán mucho en informar de algo a mi amiga? —le preguntó con altivez, manteniendo una prudente distancia.

Craven la miró con fijeza y se encogió de hombros, reacio a contestar.

—¿Cómo murió Edward? —insistió Jessica.

Al parecer, trataba de iniciar una conversación, como si con ello pudiera arreglar su metedura de pata al haberlos llamado «salvajes».

—Asesinado. Lo golpearon y le clavaron un cuchillo en el pecho.

Vio que la joven abría los ojos con pavor y no se arrepintió de haber sido tan claro. Aquellas tierras eran peligrosas para personas como ella.

—¿Para quién trabajaba?

—Delaware —respondió él—. No es muy buena persona que digamos. Es un rancharo de la zona y uno de los hombres más notables de la ciudad. Tiene muchos empleados a sus órdenes.

—¿Y también contrata... nativos?

La forma de preguntarlo le produjo una ternura especial; le recordó a un pajarillo asustado e indefenso tratando de caerle bien al fiero halcón. Sintió deseos de reír. Se había referido a ellos como «nativos», lo que estaba mucho mejor que el calificativo que había utilizado antes. No podía culparla. Había muchas historias verídicas sobre masacres entre el hombre blanco y los sioux, todas anteriores a la época en que el general Smith se había hecho cargo del fuerte situado a varios kilómetros de la ciudad de Cheyenne. Por otra parte, no podía dejar de preguntarse cómo se habían atrevido esas jóvenes a hacer tan largo recorrido, sobre todo después de ver la pequeña escolta que las



acompañaba.

—¿Y por qué no? El sheriff Stone no dudó en contratarme a mí —respondió secamente.

—Pero ¿usted qué es?

La joven se cruzó de brazos, algo más relajada. Craven supo el momento exacto en que ella dejó de sentir temor hacia él, ya que su mirada cambió y lo observó con interés.

—No se parece a los nativos con los que me he cruzado viniendo hacia aquí. Usted tiene los ojos claros...

Craven dejó de respirar, atrapado en las brillantes lagunas azules que, interrogantes, lo miraban con fijeza.

—Soy un lakota —respondió con voz ahogada, y ella arqueó las cejas de manera muy bonita para hacerle comprender su ignorancia—. Mestizo sioux. De madre blanca y padre nativo.

La muchacha asintió, mostrando que comprendía el significado de la palabra.

—No parece mucho un... lakota. Si no fuera por esos ropajes que lleva...

—¿No le gustan mis ropas? —preguntó él con el ceño fruncido; otra vez comenzaba a ofenderle.

Ella negó con la cabeza.

—No mucho —respondió Jessica con voz de sabelotodo—, pero he visto cosas peores de camino hacia aquí.

¿Cosas peores? ¿Esa joven se atrevía a decirle que sus ropas no eran adecuadas? Gustosamente le hubiese dado una tunda en el trasero para que aprendiera a contener la lengua. Desde luego, ganas no le faltaban. La jodida señorita no sabía cuándo debía mantener la boca callada, y él carecía de la paciencia necesaria para seguir soportándola.

Escamado, no dejó que iniciara una conversación y se alejó de ella sin volver a mirarla. No pensaba darle ninguna oportunidad para que siguiera tratándolo como si ella fuera superior. ¡No lo era, por supuesto! Pero se sorprendió cuando oyó que decía a su espalda:

—¡Usted me ha preguntado! Si no quiere oír la verdad, no pregunte.

Craven se volvió y la fulminó con la mirada. Sus ojos dorados brillando

con ira deberían haberla atemorizado; esa mirada nunca le fallaba, pero ella la aguantó con valentía y con el mentón ligeramente levantado. ¡Esa mujer no sabía con quién se estaba metiendo! Años atrás no habría tenido ninguna clase de consideración y la hubiese hecho padecer hasta verla pidiendo perdón de rodillas. Debió recordarse así mismo que ahora era un hombre honorable y que había aceptado respetar la ley del hombre blanco.

—Adiós, señor... Logan —se despidió Lara, que llevaba varios documentos en la mano—. Espero que nos volvamos a ver por aquí y se solucionen pronto las cosas.

Él respondió asintiendo con la cabeza. La señorita Hamilton también era muy bonita; de una belleza clásica, más baja que su amiga y un poquito rechoncha. Era una mujer que controlaba perfectamente sus palabras, sin dejar de lado la esmerada educación de la que hacía gala.

Bradford le miró con sorpresa y se acercó a él.

—¿Logan? —repitió—. ¿Es ése tu nombre? —Agitó la cabeza—. Creía que era Alce Gris...

—Alce Gris fue el apodo que me pusieron cuando me convertí en hombre, y prefiero que sigan llamándome así. Utilizar mi otro nombre me quitaría bastante prestigio.

Quiso que sonara como una broma y, al parecer, lo consiguió, porque Bradford se echó a reír.

No podía entender por qué les había dicho a las jóvenes su nombre original cuando los hombres blancos le conocían como Alce Gris. Debía estar perdiendo facultades si se obnubilaba de ese modo por unas caras bonitas, y lo peor de todo era que había por ahí gente buscando a Craven Logan.

—No tenía ni idea —dijo el sheriff mientras guardaba varios papeles en un cajón y lo cerraba con fuerza. Su expresión volvía a ser la misma de siempre—. ¿Irás tú a hablar con Delaware, o envío a alguno de mis hombres?

—Dentro de tres días me acercaré al rancho —respondió Alce Gris—. Te aconsejo que estés atento con esas dos señoritas —señaló, y se encogió de hombros, tratando de demostrar indiferencia—. No se ven muchas como ellas por aquí.

—Sí, ya me he dado cuenta. A ver si arreglamos todo este tinglado en

breve. De todos modos, estando tan cerca el hotel, más tarde yo mismo me pasaré para ver cómo se encuentran.

—Yo voy a estar por aquí un par de días. Prometí a Amaru llevarle al circo.

Nunca le comentaba a Bradford lo que hacía o dejaba de hacer; sin embargo, en esa ocasión, prefirió que él lo supiera por si debían avisarle por cualquier cosa.

—Pues es de los peores espectáculos que he visto. Llevan un león que está más muerto que vivo. Quizá lo más interesante sea la mujer barbuda. De todas formas, es mejor que te apresures, Alce Gris; he oído que la última actuación será hoy y que después se marchan.

Craven asintió mientras se acercaba a la puerta de nuevo. Vio que las dos jóvenes se adentraban en el alto edificio perseguidas por una multitud de ojos curiosos que murmuraban tras ellas.

Las muchachas eran responsabilidad de Bradford, y él no tenía nada que ver. Cuanto más pronto se marcharan de allí, mejor.

—Debes tener más cuidado, Jessy. No creo que sea aconsejable que ofendas al señor Logan.

—¡No ha sido mi intención, Lara! Me he puesto nerviosa al verle. ¿Cómo podía imaginar que trabajaba para el sheriff? Además, ¿te has fijado? Es tan guapo...

Con un suspiro, Jessica se acercó hasta un oscuro mostrador de madera, donde el gerente estaba absorto leyendo un periódico. Cuando él levantó los ojos, la joven le sonrió, agitando sus largas pestañas con gracia.

—¿Habría alguna posibilidad de que pudiera darme un baño?

El hombre apartó el periódico a un lado y asintió con una agradable sonrisa.

—Por supuesto. Ahora mismo haré que les suban una tina.

—Para mí, no —dijo Lara, siguiendo con la vista a Darius, que subía hasta el dormitorio para dejar las pertenencias de Edward—. Jessy, voy a retirarme. Quiero echar un vistazo a las cosas de mi hermano, pero después tienes que explicarme eso de que Craven Logan te parece guapo.

—¿A ti no?

Lara asintió, frunciendo los labios con un mohín.

—Sí, él es muy guapo, y tú te vas a casar. Además, parece un hombre muy peligroso y seguramente sea por eso por lo que llama tu atención, pero créeme, Jessy, no hacéis buena pareja. Sabes bien que no te gustan los indios —concluyó, y se volvió de nuevo al gerente—. ¿A qué hora sirven las comidas?

—Entre la una y las dos. El restaurante se suele llenar. Puedo reservar una mesa si lo desea.

—¿Por qué no hacemos buena pareja?

Jessica no lo entendía. Si a Craven Logan le vistiesen bien, casaría perfectamente con cualquier mujer. ¿Acaso Lara no se había dado cuenta?

—¡Jessica, por Dios! Es el primer hombre guapo que conoces y ya estás imaginándote cosas raras.

—¡Eso no es cierto! —mintió Jessica—. Además, conozco a otros hombres guapos. Es sólo que el señor Logan..., no sé, me parece muy atractivo. El más atractivo de todos.

Lara sonrió al gerente, que aún esperaba la confirmación de la reserva.

—Sí, por favor. Guárdenos una mesa; se lo agradecería de todo corazón. —El hombre anotó algo en una pequeña libreta. Lara se volvió hacia Jessica—. Sólo te digo que tengas cuidado, Jessy. El señor Logan es un indio —repitió en tono de advertencia.

—Es lakota —puntualizó Jessica.

Lara se encogió de hombros y caminó hacia Darius, que la esperaba en lo alto de la escalera. Jessica miró al gerente, todavía pensando en las palabras de su amiga.

—¿Le subimos la tina, señorita?

—Sí, sí, claro; no se demoren mucho, por favor. Oiga, ¿usted conoce al nativo que trabaja con el sheriff?

—Sí, señorita. Es Alce Gris. Viene de vez en cuando al restaurante, pero no se queda mucho tiempo en la ciudad. —El hombre miró en todas direcciones, asegurándose de que nadie podía escucharlo—. Es un mestizo sioux que vive en la reserva. También se ofrece como guía en algunas

expediciones del general Smith.

—¡Oh, vaya! —exclamó Jessica admirada y, recogiendo el ruedo de la falda, se marchó a su habitación pensando en el hombre que acababa de conocer.

Al menos pasó media hora metida en remojo, jugando con un suave lienzo que escurría sobre su frente con placer. Una vez que acabó y dio permiso para que retiraran la tina, se echó sobre el colchón con un suspiro.

Desde el exterior llegaban voces apagadas que flotaban en el ambiente, y los cascos de los caballos resonaban sobre la tierra dura. Había sido un día largo y estaba muy cansada. Sin embargo, aunque debería haber conciliado el sueño con facilidad, después de un par de horas seguía dando vueltas sobre el colchón. No podía sacarse de la cabeza al señor Logan, su intensa mirada dorada.

Cuando ya había encontrado una postura cómoda y el sopor se estaba apoderando de ella, notó que algo se clavaba en sus caderas. Al principio pensó que era un defecto del colchón, pero luego se dio cuenta de que la pieza se movía como si estuviera suelta.

Con un bufido, enojada, se incorporó y retiró la ropa de la cama en busca del pequeño artefacto que tanto la molestaba. Al apartar la última sábana descubrió, extrañada, una abertura en el colchón de lana. Con un poco de asco por meter la mano ahí dentro, rebuscó con las puntas de los dedos hasta que encontró una piedra del tamaño de un puño. Sus ojos se abrieron como platos, sorprendidos. Nunca había visto oro puro, pero lo que tenía en la mano quemando su palma era la pepita más grande que jamás habría imaginado que pudiera existir. Pepita, por decir algo: aquello se asemejaba a una pelota pequeña, aunque sus formas no eran completamente redondeadas.

Asustada, comprendió de inmediato que aquél era el motivo por el que Edward había muerto. ¿Le habría robado el oro a alguien, o realmente le había pertenecido a él?

Sus ojos recorrieron la habitación, estudiando detenidamente el mobiliario. Al final, guardó su pequeño tesoro en un cajón de la solitaria mesa de noche y regresó al colchón para tratar de darle la vuelta, no sin antes volver a rebuscar en su interior por si acaso había alguna pepita más.

Encontró un trozo de papel doblado en cuatro partes. Estaba muy arrugado, a pesar de que alguien había tratado de alisarlo antes de doblarlo de nuevo. Jessica no se detuvo a examinarlo; ya tendría tiempo después, cuando lograra recomponer un poco el dormitorio.

## Capítulo 5

Jessica se dio los últimos retoques frente al espejo. Su cabello necesitaba muchos cuidados y, desde que no tenía doncella, la desesperaba completamente el estado de su pelo. Sus perfectos bucles estaban cada vez más enredados y secos, tan indomables que ni siquiera bajo el diminuto sombrero de piel verde lograba que se quedaran quietos. Había notado que a las damas de aquella zona les gustaba llevar el cabello descubierto y suelto, y que no estaba tan mal visto. Incluso Lara se había atrevido a prescindir de su sombrero; claro que Lara tenía una preciosa melena rubia que lucía de forma esplendorosa.

En cuanto Jessica oyó los golpes en la puerta se dispuso a abrirla, pero de pronto se acordó de su pequeño tesoro, así que recogió de la mesilla la pepita de oro y el papel y los introdujo en el pequeño bolso de satén que colgaba de su muñeca. En cuanto tuviera tiempo le comentaría a Lara su hallazgo. Quizá estaba confundida y aquello no había pertenecido a Edward, pero, por otro lado, ¿qué, sino aquello, podrían haber estado buscando en la habitación?

Darius la esperaba con un porte elegante y una sonrisa serena. La educación y el comportamiento del sirviente eran intachables, mejor que los de muchos caballeros a los que ella había conocido. El verano anterior Jessica había estado a punto de sucumbir al mayor libertino de todo el este, pero gracias a que ella fue bastante avispada, la cosa se quedó en un beso y un guantazo, el que le dio por tomarse semejantes libertades con ella. Fue en ese momento cuando descubrió la verdadera personalidad de aquel caradura, que sin embargo tenía fama de caballero de la cabeza a los pies. Por supuesto, el

sujeto, William Saxon, no volvió más por Nueva York después de que ella lo denunciase durante una fiesta.

Jessica estaba segura de que Darius era diferente. Era un hombre que nunca perdía la paciencia ni mostraba sus emociones, excepto cuando le ponía esa sonrisa boba al escuchar alguna de sus frases. Jessica no soportaba esa sonrisa carente de alegría; era simplemente educada, y esa actitud la retraía a la hora de hablar con él. El viaje hasta Cheyenne había sido muy largo y más de una vez había mantenido conversaciones hasta con las piedras; pero al menos ellas no le sonreían.

Jessica se aferró al brazo de Darius y dejó que la escoltara hasta el comedor, donde se encontró con Lara, que se le había adelantado. Se sorprendió al ver al sheriff allí, pero tras saludarlo, el hombre se despidió.

—¿Qué te ha dicho? —le preguntó Jessica a Lara al mismo tiempo que Darius apartaba la silla para que se sentase y ella se lo agradecía con una leve inclinación de cabeza.

El ruido de cubiertos y platos se mezclaba con la suave música que interpretaba un pianista en un rincón del comedor.

—Ha pasado para ver cómo nos encontrábamos. —Lara miró a Darius—. Por favor, comparte la mesa con nosotras. —A pesar del «por favor», sonó a orden.

El hombre asintió y tomó asiento entre ella y Lara.

—Para mí es un placer, señoritas.

«Lo imagino», pensó Jessica, arqueando las cejas hacia Lara a modo de interrogación. La otra se encogió de hombros con una sonrisa y barrió el comedor con la mirada, obligando a Jessica a hacer lo mismo.

No había nativos ahí dentro, pero sí muchos pistoleros, hombres extraños de aspecto peligroso que las miraban con la curiosidad pintada en los ojos. También había personas más normales; varias mujeres se habían sentado en un rincón formando un corrillo, y el resto de los parroquianos parecían comer absortos, con los ojos fijos en los platos.

—¿Será éste el único hotel de la ciudad? —preguntó Jessica.

No quedaba ni una mesa libre, y varios camareros esperaban impacientes a que algunos terminaran de comer. El restaurante era bastante amplio, con



los suelos de madera barnizada. En una de las paredes había un ventanal enorme que miraba a una calle lateral, donde un cuidado jardín embellecía la vista.

—Deberían pensar en la posibilidad de abrir otro.

—La diligencia llegó hace un par de horas, por eso hay tanta gente; por lo visto, pasa una vez a la semana —explicó Darius, extendiendo una servilleta sobre sus rodillas.

—¿No es ése el señor Logan? —preguntó Lara, dirigiendo la vista más allá de Jessica—. No te des la vuelta, que ahora está mirando.

A Jessica se le erizó el vello de la piel y el corazón comenzó a galopar en su pecho. Se había puesto nerviosa repentinamente.

—¿Viene hacia aquí? —preguntó con un hilo de voz y las mejillas sonrosadas.

Como Darius la observó con el ceño fruncido, ella hizo una mueca fingiendo estar asustada. La escolta conocía su temor hacia los nativos, pero no quería que además supieran que se sentía terriblemente atraída por él.

—Pasa de largo —musitó Lara, moviendo apenas los labios mientras lo miraba de reojo—. ¿No crees que deberíamos saludarlo, o invitarlo a unirse a nosotras?

—No, no lo creo —respondió Jessica con voz tensa, colocando también la servilleta en su regazo. Había visto el guiño de su amiga y notó sus mejillas arder—. Seguramente viene a comer.

Un camarero les sirvió una sopa bastante insulsa y un plato de pollo acompañado con patatas aceitosas. Jessica miró la comida con cierta aversión. Echaba mucho de menos los platos que le servía Pilar.

Al levantar la vista descubrió que Craven Logan se había acomodado en una mesa que estaba contra la pared en uno de los rincones más alejados del comedor, justamente frente a ella; sin duda, la tenía reservada. No dejó de advertir la fuerza que emanaba su sola presencia. Él la miró con tanta profundidad que Jessica apartó la vista, ruborizada, para centrarla en su plato. De hecho, podía sentir no sólo la mirada de Craven, sino la de otros muchos hombres que abarrotaban el comedor a aquellas horas.

—Deberíamos hacer que nos subieran la comida a la habitación —se

quejó—. ¡Soy incapaz de comer con tanta gente mirando! —Sobre todo, con aquellos ojos felinos que la desnudaban sin compasión.

—Somos forasteras —le explicó Lara, que al parecer tampoco tenía mucha hambre, ya que el pollo seguía entero, a pesar de que nunca hacía ascos a ninguna comida—. Pero tienes razón; yo también siento que somos el punto de mira. ¿Tan raras les pareceremos?

—Pues espero que se cansen pronto.

Jessica no pudo evitar que sus traicioneros ojos volvieran a buscar al indio. Otra vez sus miradas se cruzaron. ¿Qué le pasaba con él? No era normal que tuviera tanta curiosidad por alguien, y comenzaba a enfadarse consigo misma.

Comieron con prisa y en seguida abandonaron la mesa. Jessica estaba deseando escapar del calor abrasador que amenazaba con incendiar su cuerpo bajo tanto escrutinio. Se obligó a pensar que no tenía ningún interés en que el mestizo se uniera a ellas, pero era mentira, porque deseaba escuchar nuevamente su voz.

—¿Señorita Hamilton?

Un caballero bien vestido, con traje oscuro, camisa blanca y lazo negro de seda al cuello, les interceptó el paso, colocando su ancho cuerpo en el umbral de la puerta que comunicaba con la recepción del hotel.

—Mi nombre es Máximo Delaware, de los Montiel de Nueva Orleans —se presentó.

En aquel momento ya nadie esperaba para conseguir mesa y el comedor se había ido vaciando poco a poco. La música de fondo seguía sonando.

Lara miró a Jessica y luego al hombre.

—Yo soy Lara Hamilton y ella es la señorita Sconner. ¿En qué puedo ayudarle?

Delaware conocía muy bien el arte de la caballerosidad y besó las manos de ambas jóvenes antes de clavar sus hundidos ojos en Lara.

—¡Vaya! —exclamó el hombre con un deje de decepción—, veo que no han oído hablar de mí o de mi familia de Nueva Orleans. —Volvió a repetir el nombre de la ciudad como si no hubiera quedado claro.

—Somos de Nueva York, y me temo que no, señor Delaware, que nunca

hemos oído...

—Edward trabajaba para usted, ¿verdad? —preguntó Jessica, interrumpiendo a su amiga al recordar que el señor Logan había aludido a esa circunstancia.

—Sí, es cierto. Por eso he venido a darles mis condolencias. —Pasó la mirada de la una a la otra—. No le conocí mucho, y aunque era bastante trabajador, tuvimos un pequeño problema con él. He querido venir personalmente a hablar con ustedes en vez de enviar a alguno de mis muchachos.

—Muchas gracias. ¿De qué se trata? —preguntó Lara, tomando aire con fuerza.

Ambas imaginaban que sería algo malo, o incluso horrible, lo que ese hombre de aspecto robusto les iba a decir. Jessica cogió del brazo a Lara en señal de apoyo.

—Mucho me temo que su hermano robó algo que no le pertenecía. El caso es que no ha aparecido y me preguntaba si usted ha visto algo extraño entre sus cosas.

Los ojos de Jessica parpadearon imperceptiblemente mientras un miedo inexplicable crecía a pasos agigantados en la boca de su estómago. Notaba cómo la comida que acababa de ingerir se revolvía peligrosamente.

—¿Extraño? —repitió Lara sin entender.

«Tan extraño como una pepita de oro descomunal», pensó Jessica, que prefirió no decir nada hasta comentar con Lara lo que había encontrado. ¿Acaso pensaba ese hombre que le entregaría su hallazgo así como así?

—Es oro, señoritas —explicó Máximo con un ligero carraspeo—. Robó oro.

Lara se mordió los labios. Faltaba poco para que los ojos se le salieran de las órbitas; no podía creer que su hermano se hubiera convertido en un ladrón.

—Si lo encontramos, se lo haremos saber, señor Delaware —respondió Jessica, tomando la mano de su amiga con fuerza—. Hemos tenido un largo viaje y querríamos dar un paseo antes de que anochezca. Si nos disculpa...

Jessica trató de abrirse camino. Delaware debería haberse apartado, pero

no se había movido ni un milímetro de donde estaba, impidiéndoles marcharse. La joven lo encaró elevando el rostro hacia él.

—¿Nos permite, señor? —insistió.

Máximo rió con suavidad.

—Creo que no lo han entendido bien...

—Lo hemos entendido de sobra, señor Delaware. Nosotras no sabemos qué hizo Edward, y entre sus cosas no hemos encontrado nada —le dijo Jessica, utilizando ese aire de superioridad que sacaba de quicio al más paciente y que ocultaba los nervios que sentía—. Ahora sería mejor que nos dejara pasar, por favor.

Delaware se irguió y saludó a alguien con la cabeza.

—Señoritas, caballeros.

Jessica oyó al mestizo antes de verle. Reconoció el suave acento de su voz y se sintió aliviada al saber que era él. Lara se aferró al brazo del recién llegado con dramatismo.

—Buenas tardes, señor Logan. El señor Delaware nos estaba diciendo que mi hermano hurtó algo que no era suyo. Creo que es un tema que le incumbe.

—Algo he oído. —La voz de Craven se tornó suave cuando se dirigió a Lara—. Tenía pensado hacerle una visita dentro de unos días —le dijo a Delaware.

—Oficialmente, ¿verdad? —contestó el ranchero, mirándole con tanto desdén que quedó patente la animadversión que se tenían los dos hombres.

Jessica se volvió a tiempo de ver asentir a Craven. Se hallaba tan cerca de ella que podía sentir su calor. Olía a cuero y menta. Se estremeció.

La tensión se hizo palpable y la música dejó de sonar. Delaware había apoyado la mano en su pistolera, una posición que posiblemente a él le resultara muy cómoda, pero que a Jessica, en cambio, le pareció más bien un desafío.

—Las señoritas se van a retirar ahora —dijo Darius, irguiéndose en toda su estatura. Era tan alto como Logan y un poco más robusto; su presencia también imponía.

—De todos modos, me gustaría hablar con la señorita Hamilton —insistió

Delaware, apartándose ligeramente del quicio de la puerta para dejar salir a varios comensales—. No le robaré mucho tiempo.

—¿Tiene que ser ahora? —preguntó Jessica, que estaba deseando escapar de allí. Por su mente cruzaron imágenes de hombres disparando, y la bilis llegó hasta su garganta.

—Vayamos a un sitio más privado. Usted también puede venir —le dijo Delaware a Logan, innecesariamente, porque no parecía que el mestizo tuviera intenciones de dejarlos solos—. Quizá así no será necesario que me visite.

El hombre se volvió para que todos le siguieran hasta los cómodos sillones de la recepción. Lara y Darius fueron los primeros en ir tras él. Jessica apretó su bolso contra la falda y, después de mirar de reojo al lakota, echó a andar. Craven tenía un rostro serio, completamente indescifrable. Ella no se sentó, pero él lo hizo cerca de Darius.

Delaware clavó la vista en Lara casi con dulzura y se atrevió a regalarle una sonrisa llena de compasión.

—Sé por lo que está usted pasando —comenzó a decir el ranchero, ignorando el incrédulo gesto de Jessica, que le miraba por encima de su amiga, desde detrás del sofá—. El señor Thompson era un buen vecino de Cheyenne, pero en los últimos años se había arruinado. Poseía una mina que estaba completamente muerta. Yo deseaba sus terrenos porque son colindantes con mis tierras y soy propietario del ganado más grande de Wyoming. Lo malo fue que nunca le caí bien.

«No me extraña», pensó Jessica, observándole con atención. Delaware tenía un rostro severo de piel bronceada y un porte demasiado orgulloso como para caerle bien a alguien.

—Intenté comprarle la mina, pero él se negó una y otra vez; en cambio, conoció a su hermano y lo engañó haciéndole creer que aún se podía sacar algún fruto de allí. Le vendió la mina asegurándole que había oro.

—¿Y no lo había? —le interrumpió Jessica con voz temblorosa.

La presencia de Craven, lejos de tranquilizarla, la ponía más nerviosa.

—No, señorita; no lo había. —La miró con frialdad, pero ella no se inmutó, o al menos fingió no temerle—. Como el señor Hamilton desconfiaba

de esa compra, Thompson le entregó una pepita de oro, que previamente había robado a uno de mis hombres. De ese modo, lo engañó —dijo, mirando al mestizo—. Usted, Alce Gris, sabe mejor que nadie que esas minas ya están agotadas —continuó, y Logan asintió, interesado en cada una de las palabras que Delaware decía—, pero Hamilton al ver el oro no dudo en comprarla...

—¡Pero entonces fue ese Thompson quien robó, no Edward! —volvió a intervenir Jessica, sin que pudiera sujetar su lengua.

Lara, como los demás, seguía la conversación llevando la mirada de Jessica a Delaware, y viceversa, aunque con ello tuviera que girar la cabeza constantemente.

—Así es, pero al vender la mina Thompson desapareció sin dejar rastro, de manera que todas las culpas recayeron sobre el señor Hamilton. Sentí cierta compasión por él, porque quizá fuimos un poco bruscos a la hora de pedirle que devolviera el oro...

—¿Bruscos? —volvió a intervenir Jessica—. ¡Lo mataron!

La fría mirada de Delaware se posó en ella.

—No se confunda, señorita. Nosotros no hemos asesinado a nadie y no nos puede acusar sin pruebas. Demuéstreme que estoy mintiendo.

—Señorita Sconner, haga el favor de dejar hablar a Delaware —dijo Craven, atravesándola con sus ojos dorados.

Jessica le devolvió la mirada con los párpados entrecerrados por la furia, pero guardó silencio. Si hubiera sido por ella, en aquel mismo momento habría tachado de falso y mentiroso a Máximo Delaware.

—El señor Hamilton negaba que tuviera nada más que el título de propiedad de la mina. Traté de hacerle entender que le habían timado y le ofrecí una buena cantidad de dinero por el documento, más de lo que él había pagado. Se negó a vender. El oro no apareció, y supongo que ahora esa propiedad ha pasado a sus manos —le dijo a Lara, que le miraba con la boca entreabierta, sin terminar de entender muy bien a qué venía todo aquello—. Si usted me lo permite, yo le vuelvo a hacer la misma oferta que le hice a su hermano y dejamos este asunto zanjado.

Jessica sintió pena por su amiga. Todo el asunto relacionado con la muerte de Edward estaba lleno de incógnitas.

—¿A cuál de sus hombres pertenecía esa pepita de oro? —preguntó Craven con una serenidad asombrosa.

Jessica prestó atención. No quería dejar escapar ningún detalle de aquella conversación. Su vida y la de su amiga estaban en juego.

Máximo miró al mestizo largamente antes de responder.

—Anthony Sears. No sabemos nada de él desde que murió el señor Hamilton.

—¿Y no es posible que ese hombre lo matara después de robarle? —preguntó Lara, que se había inclinado ligeramente hacia adelante.

Jessica observó cómo Delaware se encogía de hombros.

—Realmente, no puedo saberlo.

—Entonces, ¿por qué busca usted el oro si no le pertenece?

—Porque Anthony Sears se llevó varios caballos de mi propiedad, y pienso cobrármelo con su oro.

El ranchero levantó la vista hacia Jessica, que le miraba con perplejidad.

—No estará exigiéndole a mi amiga que le pague por lo que ha hecho su hombre, ¿verdad?

¡No podía creer la desfachatez que mostraba Delaware! Lara no era responsable del comportamiento que Edward hubiera tenido.

Delaware se puso en pie, observándola con dureza. Entre ellos estaba el sofá y Lara, por lo que Jessica se sintió protegida. Además, Craven tenía el cargo de ayudante del sheriff y no permitiría que ese hombre la atacara.

—¡No puedo hacer eso! No sería legal, señorita; por eso, le pido amablemente que si casualmente encuentran el oro me lo devuelvan.

Jessica vio que Craven entornaba los ojos, mirando al ranchero.

—Y en cuanto a la mina... —añadió Delaware, volviendo a mirar a Lara, que había tenido que levantar la cabeza para seguirlo—, le compraré ese trozo de tierra que a mí tanto me interesa y que a usted no le sirve para nada.

Se notaba a la legua que el hombre estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano para no levantar la voz más de lo debido. Aquél era un tema del que no tenía por qué enterarse nadie más.

—¿Y si realmente hay oro? —insistió Jessica, provocándole.

La joven sintió la fría mirada del ranchero sobre ella. Con toda seguridad,

se acababa de ganar un enemigo en la zona; otro más, contando a Craven Logan, a juzgar por la forma en que la había mirado.

—No lo hay —volvió a repetir Delaware, encogiéndose de hombros y con el rostro colorado a más no poder—, pero pueden echar un vistazo cuando quieran.

La mirada del hombre la recorrió de arriba abajo lentamente, y Jessica apretó más el bolso contra sí misma, temiendo que él adivinara lo que escondía en el interior.

—No las imagino buscando oro. ¿Saben los gastos que podría ocasionar ese tipo de trabajo?

Lara se levantó, y Darius y Craven la imitaron.

—La mina de la que habla...

Delaware la interrumpió antes de que pudiera acabar la frase.

—Se encuentra hacia el oeste, cerca de las praderas. Posee una cabaña destartalada y un pozo de agua. Vayan a visitarla si quieren y estudien el asunto. ¿Qué les parece si en una semana nos volvemos a reunir y hablamos de nuevo de la venta? Aunque, si quieren, podemos zanjar el asunto ahora... —insistió, sacando un fajo de billetes que agitó ante todos.

—Le echaremos un vistazo —afirmó Jessica, levantando la barbilla. Quizá Delaware había logrado convencer a los otros, pero a ella no—. Y buscaremos el documento —dijo, aunque imaginó que se trataba del trozo de papel que se había metido antes en el bolso—. Dentro de una semana habremos considerado su oferta; después de todo, nos quedaremos un poco, a ver si aparece ese Anthony Sears —concluyó, ganándose una mirada reprobadora de Craven.

—Haremos eso —convino Lara con voz suave y decidida.

—Como ustedes prefieran, señoritas. —Delaware se sacudió la chaqueta con incomodidad—. Espero que mientras estén aquí tengan una agradable estancia, y por supuesto, pasen a visitarme si cambian de opinión.

Esperaron a que Delaware se despidiera, y entonces Jessica corrió a sentarse; las piernas le temblaban como un flan y su corazón galopaba salvajemente.

—¿Nos vamos a quedar una semana? —le preguntó Lara, colocando las



manos en la cintura—. Creía que no te gustaba estar aquí.

—¡Y no me gusta! —Jessica miró a Craven, que se había convertido en una dura estatua de granito—. Ahora ya sabe quién asesinó a Edward. Deben buscar a ese Sears.

—De ser así, es un tema que no me incumbe, señorita —respondió Craven con voz glacial—. Anthony no es de los míos. De todas formas, les aconsejo que metan todas sus maletas en el carruaje y se marchen de aquí por donde han venido.

—¿Eso es una amenaza? —inquirió Jessica, nerviosa.

Craven Logan no contestó y se limitó a mirarla con el entrecejo fruncido.

—¿Y qué pasa con esa mina? —preguntó Lara.

—¡Véndala! El oro desapareció de aquí hace mucho tiempo. Delaware tiene razón; esa mina pasó de mano en mano hasta que Thompson se encargó de ella, y el único motivo fue porque odiaba a Delaware y durante mucho tiempo hizo lo imposible para joderle. —Las jóvenes se ruborizaron ante su rudo lenguaje—. Thompson habría vendido las tierras al mismo diablo con tal de que Delaware no las consiguiera nunca.

—¿Eso cree usted? —le dijo Jessica, furiosa, poniéndose en pie nuevamente. Nadie tenía derecho a echarlas de Cheyenne. ¡América era un país libre!—. Yo, en cambio, creo que nadie puede decirnos la verdad porque no saben qué ha ocurrido con exactitud. —Se le encaró, fijando en él su brillante mirada azul—. Pienso que Edward compró esas tierras y encontró oro; Delaware quiere apoderarse de ellas, y por eso le mató.

—¿Eso es lo que piensa? —Los ojos de Craven se entrecerraron al mirarla, logrando que algo se agitara en su interior—. En cuanto oyen la palabra *oro* todos los blancos se vuelven egoístas y, hasta que no se arruinan, no cejan en su empeño.

¿Por qué el lakota se había enfadado tanto? Jessica había dado un paso hacia atrás y, al chocar con el sillón, había vuelto a sentarse.

—Mi consejo es que lo venda, señorita —repitió Craven, ahora dirigiéndose a Lara—. Aquí corren peligro. Gánese una importante suma de dinero, coja a su amiga y pongan tierra de por medio. No saben dónde se están metiendo.

Jessica observó a Lara con intensidad.

—Vamos a esperar una semana —contestó Lara firmemente—. Si para entonces no hemos encontrado nada...

—Pero ¿qué esperan encontrar en una semana? —Craven se volvió hacia Darius como si no quisiera seguir discutiendo con ellas—. ¿Acaso creen que es cuestión de entrar en la mina con una lámpara y ya está?

Darius tragó con dificultad. No tenía ni idea de minas ni de yacimientos. Él sólo estaba ahí porque era el mayordomo de Lara, y si las mujeres decidían quedarse una semana más, todo lo que él dijera caería en saco roto.

—Trabajo para la señorita Hamilton, y aunque pueda estar de acuerdo con usted...

—¿Está de acuerdo con él? —le reprochó Jessica. Las mejillas de Darius se encendieron mientras la mirada de Craven se volvía aún más salvaje—. Por investigar un poco no perdemos nada, y si la finca además tiene una pequeña cabaña nos podemos alojar allí. ¿No sabría usted por casualidad dónde puedo contratar a una doncella, señor Logan?

Craven la miró atónito, como si estuviera loca, y ella sintió deseos de reír. ¡Por fin había dejado al mestizo con la boca abierta!

El hombre dijo algo entre dientes en francés. Jessica no entendió nada, pero lo prefirió, porque supuso que no se trataba de nada bonito y sus delicados oídos no estaban dispuestos a oír reproches. Craven se marchó sin despedirse siquiera, como un verdadero salvaje haciendo gala de su naturaleza.

## Capítulo 6

Los últimos rayos de sol caían sobre Cheyenne con pereza. Los tonos ocres y burdeos del paisaje no lo hacían tan desalentador como en un principio Jessica había creído, y además había bastante gente caminando por las calles en armonía. Tan sólo una vez debieron cobijarse bajo un amplio porche, cuando varios hombres pasaron galopando velozmente por el centro de la vía.

Jessica se fue animando a medida que avanzaban por la acera de madera. Habían recorrido un buen trecho sin haber visto nada fuera de lo normal y la tranquilidad se respiraba en el ambiente. El hecho de que una ciudad como aquélla fuera bastante tranquila durante el día se debía a las tropas del general Smith y las rondas de guardia.

Era agradable ver a hombres uniformados saludándolas con sonrisas y caballerosas inclinaciones de cabeza. Uno de ellos las había ayudado a evitar un charco rodeado de barro. El hombre se había mostrado preocupado cuando Jessica estuvo a punto de meter su lindo pie en el lodo. Había sido muy amable y educado; la había tomado de una mano y, rodeando su cintura con el brazo libre, la había llevado hasta el siguiente tramo seco. Ella se habría negado si el hombre no hubiera sido tan guapo y atractivo, pero aquella mirada de ojos negros, cálidos y profundos era tan cautivadora...

¡Qué distintos a los ojos del señor Logan! Los de Craven eran tan fríos y calculadores... No obstante, había algo en él que la atraía sobremanera, y no podía decir si tan sólo era curiosidad. Mentalmente lo llamaba «indio», aunque sabía que era un mestizo; un lakota, eso era lo que él había dicho. ¿Acaso había alguna diferencia? Se había criado entre salvajes, durmiendo al

aire libre, cazando. ¿Qué se podía esperar de un hombre sin civilizar? Y sin embargo, se sentía atraída por él hasta la médula. Nunca había conocido a un hombre tan apuesto y espectacular.

No le gustaba su forma de vestir ni la manera como la trataba; se notaba a la legua que educación tenía la justa. Pero había algo en él, en su belleza exótica y en su voz con ese acento especial, que la fascinaba... Tenía el mentón firme, y el negro cabello se le rizaba de una forma muy juvenil y atractiva bajo la nuca. Aunque llevaba el pelo corto, para el gusto de Jessica continuaba estando demasiado largo; aun así, debía reconocer que le quedaba estupendo porque le daba un aire peligroso, al igual que sus ojos de gato. Eran hermosos discos de oro, algo que había podido comprobar sobre todo cuando había mirado a Lara de un modo agradable.

Jessica no pudo contar las veces que a ella la había mirado... normalmente; incluso cuando habían hablado en la puerta de la oficina del sheriff, la había observado con ojos acerados.

Craven tenía además unas cejas elegantes, y estaba segura de que también debía poseer una bonita sonrisa, en el caso de que el lakota sonriera alguna vez, cosa que dudaba. Su rostro, en conjunto, era hermoso; sus hombros, anchos; su cuerpo, atlético, seguramente por montar mucho a caballo o correr por las praderas haciendo las cosas que hicieran los indios. Era muy alto, por lo que parecía más delgado de lo que era en realidad. Jessica lo había tenido muy cerca en un par de ocasiones y se había fijado en su pecho fuerte y amplio.

Por su parte, el teniente Carlo Rider, el joven caballero que había salvado sus zapatillas, también tenía su encanto: cabello oscuro, sin llegar a ser negro; ojos color chocolate fundido; rostro más bien cuadrado, quizá incluso demasiado. También era bastante alto y fibroso, al menos eso había notado cuando la había levantado en brazos. Su rostro le había transmitido amabilidad y cierto interés por ella; de eso se había dado cuenta cuando se había demorado en soltarla y había apretado su cuerpo con excesiva intimidad. Se había sentido tan sorprendida que, antes de que pudiera amonestarle, el hombre había corrido a presentarse, y esa noche precisamente irían a cenar. Lara también los acompañaría; después de todo, ella estaba

prometida en Nueva York.

La ciudad apenas eran cuatro manzanas de calles anchas con edificios tanto de madera como de piedra. Junto a las paredes de los comercios había diversos bancos para que la gente se sentara a descansar o mirar a los transeúntes que paseaban, y sobre los muros de algunas edificaciones, lustrosos carteles con retratos de los bandidos más buscados informaban a los ciudadanos de la cuantía de la recompensa. ¡Nadie hubiera dicho que aquella ciudad se llenaba de alborotadores todos los sábados por la noche!

Llegaron al hotel cuando las luces de las fachadas, pocas, comenzaban a iluminarse. Tendrían el tiempo justo para asearse un poco y vestirse. ¡Qué mala suerte que no supiera dónde contratar a una doncella! Podría poner un anuncio en recepción; quizá tuviera suerte.

Alce Gris se incorporó de la pared entelada donde había estado apoyado. Llevaba un buen rato en el corredor, esperando a que la señorita Hamilton llegara. No había querido hacerlo en recepción para no llamar mucho la atención. Él no solía ir a la ciudad muy a menudo.

Observó a la joven que caminaba directamente hacia él sin verlo. El pasillo estaba bien iluminado y su cuerpo en mitad del camino resultaba evidente. Sólo cuando Jessica estuvo a un paso de él, levantó la cara y lo miró con sorpresa. La expresión de su rostro fue graciosa; parecía que hubiese visto un fantasma. ¿Temía que fuera a violarla y a cortarle la cabellera ahora que estaban solos? Sintió ganas de reír, pero no lo hizo porque aún seguía muy cabreado con ella por querer quedarse en Cheyenne a buscar oro y enfrentarse ni más ni menos que a Delaware. ¡Qué estupidez! Lo único que iba a encontrar sería a un oficial como con el que había tonteado en plena calle, Carlo Rider, al que tendría que abrirse de piernas una vez cada dos meses cuando regresara de la expedición. No sería la primera dama que caía en las redes de aquel tipo. Pero ¿acaso nadie le había enseñado que no hablara con extraños? Esa mujer iba a necesitar mucha ayuda si quería hacer lo que tenía planeado.

—¡Señor Logan! —logró decir ella, dando un paso hacia atrás. Sus ojos azules brillaron, sorprendidos.

—Esperaba poder hablar con la señorita Hamilton. Abajo me dijeron que no se alojan juntas.

—No. Lara está en otra...

—Realmente, no me importa —le dijo, mirándola con intensidad; cada vez que la veía, más bonita le parecía la condenada—. Puedo hacerlo perfectamente con usted, señorita Jessica. ¿Entramos en el dormitorio?

—¡Claro que no! —exclamó ella al mismo tiempo que sus tiernas mejillas enrojecían.

Craven la observó con una ceja arqueada. Pero ¿qué se pensaba que quería de ella? Después de todo estaba evitando que la vieran con un mestizo, alguien a quien se consideraba mucho peor que a un nativo.

—Pues hablemos aquí.

Él no tenía ningún problema, así que se cruzó de brazos. La vio dudar unos segundos, y por fin ella, asintiendo, caminó hacia su habitación. Siguió sus estrechas caderas, fascinado.

Una vez dentro, él cerró la puerta y apoyó la espalda contra la madera. Su mirada de león recorrió la estrecha estancia; por lo visto, el dueño del hotel decoraba igual todas las habitaciones. Apartó los ojos de la cama cuando la vio dirigirse hacia allí y sentarse como si él no existiera. Tragó con dificultad; la joven le miraba con expresión extraña.

—Usted dirá. Puede sentarse en esa silla, si quiere —señaló. Su voz temblaba, nerviosa.

Craven se acercó hasta la silla, pero no se sentó; prefirió que ella le mirara desde una posición más baja. De todos modos, su determinación no duró mucho, hasta que sintió una repentina excitación en la parte más delicada de la entrepierna. La mujer había dejado caer las zapatillas al suelo y movía los dedos de los pies, encogiéndolos y estirándolos. ¿Cómo era posible que se excitara tanto con sólo ver esos delgados tobillos? ¿Lo estaba provocando a propósito?

La piel cremosa que la falda dejaba ver cuando involuntariamente se levantaba le atraía como un imán y se descubrió deseando saber qué escondía esa mujer bajo la prenda. Entonces decidió sentarse con su postura habitual: las piernas ligeramente abiertas, con los codos apoyados en ellas y las manos

entrelazadas flojas.

—¿De verdad piensa alojarse en la cabaña de Thompson?

—Sí. Ya lo hemos decidido. ¿Usted se ha creído alguna palabra de lo que ese hombre ha dicho? Yo sinceramente no me trago el cuento.

Craven suspiró. No podía creer lo que estaba a punto de hacer. Sabía que acabaría arrepintiéndose.

—Va a necesitar ayuda cuando llegue allí. La casa no está en condiciones para vivir, por no hablar del equipo que precisará.

—Pensaba poner un anuncio en recepción.

—¡Desde luego, tendría éxito! Todos los ladrones y las ladronas de la ciudad acudirán a la entrevista —se mofó él.

Esa mujer estaba como una cabra; incluso barajaba la posibilidad de que fuera una loca en busca de superación personal o algo así.

—No se me ocurre otra manera de hacerlo.

Jessica apoyó las manos en el colchón, inclinándose hacia atrás. Mecía los pies en el aire como si entonara una canción.

Craven se movió hacia un lado, tratando de aflojar la tensión del pantalón contra su miembro. La joven lo estaba volviendo loco, y la paciencia no era su punto fuerte.

—¿Podría quitarse ese ridículo sombrero? —dijo con voz baja y suave. Deseaba poder ver su cabello; había pensado en ello durante todo el día.

—No —contestó ella, encogiéndose de hombros.

Craven trató de ocultar su decepción.

—Voy a ayudarlas. Conseguiré personal que repare un poco la casa; también conozco una muchacha a la que le agradecería trabajar para ustedes. La fascinan las señoritas de ciudad.

Y era verdad. Amina le rogaba que le permitiera acompañarlo siempre que debía viajar al este. Él había prometido llevarla la próxima vez que fuera. Era su hermana pequeña y le había ayudado a criar a Amaru, pero ya no era tan niña como creía. Su madre le había hablado tanto de las ciudades del este que era su sueño máspreciado. Como quería ver cumplido el deseo de su hermana, había programado una larga estancia en Nueva York para finales de año. Amina, Amaru y él viajarían para las Navidades.

Jessica había mostrado una gran sonrisa al saber que había alguien que podría ayudarla.

—Se llama Amina. Es una lakota como yo.

—¿Habla mi idioma? —preguntó Jessica con preocupación, enderezándose.

—Lo entiende perfectamente. No tendrá ningún problema con ella; es una joven muy dulce y cariñosa. También es muy sensible y puede pagarle enseñándole sus costumbres. En breve viajará al este a buscar esposo.

—¡Ah, vale! ¿Cuándo podría conocerla? —quiso saber ella, entusiasmada.

Era la primera vez que la veía sonreír con sinceridad; una sonrisa que se reflejaba bailoteando en sus alegres ojos azules.

—Mañana la traeré conmigo. Dígame, señorita Jess, ¿cómo...?

—Puede llamarme Jessica o señorita Sconner.

—Me gusta más Jess —respondió él, sin hacerle caso—. ¿Cómo piensa sufragar los gastos? ¿Un pagaré, en efectivo?

La vio dudar. Se mordía el labio inferior y lo estiraba con los dientes hacia arriba de manera muy sensual.

—Porque tiene usted dinero, ¿verdad? —insistió Craven.

—¡Claro que sí! —dijo ella ofendida, levantando la nariz con orgullo—. Soy Jessica Dorothea Sconner de Lampert, y mi familia es una de las más notables de Nueva York —puntualizó, aunque parecía que iba desinflándose a medida que hablaba—, pero imagino que mi padre me habrá cancelado la cuenta al escaparme —murmuró, casi como si no recordara que estaba hablando con él.

—¿Me está diciendo que no puede pagar los gastos?

—¡Por supuesto que puedo! No se preocupe por eso. —Agitó la mano—. Dígame cuánto necesita, cuándo lo quiere y cómo, y se lo entregaré. ¿Aquí hay bancos? —Él asintió—. ¿Y oficina de correos?

—Señorita Jess, esta ciudad tiene de todo.

Craven se levantó, nervioso. Había comenzado a sudar observando los mohínes que ella hacía con la boca. Deseaba saborear al menos una vez aquellos labios. ¿Cómo sabrían? ¿Serían tan dulces como parecían? Iría a



casa de Lucy; necesitaba tomar un trago y despejarse.

—Recuerde que no debe salir por las noches.

—¿Vive en la ciudad, señor Logan?

—En la reserva, a unas millas de aquí, cerca de las montañas.

—¿Y ahora se va allí?

—Debo terminar algunas cosas, y sí, me voy con mi familia.

Prefirió no comentarle que se quedaría con Amaru en la ciudad. No sentía ningún deseo de hacer de guía a las damas.

—¡Ah, claro!

—¿Por qué dice que le han cancelado la cuenta? ¿De dónde se ha escapado? —preguntó Craven de pronto, curioso.

¿De qué huiría una jovencita con pinta de no haber roto un plato en su vida?

—No es asunto suyo —respondió Jessica, categórica. Una respuesta muy escueta para alguien a quien le encantaba hablar.

—Depende; trabajo para la autoridad. —Craven quería saber de qué se había escapado o de quién, y tarde o temprano lo averiguaría.

Ella se puso en pie, y Craven no dejó de advertir cómo el corpiño se ceñía contra sus pechos y aumentaba ligeramente el volumen del escote. Agitó la cabeza y se volvió hacia la puerta.

—Pida que le suban la cena —le aconsejó, cambiando de tema, pues estaba seguro de que ella no iba a aplacar su curiosidad.

—Tengo que bajar —respondió ella. Cuando Craven se volvió de nuevo a mirarla, la encontró rebuscando en el ropero—. El teniente Carlo Rider nos ha invitado a Lara y a mí a cenar. ¿Visten muy elegantes las mujeres por aquí?

Craven apretó los puños con fuerza. De modo que esa estúpida comenzaba a caer en las redes del oficial. ¡Que hiciera lo que quisiera! Él ya se había ofrecido a ayudarla, pero no se convertiría en su carabina. Ya era bastante mayorcita para saber lo que quería, ¿o no? Tal vez debería ir a hablar con la señorita Hamilton, que parecía la más cuerda de las dos; aunque bien mirado, sabiendo que ambas habían decidido quedarse en una tierra desconocida y árida para buscar oro, no se veía sensatez por ninguna parte.

—Da lo mismo lo que se ponga. Llamará la atención igualmente.

Jessica, inclinándose, mostró involuntariamente las formas de su trasero, y Craven sintió el fuerte deseo de cogerla por detrás, quitarle el sombrero y tenderla sobre la cama...

—Disfrute de la noche, que pronto empezará el trabajo serio.

—Muchas gracias, señor Logan —le respondió ella por encima del hombro, sin mirarlo.

Él abandonó la habitación cerrando la puerta con tanta suavidad que ella no se dio cuenta de que estaba sola hasta pasado un buen rato.

## Capítulo 7

La noche transcurrió plácidamente. El teniente Carlo Rider supo amenizar la velada con divertidas anécdotas que las hicieron reír de continuo. Ese hombre tenía una gracia especial al narrar cualquier cosa, y ellas lo encontraron tan divertido que entre las dos le picaron para que no dejara de hablar en toda la noche.

Darius también los acompañaba. Últimamente compartían mucho tiempo y, antes de regresar a casa, era seguro que le considerarían como a uno más de la familia. Tanto el sirviente como el oficial se disputaron las atenciones de las neoyorquinas; las halagaron, las entretuvieron.

Como habían oído que el circo que se había instalado en la ciudad ofrecía su última función, decidieron acercarse, pero tuvieron mala suerte porque llegaron demasiado tarde y ya no quedaban localidades.

La primera vez que actuó un circo en Cheyenne, la gente lo había recibido con la boca abierta, entusiasmada sobre todo con los domadores de leones. Pero aquellos últimos años todo lo que llegaba no valía la pena; sin embargo, eran tan pocos los artistas que se acercaban hasta allí que el circo siempre estaba lleno. No solían quedarse mucho tiempo en un mismo sitio para no crear ningún tipo de lazo afectivo con nadie.

—Podemos ir a un café que está muy cerca del hotel. Es una lástima que no hayamos podido entrar.

—No pasa nada, de verdad.

Jessica miró de soslayo la carpa de gruesas rayas rojas y blancas, con un poquito de pena por no poder entrar. La lona estaba destrozada por varios

sitios y las rayas ya no eran blancas, sino que tenían un tono gris sucio que se difuminaba con el rojo.

Los animales se hallaban expuestos en jaulas metálicas, y aunque habían colocado una especie de límite para que el espectador no se pudiera acercar, la gente pasaba libremente para admirar al tísico león que yacía con la mirada perdida en el vacío.

—El león —musitó Carlo a su oído.

Jessica dio un respingo, pero no se movió de donde estaba. El cálido aliento del hombre acariciaba su mejilla.

—Es uno de los mayores depredadores del mundo.

—Ahora no tiene pinta de ser eso que usted dice —contestó ella, apartándose a una distancia prudente antes de dedicarle una sonrisa.

—Si me hubiera acordado antes... —se volvió a lamentar Carlo—. Aquí no hay mucha animación, pero en el establo de las herraduras algunas noches organizan un baile.

Jessica se mostró ufana. Carlo era un hombre muy insistente. Le había dicho que estaba cansada de mil maneras distintas, siempre sutiles y con una sonrisa pintada en los labios; pues él no lo había entendido todavía. Luego estaba la forma en que trataba de coger su talle una y otra vez. ¿No se daba cuenta de que ella lo estaba evitando a propósito? Nunca le habían gustado mucho los aprovechados. Doña Petunia Doors decía que de ellos se podía aprender mucho siempre que no se les dejara llegar más lejos. De momento, no había aprendido nada que no supiera, pero reconocía que se sentía segura caminando del brazo de un oficial del ejército en un lugar tan peligroso y desconocido. Carlo era demasiado amable y jovial, cualidades que la retraían a cortar una relación y aún más una amistad. Pronto se irían a la cabaña del tal Thompson y quizá ni siquiera le volvería a ver.

—De verdad, señor Rider, no tiene importancia. Además yo pensaba retirarme temprano. —Jessica no sabía cómo sería ese establo, pero tampoco tenía muchas ganas de saberlo—. De todos modos, ya le he prometido que antes de regresar a casa pasaremos a despedirnos.

—¡Faltaría más! Me enojaría muchísimo —dijo, y le guiñó el ojo, jovial.

Jessica disfrutó mucho de aquella velada. Quizá había sido la mejor que

habían pasado desde que habían salido de Nueva York, aunque hubiese tenido que esquivar continuamente las manos del elegante oficial.

Había lucido hermosa a pesar del sobrio recogido que ella misma se había hecho. El vestido de tonos fuertes había llamado la atención de las demás mujeres tal y como Craven había augurado, pero no le había importado en absoluto; estaba acostumbrada a las cosas bonitas y a sentirse bella. Imaginaba que una vez que se mudaran a la cabaña de Thompson no tendría a quién mostrar sus elegantes vestidos.

El motivo de trasladarse a la mina no había sido solamente la búsqueda del supuesto oro; tal vez Craven y Delaware tenían razón y estaba seca. En realidad, lo que ella quería era retrasar el momento de su regreso a Nueva York, por razones más que obvias. No deseaba enfrentarse a su padre y a la arpía. Nada la retenía en su lugar de residencia, excepto su próximo enlace, y parecía que Lara tampoco tenía mucha prisa por volver. Al contrario, esta última estaba empezando a tener ideas extrañas sobre comenzar una nueva vida...

Antes de marcharse a dormir, Jessica acompañó a Lara hasta el dormitorio y se quedó un rato con ella. Le contó que había encontrado el oro y el título de propiedad de la mina, que incluía una especie de mapa totalmente ininteligible para ellas.

Lara se asustó, sobre todo cuando vio la enorme pepita, que brilló bajo la lámpara de aceite.

—Si el señor Delaware se entera de que nosotras tenemos el oro, correremos peligro. ¿No sería mejor comentárselo al sheriff?

—No tiene por qué enterarse nadie, Lara. ¿Qué pasa si realmente pertenecía a tu hermano? ¿Vas a dejar que ese hombre se salga con la suya? Edward habría muerto por nada.

—¡Claro que no! Mi hermano no querría eso, pero de haberlo sabido antes, no habríamos hecho planes para quedarnos.

—¿Y si la mina tiene oro?

—El señor Logan lo sabría.

—Ese hombre trabaja para la ley, pero no tiene por qué decirnos la verdad.

Jessica no comprendía por qué Lara se fiaba tanto de Craven, cuando se habían conocido ese mismo día. Ella no confiaba mucho en él por las sensaciones que le provocaba.

Lara la miró con expresión de incredulidad en el rostro.

—No creo que saque nada por mentir. Parece un buen hombre y está bastante interesado en que todo se resuelva con prontitud; de no ser así, no se habría ofrecido a ayudarnos, ¿no te parece?

Finalmente, Lara le dio la razón a Jessica, así que decidieron acudir al banco a primera hora de la mañana y guardar el secreto.

Mucho más tranquila después de habérselo confesado todo a su amiga, Jessica se retiró a su dormitorio. Ahora por fin podría descansar dejando a Lara al mando de su nueva aventura.

Lara adoraba llevar las riendas de todo lo que la rodeaba. Siempre había presumido de mano firme e inflexible y se sentía importante haciendo obras para los demás. Jessica la había respetado desde el mismo momento en que empezaron a compartir mesa en la escuela, aunque no se hicieron amigas hasta tiempo después. Lara fue una niña rolliza, de mofletes sonrosados y perfectos tirabuzones que su aya se empeñaba en hacerle todos los días. Más que acomplejada realmente se sentía abandonada, desamparada... Las niñas no querían jugar con ella porque les parecía una muñeca repollo. A Jessica, en cambio, acabó por entusiasmarla; aunque le parecía demasiado cursi en comparación con ella, que era un puro diablillo, cultivó su amistad gracias al humor sarcástico que Lara utilizaba en muchas ocasiones, sobre todo cuando se defendía de los comentarios hirientes de las demás.

Ariadna le había comentado a Jessica en alguna ocasión que ir siempre acompañada de Lara la iba a perjudicar a la hora de prometerse, puesto que ningún hombre se fijaría en ellas; pero Ariadna estaba equivocada. El aspecto dulce y sensible de Jessica y los comentarios de Lara llamaban la atención tanto como una antorcha en la oscuridad. Nunca les habían faltado amigos; tal vez pretendientes sí, pero ¿para qué los querían?

Con el tiempo, Lara cambió su forma de vestir y de peinar. Bajó de peso gracias a la equitación diaria y eliminó de sus ropas los anchos volantes de la cintura, que la hacían tremenda. Ambas se ayudaban mutuamente, como si

entre ellas guardarán un equilibrio, y si una caía, la otra también.

Aunque lo habían pasado bien esa noche, Jessica se sentía un poco decepcionada; había esperado ver a Craven, imaginando que no podía hallarse muy lejos, pero no había aparecido. No sabía muy bien qué le pasaba con él. El tipo parecía estar siempre enfadado, al menos eso indicaban sus ojos dorados cuando la miraban tan intensamente como lo habían hecho antes, pero entonces ¿por qué se había ofrecido a ayudarlas? No era que no se lo agradeciera; había pensado que no lo vería más que lo estrictamente necesario para el desarrollo de la investigación del asesinato de Edward.

Por eso, verlo en el corredor la había sorprendido. ¡Aún no podía creer que hubieran estado a solas en la habitación! ¿Se habría dado cuenta él de lo perturbada que estaba? Había tratado de aparentar una tranquilidad que no sentía. La fuerte presencia del hombre vestido con aquella túnica de flecos que se abría en el inicio de su pecho había logrado que se le secase la boca y que extrañas imágenes cruzaran por su loca cabeza; incluso había llegado a perder el hilo de la conversación en algún momento. ¿Cómo sería hacer el amor con un lakota? Si Craven se enteraba de sus pensamientos, ella se moriría de vergüenza. Debía dejar de actuar de manera tan infantil, pues de lo contrario él podría comenzar a sospechar. Una muchacha educada y de buena posición anhelando el cuerpo de un indio... ¿Dónde se había visto eso?

Los próximos días se aferraría a la idea de su compromiso con más fuerza que nunca. Pensar que alguien la esperaba en Nueva York para casarse la ayudaba a centrarse y no mirar a los hombres como si alguno de ellos pudiera interesarle. Ciertamente, ni Darius, ni Rider, ni Craven conseguirían hacer mella en ella, y mucho menos este último. ¿Por qué no podía apartarlo de sus pensamientos?

La función acabó y la gente se apresuró a salir al mismo tiempo, abarrotando el pequeño hall cubierto por una lona. Los más pequeños chillaban, emocionados, comentando la actuación. Amaru también iba dando brincos alrededor de su padre, contándole nuevamente lo que habían visto. Craven, en cambio, fingía prestarle atención cuando realmente estaba pensando en la tonta señorita Jess.

La había visto en la fila de las taquillas cuando él, Amina y Amaru se disponían a entrar. Le había llamado la atención el fuerte color de su vestido y, al reconocerla, había tenido que admitir que se veía terriblemente deliciosa, con su manera de moverse tan elegante y el orgullo pintado en el tierno mentón. Hubiera preferido no encontrársela, pues la imagen de ella y el oficial lo había perseguido desde entonces, y se sentía rabioso y malhumorado.

Amina había intuido que algo le ocurría, pero su hermano era un hombre que no soltaba prenda con facilidad. Imaginándose que debía tratarse de algo relacionado con su trabajo, lo había dejado pasar.

De camino a la posada de Rosa, una casa que dirigía un sioux que se había negado a vivir en la reserva, Craven se animó un poco, e incluso se incorporó a la conversación familiar.

La posada admitía toda clase de clientes, desde forajidos hasta soldados que no pernoctaban en el cuartel. No era un lugar muy grande, por lo que las pocas habitaciones siempre estaban llenas. Para alojarse allí había que avisar con tiempo.

Al día siguiente, las jóvenes fueron al banco. Por extraño que pareciera, el padre de Jessica no había cancelado su cuenta, y ella se prometió a sí misma agradecerse en cuanto tuviera la oportunidad; de hecho, en la oficina de correos le envió un telegrama para informarle de que se hallaban en buen estado y que pronto regresarían. No fue muy explícita en el mensaje porque no quería que su padre enviara a alguien a buscarla. Le dijo que se mantendría en contacto con él siempre que pudiera.

Un gran barullo las sobresaltó cuando se disponían a regresar al hotel. Caminaban por una acera cuando alguien las empujó contra una pared cercana a la cantina. Seguidamente comenzaron a oírse disparos.

—Al suelo —las avisó un sujeto, arrojándose contra el piso.

Lara y Jessica lo imitaron, escondiendo la cabeza entre los brazos.

Las balas silbaron en todas direcciones e impactaron en carteles, cristales y puertas. Jessica se atrevió a mirar por entre los dedos. Dos hombres vestidos de oscuro ocupaban el centro de la calle y disparaban sin ton ni son.



Por cómo se movían saltaba a la vista que estaban ebrios.

Jessica era incapaz de pronunciar palabra. A un lado se encontraba Lara y, al otro, el hombre que las había advertido. Los tres se hallaban medio escondidos tras una valla mediana de gruesos tablones.

Varias personas, alertadas por el escándalo, habían salido por las puertas batientes de la taberna para ver qué sucedía. Jessica oyó a unas mujeres murmurando muy cerca de ella; la conversación provenía de una ventana lateral. Soló pudo mirar un instante y apartó la vista en seguida al verlas vestidas de forma indecente. Había oído hablar de los prostíbulos; en Nueva York también los había, aunque supuso que más discretos. Siempre había tenido curiosidad por saber cómo eran o cómo vestían las chicas, pero en ese momento lo único que sentía eran unas intensas ganas de llorar y salir corriendo a la seguridad de Sconner's House.

—Llegan Bradford y sus ayudantes —susurró la persona que estaba al lado, levantando ligeramente la cabeza.

Los hombres habían dejado de disparar y un profundo silencio había invadido la calle. Nadie era capaz ni de soltar un suspiro. Por su parte, Jessica estaba al borde de las lágrimas. Si aquellos hombres las veían, dispararían. Era como un juego para ellos, y estaban disfrutando de lo lindo.

—¡Slater, Tomás! ¡Soltad las armas ahora mismo si no queréis que os reviente la cabeza! —La voz del sheriff Stone sonó bastante clara.

Se oyeron varios percutores.

—¡Vamos, Bradford, no nos estropees el día! ¡Estamos de celebración!  
—gritó uno de ellos, agitando la mano armada hacia el cielo.

—¡He dicho que arrojes el revólver, Tomás! A tu padre no le va a gustar nada esto cuando se entere.

De mala gana, el que se llamaba Tomás lanzó el arma al suelo y, con el pie, la empujó de una patada hacia el sheriff. Su compañero le imitó y, poco a poco, la gente comenzó a asomar la cabeza desde su escondite.

—¿Se encuentran bien?

Jessica creyó oír la voz de Craven y se volvió hacia el sujeto que tenía a su izquierda. El hombre ya se estaba levantando. ¿Se estaría obsesionando con el mestizo?

—¿Se encuentra bien? —repitió la voz, que provenía de lo alto.

Giró la cabeza cuando sintió que alguien la tomaba por la cintura con la intención de ayudarla. El rostro preocupado de Craven apareció ante ella de improviso.

—¿Señorita Jess?

La joven espiró con fuerza. No se había dado cuenta de que había retenido el aire todo el tiempo. Temblaba de miedo, y su corazón no había dejado de galopar desde que habían aparecido aquellos tipos.

—¿Hay algún herido? —preguntó alguien.

Jessica no prestó mucha atención a los demás, sólo al fuerte brazo que rodeaba su cintura. Si Craven la soltaba en aquel momento, era seguro que se caía al suelo; además, la reconfortaban el calor de su brazo y el agradable olor que desprendía su cuerpo. Llegó a oír los agitados latidos del corazón del lakota, y sintió su aliento sobre la frente.

—¿Está bien? —insistió Craven, esa vez en su oído.

La sensación de un dulce cosquilleo se extendió rápidamente por su cuerpo, y se estremeció. Por un lado, quiso dejarse llevar por aquellos sentimientos tan desconocidos para ella, pero al mirar hacia el centro de la calle y observar que los dos tipos se habían arrodillado con las manos en la nuca, sintió pavor y, sobre todo, una mezcla de nostalgia y repentino deseo de regresar a Nueva York.

—Creo que sí —susurró, insegura. Estaba muerta de miedo y se le habían humedecido los ojos—. Esos hombres estaban de celebración y, por culpa suya, podría haber muerto cualquiera que se cruzase en su camino. —La angustia hizo temblar su voz y le sobrevino un ahogado sollozo—. No logro entender esa clase de diversión —añadió, y rompió a llorar, aliviada de seguir con vida.

Craven la estrechó con ambos brazos, y ella, alzando las manos, rodeó su cuello y sollozó contra su garganta.

—La gente está muy loca —murmuró él en tono compasivo.

Jessica asintió, sorbiendo por la nariz.

Estuvieron así mucho más tiempo del necesario. Jessica se sentía muy a gusto y a él no parecía importarle. Craven, no obstante, abrió los brazos

cuando varias personas se congregaron en torno a ellos para saber si se encontraban bien. Ella lo miró, agradecida, unos segundos antes de soltarle el cuello.

—Voy a llevarla al hotel. —Lara la tomó del codo y rodeó su cintura con el otro brazo—. No queda mucho camino desde aquí.

Craven la dejó en manos de Lara y, después de ver que todo estaba solucionado, se alejó de allí en dirección a su montura. Jessica lo vio partir con el rabillo del ojo y se sintió... sola.

## Capítulo 8

Cuando Lara y Jessica entraron en el hotel, una joven india de hermosos ojos pardos se les presentó como Amina. La muchacha vestía una angostas y tosca falda con una blusa de mangas afaroladas. Llevaba el cabello, largo y negro como el ala de un cuervo, recogido en una trenza que le rozaba el inicio del trasero.

Amina tenía el mismo ligero acento extranjero que Craven, pero su inglés era perfecto y la utilización de los verbos, inmejorable. Lara en seguida trabó confianza con ella, y Jessica se alegró porque no se encontraba con ánimos de nada más que de encerrarse en su habitación.

En el cuarto, Lara la ayudó a desvestirse y no se marchó de allí hasta que Jessica se quedó profundamente dormida tras tomar unas hierbas tranquilizantes.

Después del incidente de los pistoleros, el sheriff se había pasado por el hotel para interesarse por la salud y la estancia de las damas. Más tarde, Lara y Jessica se enterarían de que uno de esos hombres era el hijo de Delaware, y el otro un amigo.

Por su parte, Darius se había encargado de comprar lo necesario para abandonar la ciudad cuanto antes, siempre bajo la atenta supervisión de Alce Gris; parecía que ambos se llevaban bien. Tenían previsto marcharse a la cabaña de Thompson al día siguiente y se habían propuesto salir antes de que amaneciera.

Jessica se había tapado la cabeza con las mantas para no seguir oyendo los golpes en la puerta. Finalmente, salió de la cama al reconocer la voz de su amiga. Cuando abrió, Lara la miró con el ceño fruncido.

—¿No has oído el aviso la primera vez? ¡Nos vamos! ¡Llevan un rato esperando abajo!

Lara entró en el cuarto, y ella se restregó los ojos con pereza.

—¿Qué aviso? Yo no me he enterado.

Lara arqueó las cejas, incrédula.

—Es raro, casi echamos tu puerta abajo. ¿Cómo te encuentras? ¿Has descansado?

—Sí, ya estoy bien. No sé qué me pasó que me quedé bloqueada. Pensé que alguna bala se escaparía hacia nosotras y que íbamos a morir. —Se estremeció de sólo recordarlo—. ¿Hice mucho el ridículo? Lo recuerdo como entre sueños.

—Nos llevamos un gran susto —contestó Lara—, y no te preocupes, tan sólo abrazaste a tu mestizo delante de... toda una ciudad. ¡Menos mal que aquí no nos conocen! Imagina que tu prometido...

—¡No hice nada malo! Sólo estaba asustada. Además, no es mi mestizo —añadió bajando la voz, ruborizada—. Y tampoco tengo tan claro que vaya a casarme.

Lara asintió. Estaba de acuerdo con ella.

—Yo tampoco lo tengo tan claro. Por cierto, tu mesti... el señor Logan le preguntó ayer por la tarde a Darius por ti. Quería saber si estabas bien.

Los labios de Jessica dibujaron una sonrisilla involuntaria durante unos segundos.

—¿Y qué contestó Darius?

—¡Qué más da! Lo importante es que el hombre se preocupa por ti. ¿No te parece extraño que siempre que le necesitamos esté cerca?

—Puede que sea casualidad —respondió Jessica con un mohín.

—¿Tú crees? Yo no estaría tan segura. Me he fijado en la forma en que te mira —soltó Lara, y puso cara de romanticona empedernida.

Jessica hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Que ayer me consolara no significa nada; habría actuado así con

cualquiera. Lo que no es normal es el ataque de histeria que me entró a mí.

Pero no quería seguir pensando en ello porque, analizándolo con frialdad, la verdad era que había tenido una reacción demasiado exagerada.

—No seas tonta, Jessy. A mí me abraza alguien como él hizo contigo en medio de la calle...

—Sí, igual que si fuera una cría —la interrumpió Jessica, y otra vez sus mejillas se enrojecieron.

—A mí no me lo pareció. ¡Vístete!

El montón de ropas chocó contra la cara de Jessica cuando Lara se lo lanzó. La joven se despejó del todo.

—¡Espera! ¿Ya me habíais avisado? —Se colocó el vestido encima del camisón—. ¡No he oído nada! —Buscó los botines debajo de la cama—. ¿Por qué tengo que correr tanto? Por que esperemos un poco más tampoco va a pasar nada. La cabaña esa no se va a mover del sitio.

—Eso es porque no has visto el rostro del señor Logan. Es un hombre muy ocupado, y encima de que nos ayuda...

—Porque él quiere; sé que lo hace de mala gana —señaló Jessica, terminando de recoger las cosas con prisa—. Se lo noto en la cara. ¿Sabes qué es lo que quiere? Que nos vayamos de aquí.

Se acercó a la ventana en un intento de ver al lakota y recordó lo cómoda que se había sentido entre sus brazos después del tiroteo. Le daba vergüenza volver a verle.

Lara la siguió.

—Espera, que te abotono el vestido —dijo tras ella.

Jessica era incapaz de estarse quieta.

—¿Está muy enfadado?

No podía ver a Craven desde ahí, pero podía imaginar alguna de sus duras miradas, y eso la preocupó.

—Por su aspecto, diría que bastante, aunque tampoco puedo estar muy segura porque no he cruzado ni una palabra con él; no es muy hablador, ¿sabes? ¡Listo! —dijo Lara al abrochar el último botón—. Vas a ir muy incómoda con el camisón debajo. ¡Venga!, si no te dejas nada, nos vamos ya.

Jessica se alisó el talle. La prenda interior formaba feas arrugas sobre su

cuerpo.

—¡Me lo tenía que haber quitado! —se quejó, saliendo detrás de Lara, que cargaba con su bolsa de equipaje.

La joven rezó para que Craven no se diera cuenta de lo estrecho que le quedaba aquel vestido con tanta prenda.

El sol aún no había hecho su aparición, aunque empezaba a clarear. En la calle, junto a la acera de tablones, esperaba una carreta abierta. Iba bastante cargada con herramientas y extraños artefactos que Jessica no había visto en su vida. Detrás se encontraba el vehículo de Lara, donde ésta estaba depositando su bolsa.

Craven parecía estar guardando algo en la alforja y tan sólo levantó el rostro un momento hacia ella antes de atar bien las cinchas y subir a la cabalgadura. Montaba un hermoso caballo pinto, de formas elegantes, cubierto por manchas oscuras y blancas.

—¿Sabe lo que significa antes del amanecer? —dijo el lakota.

Había acercado el animal hasta ella cuando se disponía a subir al coche. Su porte varonil y enigmático era sorprendente.

—Todavía no ha amanecido —respondió Jessica, irguiéndose.

Se levantó la falda y, perdiéndose en el interior, cerró la portezuela. ¿Qué se pensaba?, ¿que iba a soportar alguna clase de regañina por su parte? Estaba confundido. Desde luego, Craven no mandaba, pero era hermoso como un Dios. Su rostro moreno de bellas facciones quitaba el aliento. ¿Por qué se ponía tan nerviosa?

La portezuela se abrió con tal ímpetu que Jessica se asustó. El cuerpo de Craven llenó el hueco. Se había vuelto a bajar del caballo y la miraba con expresión curiosa.

—¿Está segura de querer ir a la cabaña de Thompson?

—Imagino que siempre será más seguro que deambular por la ciudad.

Él seguía estando serio, mirándola fijamente.

—Lo que pasó ayer no es algo que suceda con frecuencia, señorita; al menos, no a plena luz del día. —Iba a cerrar la portezuela, pero de pronto se detuvo con el picaporte en la mano—. Y otra vez no me haga esperar. Si digo antes del amanecer, no le busque las vueltas —añadió, y cerró, dejando a la

joven roja de vergüenza y sin darle tiempo a responder.

Como Darius viajaba en la primera carreta junto a Amina, Jessica se acomodó lo mejor que pudo en uno de los asientos.

—Procura no provocarle mucho, Jessy —dijo Lara, preocupada—. Craven parece un hombre muy peligroso, y de ese modo no harás que él se fije más en ti.

—Pues ya lo ha hecho. No me quita los ojos de encima —respondió Jessica con una mueca divertida y la mirada reluciente.

—Yo más bien diría que hoy desea cogerte por el cuello y ahogarte en el abrevadero más cercano. Ten cuidado, por si acaso.

—Eso también, pero no me da miedo; más de uno desea asesinarme... —Sus ojos brillaron—. Puede que al conocer al señor Logan sintiera un poco de temor, pero he llegado a la conclusión de que trabajando para la ley no puede ser un hombre tan malo, ¿no?

¿Por qué trataba de convencerse continuamente? Craven Logan era un indio y nada de lo que hiciera cambiaría ese hecho.

Durante el trayecto, Jessica se atrevió a observarle por la ventana de forma furtiva. Cuando él miraba hacia el coche, ella cerraba con rapidez las cortinas. Craven tenía algo inquietante, un aura misteriosa. Cabalgaba con mucho estilo, como si el caballo y él fueran uno solo, ambos capaces de leerse la mente.

El viaje no duró más de dos horas, y Jessica ya deseaba estar instalada. Un buen baño, una buena comida...

El yacimiento se encontraba en un macizo rocoso y la cabaña estaba justo enfrente de la boca de la mina; tan sólo unos metros la separaban de la ancha y oscura cavidad. El sol ya había salido, y Jessica sudaba a causa de la mucha ropa que llevaba puesta. ¿Por qué no se habría quitado el camisón?

La joven abrió los ojos de par en par con horror cuando vio la estructura del edificio. La fachada de piedra necesitaba una buena mano de pintura; prácticamente toda ella estaba descascarillada. Unos arbustos silvestres crecían alrededor de la construcción y ocultaban por completo uno de los laterales. El porche también parecía caerse a trozos, y alguien había colocado unos puntales para que no se derrumbara del todo.



—Ya les había dicho que no estaba en muy buenas condiciones —apuntó Craven cuando Lara y Jessica sacaron la cabeza por la ventana y observaron la casa con desolación.

—¡Esto no es habitable! —gritó Jessica con el corazón encogido.

Afortunadamente, no vio la sonrisa burlona que Craven le dedicó antes de bajar de su caballo, porque se la hubiera borrado con alguna palabra cruel o incluso con algún insulto.

—Tiene un tejado fuerte. Ayer estuvieron reparándolo. Lo limpiaron todo lo mejor que pudieron.

Craven llevó el animal hasta la entrada de la casa, donde lo ató a la desvencijada baranda de madera.

—¿Qué significa eso?

Jessica saltó del vehículo y rebasó a Craven justo en la entrada para observar con sus propios ojos el estado de la cabaña. Se detuvo ante la puerta y la empujó con miedo de que se fuera a caer. Los goznes chirriaron y una capa de polvo flotó durante unos segundos. Craven estaba muy cerca de ella, casi rozando su espalda con el pecho. Jessica tosió, ahogada por la carcoma, y caminó hasta el centro de la estancia, en parte para alejarse del calor que irradiaba el mestizo. La única fuente de luz era la claridad que entraba por la puerta abierta, que le mostró un mobiliario basto, rudo: una cocina de leña, una mesa con varias sillas y una alacena junto a la chimenea de piedra.

Craven abrió el resto de las contraventanas. Todavía quedaba mucho por limpiar antes de que pudieran instalarse. La cabaña tenía dos estancias, separadas por unas gruesas cortinas de lona.

Jessica recorrió la habitación. Había dos camas, una más ancha que otra. Miró bien todos los rincones de la casa, observando con desagrado las arañas de patas largas que caminaban a su antojo por el techo.

—¿Cómo dormiremos? —dijo Jessica con la cortina que separaba la habitación de la sala en la mano.

Lara y Amina entraron para ver el interior de la casa. Lara también estaba desencantada, pero pronto se puso manos a la obra y movió los colchones para asegurarse de que ningún visitante indeseado se les enroscara aquella noche en alguna parte de sus cuerpos.

—No sé —respondió Craven a su espalda—. Supongo que ustedes y Amina estarán bien aquí. Seguro que ellos se apañarán como sea. —Con «ellos», se refería a Darius, el cochero y el mozo—. ¿Decepcionada?

Jessica se encogió de hombros con una mueca de asco en sus bonitos labios, tal como habría hecho una niña que no hubiese recibido su regalo de cumpleaños.

—Horrorizada, más bien. —Se volvió hacia él, estudiando su rostro—. Usted esperaba que cuando viéramos la cabaña huyéramos aterradas, ¿verdad? —Craven sólo alzó las cejas, devolviéndole la mirada—. Pues yo soy más dura de lo que parezco, señor Logan.

—Veremos cuánto aguanta —respondió él con una sonrisa que Jessica no supo descifrar.

El gesto fue tan sensual que a ella se le aceleró el corazón y se le inflamaron los sentidos. Cada vez que Craven le hablaba era como una caricia de terciopelo en sus oídos.

—Supongo que no habrá más remedio que acomodarse como podamos —dijo Lara, entrando en la sala principal—. Darius, por favor, coja los baúles.

Craven se encogió de hombros y salió al exterior para ayudar a descargar la carreta. Era cierto: había esperado que se asustaran y salieran huyendo hacia su tierra de origen. Se había equivocado. Jessica no le daría el gusto de verla marcharse todavía.

—Tampoco está tan mal —observó Amina, pasando un dedo por encima de la vieja y despedazada encimera de la cocina. La marca quedó pintada sobre el mueble.

Jessica acabó encogiéndose de hombros como había hecho Craven y se acercó a una de las ventanas.

—Tal vez poniendo cortinas nuevas... —sugirió al comprobar que no había tela alguna que cubriera los cristales—. También podríamos comprar un diván...

—Jessy, no nos vamos a quedar mucho tiempo —advirtió Lara.

—Lo sé, pero mientras estemos aquí necesitaremos algo de comodidad —afirmó Jessica, y se volvió hacia Amina—. Supongo que habrá algún sitio donde vendan muebles, ¿no?

—En Cheyenne hay un señor que se encarga de hacerlos.

—Podríamos pedirlos a Nueva York —insistió Jessica.

—Pero cuando quieran llegar habrán pasado varios meses —respondió Amina con voz dulce—. ¿Tanto tiempo piensan quedarse?

—Tiene razón —convino Lara, recorriendo la sala con largas zancadas—. Esto no está tan mal.

—¡Pero no hay bañera! —gruñó Jessica mientras buscaba por la casa el objeto—. ¿Cómo nos lavaremos?

—Afuera está el pozo y, un poco más al sur, hay un lago. Nosotros solemos bañarnos allí —contestó Amina, triste de que la señorita Jessica no se encontrara a gusto.

—¿Bañarme en un lago? —se sorprendió Jessica—. ¿Y hay peces? —preguntó, mirando a las mujeres—. ¡Es una broma!, ¿verdad? —Se paseó por la sala—. ¡No me lo puedo creer! Yo bañándome en un lago.

Se rascó los brazos como si súbitamente tuviera un sarpullido y se estremeció.

—Jessy, que eso lo diga yo..., vale, pero tú que siempre has sido más... atrevida —Lara sonrió, alegre, y la palmeó en un hombro—. ¡Será divertido! No te opongas.

—Lara, te desconozco. —Agitó la cabeza — Amina, ¿has dicho que estaba al lado de la reserva?

—Sí, a unos veinte minutos a más tardar.

Jessica palideció. Todo el viaje tratando de evitar a los nativos y ahora se convertían en vecinos. ¡Maldito Edward, mira que tener que morir en esas tierras! Por otro lado, eso significaba que vería a Craven con asiduidad, y esa posibilidad le resultaba encantadora.

Durante toda la mañana, Jessica no hizo otra cosa más que quejarse. El resto anduvieron montando el equipo en la entrada de la mina y limpiando el interior de la casa. Amina era una cocinera bastante buena y en seguida puso la cocina de leña en funcionamiento. Sobre el mediodía, los olores de pan recién hecho y café invadieron el lugar con un agradable aroma.

Craven se marchó antes de almorzar y prometió que regresaría al anochecer. Se había despedido de Amina con un fraternal beso en la mejilla.

—¿El señor Logan es algún familiar tuyo? —se atrevió a preguntar Jessica a la joven india. Estaba un poco celosa por la demostración de afecto que acababa de ver.

Ambas se encontraban solas en ese momento.

—Alce Gris es mi hermano.

—¡Ah! —se sorprendió Jessica, aliviada—, no os parecéis mucho.

—Me parezco más a mi padre —respondió Amina, agitando la trenza—. Alce Gris dice que no le gustan los nativos. ¿Es verdad?

Jessica se mordió el labio inferior, abochornada.

—Nunca antes había tratado con ninguno —admitió con las mejillas sonrosadas—. Reconozco que no sé mucho de vosotros, pero me estoy acostumbrando. Son muchas las historias que se oyen en Nueva York.

Amina asintió, sintiéndose conforme con su respuesta.

—Es normal. El hombre blanco nos teme. No estamos educados del mismo modo ni vemos las cosas con la misma perspectiva.

—¿Y lo tenéis asumido?

—No —negó ella—. Los desplantes, los insultos, las miradas de odio... Es difícil olvidar todo eso y seguir viviendo entre blancos como si nada ocurriera.

Jessica se sintió mal. Amina tenía razón; no debía ser fácil aceptar que alguien llegara, te arrebatara tus tierras e impusiera unas reglas que hasta entonces no existían.

—¿Y por qué quieres viajar al este? ¿Crees que podrás encontrar marido con facilidad? —No quería decirle que siendo lakota lo iba a tener un poco difícil—. Me refiero a que aquí, en Cheyenne, la gente está acostumbrada a veros, pero en las grandes ciudades... —De pronto, se calló. No quería ofenderla y, si seguía hablando de ese tema, posiblemente se le escaparía algo de lo que luego se arrepentiría.

Amina la miró con ojos tristes y se encogió de hombros.

—Ya lo sé. ¿Cree usted, señorita Jessica, que será muy difícil?

Jessica se acercó a ella. Eran de la misma altura. Levantó el mentón de Amina y la observó con detenimiento.

—Eres muy bella. Con un bonito vestido y puliendo tu forma de

caminar... ¿Adónde irás? ¿A Nueva York?

—Sí. Mi abuela es de allí. Vino cuando nació Amaru. Ella nos quiso llevar a mí y a mi sobrino, pero Alce Gris se negó.

—¿Amaru es tu sobrino? —preguntó Jessica, frunciendo el ceño—. ¿Quién es?

—El hijo de mi hermano.

Jessica abrió y cerró la boca varias veces. ¡El hijo de Craven! De modo que el mestizo estaba casado. La embargó una fuerte sensación de decepción, mezclada con resentimiento. No supo por qué se sintió tan vacía de repente. ¿Cómo un hombre tan guapo y tan joven podía estar casado y tener un hijo? Creció la desilusión. Ya no deseaba continuar allí; cuanto antes se fueran, mejor. Debería haber imaginado que un hombre como él ya estaría cazado. ¿Por qué la había abrazado de una manera tan íntima después del tiroteo? Si ella hubiese sido su mujer y se hubiera enterado de que abrazaba a otra de aquella forma, sin duda habría puesto sus maletas en la puerta de la calle. Pensaba así porque estaba celosa, pero ¿con qué derecho? Craven no había dado muestras de que ella le gustase, ¿o sí? ¿Sería infiel por naturaleza? Si era así, Jessica debía admitir que Craven era un hombre peligroso..., muy peligroso.

## Capítulo 9

Al día siguiente, Jessica se atrevió a entrar en la mina. Varias lámparas de aceite que iluminaban las largas galerías colgaban de los pilares de madera que soportaban el techo para evitar hundimientos. El sitio estaba en buen estado, como si alguien hubiera hecho mejoras; quizá Edward, tratando de encontrar el oro.

Los túneles se hallaban en silencio, excepto por algún que otro crujir de madera y ciertos animalillos corriendo por el interior. También se oía un soniquete constante, danzarín, como de agua cayendo en un charco. Olía a humedad y hacía frío.

Jessica se levantó las abultadas faldas hasta la altura de las rodillas, rezando por que ninguna rata tratara de escalar sus ropas. Pasó cerca de unos barriles de pólvora y se detuvo cuando oyó ruidos tras de sí.

—Es mejor que no entre sola aquí, señorita Sconner.

La joven se sobresaltó, pero de inmediato reconoció la voz de Darius, que caminaba hacia ella con una lámpara en la mano; su rostro quedaba en sombras. No se había dado cuenta de que el hombre la había seguido. Soltó sus faldas y las alisó con disimulo.

—Me ha asustado.

—Lo lamento; no era mi intención. La he visto entrar y he pensando que éste no era un buen sitio para una dama sola.

Jessica sonrió por educación.

—Sólo quería echar un vistazo. —Se alejó un poco de él—. De haber oro por aquí, Darius, ¿dónde estaría?

—Alce Gris dice que estos pasadizos son larguísimos. Un laberinto de cuevas —contestó, encogiéndose de hombros—. Normalmente hay muescas en las columnas que sujetan el techo para no perderse, pero algunas han podido borrarse con el tiempo. Son estas extrañas marcas hechas con un objeto punzante.

Las voces parecían fantasmagóricas a causa del eco y el retumbar de la cueva. En el fondo, una espesa oscuridad envolvía los corredores.

Jessica trató de observar a conciencia las paredes en busca de algo que brillara. ¡Como si fuera tan sencillo! Allí sólo había paredes de tierra y roca que la misma naturaleza, con la ayuda del hombre, habían formado. Incluso el oxígeno parecía cargado y denso.

—¿Y ahora qué tenemos que hacer? —preguntó, mirando tres largas bifurcaciones.

Sólo se veía el inicio de los largos pasillos, pero no dónde acababan.

—Supongo que habrá que echar a suertes por dónde comenzamos la búsqueda —respondió Darius en tono de chanza—. Hasta mañana no haremos nada. ¿Por qué no sale de aquí e intenta relajarse?

Ella asintió, dándole la razón. Había pensando que sería mucho más fácil que eso. Quizá el pequeño y arrugado mapa de Edward les proporcionara alguna pista.

Cuando ambos salieron al exterior, la luz del sol los cegó momentáneamente. Los caballos del carruaje y la carreta pastaban en un improvisado cercado, observados por el orgulloso pinto, que esperaba tranquilo bajo la sombra de un árbol. Lara había encontrado una pequeña banqueta y descansaba en el porche de la casa con un periódico en las manos, mientras que Craven charlaba con Amina al mismo tiempo que ésta sacaba agua del pozo.

Jessica le ignoró deliberadamente al pasar junto a él, recordándose que era un hombre casado. Otra vez la desilusión se instaló en su interior; no podía evitar que su pulso se acelerara teniéndole tan cerca.

Entró en la cabaña y fue hasta el dormitorio en busca del mapa. Por lo menos, estaría ocupada en algo y se olvidaría de la presencia de Craven.

Confiaba en su buena suerte para encontrar el preciado oro y regresar a la

civilización cuanto antes. ¿La estaría atacando la famosa fiebre de los pioneros? «No», se dijo. Todo eso lo hacía por Lara.

Craven entró en la casa y dejó el cubo de agua cerca del fogón. Las tablas del piso se veían limpias, casi brillantes. Amina estaba ayudando mucho a las damas; esperaba que a cambio le enseñaran al menos la mitad de los buenos modales de que ellas presumían. La señorita Lara era muy educada, pero ante todo muy respetuosa. Todavía le asombraba que hubiera gente como ella. En cambio, la soberbia Jess... era un torbellino. Si algo no le gustaba, lo decía sin miramientos, o hacía esa graciosa mueca de asco, arrugando su bonita nariz. Era muy fina cuando quería; había podido comprobarlo cuando la había visto con el listillo de Rider, todo sonrisas y ojitos... Se enojaba cada vez que pensaba en ello y ni siquiera sabía por qué. Ciertamente, ella era preciosa, una linda flor entre las más bellas, y estaba acostumbrada a las cosas buenas, a los lujos, a hacer lo que le venía en gana. Al principio había pensado que era una joven frívola, siempre pensando en ella misma. A medida que la había ido conociendo, sin embargo, se había dado cuenta de que la mayor parte de su carácter era fingido, salvo su espontaneidad al decir lo que pensaba, y eso le divertía.

Él jamás había sentido debilidad por un blanco, a excepción de sus parientes maternos; aquello era otra cosa. Katherine Carrington se había ganado su cariño en el mismo instante en que la había conocido. Su abuela había sido quien lo había obligado a viajar al este por lo menos una vez al año. Se había preocupado de que adquiriera una educación alternativa con el afán de que pudiera ser feliz en los dos mundos. Craven adoraba a Katherine.

La mujer que tanto llamaba su atención desde que la había conocido estaba junto a la mesa, escudriñando algo con interés. Tenía los hombros ligeramente inclinados, y la luz del sol que entraba por la ventana bañaba su perfil y la asemejaba a un hada. Se acercó a ella para observar qué la tenía tan ensimismada; era raro verla tan quieta. Sintió la dulce fragancia de su cuerpo. Llevaba puesto uno de esos extraños y diminutos sombreros que lucía con gracia, y sólo unos mechones rebeldes escapaban de un moño flojo y lustroso. El talle delgado, la cintura estrecha, las caderas redondeadas... No



entendía por qué esa mujer le ponía de tan mal humor y al mismo tiempo estaba deseando poseerla; era un conflicto constante. Cuanto menos tiempo estuviera con ella, mejor. ¡Como si eso fuera posible! Desde que la había conocido había leído la palabra *problemas* en su bello rostro, y ahora, mirando por encima de su hombro aquel pedazo de papel, supo que no se había confundido en absoluto.

—¿De dónde ha sacado eso?

Él quiso apartarla para ver mejor, pero ella clavó los pies en el piso con tanta determinación que no se retiró ni un ápice.

—¡Es mío! ¡Lo encontré!

Otra vez tenía el tono de niña caprichosa que lograba enfurecerle. Le arrebató el mapa para estudiarlo, y ella se volvió igual que una gata salvaje. Sus ojos celestes brillaban a causa de la ira.

—¿Nadie le ha dicho que no puede coger mis cosas?

—Esto no es suyo —respondió Craven, observando las líneas marcadas—. ¡Es un plano de la mina! ¿Cómo diablos tiene esto? ¿Hay algo que yo no sepa? —preguntó, retándola con la mirada.

Jessica se encogió de hombros y trató de quitárselo. Él levantó la mano hacia el techo, y ella saltó a su alrededor, intentando agarrarlo; pero Craven era demasiado alto. Él la miró, divertido.

—¡He dicho que es mío!

—¿Dónde lo ha conseguido?

—Entre los papeles de Edward. Estaba con el título de propiedad de la mina.

Craven la miró fijamente, tratando de averiguar la certeza de esa afirmación. Al final, le devolvió el mapa con desgana.

—Nos servirá; no lo pierda.

—Señor Logan, había creído que sólo nos ayudaría a llegar hasta aquí y que luego se marcharía a hacer sus cosas.

Parecía molesta con él.

—Así es. Pero en este momento el único caso que estoy investigando es el del señor Hamilton, y dispongo de tiempo. Además, creo que va a ser divertido ver cómo intentan buscar oro. De paso, les daré algunas

indicaciones. Pero si sabe leer todos esos signos y esas marcas... —dijo, señalando el papel que ella sostenía.

—Me las apañaré —contestó Jessica cortante, volviendo a extender el mapa sobre la mesa.

Craven se apartó, contrariado. Si no necesitaba su ayuda, no se la volvería a ofrecer. Él no era un hombre que se repitiera, y lo que menos quería era que esa mujer supiera que sentía debilidad por ella. ¿La sentía? Se asustó.

—Espere, señor Logan.

Él se volvió y se acercó de nuevo a la mesa con los ojos fijos en ella.

—¿Qué quiere?

—¿Qué significa esto? —preguntó Jessica, indicando con el dedo un punto en el mapa—. Podrían ser piedras, ¿verdad? —prosiguió, obligándolo a mirar el papel—. Es como una circunferencia de piedras.

—Un círculo —confirmó Craven, apoyando las manos en la mesa—. Varios rituales utilizan las piedras sagradas para comunicarse con los ancestros.

—¿Usted cree en ello? —quiso saber Jessica, levantando una graciosa ceja.

A Craven se le antojó muy tierna e infantil, y por una fracción de segundo, evocó con culpabilidad el recuerdo de Kyara. No obstante, de inmediato trató de centrarse en el plano, lo que era sumamente difícil teniendo aquella belleza tan cerca de él.

Jessica le observó de reojo, sorprendida. Hacía unos minutos la mirada del hombre había sido afable, al igual que su actitud, pero de repente se había tornado fría y seria mientras observaba los irregulares trazos. Por su expresión, Jessica hubiera jurado que Craven reconocía lo que veía; sin embargo, él acabó encogiéndose de hombros.

—Sí, señorita; sí creo en esas cosas. —Jessica se ruborizó—. Y normalmente cosas como éstas no se encuentran en un yacimiento. Yo más bien diría que, si no es un lugar sagrado, es una burla.

—¿Qué quiere decir con eso?

—¿Una burla? Que ese mapa es una tomadura de pelo.

—¿Por qué?

—Porque ese círculo pertenece al lugar donde descansan nuestros antepasados.

—¿Y?

Ella arqueó las cejas con insistencia.

—Verá, todo tiene un orden. Los muertos han de ser enterrados en el lugar de nuestros ancestros, no en una mina, de modo que quien hiciera el mapa, como mucho, pudo hacer esta marca en algunos de los pilares, pero un círculo de piedra no lo va a encontrar.

—¿Sería como un sacrilegio?

—Una cosa así. —Él ladeó la cabeza—. Pero es una buena pista para empezar. Buscaremos esas marcas en las principales galerías que vienen señaladas en el papel. Será una suerte si no se pierde nadie.

Craven se volvió y salió de la casa, y Jessica lo siguió, levantando ligeramente la falda. Creyó que Craven se dirigiría a la mina y, sin embargo, iba hacia su caballo. Él andaba muy de prisa y le costó ponerse a su altura.

—¿Adónde va?

Craven se volvió como si no se hubiera dado cuenta de que le seguía. Se detuvo.

—Varios hombres de la reserva vienen hacia aquí con provisiones. Voy a salirles al paso. ¿Por qué? ¿Quiere venir conmigo?

«¿No le molestaría a tu esposa?» Se mordió la lengua antes de soltar aquella frase y la cambió por otra.

—¿No piensa ayudarme a buscar esas pistas? —le dijo, mirándolo con ojos suplicantes.

—Voy a hacerle una pregunta, Jess: ¿tan importante es esto para usted? Me refiero a conseguir oro o demostrar que lo hay.

Ella se quedó apesada en sus ojos y la seriedad que los embargaba.

—Quiero descubrir la verdadera causa de la muerte de Edward. Lo que ni yo ni Lara quisiéramos es que, si su hermano murió por descubrir oro aquí, el asesino se aproveche de ello. Eso es todo.

Craven asintió.

—Pensaba ayudarlas igualmente, pero hoy ya es tarde.

Se montó sobre el pinto con agilidad y tiró de las riendas suavemente, haciendo girar el caballo.

—¿Viene conmigo, dulzura?

El tono de chanza la hizo sonreír. Desde luego, de ser ella su mujer ya le habría partido la crisma en dos.

Jessica observó su mano extendida, dudando en cogerla o regresar a la casa y estudiar ella misma los signos. Craven no esperó mucho y la dejó pensándose. Normal; seguro que en ese momento se había acordado de su esposa.

Farfullando, Jessica entró en la casa. Amina la miró, pero prefirió no decir nada. Jessica regresó a la mesa. Su mal humor era tan palpable como el pegajoso calor de Wyoming. Primero, Craven se había ofrecido a ayudarla, pero... ¿cuándo?, ¿cuando a él le viniera bien o le apeteciera? Estaba comenzando a pensar que el hombre sólo estaba allí para verlas sufrir. ¡Ja!, pues ella encontraría el oro y le cerraría la boquita.

Al cabo de un rato, Lara entró en la sala resoplando.

—¿Qué te pasa? —preguntó Jessica, volviéndose hacia ella.

Se sentía algo mareada por no haber apartado la vista del mapa en todo el tiempo que llevaba allí.

—Hace mucho calor —respondió Lara—. Amina, ¿sería peligroso irse a bañar al lago?

—No, señorita; si van a caballo no tardarán nada.

Lara miró a Jessica y ésta acabó asintiendo a la pregunta silenciosa de la otra. Estaba tan deseosa como su amiga de darse un placentero baño..., aunque fuera en un lago.

—¿Van armadas? —preguntó Amina, secándose las manos en la falda.

—¿Para qué? —respondió Jessica, mirándola con preocupación—. No hay ni un alma en muchos kilómetros a la redonda, ¿verdad?

Desde que habían llegado nadie había pasado por el largo camino que se perdía en las montañas.

—¿Crees que podría haber gente bañándose? —se le ocurrió al pensar en los sioux que vivían en la reserva.

Amina se encogió de hombros con rostro sereno.

—Lobos. Viven en las cumbres y bajan al lago a beber agua.

—¡Lobos!

Con un escalofrío, Jessica se desplomó sobre una silla, que se rompió y la dejó con las faldas hasta el cuello en el suelo. No se hizo mucho daño, aunque sus posaderas no salieron muy bien paradas. El ruido, sin embargo, alertó a Craven, que entró corriendo, seguido de un par de nativos.

Todavía en el suelo, Jessica gritó al ver a los indígenas en la sala. Los hombres la miraron sin mover un solo músculo de la cara.

Lara corrió a ayudarla, tratando de ocultar una sonrisa divertida que su amiga no pasó por alto. Se sentía mortificada por ser el hazmerreír de todos los reunidos. Sus mejillas ardían a fuego candente.

—¡Si se rompe una silla por día nos quedaremos sin muebles antes de lo previsto! —se quejó, abochornada, sin mirar a nadie en particular. No deseaba ver cómo se reían de ella.

Cuando empezó a frotarse las nalgas con descaro, los hombres abandonaron la cabaña con silenciosas sonrisas. Entonces Lara comenzó a reírse a carcajada limpia. Amina, al menos, se cubría la boca con las manos.

—¡No es divertido! —gritó Jessica, enfadada, escondiéndose en el dormitorio.

—Sí que lo es —respondió Lara, recogiendo la destartada silla—. Podemos aprovechar las maderas para el fuego de la cocina —le dijo a Amina.

—¡Aquí no hay ni un espejo! —volvió a quejarse Jessica, cada vez más furiosa.

—Sí que lo hay —afirmó Lara, que entró en el dormitorio con ojos chispeantes y abrió la puerta de un pequeño ropero—. Han pegado el espejo al interior de la puerta. Es original, ¿verdad?

—Bueno...

Se soltó el sombrero con furia y agitó los cabellos, desenredándolos con los dedos. Odiaba que Craven la hubiera visto en el suelo como a una simple... torpe.

—Vigila que nadie abra la cortina. ¡Dios!, estoy deseando regresar a la civilización.

Luchó contra los botones de la espalda, hasta que por fin se despojó del vestido. No llevaba enaguas porque hacía demasiado calor; sólo se cubría con una fina camisola transparente, que le caía justo por debajo del trasero, y una diminuta braga. Arrojó el vestido sobre el colchón y entonces oyó exclamar a Lara. Se volvió hacia ella, que miraba un punto en concreto de la habitación. Jessica no estaba segura de querer saber lo que ocurría, pero siguió su mirada hasta descubrir, horrorizada, la estrecha ventana desprovista de cortinas. Los nativos y Craven charlaban al otro lado, fingiendo no haberla visto; sin embargo, el mestizo sonreía de un modo extraño y burlón.

Jessica se lanzó a un costado de la ventana con las manos sobre el pecho y los ojos desorbitados.

—¿Me han visto? —preguntó, ansiosa.

Lara ni siquiera se atrevió a hablar. Con el rostro muy pálido, asintió una y otra vez con la cabeza.

—Pero no se me habrá visto mucho, ¿verdad? —dijo Jessica con voz temblorosa, como si estuviera a punto de llorar.

Quería morirse del bochorno. Estaba casi desnuda, y esos hombres la habían visto. Craven la había visto... Bueno, ¿y qué? ¿Qué le importaba a ella Craven? El hombre estaba casado y tenía al menos un hijo. ¿Por qué debería importarle? ¡Qué vergüenza!

—Ya se han marchado —la avisó Lara, tan mortificada como ella misma.

—Pero ¿crees que...? No, déjalo; prefiero no saberlo.

No había deseado nunca tanto estar en su casa de Nueva York como en aquel momento. ¡Maldito viaje! ¡Maldito el Oeste! ¡Y malditos los nativos! Y sobre todo, ¡maldito su enamoramiento de Craven!

—Pero ¿por qué se han tenido que parar a hablar ahí mismo? ¡Será que no habrá sitio! Lo ha hecho adrede.

Lara alzó las cejas, pero no dijo nada. Jessica ya estaba bastante furiosa.

El lago era grande, hermoso, rodeado de verdes parajes y presidido por las grandes montañas como telón de fondo. ¡Qué diferente del paisaje que habían recorrido hasta allí, el de los largos y áridos cañones de tierras rojizas y arbustos rodantes!

Amina acompañó a las muchachas; cabalgaba con tal gracia y agilidad que se quedaron admiradas. Una larga escopeta al alcance de su mano sobresalía de la alforja.

Jessica fue la primera que se atrevió a entrar en el agua. No estaba fría, y aunque así hubiera sido, lo habría agradecido. Hacía demasiado calor en aquellas tierras; eso y las ganas de perder de vista a Craven aún la mantenían enojada.

Cuando había salido de la casa, él la había mirado con una risilla divertida, seguramente rememorando sus mofletes sonrosados. ¡Qué maleducado! Mirarla a escondidas a través de la ventana. Si hubiera sido un caballero, se habría apartado en el mismo momento en que ella había entrado en el dormitorio. Pero claro, Craven no era ningún caballero; al contrario, era un salvaje.

—¿Y la esposa de tu hermano? —le preguntó a Amina cuando ya había salido del agua y se frotaba el cabello con una toalla que debía compartir con su amiga—. ¿Vive en el campamento?

—No. Kyara murió al poco de nacer Amaru.

Jessica sintió un escalofrío. ¡Muerta! No lo había esperado.

—Debía ser muy joven porque el señor Logan no es muy mayor.

Se sentó junto a Amina como si hubiese sacado un tema doloroso. Amina no había cambiado su expresión, por lo que no pudo saber con exactitud si la había molestado con su fisgoneo.

—Tenía diecinueve primaveras. Ya han pasado más de siete años.

—Lo siento. No he debido preguntar. No lo sabía.

Sin embargo, deseaba saber más. La curiosidad quemaba sus entrañas.

—Mi hermano nunca habla de ello. —Amina soltó un suspiro y sonrió a Jessica—. Creo que le gusta usted, señorita Jessica.

—¿Yo? —dijo Jessica frunciendo el ceño—. Me odia —afirmó, y soltó una carcajada—. Jamás podríamos llevarnos bien. Además, yo estoy prometida. En cuanto regrese a casa, me casaré.

Sus propias palabras le dolieron en los oídos.

—¿Se va a casar? ¿Por qué no la acompaña su prometido? —dijo Amina, asombrada.

Jessica se rodeó las piernas con los brazos en actitud infantil y se mordió el labio, pensativa.

—Porque no le conozco —contestó, mirando a Amina—. Es un matrimonio concertado. Además, si le hubiera contado a alguien adónde venía, me habrían detenido.

—¿Y no se quiere casar?

—Sí. El señor Hounder está muy bien posicionado —contestó sin mucho entusiasmo en la voz—. Por supuesto que quiero casarme —asintió—, pero todavía no. Es un hombre bastante rico, tiene varias empresas y es socio de mi padre. Desde luego, es un buen partido.

—Supongo que sí —respondió Amina, no muy convencida—, pero yo antes de prometerme preferiría conocer al hombre. ¿No siente curiosidad por saber cómo es él?

Fuera como fuera, no sería igual que Craven. Volvió a apartarlo de su cabeza.

—No sé si importará mucho.

—Señorita Jessica, sé que no debería decirle esto, pero mi hermano... está comprometido con su labor de pacificador en la reserva y entre nuestra gente. Él jamás abandonaría esto; por favor, no permita que se haga ilusiones. No le dé esperanzas.

Amina se levantó y la dejó sola con sus pensamientos. ¿Cómo iba a darle esperanzas si él no le había demostrado nada? ¿Sería cierto que estaba interesado en ella?



## Capítulo 10

Durante varios días buscaron en la mina las indicaciones del viejo mapa. Al parecer, los trazos no estaban marcados del todo. En los almuerzos y las cenas, solían reunirse en la pequeña cabaña y charlar de cualquier cosa. Craven, al principio, sólo se quedaba a almorzar, pero al final se acostumbró a compartir también las cenas.

Había anochecido, y Jessica no hacía otra cosa que dar vueltas en la cama. Intentaba no moverse mucho para no despertar a Lara, que compartía con ella el colchón, pero finalmente se levantó, cansada de no poder conciliar el sueño y de oír gruñir a su amiga.

Nunca había estado en un sitio tan solitario. En las poblaciones en las que habían parado, al menos se oía alguno que otro ruido; pero allí tan sólo los grillos parecían entonar una suave melodía para romper el silencio de la noche.

Darius, George, el cochero, y Timothy, el joven mozo que había hecho con ellas ese loco viaje, dormían en la sala principal. No debían estar muy cómodos tirados por el suelo; sin embargo, cuando Jessica cruzó la habitación para salir al exterior, ninguno de ellos se movió.

La noche era clara gracias a la luz de la luna. Las sombras de los árboles se recortaban en el suelo como charcos grandes y profundos. Todo estaba inmerso en una tranquilidad absoluta.

Paseó por los alrededores de la casa en un intento de cansarse, esperando que el sueño llegara a ella de un momento a otro. Hubiera deseado que Craven se quedara con ellos, pero nunca lo hacía; incluso ese día se había

marchado a la reserva antes del anochecer. Al pensar en él, se acordó de la breve conversación que había tenido con Amina. ¿Cómo habría muerto su esposa? No se había atrevido a preguntarlo, y eso era raro en ella. Nunca había tenido pelos en la lengua; no obstante, había creído que se estaba metiendo donde no la llamaban. ¡Era una lástima que alguien tan joven muriera! ¿Seguiría él amando a su esposa fallecida?

El aullido de un lobo la sacó de sus cavilaciones. Regresó al dormitorio; por lo menos, allí se sentía más segura.

La silueta del intruso que observaba desde la boca de la mina se movió ligeramente. Sus ávidos ojos habían seguido a la mujer que, inesperadamente y cuando creía que todos dormían, había salido al exterior bajo la luz de la luna y había truncado sus planes. Se había dado cuenta en seguida y se había ocultado entre las sombras del oscuro hueco. No había hecho ningún ruido, excepto cuando soltaba el humo de su cigarrillo, pero era un gesto tan silencioso que cualquiera lo habría pasado por alto.

Los ocupantes de la cabaña no suponían ningún peligro. Quizá el altivo sirviente que las acompañaba sería el que ofreciera más resistencia, por su cuerpo grande y robusto, pero podía apostar a que no manejaba el revólver tan bien como él. La señorita Sconner, la bella muchacha de ojos azules y cristalinos, «la damisela», como la llamaba mentalmente, también sería un hueso duro de roer. Desde luego, seguramente ella sería la que pondría más impedimentos a la hora de marcharse; no recordaba haber conocido nunca a nadie tan quejica como esa terca mujercita. Delaware tenía razón; tal vez con un susto importante se iría corriendo de nuevo a Nueva York y se llevaría a todo el grupo de allí.

Esperó un buen rato, vigilando desde las sombras. Con quien más cuidado debía tener era con Alce Gris. De momento, el mestizo se había marchado, y aunque Máximo le había hecho creer que el culpable era Anthony Sears, las sospechas eran evidentes, y Delaware se hallaba atado de pies y manos.

Caminó con sigilo hasta el cercado donde encerraban los caballos de la carreta y el elegante vehículo traído del este. Los animales tan sólo alzaron la cabeza cuando abrió la puerta para dejarlos salir.

Jessica se revolvió entre las sábanas. Sus gruñidos sonaron ahogados. ¡Si se acababa de dormir! ¿Cómo era posible que los habitantes de la casa fueran tan escandalosos? Se tapó la cabeza con la almohada, pero las voces que llegaban a través de la ventana siguieron molestándola, hasta que finalmente se levantó, enfurecida. ¿Por qué armarían tanto alboroto?

El barullo provenía de fuera. En la sala no había nadie y sobre el suelo todavía estaban las mantas donde habían dormido los hombres. Se echó sobre los hombros un chal de encaje blanco y, con los pies aún descalzos, se asomó por el quicio de la puerta.

Le dio la bienvenida una ligera brisa que se deslizaba desde las montañas. Olía a fresco, a tierra húmeda. Una maravilla despertar ante tamaño paisaje.

—¿Qué ocurre? —preguntó al ver a Darius, cuyo rostro estaba rojo de ira.

—¡Alguien ha soltado los caballos! ¡Se han escapado todos!

—¿Cuándo? —dijo ella sorprendida—. Yo anoche no oí nada.

Bajó los pocos escalones que la separaban del porche. El sol dio de lleno en sus cabellos y les arrancó destellos cobrizos.

—¿No se dejarían la puerta abierta?

Darius la miró con intensidad, pero de inmediato se sintió eclipsado por los enojados ojos azules.

—Alce Gris y yo la revisamos antes de que él se marchara, y estaba cerrada. Anoche hubo alguien por aquí.

Jessica se estremeció. Ella había salido a altas horas de la noche y casi podía jurar que los caballos todavía estaban en el cercado. No es que se hubiera fijado, pero estaba prácticamente segura de que los había oído resoplar.

—¿Qué vamos hacer ahora? Tendremos que buscarlos.

—El chico y George han salido a ver si encontraban algo. La señorita Hamilton y la muchacha Amina acaban de tomar el camino a Cheyenne por si acaso los ven por allí.

—Esto lo ha hecho alguien que no quiere que estemos aquí. Seguro que Máximo Delaware tiene mucho que ver.

—Es lo mismo que ha dicho la señorita Hamilton. Si no ha sido él, alguno

de sus hombres, pero no podemos acusar a nadie hasta no tener la certeza...

—¡Pues sé que ha sido él!

Jessica se volvió para entrar en la casa. ¿Quién más, aparte de Delaware, querría que se marcharan de allí? ¿Craven? Él también, pero no le imaginaba dejándolos sin caballos.

—¿Dónde va, señorita?

—Voy a vestirme. Debemos hacer una visita al hombre.

—¿Cómo? —preguntó Darius, deteniéndose en la sala principal mientras ella entraba en el dormitorio—. ¿Andando?

Jessica regresó hasta él y lo miró con severidad y las manos apoyadas en las caderas. No había pensado en eso.

—¡Demonios! ¿Qué vamos hacer? No podemos quedarnos de brazos cruzados. No pueden andar muy lejos. ¡Vaya a ver si encuentra algo! Observe las huellas, a ver dónde nos llevan.

Jessica no se dio cuenta de que el hombre arqueaba las cejas con sorpresa. Él era un mayordomo y no entendía de indicios ni de caballos; no sabía distinguir una huella reciente de otra que no lo fuera.

La joven se dio la vuelta nuevamente para entrar a vestirse. Esa vez se aseguró de no quedar frente a la estrecha ventana; no deseaba que ojos curiosos la volvieran a ver casi desnuda.

Se puso el vestido más sencillo que tenía, aunque no por eso era el menos hermoso. Las abultadas faldas amarillas llamaban la atención tanto como un faro encendido en la noche. El corpiño blanco se ajustaba a su delgado cuerpo, permitiendo que los hombros quedaran expuestos a la luz del sol. Se peinó el cabello y decidió por esa vez no ponerse sombrero.

Darius estaba por la sala cuando ella salió y en seguida le ofreció pan y café para el desayuno. Ella los rechazó. No tenía hambre y necesitaba sentirse útil. Cuando encontraran los caballos, se permitiría el lujo de desayunar con tranquilidad.

No era posible que hubieran desaparecido por arte de magia y, dado que ella no hacía tanto que se había dormido, las monturas no podían estar muy lejos, a no ser que el desaprensivo que las había soltado se las hubiera llevado. ¿Por qué habrían hecho eso? ¿Qué habrían ganado con llevarse los

caballos? Por otro lado, aquello los dejaba totalmente indefensos, sitiados.

Sin pensarlo mucho, observó la zona con los ojos entrecerrados. Darius se quedó por los alrededores de la cabaña y ella subió por la pendiente rocosa, hasta la parte superior de la mina. Tal vez si conseguía llegar hasta la cima podría tener la suerte de ver dónde se encontraba alguno de los caballos. La altura era privilegiada. No había contado con que el terreno era demasiado escarpado y que, a su paso, pequeños cantos rodaban hasta llegar al fondo de la ladera y producían diversos chasquidos. La verticalidad de algunas piedras la obligó a dar bastantes rodeos.

Desde abajo no le había parecido tan difícil subir. Había visto varios árboles y había creído que podría ayudarse de sus ramas para no caer. Pero a medida que ascendía iba descubriendo que aquellos árboles estaban a bastante distancia unos de otros.

—Tonta, más que tonta —murmuró, arrepentida de haber decidido ir a buscar los caballos.

¡Ella no servía para esas cosas! ¿Por qué lo habría intentado? Y encima, había subido tan contenta, como si fuera la heroína del Oeste; nada menos que del Oeste.

Un par de veces estuvo a punto de regresar; sin embargo, cada vez que miraba arriba pensaba en lo poco que le faltaba para llegar. ¿Qué diría Craven si la viera aparecer con las monturas?

Seguía sin explicarse cómo había sido tan ilusa de intentar aquello. Comenzaba a sentir vértigo. ¡Había sido una tontería querer demostrar que podía ser útil!

Logró llegar bastante arriba, pero acabó deteniéndose al ver imposibilitado el paso. Su desilusión fue evidente: ante ella apareció una nueva montaña compuesta por grotescas rocas. Se sentó en el suelo entre jadeos. El silencio era tenebroso, aterrador. Difícilmente habría nadie por allí.

Frustrada por no haber conseguido más que perder el tiempo, se dispuso a regresar. No había dado dos pasos cuando creyó ver algo cerca de ella, como una sombra. Buscó con la mirada y, con un sobresalto, descubrió al sujeto, que le interrumpió el paso saltando desde una roca y poniéndose delante. El hombre tenía una expresión lasciva en su rostro ajado y picado por la viruela.

Apoyó una mano en el revólver y metió el dedo pulgar de la otra en la trabilla del cinturón.

—Mucho me temo que no podrás salir por aquí, chiquita —dijo tras escupir ruidosamente.

—¿Quién es usted? —Jessica se recogió las faldas, dispuesta a lanzarse a la carrera—. ¿Qué quiere?

—No importa mucho —contestó él y, soltando una carcajada ante el temor que traslucía la expresión de Jessica, dio un paso hacia ella—. Quiero que recojas tus cosas, tus pertenencias —indicó, dando otro paso.

Jessica llegó hasta el mismo borde de las rocas; detrás de ella había un importante desnivel.

—Vas a bajar, llamarás a tu amiga y os largaréis esta misma noche echando leches.

Asustada, la joven asintió. El vacío se abría detrás de ella y el cálido viento que corría allí arriba la empujaba contra el abismo.

—Por favor, señor, márchese.

Miró por encima del hombro y cerró los ojos. No tenía escapatoria.

El sujeto no se detuvo y siguió caminando hasta ella. Vestía una camisa a cuadros blancos y negros con un chaleco de piel en tono castaño. Las espuelas, su aspecto..., todo él gritaba su condición de pistolero. Estiró el brazo hacia Jessica y, con una mano, la cogió por el cuello y apretó ligeramente.

—Si mañana vuelvo a encontrarte por aquí...

Jessica gritó; uno de sus pies no tocaba el suelo. Su alarido resonó en las montañas y se perdió en la lejanía. El hombre, sorprendido, la soltó de improviso, y ella resbaló por la piedra y cayó a otra más pequeña. No pudo ver al hombre hasta que éste asomó la cabeza por el borde. La miró durante unos segundos con furia y desapareció.

Con un suspiro, e intentando controlar los latidos de su corazón, Jessica observó el sitio donde estaba, agradecida por no haberse matado. Había sido un milagro que existiera ese pequeño saliente rocoso. Aún podía descender un poco más para tratar de huir del forajido.

La pendiente era demasiado peligrosa y sus botines resbalaron varias

veces. Al tener la suela ligera, las piedrecitas se le clavaban y le dolían las plantas de los pies. Sus manos estaban raspadas porque se aferraba a cualquier cosa. El bajo del vestido se había descosido, y la tela rasgada arrastraba por el suelo y se le enganchaba continuamente.

Al principio, trató de buscar alguna salida. Tenía miedo de que el hombre aún siguiera por allí y decidiera hacerle daño, pero a medida que fue pasando el tiempo la preocupó más el peligro de caer. Comenzó a pedir auxilio con gritos temblorosos. Dudaba que alguien pudiera oírla, pero al menos escuchar su propia voz era reconfortante. Su única obsesión era descender. Estaba pegajosa; el polvo de la tierra se había adherido a su cuerpo y el calor sofocante impedía que respirara con normalidad. Las lágrimas habían dejado en su cara sucias estelas.

—¡No se mueva de ahí, mujer!

La orden de Craven fue brusca, y Jessica gimió, pero era la voz que más había deseado oír desde que la había amenazado el pistolero. En silencio, agradeció su presencia. Él era el único que podía sacarla de aquella situación.

—Tengo miedo. Sáqueme de aquí, por favor, señor Logan —le dijo entre sollozos.

—No se mueva.

Había aparecido por el lado derecho y se detuvo, observando el profundo abismo con ojos entrecerrados. Valoró la posición de la joven y, poco a poco, se fue acercando, con la espalda contra una ancha piedra. Un solo movimiento en falso y podría precipitarse al vacío.

Jessica cerró los ojos con fuerza y dejó de respirar. Podía oír los ruidos que Craven hacía al arrastrarse hasta ella.

El sol les daba de lleno, castigándolos sin indulgencia; los azotaba con rayos de fuego que hacían temblar el ambiente.

—Estoy muy cerca —la avisó Craven, estudiando el lugar—. ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

—Por arriba —respondió Jessica con los ojos cerrados—. Me he perdido —confesó; se la notaba asustada—. Un hombre me ha empujado. Me ha dicho que nos fuéramos de estas tierras sin demora —dijo, y rompió a llorar.

—¿Le ha hecho daño? —preguntó él con ansia.

—¡Quería matarme!

—No querría matarla cuando aún está aquí.

Jessica sintió la fuerte y cálida mano que rodeaba su muñeca y suspiró, aliviada.

—¡La tengo! Abra los ojos.

Craven se acercó hasta ella y la empujó sobre el saliente. Apenas era una repisa de dos metros de largo por uno de ancho.

—¿Dónde está ese hombre ahora?

La muchacha se encontró aplastada entre una roca lisa y el amplio pecho del hombre. Pudo sentir su fragancia; olía a naturaleza, a agua fresca.

—No lo sé. Me ha salido al paso y yo he creído... que me mataría.

Craven alzó la cabeza, escudriñando los alrededores. Se ajustó la pistolera con una mano y la dejó lista para usarla en cualquier momento.

—¿Está bien? ¿Cómo diablos se le ha ocurrido subir hasta aquí?

Su voz era suave, firme, pero tenía un cierto tono airado. Pasó una de sus manos por detrás de la delgada espalda de Jessica y la apretó contra sí mismo un poco más.

—He querido subir hasta la cima para ver si desde ahí veía a los caballos —explicó.

Deseaba levantar la cabeza para verle el rostro, pero apenas disponía de espacio para hacer movimientos.

—Vamos a regresar por donde yo he venido —dijo Craven, hablando sobre su cabello—. Apriétese bien contra la pared.

Quiso colocarla delante de él, pero las faldas entorpecían demasiado la maniobra y corrían el peligro de caer ambos.

—Desnúdese, dulzura.

—¿Qué? —Jessica dio un ligero respingo.

—Debemos deshacernos de sus ropas o nos precipitaremos al vacío.

—¿Por qué? —A Jessica le era difícil ocultar el miedo que sentía—. Yo no voy a pasar por ahí. Es demasiado estrecho...

—Es el único sitio.

Craven alzó la cabeza. Era completamente imposible rehacer la vía por donde ella había descendido.



—Sólo son unos pasos, señorita Jess, pero debe quitarse todas esas ropas —afirmó, y tiró de su falda con insistencia.

—¡No pienso desnudarme! —respondió ella, apartándose un poco para poder mirarle a la cara, pero el rostro de Craven era indescifrable—. Piense en otra cosa.

El mestizo frunció el ceño y, negando con la cabeza, comenzó a arrancar las presillas del vestido con la mano que tenía sobre la espalda de ella.

—No va a ser la primera vez que la vea desnuda. ¿Lleva enaguas? En la última ocasión no...

—¡Las llevo! —lo atajó Jessica, roja de vergüenza.

La tela se desgarró por varios sitios, hasta que la prenda cayó a los pies de Jessica. Ruborizada por entero, salió de entre las ropas y con un pie lanzó la prenda al vacío. La suave camisola tenía el escote demasiado bajo y los pechos casi se mostraban por el borde, ocultando tan sólo los botones rosados. Las enaguas redondeaban sus caderas y caían bombachas hasta un poco más abajo de las rodillas.

—¿Por qué llevan tanta ropa? —preguntó Craven, obligándola a caminar hasta el borde.

Jessica se aferraba a su mano con desesperación. Miró hacia abajo y en seguida levantó la vista respirando entre jadeos.

—No mire abajo.

—¡Y me lo dice ahora! —musitó con los dientes apretados con fuerza.

Estaba aterrada y era imposible disimularlo. Su voz se había tornado chillona.

Jessica se movió muy despacio, tanto que apenas había avanzado más de dos pasos cuando se detuvo y volvió a cerrar los ojos.

—¡No puedo hacerlo! —exclamó llorando.

—Te estoy sujetando, Jess. No te vas a caer, mujer. ¿Notas mi mano? —Craven la apretó con más fuerza.

La muchacha siguió llorando; aun así se movió un poco más, hasta que tan sólo sintió el roce de los dedos de Craven contra las yemas de los suyos.

—¡Me voy a caer! —sollozó, aplastando la cabeza contra la pared.

El ligero viento que corría en la altura agitó sus largos cabellos cobrizos,

que volaban sobre el fondo.

—Vas muy bien, dulzura.

Otra vez volvió a sentir la mano de él y se atrevió a dar unos pasos más. Llegó sana y salva al otro lado, y en cuanto Craven salió del peligro, se arrojó de nuevo a su cuello, llorando.

## Capítulo 11

Craven dejó que la asustada joven se tranquilizara mientras sus brazos se aferraban a él. Jessica era tan suave y adaptable que podría haber seguido en esa posición durante mucho tiempo, al igual que el día del tiroteo. Pero el cálido contacto del cuerpo femenino estaba haciendo estragos en él y la involuntaria reacción de su entrepierna le obligó a apartarse de ella, enojado. No obstante, no sabía si el enfado se debía a su falta de control o a que podría haber ocurrido algo grave por culpa de esa insensata.

—¿Qué crees que podrías haber hecho desde aquí en el caso de que hubieras visto algún animal? —le dijo con frialdad.

Ella dio unos pasos atrás y clavó sus ojos en el fondo del terraplén. Su rostro, antes pálido, recuperó el color. No supo qué contestar.

—Sólo quería ayudar.

Tanto ella como el mestizo echaban continuas miradas a su alrededor en busca del hombre que la había sorprendido, pero no se le veía por ningún lado. Como Craven ni siquiera había atisbado su presencia, imaginó que habría puesto los pies en polvorosa y debía encontrarse ya muy lejos.

—Darius me dijo que todos estaban buscando a los caballos y yo quería servir de ayuda —explicó Jessica, limpiándose las lágrimas que brotaban de sus ojos—. ¡Quería dar una sorpresa!

—¡Pues lo has conseguido! Yo tengo demasiadas cosas que hacer para estar ocupándome de una señorita consentida que piensa que es inmortal. ¿Por qué no te portas bien y te quedas quietecita en la casa? —E ignorando el brillo furioso de los ojos azules, añadió—: ¡Un conejo jamás podría

sobrevivir en la selva!

—¡Pero yo no soy un conejo!

—Debiste quedarte en casa, Jess.

Craven la observó. Sus ojos dorados volaron hacia el amplio escote de ella, donde la piel satinada brillaba. La camisola era tan fina y transparente que, al estar pegada a su cuerpo, los pechos quedaban a la vista con total precisión. Unos preciosos montículos coronados por dos aureolas rosadas. La figura de aquella mujer iba a volverlo loco si continuaba mirándola.

—Vayamos abajo. La señorita Hamilton estaba muy preocupada.

Él intentó tomarla de la mano, pero ella se la negó y la escondió tras la espalda. Con los dientes apretados, Craven se apartó y dejó que ella pasara primero.

—¿Cómo sabía que estaba aquí?

—He oído los gritos.

La seguía de cerca, pendiente de que ella no cayera o resbalara, atento para cogerla del brazo en cualquier momento.

—Cuando lleguemos, ¿podría prestarme su chaqueta? Es indecoroso que me vean con esta indumentaria.

Jessica se mantenía de espaldas porque sabía que la estaba devorando con ojos ansiosos y porque no quería dar más muestras de debilidad ante él. Su orgullo no le había permitido ponerse histérica como el día del tiroteo en Cheyenne y llorar hasta quedarse ronca, aunque hacía unos minutos había estado cerca de alcanzar ese estado.

—No creo —respondió él.

Jessica giró la cabeza para mirarle unos segundos y tropezó. No llegó a caer porque Craven rodeó su talle con un solo brazo, hasta que ella volvió a enderezarse.

—¡Quieres mirar hacia adelante y ver dónde pisas! ¡Joder!

Las palabras de agradecimiento que Jessica tenía en la punta de la lengua se quedaron allí; en cambio, se dispuso a insultarlo. Él debió leer sus pensamientos porque sin previo aviso aferró sus brazos y se apoderó de sus labios con fuerza, haciéndola callar. Fue un contacto duro, pero que logró trastocar los cuerpos de ambos.

Furiosa, se envaró y, apartándose, caminó erguida delante de él. Los ojos dorados la siguieron, clavados en su espalda. Ninguno de los dos dijo nada.

Craven sonrió. Aquella tozuda e inconsciente mujer estaba dando un vuelco a su vida. Él no tenía por qué estar cuidándola, pero le había embargado un extraño presentimiento al no verla cerca de la cabaña y decirle Darius que estaba colaborando en la búsqueda de los caballos. La idea de que ella estuviera en peligro le había removido las entrañas. Comprendió que había acertado en su augurio al oír los lamentos de la joven, y aunque había tardado en localizarla, porque el eco le había confundido en un par de ocasiones, gracias al cielo la había descubierto a tiempo, antes de que se despeñara por el precipicio. Nada sabía del sujeto que la había amenazado, pero en cuanto dejara a Jessica en la cabaña, saldría a echar un vistazo.

La joven bamboleaba las caderas delante de él, y la ropa se le pegaba a su espalda como una película transparente, por lo que Craven, en vez de estar preocupado por la bajada, estaba más incómodo por el bulto de sus pantalones.

—¿Cómo era ese hombre?

—Un pistolero muy feo.

Él ocultó la risa. *Feo* era el término que solían usar los niños cuando algo no les gustaba.

—Dime, Jess, ¿por qué se te ocurrió acompañar a tu amiga en este viaje?

Ella se detuvo a mirarle.

—Lara y yo hemos estado juntas desde siempre, y sé que si hubiera sido al revés, ella me habría acompañado.

—¿Y tu familia? ¿Te permitió venir tan alegremente?

Jessica guardó silencio y bajó la vista, preocupada. Negó con la cabeza y continuó con el descenso. Craven supo que no iba a contestarle.

—Entonces, ¿no va a dejar que me cubra? —le preguntó Jessica con un tono de voz que era apenas un murmullo.

—En primer lugar, no llevo chaqueta.

El mestizo volvió a admirar el cuerpo de la joven con deleite y, con un suspiro desgano, deshizo las cintas de cuero que ataban su túnica por delante y se sacó la prenda por la cabeza.

—¡Toma, dulzura!

Cuando Craven la ayudó a vestirse, ella soltó una exclamación a causa de la sorpresa.

—Gracias —musitó a continuación.

—No las merece —respondió él, controlando una sonrisa boba.

Advirtió que Jessica miraba su torso fascinada. ¿Cómo podía ser tan inocente y al mismo tiempo tan provocativa? Los ojos azules le admiraron con deseo. De pronto, debió darse cuenta de su descaro y, turbada, prosiguió su camino sin volver a abrir la boca.

Descendieron en silencio y, en cuanto la cabaña apareció ante ellos, Jessica se lanzó a la carrera hacia el interior.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó Darius, acercándose a Craven.

De repente, se había sentido preocupado al ver a la señorita Sconner con las ropas del mestizo.

—Por suerte, he llegado a tiempo. No vuelvan a dejar sola a la señorita si quieren que regrese sana y salva a su casa —contestó Craven, molesto con su propio estado—. Ha estado a punto de caer desde arriba. —Levantó los ojos dorados hasta la cima y un escalofrío recorrió su columna vertebral—. Alguien ha tratado de matarla.

Darius asintió, mostrándose nervioso, y siguió a Craven hasta el cercado, donde otra vez estaban los animales.

—¿Quién ha podido ser? ¿Ha visto algo, Alce Gris?

—No, pero voy a echar un vistazo. Posiblemente quien haya sido ya se habrá marchado —respondió, y chasqueó la lengua. Lo que más necesitaba era un baño de agua fría para bajar la excitación.

Los caballos los había traído de regreso el propio Craven al encontrárselos desorientados en la ribera del lago. Quien los hubiera soltado había tratado de alejarlos, pero no había tenido mucho éxito, o tal vez realmente sólo pretendiera asustarlos como una forma de amenazar a las jóvenes.

—Supongo que habría que avisar al sheriff del incidente —comentó Darius con la mirada perdida en la cabaña.

Craven había seguido sus ojos con desagrado. No le gustaba que el

sirviente se preocupara así por Jessica, aunque había confiado en que junto a él estaría más segura. Craso error; la señorita cabezota hacía lo que le venía en gana y estaba visto que nadie era capaz de protegerla ni de ella misma.

—Lo que deberían hacer es regresar a Nueva York —dijo, agitando la cabeza, incómodo—. Las señoritas no están acostumbradas a este entorno. Convénzalas y haga que se marchen cuanto antes.

—¿Cree que no lo he intentado? —Darius se encogió de hombros—. Me pagan por esto.

—¿Por esto? No lo creo.

Craven se subió a la montura sin esperar a que Jessica le devolviera la túnica y, dejando al sirviente totalmente pensativo y preocupado, se marchó.

Horas más tarde, Jessica, vestida ya con sus ropas, aún no se había atrevido a salir de casa; no quería volver a sentirse mortificada bajo la severa mirada de Craven ni bajo la de ningún otro. A esas alturas, todos pensaban que estaba completamente desquiciada por habersele ocurrido tamaña tontería. Lara la había regañado por su falta de sensatez, y Jessica había escuchado el rapapolvo con estoicismo. Únicamente había pretendido ser útil y sólo había conseguido enfurecer al grupo... y que Craven la besara. Su cuerpo tembló al recordarlo; sus labios aún ardían. Había estado a punto de despeñarse, y de no ser por él, con toda seguridad, en ese momento se encontraría en el fondo de un barranco con los cuervos sobrevolando su cadáver. ¿Por qué Craven la había besado?

Durante esas horas, había estado pensando a conciencia si realmente valía la pena continuar allí para esclarecer el asesinato de Edward. Tanto el sheriff como el mismísimo mestizo les habían aconsejado que regresaran. Darius había comenzado también a insinuarlo, seguro que influenciado por el hombre de los ojos dorados.

Al final, Jessica se había convencido de que debían dejar aquello. Ya no tenía más excusas para seguir postergando lo inevitable; volvería a Nueva York, se casaría y se olvidaría de esas tierras y de Craven. El mestizo jamás podría darle la estabilidad que necesitaba, aunque sólo pensar en alejarse de él le producía un extraño dolor en su interior.

Cuando comentó a su amiga el hilo de sus pensamientos, ésta se negó a

abandonar la mina. Quería descubrir quién había asesinado a su hermano y si realmente el yacimiento era el motivo de lo ocurrido. Lara nunca había estado convencida de algo en toda su vida. Nada la retenía en Nueva York, ni siquiera su abuelo, y las amenazas que había recibido Jessica cayeron en saco roto.

A última hora de la tarde, llegó una carreta con mineros contratados por Craven y media docena de nativos dispuestos a proteger la zona. Tardaron dos días en acomodarse y montaron el campamento entre la boca de la mina y la casa.

Jessica nunca había visto a Lara adoptar una postura tan firme. Había cambiado sus bonitos vestidos por faldas austeras y blusas sencillas, y recorría la zona dando órdenes e informándose de los avances. Estaba más fuerte que nunca, y eso sorprendía a Jessica, que jamás habría imaginado a su educada amiga disfrutando tanto de algo como en ese momento. Se la veía feliz y con ánimos de emprender una nueva vida.

Intentó hablar con ella en un par de ocasiones más. Aquellas tierras no eran su futuro; sólo estaban allí de paso, y debía recordárselo antes de que fuera demasiado tarde. En el fondo, sin embargo, no pensaba en el sufrimiento de su amiga ni en la forma en que intentaba levantar cabeza. Sólo era consciente de que algo había cambiado dentro de ellas. Quizá para Lara fuera una nueva motivación; para ella, en cambio, era un cúmulo de sentimientos encontrados. Había descubierto que a cualquier hora del día lo único que deseaba era ver a Craven, escuchar su voz con aquel acento tan exótico que la traía de cabeza, imaginar cómo sería la vida estando junto a él. Se había enamorado irremediablemente de él, ¿y cómo un cordero podría vivir con el lobo? Y lo más importante, ¿sería capaz de renunciar a su lujosa existencia del este para encerrarse en aquellas hermosas tierras? Sabía que cuanto más prolongara su estancia allí, cuanto más viera al hombre, más perdida se sentiría. Hubiese preferido no enamorarse de él, pero indudablemente lo estaba. Su corazón se henchía de orgullo cuando escuchaba las proezas de Alce Gris, como lo llamaban los mineros.

Una mañana, Jessica recibió la visita de Carlo Rider. El oficial vestía de manera impecable, sin una sola mota de polvo en su uniforme. ¡Qué diferente



de Craven! Si bien el mestizo era limpio y siempre olía maravillosamente bien, sus extrañas ropas no terminaban de gustarle.

La joven le saludó alegremente. Siempre era bueno recibir la visita de un hombre gallardo, aunque sólo fuera por unas horas, y sobre todo, disfrutar del terrible genio que se le ponía a Craven cuando alguno de los hombres se acercaba a ella para halagarla. ¿Serían celos? ¡Ojalá!

—¿De verdad no puede quedarse a comer? —insistió Jessica una vez más.

Las conversaciones con Rider le traían recuerdos de su vida en Nueva York. Echaba de menos las reuniones sociales que ella había creído que tanto aborrecía, pero que no era así. Le gustaba que de vez en cuando alguien le dijera lo hermosa que era, o que incluso trataran de robarle un beso. Carlo lo había intentado mientras paseaban bajo la sombra de unos sauces. Jessica se había hecho la ofendida; quizá porque el beso no había sido tan de su agrado como lo había sido el de Craven. Fue un contacto efímero, casi fraternal, que la dejó con un extraño sabor de boca.

—Tengo que presentarme ante el coronel. Estamos preparando una nueva expedición. Le prometo, señorita Sconner, que pasaré a visitarla en cuanto me libere de mis deberes.

No había acabado de decir eso cuando tres vaqueros se detuvieron en el porche con rostros demasiado serios.

Jessica observó a Delaware mientras bajaba de la montura. Vestía el mismo traje que el día que lo había conocido: chaqueta negra, camisa blanca y un pulcro lazo oscuro en el cuello. Llevaba el sombrero ligeramente ladeado, pero con velocidad lo enderezó. Aquella visita no era de pura cortesía; lo vio en su rostro bronceado, de facciones adustas y sombrías. Habían pasado más de dos semanas y aún no le habían dado ninguna respuesta.

—Buenos días —saludó el hombre con voz de hielo.

Rider y Delaware se miraron fijamente durante unos segundos, evaluándose, estudiándose. Finalmente, se saludaron con una seca inclinación de cabeza.

—Me gustaría hablar con la señorita Hamilton. Espero que haya pensado

en mi propuesta.

Jessica hubiera deseado decirle que se marchaban, pero si hacía eso Lara se enfurecería con ella, y además, no estaba dispuesta a que Delaware se saliera con la suya.

—Vamos a quedarnos un poco más —respondió, tratando de mostrarse serena, aunque por un momento deseó que Craven estuviera cerca; sentía que las piernas le temblaban—. Ahora tenemos trabajadores.

Señaló hacia el lugar de donde provenían varias voces y, al hacerlo, se dio cuenta de que algunos nativos se habían acercado en silencio y miraban, expectantes, al ranchero. Jessica no supo por qué, pero se sintió repentinamente protegida, como si la presencia de aquellos hombres le proporcionara una tranquilidad que hacía mucho que no sentía.

Máximo Delaware trató de disimular su enojo con una fría sonrisa. Él también había visto al grupo, que comenzaba a acercarse. No soportaba a aquellos salvajes que deambulaban medio desnudos por todos lados; sólo eran unos incultos neandertales, que deberían vivir encerrados como animales.

—Esta mina jamás dará nada, señorita.

—Si está tan seguro de ello, ¿por qué no deja que trabajemos a gusto? Después de todo, ha esperado mucho por tener estas tierras. Si no encontramos lo que buscamos, nos iremos de aquí y mi amiga le venderá el terreno. ¿Ha sabido algo de Sears?

El rostro de Delaware adquirió un tono rojo colérico que ella fingió ignorar, aunque debió dar unos pasos atrás por la fiereza de su expresión.

—Señorita —respondió él con los dientes apretados—, mis hombres no están para hacer el trabajo del inepto del sheriff. ¿Sabe usted algo de mi oro?

Rider se enderezó, estudiando al ranchero con ojos entrecerrados. Parecía encontrarse bastante incómodo.

—Tal vez el general Smith tenga algo que decir en este asunto —dijo, enfrentándose a Delaware.

—¿Me está amenazando, oficial?

—Tranquilos, señores. —Jessica se puso entre ambos para calmar los ánimos—. No creo que debamos molestar al general con estas cosas. —Se

volvió hacia Carlo con una sonrisa que pretendía ser alegre y confiada. Si el general Smith se enteraba por casualidad de que ellos en verdad tenían el oro de Delaware, todo se complicaría más de lo que estaba—. Nos quedaremos una semana más a lo sumo, y luego nos marcharemos —les explicó. No quería que aquellos hombres se enzarzaran en una pelea cuando faltaba tan poco para que ellas abandonaran ese lugar—. La señorita Hamilton necesita un poco más de tiempo para hallarse en paz consigo misma. Piensa que siguiendo los últimos pasos de su hermano podrá comprender qué fue lo que realmente ocurrió. Respecto al oro, no tenemos constancia de nada, y entre las cosas de Edward sólo encontramos el título de propiedad de la mina —mintió. Ni siquiera quiso hablar del deteriorado mapa que aún tenían en su poder.

—Yo le diré lo que pasó con ese hombre. —Delaware se irguió más de lo que estaba—. Era un ladrón y murió por inmiscuirse en asuntos que no le concernían. Fin del cuento.

—¿Por eso envió a sus hombres a soltar nuestros caballos?

Jessica supo que debía haberse mordido la lengua cuando Carlo carraspeó, nervioso, y Delaware acercó su rostro a ella de modo peligroso, amenazante.

—¿Cómo dice? —le susurró con frialdad—. ¿Me está acusando de algo, señorita Sconner?

La joven deseó que se la tragara la tierra en aquel momento; sin embargo, no dio su brazo a torcer y le aguantó la mirada con firmeza. El corazón retumbaba en su pecho con fuerza y le sudaban las manos.

—¿Necesita algo, señorita?

La voz de Amina, que llegaba a ellos desde la casa, la reconfortó. La joven india había salido al porche con una larga escopeta en la mano. Los demás nativos se habían acercado considerablemente.

Delaware evaluó la situación. No había contado con que Alce Gris se embarcaría con aquella gente del este en ese asunto. ¡Maldito mestizo! Parecía que quería hacerle la vida imposible desde que se había ubicado años atrás en esas tierras. Si no hubiera sido por los indígenas, o por el mismo general Smith, la ciudad de Cheyenne sería ahora suya. De hecho, muchos de

los locales de la ciudad le pertenecían.

Observó a Jessica y reprimió su furia. La joven le sacaba de sus casillas con aquellos aires orgullosos. Si no habían encontrado nada en la mina hasta el momento, dejaría que continuaran; tal vez incluso le vendría bien que alguien le ahorrara trabajo, porque si de algo estaba seguro era de que aquellas mujeres regresarían a su casa, lo quisieran o no. Para colmo, la jodida muchacha era muy hermosa, posiblemente más que cualquiera de las mujeres que él conocía.

—Si tiene alguna prueba contra mí o mis hombres, será mejor que me lo haga saber, señorita Sconner.

Estaba rabioso y hubiera deseado coger a la bella joven por el cuello hasta que dejara de respirar, o bien tumbarla sobre la dura tierra y poseerla hasta hacer que gritara. La presencia del oficial y de los indios que esperaban su reacción lo detenía.

—¿La tiene? —insistió.

—No, pero averiguaremos quién ha sido.

¿Por qué no podía cerrar la boca de una vez?

Delaware asintió con gesto hosco.

—La animo a que lo intente —dijo, retándola con una sonrisa torcida—. Me pasaré al final de la semana para ver cómo continúan las cosas. Por cierto, sería un honor para mí que antes de marcharse pasaran a conocer mi propiedad.

Jessica asintió, y cuando Delaware se marchó junto a sus hombres, dejó escapar un largo suspiro. ¡Un cuerno iba a ir a visitarlo!

—¿Se encuentra bien? —preguntó Carlo con amabilidad. La muchacha había perdido el color de la cara—. Ese hombre es bastante peligroso y tiene muchos contactos. Yo no tomaría en vano sus palabras, señorita.

Jessica se pasó la lengua por los labios. Su boca se había quedado seca por el miedo.

—Ha sido usted muy amable por quedarse conmigo, acompañándome —le dijo, deseando encerrarse en la casa.

Los nativos comenzaron a regresar a sus obligaciones, y Amina ya se había retirado.

—¡Ojalá acabe pronto con su expedición y podamos salir a cenar antes de que nos marchemos!

—Entonces, ¿realmente se van? —preguntó Carlo.

Jessica asintió. Unos metros más atrás del oficial se encontraba Craven, que se había acercado cuando le avisaron de que Delaware estaba en la casa. Se había detenido, apoyando la espalda contra la valla del cercado, con los brazos cruzados sobre su amplio pecho, como si fuera un Dios omnipotente al que todos debían dar explicaciones. Los observaba con una atención descarada. Carlo se volvió siguiendo la mirada de ella y frunció los labios con desagrado.

—¿Qué hace el mestizo aquí?

A Jessica no le gustó su tono; la forma tan despectiva en que se había referido a él la alertó de las malas relaciones entre ambos.

—El señor Logan nos está ayudando. Ha sido muy amable con nosotras desde que llegamos. ¿Le conoce?

Rider se volvió hacia ella con un rostro indescifrable.

—No se fíe de ese hombre —se atrevió a decir sin siquiera tratar de bajar la voz. Sabía que el lakota estaba escuchando con atención todas y cada una de sus palabras. Jessica enrojeció bajo la atenta mirada de Craven y tan sólo logró asentir.

—Me tengo que marchar, señorita Sconner. —Le cogió la mano para llevársela a los labios—. Espero regresar antes de que se marchen.

Ella le sonrió y se quedó en el porche hasta que Rider montó en su caballo castaño y emprendió la marcha en la misma dirección por la que minutos antes se había ido Delaware. Cruzó su mirada con la de Craven antes de que éste también desapareciera.

¿Por qué le habría dicho Carlo eso? ¿Ocultaba Craven algo que ella no sabía? Le observó mientras subía por la pequeña loma para reunirse con el resto. Caminaba de forma suave, silenciosa, con los hombros erguidos bajo la túnica de flecos y las piernas cubiertas por el pantalón de piel..., y menudas piernas poseía. Sus fuertes músculos se marcaban con precisión cuando el lakota doblaba la rodilla. Ese hombre, fuera cual fuera su nacionalidad, era un espécimen perfecto. Jessica se negó siquiera a considerar que Craven fuera

peligroso. Si hubiera querido hacerle daño, había tenido cientos de oportunidades y no le habría salvado la vida. Así, decidió achacar las palabras del oficial a un ataque de celos.

## Capítulo 12

Jessica bajó por los escalones del porche corriendo detrás de Lara. Alargó los brazos para cogerla antes de que escalara la valla del cercado, pero Lara iba tan furiosa que ni siquiera se percató de que estaba detrás de ella.

—¡Escúchame, Lara! —gritó cuando la vio acercarse a uno de los caballos—. ¡No puedes ir tú sola! Espera al menos a que llegue Darius.

Lara no quería oírla. Se alzó sobre el animal y se levantó las faldas hasta los muslos, resoplando y con las mejillas ardiendo. La furia se reflejaba en ella como en un espejo.

—¡Abre la puerta, Jessy! —dijo con voz excitada.

—Lara, no lo hagas. —La muchacha se plantó frente a Lara en el exterior del redil—. Tú misma eras la que me decía que debía ser sensata y todas esas cosas. ¡No puedo creerme que vayas a ver a Delaware así!

Abrió los brazos en cruz. Pretendía ganar algunos minutos, los suficientes como para que Darius o incluso Craven aparecieran por allí y lograran que Lara entrara en razón. Máximo les caía mal, pero no podían acusarle de que las aguas del riachuelo que corría por uno de los recodos de la mina bajaran... negras. Y es que tan sólo hacía unas horas que tanto el caudal como la calidad del agua habían disminuido en la misma proporción.

—Al menos deberías coger una escopeta. ¿Quieres que traiga una? —se ofreció.

Cuando fuera a por el arma a la cabaña se retrasaría buscándola. Jessica aún sonreía a causa de sus pensamientos cuando Lara asintió. Jessica debería haber leído las intenciones de su amiga en la mirada que le dedicó, pero la

prisa por entrar en la casa y sentarse durante unos minutos haciéndola esperar a propósito no la advirtió de lo que realmente iba a suceder.

Lara saltó la valla y, espoleando a la montura, se perdió de vista por el camino principal.

Jessica se dio cuenta nada más poner el pie en el primer peldaño. Cuando se volvió sólo vio una espesa nube de polvo flotando en el aire.

Maldiciendo por enésima vez aquellas tierras, abrió la puerta del cercado y se aproximó a otro de los caballos que habían hecho el largo viaje hasta allí desde Nueva York. Era uno de los hermosos ejemplares que utilizaban para el carruaje de Lara.

Con los ojos muy abiertos, observó las sillas de montar que habían apilado en el suelo. No podía ser muy difícil colocarlas, y con ese pensamiento, cogió una. Pesaba bastante y por su rígida forma supo que le iba a costar mucho ponerla. Nunca se hubiera atrevido a ir sin la silla, ni siquiera lo habría intentado; imaginar estar sobre el animal sin que pudiera agarrarse a ningún sitio más que a las riendas era algo que la superaba. Así pues, luchó por colocar el artefacto de cuero sobre el lomo del animal.

—Espera, no te vayas para delante —le susurró al caballo, apretando los dientes cuando la bestia empujó contra ella—. Espera.

Tiró un poco del bocado y siguió colocando las cinchas de la silla. Para cuando quisiera llegar, Lara ya se habría metido en problemas.

Ni siquiera sabía muy bien lo que estaba haciendo. Nunca le había colocado nada al caballo; para eso tenían un mozo de cuadra en Sconner's House. Volvió a murmurarle algo al animal y se subió a la grupa. Comprobó de una rápida pasada que todo estuviera firme. La silla se balanceaba ligeramente; no era mucho, pero con el movimiento las cuerdas podían destensarse. Rezó para que eso no sucediera.

—¿Dónde va, señorita? —preguntó Amina, que doblaba por una esquina de la casa.

Se había puesto un bonito vestido que Lara le había regalado; aunque era muy sencillo, los tonos pálidos de la tela contrastaban con su oscura tez. Estaba sorprendida de ver a Jessica salir a cabalgar sola.

—Voy al rancho de Delaware. Dile a tu hermano que vaya para allí. Es



un asunto oficial.

—¿Por lo del agua?

Amina caminó un poco tras ella viendo cómo se alejaba.

—¡Porque Lara va a matar a Delaware! Voy a intentar detenerla — respondió Jessica, no muy convencida. A esas alturas, Lara le llevaba una buena ventaja.

—¡Espere, señorita! Alce Gris está en el lago con el otro hombre. Voy a buscarlos.

Era tarde y hacía rato que los mineros habían terminado el trabajo. Jessica no esperó. Espoleó al caballo con brío. Era muy buena amazona, mucho mejor que Lara, y aún tenía alguna esperanza de alcanzarla antes de que entrara en las tierras de Máximo. Agachó la cabeza para que el viento no golpeará su cara. Tenía cierta noción de dónde quedaba el rancho.

Apenas había recorrido unos cientos de metros cuando la silla se desprendió, deslizándose hacia un lado. Jessica gritó, aterrada, antes de ser lanzada a un lado del camino de tierra. Sintió el impacto de su cuerpo y, tras oír cómo los cascos del caballo proseguían su marcha, se hundió en un oscuro y negro pozo.

El sol se ocultaba perezosamente tras las cumbres nevadas de las montañas cuando el jinete aminoró la marcha. Se detuvo en la colina y, con ojos entrecerrados, observó el paisaje con atención.

El rancho de Delaware era una construcción fuerte, de fachadas blancas y con una altura de dos plantas. Estaba rodeado por espigados árboles que proporcionaban sombra a la casa para mantenerla fresca en los meses de más calor. Más alejados se encontraban los corrales y las caballerizas, donde sin duda estaban los hombres del rancho, aquellos que no habían bajado al pueblo a gastarse la paga.

Craven espoleó al pinto en un lento caminar. Todos sus sentidos estaban alerta.

Con mirada ansiosa, descubrió uno de los caballos del vehículo que las neoyorquinas habían llevado. Atravesó el arco de madera que anunciaba las tierras de Delaware y, antes de llegar a la puerta, le salieron al paso un par de

hombres que le apuntaron con sendos rifles.

—¿Dónde están las mujeres? —preguntó Craven con frialdad.

No estaba preocupado por aquellos cañones que lo seguían en cada movimiento, sino porque sólo había contado una montura.

—Estoy aquí, señor Logan —contestó Lara, precediendo el paso a Máximo. Su humor era bastante sereno—. He venido a comentar con el señor Delaware el tema del agua.

Máximo hizo una señal para que sus hombres bajaran las armas. Miró al mestizo con altivez desde las escaleras del porche y recibió la misma mirada. Craven tenía un rostro indescifrable, duro, una máscara de facciones peligrosas. ¿No había advertido a Jess que no saliera sola de casa? ¿Acaso hablaba para las paredes, o qué? ¿Por qué demonios tenía que estar siempre pendiente de ella?

—No hemos tenido nada que ver. Mi ganado también está abasteciéndose del agua —le informó Delaware.

—Alguien ha vertido varios bidones en la cara externa de la montaña. El agua lo arrastra todo hasta esta zona —dijo Craven, clavando sus ojos en Lara—. Si se hubiese esperado a que regresáramos, se habría enterado antes.

Delaware sonrió; fue apenas una línea pintada en su boca. No parecía que el lakota disfrutara mucho con la presencia de las jóvenes, y eso le alegró.

—Están convencidas de que todo lo que ocurre alrededor es provocado por mí o por mis hombres, y mucho me temo que se confunden, señorita. Yo sólo quiero esas tierras, y el caudal del agua me perjudica tanto como a ustedes.

—¿Dónde está la señorita Sconner? —preguntó finalmente Craven.

No había visto a la muchacha desde que había llegado y comenzaba a mostrarse intranquilo.

Lara frunció el ceño, confusa.

—No ha venido conmigo.

«¿Es posible que la muy estúpida se haya perdido por el camino?», pensó Craven. Si bien él se había dirigido al rancho con demasiadas prisas, no se había cruzado con nadie en varias millas.

—Amina dice que ha salido detrás de usted.

—Por aquí no ha venido.

Delaware miró a sus hombres y éstos negaron con la cabeza. Ellos tampoco la habían visto.

Craven apretó la mandíbula con fuerza. Comenzaba a oscurecer y era bastante peligroso para una dama hallarse sola en los caminos. Maldijo entre dientes.

—Vayámonos, señorita. Cuanto antes salgamos, mejor. La buscaremos de regreso; puede que nos topemos con ella.

—Mis muchachos los acompañarán —dijo Delaware, que con el mentón señaló a los dos hombres—. Mantenedme informado. Estas tierras son muy peligrosas. Abundan los lobos.

Craven afianzó las riendas e hizo girar el caballo. Los lobos y los que eran peor que lobos.

Dirigiendo una última mirada cargada de frialdad al rancho, esperó a que Lara se acomodara sobre el animal. Se lanzaron al galope, hasta llegar al camino principal.

Debía encontrarla él antes de que lo hiciera alguno de los hombres de Delaware. Si ocurría esto último, podría ser que la muchacha no llegara sana a ningún sitio.

—¿Cree que se ha perdido? —preguntó Lara, recorriendo con sus ojos todo el paisaje, escrutando entre las sombras que comenzaban a formarse.

—¡No sé lo que pienso en este momento! —rugió Craven, furioso. No tenía ni idea de por dónde empezar a buscar—. Ahora déjeme decirle que cuando encuentre a su amiga no se va a librar de unos buenos azotes.

—¡Usted no tiene derecho!

—¿Cree que me importa lo que diga? ¡Rece para que aparezca!

La pradera se veía desierta. Al menos, había aún un mínimo de claridad, y un poco más tarde, aparecería la luna llena; también los lobos que bajaban desde las montañas para cazar o beber en el río. El ambiente, aunque seguía siendo cálido, era bastante más suave que durante el día.

## Capítulo 13

Jessica despertó con un terrible dolor de cabeza. Fue consciente a medias de que alguien la llevaba como flotando en una nube; incluso había creído reconocer el exótico acento de Craven. Sin embargo, la confusión de su mente la devolvió de nuevo a un oscuro mundo donde mil imágenes distorsionadas cruzaban velozmente.

La arpía de su madrastra se coló en sus múltiples recuerdos con su amargada sonrisa de víbora. ¡Lo que hubiera disfrutado sabiendo que estaba herida en aquellas salvajes tierras! Seguramente, Ariadna podría saborear toda la herencia de la joven. ¿Y su padre? No es que se hubiera portado muy bien con ella, pero no dejaba de ser su hija y, por tanto, recibía las mismas atenciones que su segunda esposa.

Cuando volvió a abrir los ojos, el dolor lacerante de su cabeza se avivó con mucha más fuerza. Con el ceño fruncido y los dientes apretados, aguantó hasta que pasó aquel ramalazo.

Observó el desconocido lugar. El espacio era amplio y todo se hallaba en penumbra. Yacía sobre el suelo envuelta en gruesas mantas, pero no se sentía incómoda, pues el piso estaba cubierto a su vez con una mullida alfombra elaborada con la piel de algún animal. Aquello no era la cabaña de Thompson y se asustó.

Las paredes oscuras parecían agitarse, como si ondearan. Debía haberse dado un golpe muy fuerte y posiblemente todavía no había salido de un estado de semiinconsciencia.

Oyó voces que provenían del exterior. Hablaban en un dialecto extraño, y

un miedo inusitado recorrió su cuerpo... desnudo. ¡Estaba desnuda! Tiró más de las mantas en el mismo momento en que alguien descorría una gruesa lona.

La cabeza de un niño asomó por la entrada, y tanto Jessica como el pequeño parecieron sorprenderse.

—*Ces éveillé?* —preguntó él, entrando en el tipi.

No todos los sioux vivían en esas tiendas cónicas formadas por maderas y pieles; de hecho, en la reserva ya había muchas construcciones de piedra. Pero los más ancianos se habían negado a abandonar su forma de vida.

Jessica no había entendido ni una palabra de lo que el muchacho había dicho, aunque estaba segura de que era francés. ¿Por qué no había querido estudiarlo? Doña Petunia Doors le había insistido en múltiples ocasiones, pero a ella ese idioma siempre le pareció aburrido. Demasiadas erres para su gusto.

—¿Dónde estoy? ¿Hablas mi lengua? —le preguntó, siguiendo sus movimientos con cautela.

El niño se acercó, se acuclilló ante ella y la estudió con una mezcla de incertidumbre y curiosidad. No había creído que fuera tan bonita, pero su padre tenía razón cuando se lo comentó a su tío Halcón Azul.

Cogió un grueso mechón de Jessica y lo acarició con suavidad, admirado por el delicado tacto del cabello de la mujer. Los suyos eran más bien ásperos.

—Me llamo Amaru —respondió en perfecto inglés. Ella soltó el aire que había retenido sin darse cuenta—. Te traje padre hace dos días.

—¿Eres el hijo del señor Logan?

En cuanto el muchacho asintió, la invadió el alivio. Como si de repente hubiera abierto una puerta y todos sus miedos se hubiesen escapado por allí.

—¿Cómo te llamas tú?

—Jessica —respondió ella, observándole.

El pequeño era muy guapo. Alto para su edad y demasiado delgado, no tenía ni un gramo de grasa en su cuerpo fibroso. El cabello lacio y negro le caía brillante sobre la espalda y vestía con una túnica que le llegaba hasta las rodillas y dejaba el resto de las piernas al descubierto.

—¿No sabes montar a caballo? Te caíste.

—¡Pues claro que sé! —exclamó Jessica ruborizada. El niño poseía el mismo gesto de orgullo que el padre—. Se soltó la silla de montar.

—Padre dice que fue una suerte que no te partieras la cabeza. ¿Te duele?

—Creo que la tengo rota —contestó con pesar. Le costaba incluso hablar—. ¿Dónde está tu padre?

—Creo que en la ciudad.

—Ya. ¿Y tardará mucho en llegar?

—Puede que sí, puede que no —dijo Amaru, y sonrió mostrando unos dientes blanquísimos—. Uno nunca lo sabe. ¿Es verdad que os marcháis pronto?

—No lo sé —musitó la muchacha, encogiéndose de nuevo por el dolor. Le miró con ojos entrecerrados—. ¿Podrías ayudarme? Necesito salir de aquí. No sé dónde están mis ropas. —Las buscó con la cabeza sin reconocerlas.

—¡Todavía no puedes levantarte! Padre ha ordenado no dejarte salir del tipi.

—¿Cómo que ha ordenado?

Jessica se echó a reír, pero Amaru no le encontró la gracia.

—Tu padre no tiene poder sobre mí, Amaru. No puede decidir dónde debo estar.

—Pues eres una tonta. ¿Para qué pasar dolor haciendo un viaje cuando aquí sólo tienes que echarte a dormir? No te va a molestar nadie, y en cuanto necesites algo, vendrá Kalina, que está al lado.

Amaru se levantó, sonriendo con presunción. Salió del tipi y en seguida regresó con un cuenco que contenía un puré blanco y pastoso. Se lo entregó junto con una cuchara de metal.

—¿Qué es? —preguntó ella, luchando por seguir cubierta con las mantas al mismo tiempo que recogía los objetos.

Amaru hizo una desagradable mueca mientras observaba la comida.

—Son patatas cocidas, chafadas. —Jessica imitó su gesto de asco y dejó el cuenco en el suelo—. Aunque no esté muy rico, te dará fuerzas.

—Esperaré a que me entre el hambre, gracias.

—Kalina puede darte algo para que se te pasen los dolores ahora que

estás despierta.

—Nada me gustaría más —respondió ella, acomodándose entre las pieles.

Aquel lugar era muy agradable y no hacía tanto calor como en la cabaña de Thompson.

Poco después una india de rostro severo, Kalina, la ayudó a beberse un jarabe espeso y asqueroso. Amaru le dijo que no hablaba su idioma. Le hubiera apetecido que el niño se quedara a charlar con ella; sin embargo, se fue en seguida, dejando la comida allí. Jessica se durmió un par de veces más durante aquel día y por la noche el dolor había menguado considerablemente.

Nadie, excepto Amaru y Kalina, había asomado la cabeza por allí hasta que Craven entró con prisas. Dejó caer las alforjas sobre una alfombra y caminó hacia ella. Estaba enfadado. Sus ojos dorados brillaban a causa de la ira y desprendía un aura aterradora con cada uno de sus pasos. Todo él era pura energía, como un enorme tigre cuyos elegantes movimientos lo acercan cada vez más a su presa.

Jessica no tuvo tiempo de levantarse; tan sólo fue capaz de apretar las mantas contra su pecho y tensarse. En ese momento, temió al hombre y temió por su propia vida. ¡Nunca Craven le había parecido tan salvaje como entonces!

Sintió la intensa frialdad de sus ojos felinos incrustándose en los suyos con fiereza. E incluso pudo leer en su rostro un atisbo de crueldad. ¿Qué le habría pasado para que se mostrara así?

—Me está dando miedo —susurró ella con voz ahogada—. ¿Ha sucedido algo?

Craven apretó la mandíbula con fuerza y se inclinó hacia ella, que seguía siendo incapaz de levantar la cabeza de los almohadones. Inesperadamente, presionó con un dedo un punto de su frente.

Jessica gritó al sentir el terrible aguijón del dolor y trató de apartarse de él. Craven no se movió. La observó en silencio largo tiempo; el silencio era peor que cualquier palabra.

—Te caíste del caballo. ¡Podrías haberte matado, mujer!

—¡No tienes derecho a enfadarte por eso! —le gritó ella a su vez, dolorida.

—¿Tú sabes qué podría haberte sucedido? —explotó Craven.

A medida que hablaba sus gestos se tornaban más coléricos y su voz se elevaba gradualmente. Caminó por el tipi con paso firme.

—¿Te han enseñado a ser una tonta, o has aprendido tú sola? Cualquiera niño de mi tribu... ¿No piensas...?

Jessica escuchó toda la retahíla con las mantas hasta los ojos, como si aquellas débiles prendas pudieran protegerla en el caso de que Craven quisiera hacerle daño. Él siguió hablando de su insensatez durante unos minutos más.

—Las cosas no fueron así —dijo Jessica, atreviéndose a interrumpirle con una voz tan suave que no estaba segura de que la hubiera oído.

—¿No? —preguntó Craven, deteniéndose ante ella con las piernas ligeramente abiertas.

La había oído a la perfección. Ella lo encontró terriblemente apuesto, incluso con aquellas extrañas ropas y el revólver en la cadera. Parecía peligroso y al mismo tiempo era un regalo para la vista femenina; un hombre con los musculosos brazos marcados bajo la camisa, la tez morena y aquellos hermosos ojos de gato, el amplio pecho que simulaba una dura estatua, la cintura estrecha...

—Até mal la silla de montar y...

—¿Crees que no lo sé? ¿Piensas que te llamo loca por gusto? ¡No es el hecho de que colocaras mal la dichosa silla! ¿Dónde crees que ibas tú sola? ¡No hubieras salvado a tu amiga! —exclamó Craven, negando con la cabeza—. ¿Quieres saber lo que podría haberte pasado?

Se acercó a ella de nuevo y se arrodilló a su lado. La tomó por los cabellos con fuerza y la levantó un poco. No le hacía daño.

—Si te hubiera cogido algún peón de Delaware te habrían violado todos los hombres del rancho y te habrían enterrado en cualquier parte de los muchos acres que posee. —Tenían las bocas muy juntas. Cada uno podía respirar el aliento del otro—. ¿Quieres saber qué otra opción te hubiera quedado en caso de ser amable con ellos?

—No..., por favor, no sigas... —susurró ella.

No quería oír nada más, y menos con la boca de Craven prácticamente



sobre la suya. Si uno de los dos se echaba hacia adelante... No podía pensar con racionalidad.

Jessica se pasó la lengua por los labios, un gesto nervioso que hizo que la sangre de Craven ardiera. Fue él quien se apoderó de la gloriosa boca femenina, quien la invadió y buscó hasta verse correspondido de igual modo.

Estaba completamente encolerizado y todo era gracias a ella y su cercanía. Craven no había tenido nunca tanto miedo como cuando había encontrado a la joven entre los arbustos. Había sentido cómo su corazón se disparaba queriendo salir del pecho al mismo tiempo que rezaba por su vida. No entendía por qué, pero si a Jessica le ocurría algo...

¡Se había enamorado! No podía tener otra explicación lo que sentía por ella. Esos deseos de verla a cada momento, de escucharla...

Hasta el día en que había conocido a Jessica no había tenido motivos para sonreír, a no ser que lo hiciera de manera cínica. Sin embargo, con ella, con sus pullas, con sus discusiones que a veces incluso llegaban a ser cargantes, con sus gestos, habían vuelto las sonrisas. Le divertía, lo entretenía, y encima su cuerpo le volvía loco...

La recordaba semidesnuda, con los rayos de sol sobre su cuerpo, con el largo cabello encendido cayendo como un manto en forma de gruesos bucles sobre su espalda. No había lamentado el bochorno que le había causado a ella. ¿Por qué se había tenido que desvestirse frente a la ventana? La imagen lo perseguía día y noche desde ese momento.

Y su rostro..., hermoso, de porte elegante, orgulloso y tenaz. Sus ojos eran de los colores del cielo; burlones, descarados.

Sí, la amaba, y aquello era un pecado, porque la furia que había sentido se había convertido en pasión en cuanto las bocas se tocaron.

Jessica lo besaba con la misma fuerza, apretando sus pequeños senos contra su pecho, adaptándose a la curvatura de sus brazos, acariciándole el cabello de la nuca.

Ella lo miró con ojos turbios cuando él se apartó, pero siguió aferrada a sus cabellos para detenerlo. No podía dejarla ahora; no lo iba a permitir. Jessica había soñado con esa boca tentadora que sabía a naturaleza, a frescor, a menta. No quería que aquellos cálidos brazos se apartaran de ella.

No sabía si su actitud se debía al golpe en la cabeza o no, pero justo en aquel momento se propuso ignorar un destello de dolor. Se aferró con más fuerza al hombro de Craven y lo atrajo hacia ella, apoyando la cabeza en los almohadones. Sus bocas se fundieron de nuevo, se devoraron con ansia.

—*Pouvez vous passer?*

Craven se apartó de Jessica con rapidez y se levantó un instante antes de que Kalina entrara con una bandeja de comida.

Jessica, sofocada, clavó los ojos en el oscuro techo del tipi. Aún sentía el sabor de Craven en su boca ardiente. Su corazón latía con una velocidad desbordante. Con el rabillo del ojo le miró, intrigada; él observaba la entrada disimulando suaves jadeos.

Cuando Kalina se marchó, Craven se acercó de nuevo, pero esa vez, de manera más prudente, guardó las distancias.

—Espero que sea la última vez que le digo esto, señorita Sconner. — Jessica levantó la cabeza para observarle. ¿Por qué había dejado de tutearla? —. Si intenta hacer cualquier otra locura, llamaré a su padre para que venga a buscarla. Voy a marcharme, y espero por su bien que esté aquí tranquila y recuperándose.

—¿Eso es una amenaza? ¡No puede retenerme!

—¿No?

La estaba retando, y Jessica dejó escapar un suspiro tembloroso.

—¿Lara se encuentra bien?

—La señorita Hamilton está perfectamente.

—¿Llegó a hablar con Delaware?

—Él no fue el culpable de lo sucedido. Pensamos que se trata de Sears. Pero la señorita Hamilton no corrió ningún peligro.

—Gracias. Me podré poner mis ropas al menos, ¿no? —replicó Jessica, enojada por el seco tono de sus respuestas.

Primero, la regañaba como si fuera su padre; luego, la besaba, y ahora actuaba como si se acabaran de conocer. Pero ¿qué le pasaba a ese hombre? ¿Sería sólo cosa de Craven, o todos los nativos eran así?

—Se lo diré a Kalina. Será mejor que coma algo.

—Espera, Craven. ¿Por qué me trajiste aquí y no me llevaste a la casa?

—Porque en ese momento no recordé su aversión por los salvajes y aquí tenemos buenas medicinas naturales. Pero en cuanto se mejore la llevo de vuelta.

A Jessica le dolió en el alma que no quisiera mirarla a la cara. Entendió sus palabras más que de sobra: no la quería en la reserva.

Craven salió sin decir nada más.

De camino a la cabaña de Thompson, Craven pensó en lo ocurrido. Se arrepentía de haber besado de nuevo a Jessica. No debería haberlo hecho. No tenía que haber probado aquellos adictivos labios que habían llenado su boca, que habían acariciado su lengua, ni aquella pequeña mano en su hombro que lo había inflamado hasta el límite de su control. Tarde había comprendido que todo aquello no era más que una ilusión. ¿Por qué Jessica le había devuelto el beso? Quizá porque le estaba gustando, pero ¿qué pasaría cuando abriera los ojos un día y se diera cuenta de que vivía con un salvaje? ¿No era así como los había llamado?

Sintió rabia. No podía vivir sin ella, pero ella jamás le aceptaría. Hiciera lo que hiciera nunca sería lo suficientemente bueno para la señorita Jessica. ¿Por qué había tenido que conocerla?

Regresó, furioso, a la reserva. No podía sacársela de la cabeza.

Cuando entró de nuevo en el tipi, ella se hallaba de rodillas sobre la alfombra, con los brazos estirados hacia arriba, esperando a que Kalina le metiera una túnica por la cabeza.

Su cuerpo desnudo, la piel brillando bajo el reflejo de varias mechas encendidas, el largo cabello cayendo revuelto sobre la delgada espalda... Era una diosa.

—*Pourrait nous laisser seul, Kalina?*

Su voz las sobresaltó a ambas. Jessica soltó una exclamación mientras se alisaba la túnica que Kalina, pese a todo, había conseguido ponerle. La india, por su parte, asintió y salió del tipi.

—¿Se te ha olvidado algo? —preguntó Jessica, ocultando la timidez tras su enfado.

—Sí —contestó Craven, acercándose a ella con paso lento y seguro—. Se

me ha olvidado esto —añadió, y volvió a besarla con intensidad.

Ella quiso negarse; ahora sí, y ahora no. ¡Eso no valía! Necesitaba entender la mente de Craven, pero estaba tan perdida en aquella lengua que danzaba contra la suya, que rozaba con calidez sus labios, sus dientes..., que no podía pensar en nada más. El olor de Craven y el de las pieles que cubrían el tipi obnubilaban su mente y anulaban su personalidad. Tan sólo era una marioneta en aquellos fuertes y experimentados brazos que la aplastaban con fuerza, con pasión.

Jessica disfrutó del beso más de lo que nunca podría haber imaginado. Siempre supo que Craven sería diferente a todo lo que ella había conocido, y él se lo estaba demostrando con precisión. Craven le acarició el rostro con pequeños besos que se demoraron en los párpados y en las comisuras de los labios. Se mostró tierno y cuidadoso.

Pero Craven no sólo la estaba besando. Las manos de él empezaron a recorrer su cuerpo. Al principio, sobre la túnica; después fue indagando bajo la prenda, haciendo que temblara de excitación.

Durante un momento, él se apartó, y Jessica le vio deshacerse de la pistolera y la amplia camisa con flecos. El hombre tenía una extraña pintura en uno de sus fuertes brazos, pero Jessica no tuvo tiempo de prestar atención a ese detalle. Sus ojos se habían clavado en el torso desnudo. Apenas tenía vello, y su piel dorada y fuerte resaltaba contra la espesa negrura que envolvía las paredes de la tienda. Jessica paseó sus dedos por los pectorales, acarició las tetillas rozándolas ligeramente con la uña, provocándole. Debería haberse sentido cohibida, ruborizada, avergonzada..., pero no fue así porque deseaba tocarlo y saciar su curiosidad.

Supo que iban a hacer el amor, y Jessica lo estaba deseando. Lo necesitaba. De todos modos, tal vez con el tiempo ambos se arrepentirían, porque él era un mestizo y ella... ella se iba a casar con otro.

—No podemos hacer esto —le susurró, aplastada contra sus labios.

Tenía que decírselo, aunque Craven le estaba sacando la túnica por la cabeza y ella se alejó de su boca facilitándole la labor. Ciertamente, no quería detenerle; debía, y no podía. ¿Y si no tenía otra oportunidad de sentir cómo era estar con él?

—Sí podemos —contestó Craven, apoderándose de nuevo de sus labios. Con aquellas simples palabras, la convenció. Y tuvo razón. Pudieron.

Ambos se encontraron descubriéndose los cuerpos, acariciando cada curva y cada rincón. Ni un solo centímetro de piel pasó desapercibido entre las fuertes manos de él y los dedos curiosos de ella.

Jessica jadeaba mientras él mordisqueaba su abdomen y lamía su ombligo, y cuando cubrió su feminidad con la mano, sintió cómo millones de pequeñas partículas estallaban en su interior alcanzando placeres insospechados. La boca de Craven atrapó uno de sus pechos y su lengua de terciopelo le infligió una dulce tortura, extasiándola. La agradable sensación de aquel cuerpo grande y firme pegado al suyo, perdido entre sus piernas, la hizo suspirar repetidamente.

Craven la tomó, y con cada embestida, Jessica levantaba las caderas más y más, saliendo al encuentro del poderoso miembro que hacía vibrar su cuerpo entero. Aferrada a los hombros de él con desesperación, evitaba que él se alejara. Se unió a la danza sumergiéndose en las desconocidas sensaciones que, al mismo tiempo que la sorprendían, la cautivaban. Había esperado sentir dolor, pero nada más lejos de la realidad, porque Craven era tierno, y sus movimientos fueron pausados, estudiados al milímetro.

Maravillada con la nueva experiencia que le había hecho tocar el cielo con las puntas de los dedos, cayó en un profundo y placentero sueño.

Para Craven dormir fue más difícil. Se sentía confundido y lleno de dudas. La señora sabelotodo había capturado su corazón y lo había hecho vulnerable a sus encantos. Y él se había aprovechado de ella en medio del aturdimiento producido por el golpe de la cabeza. Le tocó la frente con la mano. La poca fiebre que había tenido durante aquellos días se había esfumado.

## Capítulo 14

Jessica se despertó en mitad de la noche, hambrienta. Con el regreso de Craven se había olvidado de comer lo que Kalina le había traído, pero la bandeja aún debía estar por allí, en algún lugar cercano a los largos bancos situados en las paredes de la cabaña.

Con mucho cuidado para no despertar al lakota, gateó hasta los alimentos. —¿Adónde vas? —le escuchó murmurar. Había abierto los ojos, que brillaban como pequeñas piedras de ámbar.

En el interior del tipi se habían apagado casi todas las mechas y se habían formado espesas lagunas de sombra.

Jessica sonrió al oír su voz. Alcanzó la bandeja sin contestarle y se apresuró a masticar un pedazo de pan. Craven se incorporó sobre las mantas, curioso, siguiéndola con la vista. Estaba desnuda, sentada sobre sus talones. El cabello le caía sobre las nalgas y rozaba el suelo. Parecía una figura erótica envuelta en tinieblas. Un hermoso duende, un sueño al alcance de su mano.

La silueta de los pechos jóvenes y turgentes hizo que Craven se acercara a ella y se colocara a su espalda.

Jessica engulló con prisa, susurrándole, pero él, de pronto, pareció más interesado en masajearle los hombros, en acariciarle la piel cremosa y satinada. Retiró el largo cabello hacia un lado y sus labios se hundieron en el cuello, en la cálida y suave hendidura que formaba bajo la oreja.

Ella gimió y dejó caer la cabeza hacia adelante, invadida por unos placenteros cosquilleos que se extendieron por su cuerpo.

Las manos de Craven y su ávida boca acariciaron con deseo la espalda

femenina. Sus largos dedos bronceados se clavaron en las caderas tiernas y redondeadas, en las nalgas hermosamente curvadas. Cada caricia era un suspiro, un murmullo sin aliento.

Jessica ronroneó igual que un gato que estuviera jugando con un ovillo de lana; apretó la espalda contra el torso desnudo del hombre y le dejó jugar con sus pechos. Cuando quiso mirarlo por encima del hombro, él atrapó sus labios en un beso largo, abrumador, y de nuevo volvió a olvidarse de la cena.

Había sido difícil desprenderse de aquellos fuertes brazos por la necesidad de comer algo. Ahora otra vez relegaba los alimentos para más tarde. Físicamente, necesitaba que Craven la tomara, que le hiciera desaparecer el nudo expectante que se había formado en su bajo vientre en espera de que la calmara de cualquier forma; daba igual que fuera su experta mano morena, o el orgulloso miembro erguido que rozaba su cintura, excitándola.

Craven la arrastraba de nuevo al deseo, a la pasión, y ella estaba sedienta de experiencias. Había sido una sorpresa no sentir ningún dolor al perder su virginidad. Ahora ya se había convertido en mujer, no en una mujer cualquiera, sino en la mujer del lakota.

Rodaron por la alfombra formando un todo de miembros entrelazados; estaban cegados por la pasión y deseosos de calmar sus ansias.

Durante los siguientes días, Jessica se restableció del todo. Tan sólo algún destello de dolor cruzando su cabeza le recordaba por qué estaba en la reserva y no en la cabaña de Thompson. Craven no había vuelto a insinuarle que se marchara desde que habían hecho el amor aquella primera noche.

Él aparecía y desaparecía, volcado como estaba en sus obligaciones. Le veía sonreír con más frecuencia e incluso la trataba de una manera muy tierna y protectora. Estando con su gente era un hombre distinto; seguía siendo bastante cerrado, pero resultaba mucho más accesible que cuando trataba con los hombres blancos.

Hacían el amor siempre que podían, luchando contra el tiempo, temerosos de salir al mundo exterior y enfrentarse a la realidad. Estaba mal lo que hacían, y ambos lo sabían, porque Jessica jamás pertenecería a ese lugar. Y

sin embargo, ¿quién pensaba en eso entonces?

Fueron unos días llenos de magia. Ella, la altiva señorita de ciudad, había recorrido la comunidad lakota interesándose por sus costumbres. Se mostró amable con los nativos, que al principio se habían mantenido distantes, recelosos; luego, acabó trabando amistad con muchos de ellos. Llegó a aprender varias palabras de su idioma nativo, que entremezclaban con el francés. Craven se moría de la risa escuchándola. Recordar sus nombres era mucho más difícil, aunque lo intentó con mucho empeño.

Los más pequeños se aferraban a sus faldas queriendo hablarle todos a la vez. Craven había traído algunas de sus cosas porque ella no se acostumbraba a esos trajes confeccionados con pieles y que le producían sarpullido, y al lakota también le gustaba más. Se quejaba porque decía, divertido, que parecía estar luchando con faldas, pero en el fondo le encantaba investigar sus enaguas.

Aquella gente era una gran familia, y Jessica estaba orgullosa de haberlos conocido. ¡Dios mío! No podía creer que se hallara en una reserva. ¿Dónde y cuándo había dejado su aversión por ellos?

Amaru asumía el papel de anfitrión cuando Craven no estaba cerca. Era un jovencito muy vivaracho y alegre, y siempre corría de un lado a otro. Deseaba convertirse en pacificador como lo era su padre; no era de extrañar que Craven estuviera tan orgulloso de él.

Jessica tuvo que reconocer que le encantaba ver los caballos en libertad, correr sin tapujos al son del viento, caminar descalza sobre las altas hierbas de la pradera. Adoró el día en que los hombres de la tribu hicieron una representación a lomos de sus caballos. Craven, de pie sobre el pinto y con los brazos en cruz, franqueó, orgulloso, los obstáculos del recorrido con un equilibrio espectacular y terminó saltando sobre una alta hoguera. El acto era soberbio e impresionante, peligroso. Los demás hombres le jaleaban a gritos, y las mujeres daban palmadas al son de una canción nativa. Jessica se arrojó a sus brazos para felicitarle y él la hizo girar hasta que ambos cayeron mareados. Risas y miradas divertidas los envolvieron con calor, y los hombres jóvenes acabaron llevándose a Alce Gris en volandas.

También había averiguado lo mucho que le gustaba estar sobre él



acariciando su oscura cabellera, bebiendo de sus labios, absorbiendo la calidez de su aliento, la ternura de sus ojos dorados. Pensar que aquel hombre la amaba... Aunque él no se lo había dicho, Jessica sabía que había mucho cariño cuando la miraba, cuando le guiñaba un ojo antes de hacer alguna broma a Amaru, cuando la estrechaba entre sus brazos y la cobijaba durante la noche. Él no se lo había dicho, pero Jessica sabía que la quería. Eran signos tan claros que no podía confundirlos.

Terminó enamorándose locamente de Craven oyéndolo hablar con los más jóvenes, escuchando sus murmullos amorosos junto a su oído, sus besos en el cuello que lograban hacerla saltar de cualquier sitio. Se enamoró perdidamente del hombre... sin pensar, sin haber aclarado primero todos los asuntos que tenía pendientes. Pero la paz y aquella felicidad robada se vieron truncadas una semana después de convivir con los sioux.

Amina se había enterado de la relación entre ambos y una fría ira hizo que buscara a su hermano en la reserva. Le encontró desmontando, ansioso por reunirse con Jessica, que retozaba en el lago junto a Amaru.

—¿Qué crees que estás haciendo? —le preguntó, acercándose a él con ojos furiosos y los puños apretados.

—¿Bajarme del caballo? —respondió Craven con una sonrisa al mismo tiempo que le palmeaba un hombro con cariño.

—Me refiero a la señorita Jessica. —Su tono de voz dejaba claro que no bromeaba—. Le dijiste a la señorita Hamilton que estaba delicada y que por eso estaba aquí, pero es mentira, ¿verdad? ¿Es cierto que estás con ella?

—¡Qué rápido corren las noticias!

—¡Otra vez se repetirá la historia!

—¿Qué historia? ¿De qué hablas, Amina? Jess y yo estamos bien juntos. He pensado en hacerla mi mujer.

Amina palideció.

—¿No te ha dicho ella nada? ¿No te ha comentado que está prometida en Nueva York?

Los ojos de Craven se abrieron como platos, observándola.

—¿Qué pretendes, Amina? Eso no es cierto.

—¿Por qué no se lo preguntas a ella? Si a mí no me crees, ¿por qué no se

lo preguntas? —volvió a repetir con un nudo en la garganta—. Aunque no me extrañaría que a estas alturas te lo negara.

Craven se pasó una mano por la frente con pesar.

—No puede ser... —Era imposible que la historia se repitiera de nuevo.

—Ella misma me lo dijo —afirmó Amina con rotundidad—. Sólo quiero que abras los ojos. Te está utilizando, Alce Gris. La señorita Jessica jamás se adaptaría a vivir aquí. Le ocurrirá lo mismo que a Kyara. Se arrepentirá y...

—¡Es suficiente, Amina! —replicó él de mal humor.

¿Sería verdad que Jessica ya estaba prometida a otro? Se sintió morir. No podía ser cierto. ¿Por qué diablos no se lo había dicho?

—¡No puedo creer que estés tan ciego! Esa mujer te ha hechizado. Ella nunca vivirá aquí, Alce Gris. ¿Renunciarías a tu familia por...?

—¡He dicho que ya es suficiente, Amina! —estalló Craven, enfadado.

La dejó sola y, con pasos largos y presurosos, terminó de doblar el recodo que accedía al lago. Se movía como un animal salvaje; todo en él exudaba fuerza y peligro.

Rogó por que su hermana estuviera confundida. Jess, su Jess, no podía estar prometida. ¿Qué novio en su sano juicio la dejaría viajar hasta Cheyenne sola con lo bellísima que era?

El chapoteo del agua, las risas que le llegaban desde el lago..., todo aquello le embargó de un profundo dolor. Volvió a rezar para que no fuera verdad, para que todo fuera un invento de su hermana. Pero ¿por qué iba a hacer Amina eso?

Jessica le vio llegar y se levantó de la alta hierba para correr a su encuentro. Se lanzó a sus brazos, pero lo encontró frío, inmóvil, duro. Al levantar la cabeza, el rostro indescifrable la alertó. No sabía qué sucedía, pero sin duda era algo grave.

—¿Craven? —le preguntó, tratando de sonreír; estaba nerviosa—. ¿Qué ocurre?

—¿Es cierto que te vas a casar?

La sostuvo por los hombros con las manos. Necesitaba saber la respuesta; tenía que oírla de sus propios labios.

Amaru, ajeno a la escena, jugaba con las aguas que regaban los juncos de la orilla.

Jessica comenzó a temblar ligeramente. En aquel momento, Craven le pareció tan lejano que sintió desazón en su alma.

—¡Claro que no! —exclamó, defendiéndose; el corazón golpeaba en su pecho a punto de estallar—. Es cierto que mi padre me prometió a un hombre. —Negó con la cabeza—. Ni siquiera le conozco, Craven. Si tú quieres, si me lo pides, yo me quedo contigo hasta el fin del mundo.

El hombre la miró fijamente y la soltó como si quemase, como si fuese un bicho raro y venenoso a punto de clavarle el aguijón. Jessica dejó de respirar.

—No te lo voy a pedir —contestó Craven sin que el tono de su voz transmitiera ningún sentimiento—. Quiero que recojas tus cosas. Te llevaré con la señorita Hamilton.

—¿Por qué, Craven?

La muchacha se aferró a su brazo con desesperación. Él no quiso ni mirarla. Se deshizo de ella con más fuerza de la que había previsto aplicar, y ella estuvo a punto de caer.

—¿Qué pretendes, Jess?, ¿que te haga daño?

—Pero tú me quieres...

—No, no te quiero —respondió él con dureza—. Lo hemos pasado muy bien juntos, pero ahora esto tiene que acabar.

Jessica le miró entre aterrada y sorprendida, pero él fingió no verlo e hizo una señal a su hijo, que trataba de pescar un pequeño pececito en el lago.

—Yo te amo —le confesó Jessica con un susurro.

—Si me amaras, me habrías dicho hace tiempo en qué situación estabas.

Craven apenas podía controlar el dolor que inundaba su alma al verla de aquel modo, pero lograba encubrirlo con una fachada de frialdad. No quería hacerle daño, ni siquiera soportaba verla con los ojos llorosos y la mirada perpleja. Tal vez Jessica lo pasara mal durante unos meses, pero era joven y hermosa, y pronto le olvidaría. Había sido una solemne tontería pensar siquiera que ella podría haber sido feliz a su lado.

—¿Hubiera cambiado en algo las cosas, Craven? —preguntó, suspirando temblorosa—. Lo intenté la primera noche que me hiciste el amor —añadió,

ahogando los sollozos que brotaban de su garganta—. Quiero quedarme contigo, Craven. Por favor, no me alejes de ti.

—¡Amaru, nos vamos!

No quiso seguir escuchándola. Por el bien de ella, debía apartarse.

—Craven... —le suplicó.

Él caminó hacia el poblado ocultando su angustiado rostro de ella.

Amaru pasó al lado de Jessica corriendo hacia su padre para mostrarle su trofeo, y ella se sintió súbitamente desplazada. Por supuesto, el niño no lo había hecho adrede. Se quedó en el mismo sitio varios minutos más, llorando en silencio, con los ojos clavados en la espalda de Craven.

No volvieron a hablar. Craven no quiso oír nada más, y Jessica abandonó la reserva con lágrimas en los ojos. Ni siquiera la dejó despedirse de los demás.

El lakota rompía su relación con ella, se alejaba de nuevo. A partir de entonces se mostraría frío y la trataría como a una simple desconocida, como si nunca hubieran compartido un poquito de amor real e intenso. Ella se sintió morir. Habían apuñalado su pobre corazón y las heridas eran difíciles de cicatrizar.

Con el alma destrozada, quiso adaptarse a seguir viviendo igual que antes. Luchó por apartar a Craven de su mente y de su vida, y aunque no lo había vuelto a ver desde que la había dejado en la casa, era innegable que siempre había alguien hablando de Alce Gris. Él no se acercaba a la cabaña y ella no iba a la mina.

—Se acerca un grupo de hombres por el camino —avisó Amina un día mientras preparaba la masa del pan sobre la encimera.

Todas las mañanas eran iguales, monótonas, repetitivas.

—¿Quiénes son? —preguntó Lara, levantado la cabeza de la achicoria que se estaba tomando.

Unas nuevas cortinas de flores rojas cubrían las ventanas.

Amina lo sabía perfectamente. No los conocía, pero sabía quiénes eran los visitantes.

—El padre y el prometido de la señorita Jessica. Vienen a buscarla.

—¿Qué?

Jessica dio un pequeño brinco y caminó hasta una de las ventanas. Aún no podía ver a nadie por el camino. Miró a la india con ojos interrogantes.

—Alce Gris les dio la ubicación exacta —corroboró Amina con una semisonrisa presuntuosa.

Jessica se sorprendió.

—Fuiste tú quien le habló de mi compromiso, ¿verdad? —le reprochó con un hilo de voz.

Lara siguió sentada, en silencio, escuchando como si formara parte del mobiliario.

—¡Estaba jugando con él! ¡No quiero que mi hermano vuelva a sufrir como lo hizo con Kyara!

—¡Yo no soy ella! —gritó Jessica, enojada—. Yo amo a...

—¡Ella también le amaba! —Amina se encaró a Jessica con las manos en las caderas—. Kyara fue prometida siendo muy joven con un jefe lakota asentado en las montañas altas, pero la mala suerte quiso que Kyara y Alce Gris se conocieran y se enamoraran. Ella eligió a mi hermano, y tuvieron un niño. Pero Kyara nunca soportó su lado mestizo; odiaba al hombre blanco. Se arrepintió de haberse unido a él y le echó en cara su error al haber roto su compromiso. Kyara había creído que Alce Gris la amaba tanto que dejaría de trabajar para el sheriff, que dejaría de frecuentar la ciudad. —Amina había ido suavizando la voz—. Pero mi hermano se debe a su pueblo, a su gente. ¿Podría usted vivir en la reserva, señorita Jessica? ¿Sería capaz de olvidar sus bonitos vestidos y la fácil vida del este? ¿Durante cuánto tiempo?

Aquellas preguntas flotaron en la sala en espera de que Jessica contestara. No lo hizo. ¿Tendría razón Amina? De haberse quedado con Craven, ¿habría echado su vida anterior de menos? Lo único que sabía era que en aquel momento hubiera dado cualquier cosa por seguir con él.

—¿Qué sucedió con su esposa? —preguntó, temerosa de saberlo.

—Regaló su último aliento de vida al lago. Se ahogó a propósito; no soportó seguir unida a mi hermano debido a sus largas ausencias.

Jessica sintió un escalofrío recorriendo su columna vertebral. Comprendió la verdad y le pareció injusta. No quería pensar en si era cierto que le costaría vivir allí. No podría saberlo, porque Craven ya había elegido por ella.

Dolorida y apenada, entró en el dormitorio y comenzó a preparar el equipaje. El lakota no la quería cerca, y aunque le costara una vida de sufrimiento, se alejaría de él.

Fue difícil fingir ante su padre que todo andaba bien. No quería abandonar las tierras donde por primera vez había conocido el amor, ni a su maestro, que tanto la había hecho disfrutar entre sus brazos. No se había marchado aún y ya lo anhelaba, ya lo estaba echando de menos.

Su prometido no parecía un mal hombre, aunque tampoco le prestó mucha atención. Era guapo, apuesto, atento, unas atenciones que Jessica hubiera cambiado por un solo beso más de Craven, uno más antes de partir, antes de apartarse de su vida para siempre. Su destino estaba marcado, y el lakota no estaba en él.

## Capítulo 15

—Señorita Jessica, lamento mucho lo ocurrido.

El dolor de Amina se reflejó en sus bonitos ojos castaños.

—Ya —respondió Jessica con un nudo en la garganta, luchando contra las lágrimas que amenazaban su mirada cristalina una vez más.

¡Qué fácil era lamentarse cuando el dolor y la profunda herida se marcaban a fuego vivo en su alma! Ya no había vuelta atrás. Abrazó a la mestiza con fuerza, sin rencor.

—Despídeme de Craven, por favor —le dijo, ahogando un sollozo—, y de Amaru. —Pestañeó con fuerza, y una gruesa lágrima surcó su mejilla; se había encariñado mucho con el niño.

Lara también regresaba a Nueva York. Durante aquellos días habían tratado de descifrar el mapa de la mina. Gracias a Craven, habían seguido los símbolos hasta descubrir el cuerpo sin vida del señor Thompson dentro de un círculo de piedras sagradas. Las sospechas de asesinato recayeron automáticamente sobre Anthony Sears, pero parecía que al tipo se lo había tragado la tierra. No descubrieron qué tenía que ver un ritual indio con aquello, y sólo se les ocurrió pensar que era una broma macabra para que el mismísimo Alce Gris lo encontrara.

Delaware celebró la compra de su nueva propiedad. No fue una despedida muy sincera, pero al menos había tenido la educación suficiente como para venir a despedirse, algo que Craven no hizo.

Jessica lo estuvo esperando hasta quedarse sin motivos para seguir retrasando la marcha. Era el final del largo viaje, y ahora tocaba regresar a la

realidad. Atrás dejaba su corazón hecho pedazos y sus sueños.

Amina tenía razón, y si no era así, Jessica trató de convencerse. Ella no estaba preparada para aquellas tierras tan áridas y salvajes, y al mismo tiempo tan verdes y hermosas rodeando los altos y escarpados picos nevados. Aquellas moles recortadas contra el cielo de Wyoming fue lo último que perdió de vista.

El señor Hounder, su prometido, no resultó muy hablador durante el viaje de regreso, incluso se mostró algo esquivo con ella. A Jessica, por supuesto, no le importó. Prefería ir en silencio, observar el paisaje y hundirse con cada paso un poco más en la pena. Si unos meses antes le hubieran dicho que se iba a enamorar de un mestizo sioux, se habría reído hasta hartarse. Ahora quería llorar hasta ahogarse.

El viaje de regreso fue mucho más rápido... y más incómodo también. El tren crujía constantemente y los asientos eran duros, horribles, al igual que los respaldos.

Cuando el vehículo se detuvo ante la gran mansión señorial de Nueva York, Jessica no era consciente de haber descubierto el brusco cambio que había dado su padre, pero ciertamente durante todo aquel tiempo no había probado ni una sola gota de alcohol y su humor era mucho más tranquilo y relajado que meses atrás.

Por su parte, Miles Sconner no había podido mantener ninguna conversación coherente y racional con Jessica desde que había ido a buscarla a Cheyenne, y eso lo tenía preocupado. Nunca antes había visto a su hija tan apagada y encerrada en sí misma. Jessica siempre había sido un torbellino, puro nervio a flor de piel, cargada para batallar, o para quejarse, o para mandar al infierno a todo cuanto la rodeaba.

—¿Sabes que la gente hablará de ti? —preguntó Miles a su hija antes de descender del carruaje. Debía tener esa conversación sin que Ariadna estuviera presente—. Quizá te apetezca hacer un viaje por Europa...

—¿Por qué deberían hablar, papá? —lo interrumpió ella, confusa—. Me marché con Lara, eso es todo.

Miles frunció el ceño.



—Hablarán de la ruptura de tu compromiso. —Como Jessica alzó las cejas a modo de interrogación, Miles soltó un pesado suspiro y añadió—: ¿Qué dirás?

—¿Sobre qué? ¿Ha pasado algo que yo no sepa?

Miles se sorprendió.

—El señor Hounder ha roto el compromiso.

—¿Cuándo?

—Poco antes de entrar en Nueva York —la informó, mirándola contrariado—. Jessica, hija, le has deseado suerte.

—¿Sí? —Jessica agitó la cabeza; lo recordaba como en un sueño—. No le estaría prestando atención. No me importa, papá; no deseo casarme.

—¿Estás bien, Jessica? Desde que te vi en Cheyenne presentí que no eras la misma.

La muchacha forzó una sonrisa que no alcanzó el brillo de sus ojos. Difícilmente volvería a serlo.

—Estoy bien, papá —contestó con voz temblorosa.

Salió del coche antes de que se pusiera a llorar como una tonta y no pudiera dar explicaciones de nada. Estaba destrozada y sólo deseaba encerrarse en un sitio oscuro para dejar pasar el tiempo. ¿Cómo sería su vida a partir de ahora? Ya no era la misma joven que se había marchado a Cheyenne armada de valor. ¿Podría algún día dejar de pensar en él sin anhelar que la rodeara con sus brazos?, ¿olvidar el color de sus ojos y su mirada burlona?...

Miles tardó un poco más en bajar. Estaba preocupado y no podía dejar las cosas como estaban. Ya había perdido a un hijo hacía muchos años y no pensaba dejar que sucediera lo mismo con Jessica. Mandaría llamar al doctor para que chequeara a la joven.

—¿Embarazada?

Jessica abrió los ojos como platos. ¡Embarazada de Craven! Iba a tener un hijo. —¿Está seguro de lo que dice, doctor Francis? —preguntó, incorporándose despacio en la cama, y miró al hombre con insistencia—. ¿Voy a tener un hijo?

No sabía si echarse a reír o a llorar.

—No se lo puedo asegurar del todo. Tendremos que esperar un poco para saberlo, pero esos llantos inesperados, la moral baja, esos ligeros mareos que me acaba de comentar... Yo no tendría ninguna duda, pero esperemos.

La joven asintió, obediente. Cuando el doctor salió para informar a su padre y a la arpía, ella rió y lloró a un tiempo. Un pequeño Amaru para ella sola... Le iba a ofrecer todo el amor que no había sido capaz de dar a Craven, aquel que Craven no le había permitido entregarle. Un pequeño para criarlo, para enseñarle, para explicarle por qué sus padres no estaban juntos, por qué jamás debieron conocerse.

La noticia de su embarazo no gustó mucho a Ariadna, pero Miles estaba tan preocupado por la situación de su hija que no prestó oídos a su esposa. Sólo deseaba lo mejor para Jessica y para el bebé que venía en camino.

Durante los primeros días, Jessica se dedicó a descansar, a disfrutar de los largos y espumosos baños que tanto había añorado, y a pasear por los jardines de la mansión sumida en sus propios pensamientos. Pilar fue muy buena compañía en aquellos momentos y la ayudaba a esconderse de Ariadna.

La arpía estaba más callada de lo normal. El embarazo de Jessica seguramente había trastocado todos sus planes futuros; sin embargo, aún no le había dicho ninguna palabra malsonante ni le había recriminado nada en absoluto. Jessica apostaba a que sólo era cuestión de tiempo. La tregua acabaría y el combate seguiría donde lo habían dejado.

Aquella tarde de domingo el encuentro fue inevitable. Jessica se hallaba sentada bajo la sombra del sauce que acariciaba una de las altas columnas del porche trasero de la residencia. Era otoño y las temperaturas comenzaban a ser más frescas. A Jessica le encantaba notar el aire frío sobre su rostro, pues la embargaba una sensación de libertad que, aunque era falsa, hacía que se encontrara estupendamente bien.

Apartó la revista de moda que estaba hojeando y levantó la cabeza hacia Ariadna, que se había detenido ante ella.

—¿Quieres algo, Ariadna? —le preguntó con tono cansado.

La mujer estaba envuelta en una fina mantilla oscura que ondeaba al viento.

—He hablado con tu padre y hemos llegado a la conclusión de que deberíamos buscarte un buen marido que cuide de ti y de tú bebé sin padre.

Jessica se puso en pie, observándola con una cínica sonrisa.

—No necesito ningún esposo, Ariadna. ¿Quién iba a querer criar a un bastardo?

—De acuerdo, Jessica Dorothea —asintió la mujer, sorprendiéndola—. Al menos, deberías hacer algo por salir un poco, por relacionarte. Nos han invitado a la reunión de los Dalton. Tu padre y yo pensamos que es muy bueno que salgas, que te despejes. Podrías acompañarnos; seguramente, tu amiga Lara acudirá también.

Más asombrada que nunca, Jessica la miró con la boca abierta.

—Creía que para vosotros era mejor que no saliera.

—¿Por qué? ¿Porque estás embarazada? Que yo sepa eso no es una enfermedad. Además, cuanto más pronto asumamos el hecho de lo ocurrido, antes dejarán de hablar de nuestra familia. Por cierto, sobre el padre...

—No hay padre —la interrumpió Jessica—. No me hagas hablar de ello, Ariadna. En primer lugar, a ti no te interesa. Nunca te has molestado en preocuparte por mí y te aseguro que no tienes por qué desempeñar ese papel ahora.

—Pues la verdad es que te lo agradezco.

Se veía a la legua que Ariadna estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano para tratar de ser cordial.

—¿Te ha dicho mi padre que hables conmigo?

—No —respondió Ariadna encogiéndose de hombros. Se puso nerviosa—. Deseo conocer a tu hijo, Jessica Dorothea. Bien sabes que yo no he podido darle vástagos a tu padre y... que me encantan los bebés —admitió, con temor a que Jessica la rechazara.

La joven no podía creerlo. Después de todo, Ariadna tenía su corazoncito. Asintió sin saber muy bien qué decir.

—¿Quieres hacer un pacto?, ¿como si fumáramos la pipa de la paz?

—¿La pipa...?

Ariadna no entendió.

—Es una tontería mía —explicó Jessica con una sonrisilla traviesa—.

¿De veras te gustan los niños?

De camino a la casa, ambas se enfrascaron en una placentera conversación haciendo planes sobre el bebé que llegaría al mundo para alegrar sus vidas. Era la primera vez que Ariadna y Jessica disfrutaban de algo juntas. Quizá no todo estuviera solucionado entre ellas, pero al menos el hogar estaría tranquilo durante una larga temporada.

Incluso para Miles fue una alegría ver cómo su esposa y su hija tenían algo que las unía, y la verdad era que la llegada de aquel pequeño iba a cambiar ciertos aspectos de su forma de vida.

Pero su preocupación de padre no se quedaba ahí únicamente. Podía haber enviado a alguien para que descubriera qué era lo que realmente había sucedido con su hija, pero dado que Jessica no estaba dispuesta a admitir que ese hijo tenía un padre, él no movería un solo dedo por encontrarlo.

Durante la reunión de los Dalton, se abstuvieron de hacer público el embarazo. Suficiente era que todos hablaran de la ruptura del compromiso. Además, también estaba presente el señor Hounder, que dio las excusas necesarias para no abochornar a los Sconner. El pretexto más utilizado fue que ambos ni siquiera se habían visto nunca y que durante el tiempo que Jessica había pasado fuera él había conocido a otra. La incógnita de quién pudiera ser ella hizo que la mayoría olvidara a Jessica, tratando de averiguar el nombre de la afortunada.

«Es muy joven y hermosa; seguro que pronto nos sorprende con alguien», decían las matronas más mayores, infundiendo ánimos a Miles y Ariadna. ¡Ni que Jessica se hubiera convertido en una solterona como muchas de ellas!

Lara apretó con cariño las manos de su amiga en cuanto se vieron, y todo volvió a ser como antes de lanzarse a aquel loco viaje, todo excepto que el corazón de Jessica, aún destrozado, luchaba por asentarse.

—Esperaba que vinieras a verme —le recriminó Lara—. He tenido que soportar las idioteces de mi abuelo de forma tan continuada que he estado a punto de regresar a Cheyenne —bromeó.

—¿Regresar? —Jessica fingió asustarse—. No me pidas que te acompañe —dijo, tratando de reír la broma.

Lara la llevó hasta un rincón del salón. Desde allí observaron a los que

bailaban, que parecían pasárselo bien al ritmo de la melodía que interpretaban los músicos desde el entarimado. El gigante espejo que había en la pared frontal les devolvió su propio reflejo. Un ficus las ocultaba de ser vistas desde la puerta que accedía a la sala.

—¿Cómo te encuentras, Jessy? ¿Aún piensas en él?

La joven suspiró. Cuando miró a Lara, sus ojos se habían anegado en lágrimas.

—No puedo apartarle de mi cabeza —confesó con un susurro ahogado—. Le amo, Lara. Nunca dejaré de amarle... y ahora menos que nunca. —Se pasó la mano por el vientre liso, acariciando la pequeña vida que crecía en sus entrañas—. Trato de odiarle. Él me echó de su vida, me apartó como a un perro sin darme ninguna opción, se portó como un necio, un salvaje, un estúpido... Sin embargo, cuando pienso en los días que pasamos juntos, en nuestras noches... ¿Cómo es posible que todo acabara así?

—Si él te ama, y yo estoy segura de que es así, vendrá a buscarte.

—¿Para qué? ¿Para volver a la reserva?

Agitó la cabeza, moviendo los gruesos bucles de su elaborado peinado. Desde luego, deseaba que fuera así, pero no podía hacerse ilusiones. No creía en milagros.

—Amina tenía razón. —Se limpió una lágrima con un dedo enguantado y respiró profundamente—. Yo no sabría vivir allí. No puedo prescindir de muchas cosas, y lo sabes. Hubiera comenzado a quejarme por todo, y Craven se habría cansado de mí tarde o temprano.

—La culpa es mía. No debí pedirte que me acompañaras.

—¡No digas tonterías! Yo estaba deseando irme de aquí. —Miró a los invitados de pasada—. Además, si no me hubiera ido, no estaría esperando un hijo de él.

—¿Esperando un hijo? ¿De él?

Jessica le cubrió la boca con su mano. No quería que nadie se enterara.

—¡Oh, Jessy! —exclamó Lara, y la abrazó con cariño—. No tenía ni idea. ¿Qué va a pasar ahora? ¿Lo saben tus padres?

—Sí, y se les ve contentos. Ariadna está decorando la habitación de su nieto y parece encantada.

—¿Ariadna? ¡Me estás dejando con la boca abierta!

—Lo sé. Es extraño, pero me está apoyando mucho, y mi padre ha dejado de beber y ha retomado ciertos negocios que tenía olvidados.

Buscó a Miles Sconner con la mirada. Estaba charlando con un caballero mientras rodeaba el delgado talle de Ariadna con su brazo. Se les veía más felices que nunca.

—Han cambiado mucho.

Horas más tarde, tanto Lara como Jessica giraban por el salón en brazos de jóvenes apuestos. Si bien su amiga disfrutaba, Jessica lo fingía.

## Capítulo 16

Craven estaba en la oficina comentando con el sheriff Bradford algunos documentos. Últimamente pasaba mucho tiempo allí, tratando de ocuparse con cualquier cosa. ¡Cualquier entretenimiento era bueno para sacarse a Jessica de la cabeza! Durante el día lo conseguía; sin embargo, era imposible detener ese recuerdo en las silenciosas noches que lo envolvían.

Amaru seguía preguntando por ella. El muchacho estaba creciendo y, poco a poco, comenzaba a entender las cosas. Amina, en cambio, no la había vuelto a nombrar, a pesar del terrible malestar de haber sido ella la causante de la infelicidad de su hermano y de la misma Jessica.

Alce Gris había regresado recientemente de una misión. La diligencia había sido asaltada a varias millas de allí por un grupo de indígenas de las tierras altas. Había logrado detenerlos. Eran tres renegados bandidos, y sólo uno seguía vivo.

Tanto Bradford como él levantaron la cabeza al unísono cuando Máximo Delaware entró con paso firme, golpeando el suelo con fuerza.

—Bienvenido, señor Delaware —lo saludó Bradford, que intercambió una mirada con el lakota—. ¿A qué se debe esta visita?

Era muy extraño que el hombre se personara en las dependencias en vez de enviar a alguno de sus secuaces.

—Espero que no haya problemas.

Y lo deseaba de todo corazón porque acababa de recibir la orden de su traslado. En cuanto llegara el nuevo sheriff, se mudaría a la ciudad de Boston.

—Los hay —respondió Delaware, acercándose hasta ellos con porte

erguido.

Craven se cruzó de brazos, dispuesto a escuchar al hombre. Bradford le ofreció una silla, pero Delaware la rechazó.

—Uno de mis muchachos tuvo un encontronazo con Sears hace varios días...

—¿Está por aquí?

El mestizo se tensó.

—Viaja hacia el este, en concreto a Nueva York. Afirma que el famoso oro perdido se halla en poder de las señoritas que fueron a la mina y ha decidido ir a buscarlo.

—Ellas no tenían nada —respondió Craven, desechando la idea de inmediato. Lo último que necesitaba era que alguien fuera a recordarle la existencia de la mujer que más había amado; que aún hoy más amaba.

—Eso es lo que dijeron ellas. Según lo que Sears le contó a mi chico, la piedra estaba junto al pedazo de papel que indicaba dónde se encontraba el cuerpo de Thompson. No sé si será verdad o no, pero el sujeto viaja tras ellas en este momento — advirtió.

—Enviaremos un telegrama. —Bradford buscó en uno de los cajones—. Tengo la dirección de la señorita Hamilton.

Craven estuvo de acuerdo. Lo único que podían hacer era comunicárselo; después de todo, el caso no era suyo. Anthony Sears no era nativo, por lo tanto quedaba fuera de su jurisdicción. No obstante, pensar que las jóvenes estaban en peligro oprimía su garganta; sobre todo, por Jessica...

—Delaware, ¿nos puede decir qué interés tiene usted en ese oro? La última vez que se lo pregunté...

—Ninguno ya —admitió Delaware con un gesto de indiferencia—. Vi esa pepita. Es una piedra del tamaño de un puño. Estamos hablando de una sustanciosa fortuna. Todo lo que dije en su día era cierto —afirmó, aunque Craven no acababa de creérselo—. Thompson quería vender la propiedad a cualquiera menos a mí. Entre él y Sears idearon un plan para engañar a Hamilton, pero éste fue más listo. No sólo compró la mina, sino que se quedó con el oro.

—De modo que se lo entregaron con el documento de compra. ¿Y luego?



—Exacto. Más tarde Sears quiso robárselo, pero el muy listo no llevaba el oro encima. Antes de morir confesó que había escondido la piedra junto a un mapa, pero no dijo dónde. El mapa era antiguo.

Craven asintió para sí mismo. Aún guardaba por algún sitio el arrugado plano; ni siquiera sabía por qué lo conservaba.

—No lo entiendo —repuso el mestizo, pensativo—. ¿Por qué apareció el fiambre de Thompson en el lugar señalado?

—A Anthony le pareció divertido acabar con él y enterrarlo justo donde le habían señalado a Hamilton que debía buscar más oro. Quien encontrara el cuerpo siguiendo las señales era la persona que poseía la pepita. —Los ojos de Delaware miraron fijamente al lakota—. Y lo encontraron así, ¿no es verdad? Siguieron las pistas.

«¡Y el maldito mapa lo tenía Jess! —maldijo Craven para sus adentros—. ¡Loca del demonio!» Golpeó la mesa, provocando un gran estrépito. Todas las miradas se centraron en él.

—¿Alguien ha ido al banco a confirmarlo? No creo que fueran tan estúpidas como para llevarlo encima todo este tiempo —gruñó.

¡No podía creer que la joven le hubiera ocultado algo como eso!

—Tienes razón, Alce Gris.

Bradford envió a un ayudante y a poco regresó acompañado por uno de los cajeros.

El hombre recordaba perfectamente a las señoritas. Pocas veces había visto damas tan distinguidas como aquéllas acudiendo a su oficina.

—La joven más bonita, bueno... las dos eran bonitas, pero la del cabello rojo... fue la que me mostró el oro. ¡Guaaau! Nunca había visto nada parecido. —Aún ponía cara de sorpresa al recordarlo—. Tan sólo lo ingresaron para enviarlo a Nueva York; aquí no teníamos tantos fondos. —El cajero agitó el resguardo, y Craven se lo arrebató de las manos—. El nombre que aparece ahí es el de la señorita Jessica Dorothea Sconner de Lampert. Fue ella quien efectuó el ingreso. Es raro que pregunten eso ahora —añadió, y se ajustó los lentes sobre la nariz—. Un caballero..., un tipo con pintas de cazarrecompensas, preguntó por lo mismo hace una semana.

Craven se marchó de allí antes que nadie. ¿Por qué no había adivinado

que Jessica tenía algo que ver?

Entre sus brazos, ella no había fingido. Sus risas habían sido sinceras, verdaderas; sus besos, dulces, auténticos; su cuerpo... El brillo de sus ojos al hacerle el amor... no había sido un invento.

Jessica había querido a Amaru sin esperar nada a cambio y había charlado con su gente a pesar de haberlos tachado de salvajes. Ni por un momento había dudado en salir a buscar a su amiga cuando había creído que estaba en peligro, y se había enfrentado a Delaware tras saber que el oro existía. Había sido idea suya quedarse en aquel lugar, empeñada en descubrir lo ocurrido con el hermano de la otra joven. Todo siempre había girado en torno a ella. Pero ¿por qué no le había dicho que tenía el oro o al menos que existía?

En la oficina de correos, envió un telegrama a Nueva York. No iba a ponerse en contacto con ella. Había dejado que saliera de su vida y no tenía ningún derecho a molestarla. En cambio, su queridísimo amigo William Saxon le debía un favor, y según sus últimos informes, había huido de Londres y había comenzado su negocio en la oscura y sombría zona de la Gran Manzana.

## Capítulo 17

Las calles de Nueva York lucían blancas por la nieve caída durante la noche. En algunas casas ya la habían apartado con palas, retirándola contra los muros. Las carreteras estaban embarradas y llenas de agua, pero era preferible para los caballos y, sobre todo, para las ruedas de los vehículos. Cierto que todo se había convertido en una gigante pista de patinaje, pero al menos nadie quedaba atascado en la blanca espesura.

Desde la ventana superior de Sconner's House, Jessica había estado observando el paisaje durante bastantes minutos, hasta que la informaron de que el coche estaba listo para partir.

Bajó con prisas las escaleras al mismo tiempo que se colocaba los guantes. Ariadna llegó a tiempo de advertirle que tuviera cuidado en la calle no se fuera a resbalar.

Las relaciones con su madrastra iban viento en popa. De vez en cuando discutían, casi siempre por culpa de las ideas de su padre, pero acababan haciendo las paces en seguida para poder destrozar al hombre con sus comentarios. Parecían realmente una familia.

Jessica tenía pensado recorrer varias tiendas antes de cenar en casa de Lara. Su amiga iba a celebrar una pequeña reunión con varios invitados y había asegurado a la joven que le tenía preparada una grata sorpresa. La verdad era que sentía una curiosidad enorme. ¿Qué podía prepararle Lara para que fuera tan emocionante? Estaba intrigadísima.

Había elegido un vestido en tonos berenjena con piel bordeando los puños y el bajo de la falda. La larga capa era de un tono más oscuro y se ampliaba

en el pecho, donde iba prendida con un alfiler en forma de rosa. El traje había sido diseñado para disimular el volumen de sus pechos, que parecían haber sido hinchados a presión. Llevaba cerca de seis meses de embarazo y su vientre era más que evidente.

La joven no sentía vergüenza de su estado; al contrario, le encantaban las atenciones que los demás le prodigaban. Sus ropas estaban todas diseñadas por una nueva modista francesa que se dedicaba a coser para embarazadas y hacía cosas primorosas que realzaban la belleza de las mujeres.

Al principio, cuando le preguntaban por su marido, Jessica se hacía la tonta o fingía no oír, pero poco después empezó a decir que el hombre que la había enamorado y con quien se iba a casar había fallecido en Wyoming. Hubo quienes la creyeron y otros que prefirieron pensar que el señor Hounder la había deshonrado. Fuera como fuese, Jessica estaba embarazada pero nunca se había casado, de modo que aquello dio mucho de que hablar a los neoyorquinos, sobre todo a las damas bien acomodadas, que solían cotillear a sus espaldas, compadeciéndola.

En cuanto Jessica tocó la puerta, Darius abrió con su porte erguido. Se había dejado crecer un poco el cabello y le cubría la nuca de manera muy atractiva. Le había visto muy a menudo desde que habían regresado, y se había convertido en un asiduo compañero tanto para ella como para Lara. Todos habían cambiado un poco en aquel viaje, pero Darius estaba como más suelto, más joven..., más atrevido.

—Bienvenida, señorita. Es un placer ver a una mujer tan bella.

Jessica rió.

—Siempre tan galante, Darius. Gracias —respondió, y le entregó la capa.

—¡Jessy! —Lara se cogió la falda con una mano y caminó hacia ella para recibirla—. ¡Estás estupenda!

Jessica sonrió a su amiga, arqueando las cejas. Si se habían visto el día anterior, ¿a qué venía aquel saludo tan efusivo? Sólo hubiese faltado su nombre anunciado por el sirviente al entrar en la sala.

—Estoy deseando saber qué sorpresa es esa que me tienes preparada. Me has tenido todo el día en vilo; al menos podías haber enviado a alguien para que me despejara la incertidumbre... ¿Tiene algo que ver con el orfanato?

—¡Deja de quejarte!

Lara la cogió del brazo y la llevó hasta una sala donde varias personas esperaban. Jessica reconoció al abuelo Hamilton y estaba por ir a saludarlo cuando se cruzó ante ella un hombre.

—¡Rider! ¡Carlo Rider! —exclamó, feliz de verle, aunque no había vuelto a pensar en él—. ¿Qué hace aquí? ¿Por qué no me avisó antes de su llegada? —Le tomó las manos entre las suyas—. ¿Cómo está?

Carlo ocultó el desconcierto de verla en estado tras un gesto amable y seductor.

—Prometo contestar todas sus preguntas —señaló él riendo—, pero de una en una.

Jessica observó sus labios con atención. Recordó que una vez se habían besado y fugazmente apareció el rostro de Craven ante ella. Se apartó para saludar al resto de los reunidos.

La presencia de Carlo le trajo una cadena de recuerdos que había logrado mantener bajo llave en un rincón de su corazón. No era una visita desagradable, al contrario, daba gusto encontrarse con viejos conocidos, pero a veces... también dolía.

—¿Qué hace él aquí? —le preguntó a Lara con disimulo.

Rider y el señor Hamilton tenían bastantes afinidades y habían congeniado tan bien que la pronta atención que Carlo había dirigido hacia ella se había vuelto ahora hacia el anfitrión de la casa.

—Nos encontramos de casualidad en los almacenes de Valliant. Pensé que te haría ilusión volver a verle; después de todo, él se mostró muy interesado en ti.

—Sería antes. Apenas me ha mirado dos veces desde que he llegado. ¡Mira, creo que le gusta Olivia! Claro, como Laura Evans se casa ahora.

Miró a la muchacha de la que hablaba. Estaba concentrada charlando con su prometido Daniel, un joven muy agradable, aunque demasiado insulso para el gusto de Jessica.

—Quizá Olivia saque algo bueno de aquí, ¿verdad?

—¡Hombre, Jessy! Dale un poco de tiempo. Creo que le ha sorprendido encontrarte con el bombo, pero estoy segura de que pronto beberá los vientos

por ti.

—¡Pero es que no quiero!

—¿Por qué? ¡No te vas a pasar la vida esperando a que Craven venga a buscarte! Jessy —le dijo con firmeza—, debes darte otra oportunidad e intentarlo. ¿Y si funciona? ¿No dicen que un clavo saca otro clavo?

Jessica se acarició el vientre con suavidad.

—¿Te imaginas que le digo quién es el padre? Seguro que le da un síncope.

Ambas jóvenes se echaron a reír, divertidas. Luego, Lara se puso más seria y la miró con el ceño fruncido.

—No se lo digas si no quieres que Craven se entere. El señor Rider pasará aquí las Navidades y después regresará al fuerte.

—Me da igual si algún día se entera o no. Este hijo es mío y yo sola sabré sacarlo adelante.

Casi deseaba que Craven Logan lo supiera algún día; al fin y al cabo, él también era responsable de su estado. Elevó el mentón con orgullo; aunque no quería sentirse la víctima, inevitablemente era así.

—No necesito ningún hombre en mi vida. Además, seguro que Carlo nunca le diría a Craven la verdad. No se caen demasiado bien.

—Tienes razón, pero mejor no se lo digas.

El señor Hamilton se retiró a descansar justo después de la cena, alegando que prefería dejar a la juventud sola. Eran un grupo de ocho personas y, después de deliberar bastante, optaron por recorrer las calles de la ciudad, que poco a poco estaban siendo decoradas para las próximas fiestas. Ya sólo faltaba un mes para Navidad.

Carlo Rider volvió a acercarse a Jessica, que le fue mostrando los altos edificios y le explicó cuál era el periódico, cuál el banco y cuál la oficina de correos, con su famosa puerta giratoria. En los hoteles también las estaban poniendo porque ese elemento daba más valor al inmueble y confería una categoría superior al establecimiento en relación con otros que aún no las tenían.

Carlo Rider se mostró muy amable y encantador, y de nuevo emergió entre ellos aquella confianza que había nacido en Cheyenne. Jessica no quería

preguntarle nada sobre Amina o el mismo Craven. ¿Para qué? No quería oír que él se había casado de nuevo, o que pretendía a alguien, o incluso que había muerto en algún cruce de balas... Se le paraba el corazón cada vez que pensaba eso. Carlo tampoco parecía querer hablar de nada relacionado con aquellas tierras.

## Capítulo 18

—Está preciosa, señorita Sconner. ¿Su esposo no ha podido acompañarla?

Jessica enrojeció. Bajo la gran araña de cristal, sus largos pendientes de brillantes atrapaban la luz formando pequeños arcosíris que se reflejaban en el vaso de agua que sostenía. Después de mirar durante unos segundos los rayos luminosos, levantó la vista hacia él.

—¿Por qué no se atreve a preguntarme abiertamente si estoy casada, señor Rider? Siempre me ha gustado la gente directa.

—Por supuesto, debe perdonar mi torpeza, y por favor, llámeme Carlo —dijo él, sonriendo intranquilo—. Y tiene razón, la curiosidad puede conmigo. ¿Se ha casado tan pronto, Jessica? ¿Puedo llamarla así?

La muchacha le sonrió con una mueca divertida y aprovechó el paso de un camarero para posar el vaso en la bandeja.

—Antes de viajar a Cheyenne estaba prometida, pero no me he casado, señor... Carlo. Soy soltera.

Él arqueó las oscuras cejas, pero Jessica no apreció su sorpresa, si es que la sentía.

—¿Debo entender que algún caballero ha mancillado su honor? —preguntó Carlo en tono de broma.

—¿Qué es el honor cuando hay una pequeña criatura creciendo dentro de mí? —contestó ella riendo, ante la perplejidad de su acompañante, y le cogió del brazo con afecto —No se asuste, Carlo. No estoy buscando esposo.

—Me desilusiona, querida.

—¡No es cierto! ¿O me va a decir que ha hecho este largo viaje sólo para



verme?

Los ojos de Carlo Rider brillaron, burlones. Ella no era tonta.

—Tenía negocios que atender por aquí. No puedo negarle que estaba deseando volver a verla, y me alegro. —Le tomó una mano con delicadeza—. Es usted la mujer más bella que he conocido.

—Y usted un conquistador. —Jessica retiró la mano con timidez—. Dígame, ¿qué negocios tiene?

—Asuntos militares. No deseo aburrirla con ese tema. Por cierto, la señorita Hamilton me ha comentado la nueva aventura que están emprendiendo. ¿Es sólo un proyecto, o están decididas a continuar?

Estaban en el *hall* del teatro, esperando a que abrieran las puertas. Algunas personas hacían cola para dejar los abrigos en el ropero, sobre todo aquellas que no tenían palco propio; otras amenizaban la espera con unas copas de champán en las manos.

—Al principio, fue tan sólo una idea, pero ya nos han cedido los terrenos para la construcción del orfanato. Si logramos levantar el edificio, estoy segura de que será un éxito, y todos los niños que andan solos por las calles, que mendigan y que se dedican al hurto tendrán un lugar donde recibirán buenas enseñanzas y, lo más importante, un sitio donde cobijarse y sentirse felices.

Jessica se sentía contenta cuando hablaba de su proyecto. Por fin, Lara y ella habían decidido dónde invertirían la fortuna que por un casual les había caído del cielo, o más bien, había salido de un viejo colchón. La construcción del inmueble, de carácter privado, había recibido una generosa subvención por parte del gobierno y estaba siendo respaldada por un hombre bastante acaudalado que invertía de forma anónima, de modo que Lara y Jessica tenían un socio al que no conocían, un bendito que trataba de acelerar la marcha del inmueble, pese a los numerosos atentados que estaban sufriendo. Alguien en la ciudad se había empeñado en que el negocio no se llevara a cabo.

—¿No sienten miedo de que ese hombre pueda acecharlas? —le preguntó Carlo.

Jessica se tensó. La noticia de que ellas habían encontrado el oro había

corrido como la pólvora entre los habitantes de Cheyenne. No quería ni imaginar la cara que debería haber puesto Craven al descubrirlo, porque sin duda ya se habría enterado. Sin embargo, ellas estaban preparadas. Tanto el abuelo Hamilton como su padre habían contratado a los mejores abogados de Nueva York en cuanto recibieron el telegrama del sheriff; también habían tenido guardaespaldas los primeros meses. Había sido agobiante sentirse vigilada en todo momento, y finalmente, Miles aceptó que, si Anthony Sears no había aparecido aún, ya no lo haría.

Aquella fortuna propiedad de Edward había pasado directamente a manos de Lara legalmente, y juntas habían emprendido esa cruzada.

—El señor Darius se encarga de acompañarnos siempre que puede. Al principio, sí sentíamos miedo por si nos querían hacer daño, pero ha pasado bastante tiempo desde que recibimos la notificación y no ha ocurrido nada. Yo sólo espero que apresen a ese Sears y que pague por el asesinato de Edward. ¿Usted le conoció?

—Nos cruzamos varias veces antes de que usted apareciera. Es un hombre bastante peligroso, pero, como bien dice usted, no es muy probable que quiera hacer algo sabiéndose en busca y captura. El general Smith dio una batida en la zona sin éxito. — Se encogió de hombros con una fría sonrisa—. No creo que se atreva a asomar las narices por aquí.

Abrieron las puertas y Carlo la tomó del codo con firmeza para ayudarla a subir las empinadas escaleras de mármol que accedían a los pisos superiores.

Jessica fue consciente de todas las miradas que se posaban en ellos. Saludó con la cabeza a varios conocidos y, una vez en el interior del balcón, se deshizo de la capa.

—¿Se ha dado cuenta de que nos mira todo el mundo? —le susurró, moviendo ligeramente los labios—. Apuesto a que todos se preguntan quién es usted y, si no me confundo, dentro de un rato nos rodearán varios curiosos para averiguarlo. Más de uno creerá que es usted el padre de mi hijo —le avisó—. Ya sabe que las habladurías en una ciudad tan grande no se detienen.

—Pues es una lástima que no sea cierto.

La joven le observó con atención, tratando de saber si lo que había dicho era lo que sentía. No encontró ninguna pista en su firme rostro. Confusa,

tomó asiento en una de las sillas.

Los artistas interpretaron una comedia bastante divertida y alegre que hizo reír más de una vez a los espectadores. El teatro estaba lleno de gente. Era la primera función de la noche.

Más tarde entraron en una chocolatería donde probaron diferentes pasteles. El local era famoso por sus postres y tartas caseras, y siempre estaba a rebosar. Tardaron aproximadamente media hora en conseguir mesa, y otros tantos minutos en lograr reunir las sillas suficientes.

Cuando todos estuvieron acomodados, Jessica advirtió la presencia del calavera que había intentado seducirla el año anterior. Reconocía que William Saxon era un hombre muy atractivo, siempre rodeado de mujeres, un viva la vida que la mayoría de los hombres de la alta sociedad evitaba porque el nombre de Saxon iba unido a varios negocios relacionados con prostíbulos y salas de juego.

Apartó los ojos de él, pero no lo suficientemente deprisa. Le vio ponerse en pie, y Jessica rezó por que no se acercara al grupo. Ya se habían saludado un par de veces desde que ella había regresado de Cheyenne, y él parecía haberse olvidado del incidente que habían tenido, porque desde que la había vuelto a ver se había comportado con bastante amabilidad. Aun así, Jessica le prefería lejos. ¡Imposible, iba hacia allí!

—Señorita Sconner, acabo de verla y he sentido la obligación de saludarla —le dijo, plantándose ante ella.

Sus modales fueron algo toscos o más bien desmedidos. Era un hombre acostumbrado a hacer lo que le daba la gana. Jessica hubiese sido feliz diciéndole que no tenía por qué sentirse obligado a nada; después de todo, apenas eran conocidos.

El hombre había clavado sus ojos en Carlo Rider con curiosidad. Luego, los había pasado sobre Lara con un extraño brillo. Jessica observó a su amiga para comprobar si se había dado cuenta. Lara tenía las mejillas al rojo vivo. ¡No podía ser! ¡Ella no podía sentirse atraída por un hombre como él! William no seducía a jóvenes como Lara; ella no era alta ni delgada. Era bonita sin necesidad de disimular sus mofletes, pero no era el tipo de ese libertino.

William Saxon era alto y delgado como un junco. Vestía siempre de oscuro, con un exagerado pañuelo de seda color tostado al cuello. Tenía unos hermosos ojos verdes, rodeados de oscuras pestañas, que atraían a las mujeres como un imán. Era guapo, el condenado. ¡Lástima que su condición de libertino le precediera desde Londres!

Jessica no encontró escapatoria y se sintió en la obligación de presentar al hombre a los pocos del grupo que no le conocían, y se desinfló cuando la misma Lara le ofreció compartir la mesa.

Las dos damas de dudosa reputación que lo acompañaban se hicieron un hueco entre los demás, de modo que todos debieron mover las sillas. Durante unos minutos, formaron bastante barullo, hasta que estuvieron acomodados en sus asientos.

Los primeros días de diciembre Carlo Rider la invitó a salir casi a diario. Era muy caballeroso con ella y no ocultaba el hecho de que estaba interesado en algo más que una simple amistad. Jessica se sentía bastante halagada. Su vientre había crecido de forma considerable y últimamente se encontraba fea e hinchada, por mucho que todos los que la rodeaban lo negaran. Sin embargo, cuando el hombre la miraba, ella sentía a la vez que la atraía y le daba miedo; deseaba volver a enamorarse y al mismo tiempo no quería olvidarse de Craven. Con cuidado, barajaba la posibilidad de casarse con Carlo; era un buen hombre, al menos con ella se comportaba con suma cortesía. ¿Dejaría Carlo el ejército por ella? No podía evitar que esa pregunta cruzara por su cabeza con frecuencia, pues lo que más claro tenía era que no regresaría a Cheyenne; ni con él, ni con nadie.

En los días previos a la Navidad, Nueva York se convertía en un hervidero de gente pese al clima frío y húmedo. Los escaparates de las tiendas se hallaban decorados con muérdago y gigantes lazos multicolores de texturas brillantes. Los abetos apostados en las puertas de las viviendas y de los locales soltaban su fragancia a través de las finas agujas verdes.

Jessica ya tenía toda la compra navideña resuelta. Regalos para Miles, Ariadna, Lara y Carlo, y también había comprado un pequeño detalle a

Darius. No era lo normal, pero el hombre, al final, había sabido ganársela; al menos, a Jessica le inspiraba respeto.

Esas fechas le encantaban. Las canciones navideñas llenaban la calle de voces infantiles y tiernas traídas por el viento. Los niños pedían el aguinaldo envueltos en gruesas capas de ropa y cubiertas sus cabecitas por gorros de lana y bufandas.

El ambiente era festivo. Los dulces de caramelo que exhibían los escaparates de las pastelerías y cafeterías lograban que ella pegara la nariz al cristal igual que un crío para elegir mentalmente el pastel que compraría. Se oían constantemente los tintineos de las puertas de las tiendas al abrirse, y por todas partes llegaba el olor de las castañas asadas de los vendedores que se colocaban contra una pared con la estufilla de leña.

En general Jessica se encontraba animada, sobre todo desde que había llegado Rider. Era una lástima que pasadas las fiestas tuviera que regresar a Wyoming... Cuando veía a una pareja caminar de la mano, o a un padre levantando a su hijo en brazos, se le formaba un nudo en la garganta y sentía una opresión en el pecho que llegaba a marearla. Aunque lo negara, se acordaba mucho de Craven; a veces creía que lo tenía enterrado en su corazón, pero no era cierto, sólo se consolaba mintiéndose. La felicidad que había vivido con él durante unos pocos días era difícil de olvidar. De no ser por Ariadna, que la tenía continuamente entretenida enseñándole a bordar las sábanas de su bebé, y por el nuevo negocio en el que se había embarcado con Lara, seguramente su moral estaría por los suelos y lloraría por los rincones.

## Capítulo 19

Jessica salió de la tienda de dulces con un paquete en la mano. El cochero de su carruaje esperaba en la esquina y, en cuanto ella llegó, se apresuró a ayudarla a subir. En el interior, la temperatura era algo más cálida; aun así debió ponerse la manta sobre el regazo y las piernas.

Aquella noche Carlo iba a cenar en Sconner's House. Miles sentía mucha curiosidad por conocerle. Ella estaba nerviosa por el encuentro, ya que se imaginaba a Carlo pidiendo su mano. ¿Qué le diría? No estaba enamorada de él, a pesar de que intentaba quererlo. Muchas veces, cuando estaba abstraída en sus pensamientos, buscaba en algún rincón de su alma algún sentimiento por Rider. Quería creer que lo echaría mucho de menos cuando se fuera, pero no era así porque no sentía por él nada que no fuera una simple amistad. Pero ¿y si perdía la oportunidad de encontrar a un marido joven y guapo al que no le importara el hijo que ella esperaba?

El coche emprendió la marcha a un paso lento, y Jessica suspiró mirando la cajita de bombones. Le había costado mucho decidirse entre las lionesas de crema y el oloroso chocolate que invadía el local. Con la uña raspó el envoltorio plateado, tentada de coger uno. Lo habría hecho si el coche no se hubiera detenido en seco con un fuerte zarandeo.

—¡Hay un vehículo volcado en mitad del camino!

La voz del conductor a través de la estrecha ventanilla superior le llegó ahogada por las prendas que le cubrían la boca. Jessica bufó; no tenía prisa, pero tampoco deseaba pasarse la tarde metida en el coche. Su curiosidad innata la llevó a sacar la cabeza por la ventana y observar con sus ojos lo

ocurrido. Si aquello iba para largo, más les valdría dar la vuelta.

La gente se arremolinaba alrededor y varias personas trataron de enderezar el coche tras soltar a los caballos. Los gritos e insultos de los cocheros impacientes se alzaron hacia el cielo.

Después de observar la escena durante unos segundos más, su mirada barrió la calle de pasada. Tuvo que volver la vista atrás de nuevo para asegurarse de que aquel cabello negro como el azabache que sobresalía entre la multitud pertenecía a... Craven Logan.

El corazón saltó violentamente en su pecho.

—¡Esta aquí! ¡Está aquí!

Estuvo a punto de marearse, y de no haber estado sentada, seguramente hubiera caído al piso. Se aferró con una mano al tirador de la puerta, y sus ojos, espías traidores, siguieron los movimientos del hombre a través de la calle. Jadeó, nerviosa; le faltaba el aire.

Craven llevaba un elegante traje oscuro, moderno y de corte recto, que le quedaba a la perfección. De no ser por su tez demasiado bronceada para ser del este, podría haber pasado por un caballero más en el sofisticado Nueva York.

Amina, Amaru y dos damas más que Jessica creyó reconocer de algunas reuniones completaban el grupo, que tras el accidente había comenzado a caminar calle arriba.

El niño estaba muy guapo. No le habían cortado el lacio cabello y lo llevaba recogido en una cola de caballo que suscitaba miradas curiosas.

Jessica quiso saludarlos. Deseaba abrazar a Amaru, ver a Craven de nuevo..., pero cerró las cortinas cuando pasaron a su lado. Sin que pudiera evitarlo, su cuerpo tembloroso se encogió bajo la manta.

Craven estaba en la ciudad, pero no estaba allí por ella. Recordó que Amina debía ser presentada en sociedad. No obstante, fuera como fuera, se hallaba muy cerca.

La emoción de verle nuevamente luchaba contra los sentimientos que durante esos meses había acumulado contra él. Sentía rabia. Él la había echado de su lado y ahora se atrevía a aparecer nuevamente en su vida y más guapo que nunca. ¡Era injusto!

De pronto, los anchos hombros del cochero cubrieron el hueco de la puerta después de abrirla, sobresaltándola.

—Señorita, vamos a maniobrar para tratar de dar la vuelta. Sería mejor que descendiera —le aconsejó, y le ofreció la mano.

Jessica no supo cómo se apeó del coche. Su mente estaba en blanco y tenía los ojos clavados en la nieve sucia que se amontonaba en los bordillos. Una fuerte ráfaga de viento hizo que volviera la cabeza y, al levantar la vista, vio al grupo entrando en una luminosa cafetería. Su corazón amenazó con saltarle del pecho; no deseaba que la vieran.

Por primera vez, se sintió avergonzada de su cuerpo redondo y sin formas, no como el de la muchacha joven que atendía la mesa de los recién llegados deshaciéndose en sonrisas. A pesar de su gesto sombrío, Craven estaba elegantísimo y se le veía amable cuando conversaba con las damas que lo acompañaban.

Jessica dio la espalda a la cafetería y, con un suspiro de lamentación, esperó con paciencia a que el carruaje girara. Le dolía la garganta de aguantar el llanto y la emoción. «¡Cobarde!», se dijo a sí misma. ¿Por qué se quedaba allí en vez de alejarse? ¿Podía ser que en el fondo estuviera deseando que la vieran? Los echaba tanto de menos...

Un sujeto vestido de Santa Claus y con una campanilla de latón en la mano pasó cerca de ella llamando la atención de los transeúntes. Varias personas se congregaron en torno a él y aparecieron niños por todos los lados. Jessica se alejó para que no la empujaran y miró absorta al hombre de rojo, que sacaba chokolatinas de un saco de terciopelo.

—¡Jessy! —gritó la voz de Amaru.

Había salido del local para observar al hombre disfrazado de terciopelo. Su boca infantil esbozó una radiante sonrisa al correr hacia ella.

—¡Jessy! —repitió, lanzándose a abrazarla.

Ella lo estrechó cariñosamente entre sus brazos con el corazón desbocado e inhaló el fresco aroma de su cabello.

—¡No sabes cuánto te he extrañado! —murmuró contra el negro cabello, besándole muchas veces seguidas—. ¡Tenía tantas ganas de verte!

Los ojos del niño bailotearon felices en sus redondeadas cuencas cuando



la miró.

—¡Yo también te he extrañado mucho! En cuanto llegamos lo primero que quise fue ir a buscarte, pero hasta hace un rato no hemos podido pasar por tu casa y nos han dicho que habías salido. Pensaba que hoy tampoco te vería y me he puesto muy triste, por eso padre nos ha invitado a un chocolate.

El niño señaló la cafetería, pero Jessica no se atrevió a mirar. Imaginó que Craven ya la habría visto. ¿Saldría a saludarla?

—¡Todo esto es muy grande y hemos visto un globo de los que surcan el cielo con gente dentro!

—¿Sí? ¿Te ha gustado?

Sólo tenía ojos para él. Temerosa del próximo encuentro, no se atrevía a mirar a ningún otro sitio.

—Era impresionante. La gente sacaba las manos por la cesta y nos saludaba. ¡Estaban muy arriba! Seguro que podían ver tu casa desde allí. Tienes una casa muy grande y muy bonita, Jessy.

—Gracias.

La joven levantó la vista por fin, intuyendo la fuerte presencia que acababa de unirse a ellos.

La inconfundible y fuerte figura de Craven se había situado detrás de su hijo. Los ojos ambarinos la observaron con tal intensidad que las piernas comenzaron a temblarle. El silencio se hizo tenso, pesado como una losa de granito, como si se hubiese muerto alguien cercano y ninguno supiera qué decir. Finalmente, Craven se inclinó a modo de saludo. Se le veía tan sorprendido que era incapaz de pronunciar palabra.

Jessica le imitó e, incómoda, volvió su atención al pequeño. Al menos, con la barrera de Amaru de por medio, se sentía segura. Hubiera deseado saber qué se escondía tras el rostro duro y serio de Craven. Indudablemente, su estado no le habría pasado desapercibido aunque él no le hubiese prestado mucha atención. Pero lo cierto era que no había dejado de mirarla en ningún momento. ¿Qué pensaría de su futura paternidad?

—¿Cómo es que has ido a mi casa? ¿Es algo importante? —preguntó al muchacho, acariciándole la cabeza.

—Yo tenía ganas de verte y padre quería hablar contigo. —Jessica miró a

Craven, y éste asintió—. ¿Has visto mis ropas?

—¡Estás guapísimo! —exclamó ella, volviendo a centrar la atención en el pequeño con una sonrisa nerviosa.

—Pero no puedo moverme muy bien —confesó Amaru, agitando un pie.

De vez en cuando, la mirada oscura de Amaru viajaba hasta el Santa Claus que cantaba con voz ronca y fuerte al son de la campanilla. Jessica le sonrió. Estaba nerviosa y no se atrevía a mirar a Craven, que continuaba estudiándola sin mover un solo músculo de su cara ni de su cuerpo. Ella enrojeció, pensando que debía estar horrible.

—Será sólo cuestión de acostumbrarte. Verás como luego ni te das cuenta de que las llevas.

Esperaba que le dijera que no pensaban quedarse mucho tiempo, pero los ojos de Amaru se iban detrás de todo lo que veía. Sentía una curiosidad enorme por cualquier cosa.

—¿Por qué no te acercas a Santa Claus? —le dijo Jessica, empujándolo con suavidad para que cogiera una chocolatina.

—¿Vendrás luego a tomar un pastel?

—Claro que sí —respondió ella, y logró darle un beso en la mejilla antes de que se uniera a los demás niños.

—Amaru está intrigado. Quiere saber si ese hombre de rojo es el mismo que, según mi abuela, la noche de Navidad trae regalos. Amaru cree que no tiene pinta de ser muy rico.

Jessica tragó con dificultad. No sabía qué decir ni qué hacer. Por suerte, vio de refilón que su coche había dado la vuelta y la esperaba en la acera opuesta. Tomó aire y se enfrentó a la dorada mirada de Craven. Algo en ella volvió a revivir al contemplar los ojos amados. Sus emociones lucharon sin control. Quería quedarse a su lado y, al mismo tiempo, deseaba lanzarse calle abajo en una loca carrera para alejarse de él.

—De modo que vas a buscar esposo para Amina, ¿no?

Él asintió.

Jessica se pasó la lengua por el labio inferior. Tenía la boca seca a causa de los nervios que anidaban en su pecho. Temió desmayarse.

—Bueno, ¿era algo importante lo que querías decirme?

—Depende. No tengo prisa.

La tensión era demasiado incómoda, tan espesa que podría haberse partido con un cuchillo.

—Pásate por casa cuando quieras... —soltó Jessica de carrerilla para acabar pronto con aquella tortura—. Mi cochero espera...

—¿Cómo estás, Jess? —le preguntó Craven sin apartar la vista de ella.

—Supongo que bien. —Jessica se encogió dentro de la capa como si tuviera frío—. ¿Qué es lo que quieres, Craven? Habla y luego haz el favor de volver a salir de mi vida —dijo con voz temblorosa, emocionada al haber oído su acento extranjero de nuevo.

No quería volver a derrumbarse. Ya lo había hecho la vez en que le había suplicado que no la abandonara. Alzó el mentón.

—¡Como si fuera tan fácil salir de tu vida! —exclamó él incómodo, metiéndose las manos en los bolsillos de la chaqueta—. ¿Por qué no me dijiste que estabas embarazada?

Jessica advirtió un ligero tono acusador y dejó que su propia ira contenida, la que había ido elaborando cada fibra de su ser, aflorara. Seguía oyendo los fuertes latidos de su corazón y una ligera bruma se pintaba en sus ojos. Apretó los puños con tanta fuerza que sus nudillos se volvieron blancos.

—¿Cuándo te lo iba a decir?, ¿cuando me abandonaste y llamaste a mi padre como un cobarde para que me apartara de ti? ¡Dime! ¿Cuándo te marchaste lejos para no tener que despedirte?

Sus labios temblaron y sus ojos claros se anegaron en lágrimas, pero su orgullo no permitía que llorara.

—Lo siento, dulzura.

La abrazó, apretándola contra su cuerpo. Ella luchó en vano por apartarse de su amplio y cálido pecho.

—Lo siento de verdad.

Craven inclinó su cabeza sobre la de Jessica, que la mantuvo baja, con los ojos clavados en las oscuras solapas.

—Te prometo que si hubiera sabido que aquí te esperaba tu prometido, jamás habríamos llegado tan lejos.

Con el corazón partido, Jessica rompió a llorar al recordar los días en la

reserva. Ella no se arrepentía de nada. Craven la apretó con más fuerza, colocando la palma de una mano en la nuca de ella.

—No llores, Jess. No quiero verte así —le suplicó.

—¡Tú no podías elegir por mí! ¿Crees que no sé lo que sucedió con tu esposa?

Quiso apartarse, pero él no se lo permitió. Jessica alzó el rostro y, por un momento, creyó que se besarían. Se miraron fijamente; ella controlando el llanto y Craven devorándola con los ojos, absorbiendo cada centímetro de aquella tez ahora más pálida que tiempo atrás. Aún seguía sujetándole la cabeza con firmeza.

—¿Pensabas contarme que iba a ser padre alguna vez? —dijo, obviando la pregunta de ella y respondiendo con otra.

Jessica respiró con dificultad. Los alientos se rozaban, agitados. ¡Le amaba tanto!

—Si hubiéramos coincidido algún día, te lo habría dicho.

—¿Por qué? ¿Aquí no hay oficina de correos? —insistió Craven, y su mirada gatuna brilló con pasión.

Ella enderezó la barbilla con orgullo y lo fulminó con la mirada a través de las lágrimas, que brillaban como pequeños diamantes en sus cuencas.

—No pensaba hacerlo —admitió con las mejillas más coloradas aún.

El lakota suspiró con fuerza. No tenía ningún derecho a reprocharle nada.

—¡Maldita seas, Jess! —exclamó, y tiró de sus cabellos hacia atrás; pero ella ni siquiera lo notó—. Tú no fuiste muy sincera conmigo, ¡diablos! —La soltó y aspiró el frío aire de la calle—. ¡Mentiste en cuanto al oro! Cuando pienso que nos podían haber matado a todos... ¡Nos pusiste en peligro al ocultarlo!

Craven miró a su alrededor. La gente pasaba por su lado sin inmutarse.

—O aquella vez que subiste al despeñadero y estuviste muy cerca de caer...

Se mordió el labio inferior e hizo una larga pausa, como si estuviera pensando en sus siguientes palabras.

—¿Te apetece dar un paseo?

Sin esperar respuesta, la tomó con delicadeza del codo y la guió calle

abajo, sin rumbo fijo. Amaru había regresado a la cafetería y los observaba desde detrás del escaparate.

—Lo hice todo muy mal; lo siento. ¿Te contó Amina lo de Kyara?

Jessica asintió mientras cogía el pañuelo que Craven le ofrecía, y se limpió la cara.

—Dulzura..., no sé qué decirte.

—Fuiste un traidor. Soy mayor de edad y me trataste como a una cría al llamar a mi padre. ¿Por qué hiciste eso, Craven? ¡Podría haberlo esperado de cualquiera, pero no de ti!

—Estaba cegado por la ira. Sólo veía que me habías engañado. Pensé que estabas divirtiéndote conmigo, con el mestizo lakota, y que cuando te cansaras regresarías a tu casa dejándome muerto de angustia. O tal vez fuera porque temía que un día te dieras cuenta de lo que habías perdido al casarte conmigo y no con tu prometido. Preferí cortar por lo sano antes de que fuera demasiado tarde para mí y... y también para ti, porque no habría dejado que te marcharas nunca.

Jessica levantó la cabeza y lo miró. Su hermoso perfil era indescifrable y ferozmente apuesto. No llevaba sombrero, y el suave viento jugaba con sus cabellos.

—Te dije que quería quedarme contigo —murmuró ella con un hilo de voz.

—¿Y lo hubieras soportado, Jess?

—Hubiera negociado —respondió ella con el tono ñoño que él adoraba—. Podríamos haber planeado algo; unos meses en Nueva York y otros en la reserva, por ejemplo. No sé, podríamos haber llegado a un acuerdo. Sin embargo, pensaste que lo mejor era decidir por mí. Puede que estés acostumbrado a hacerlo con tu gente, pero no tenías ningún derecho. ¿Tan poco me querías que estabas deseando que me casara con otro?

Craven apartó la vista, incómodo. Estaban llegando al final de la calle.

—No sé qué era lo que quería, Jess; lo que sí sé es lo que quiero ahora.

Se detuvo y se colocó frente a ella. Craven Logan estaba nervioso.

—Quiero negociar.

Jessica buscó sus ojos. El corazón resonaba en su interior con fuerza.

—¡Ahora yo no quiero! —respondió un poco asustada.

Posiblemente Craven quería negociar por el bebé, y eso no era negociable. Jadeó, a punto de desmoronarse, y él la sostuvo para que no cayera.

—¿Estás bien, Jess?

Le sopló en el rostro, y ella se enderezó de repente.

—Un poco mareada —contestó, dejando que rodeara su ancha cintura, y respiró profundamente—. Ya estoy mejor.

—¿Por qué no quieres negociar? ¿Hay otro? —preguntó Craven con voz áspera y rota.

Jessica tardó en entender y negó con la cabeza.

—¡No! —gritó sonriendo, nerviosa—. ¡Si ni siquiera me he casado!

Con descuido se acarició el vientre, una costumbre que había adoptado desde que había sabido que estaba embarazada.

—Ahora estoy ocupada con otras muchas cosas como para andar buscando marido, aunque tampoco se iban a fijar mucho en mí; parezco una pelota, la verdad —afirmó mientras sus mejillas enrojecían.

Los ojos de Craven brillaron alegres, y con descaro le dio un buen repaso de arriba abajo, igual que había hecho ella con él el día en que se conocieron. Jessica se estremeció.

Estaba envuelta en una capa roja que le caía por debajo de las rodillas. Llevaba el cabello suelto bajo un sombrero recto y alto de tono azulado. Parecía un ángel, con las mejillas sonrosadas, la tez muy clara y los almendrados ojos azules brillando emocionados. La vio ruborizarse, y sonrió seductoramente.

—Estás hermosa como siempre, Jess. Eres la mujer más...

—Gorda que nunca has visto —terminó de decir ella, interrumpiéndole.

Él soltó una carcajada. Sabía lo irascible que podía volverse una mujer en ese estado.

—No es verdad —dijo, y le cogió una mano entre las suyas. Ella perdió el aliento con el contacto—. El embarazo te sienta muy bien —le aseguró con una inclinación de cabeza—. Respecto a tu prometido..., ya sabía que no te habías llegado a casar. —Se encogió de hombros—. Me he atrevido a

preguntárselo a tu padre.

No quiso decirle que tenía información sobre ella desde hacía mucho tiempo, aunque no alcanzaba a comprender por qué su amigo le había ocultado que iba a ser padre. Tendría unas palabras con William en cuanto tuviera la oportunidad. Aún no le había visto, pero estaba deseando oír sus excusas.

—Estaba tan nervioso que cuando me ha respondido que seguías soltera y sin compromiso, le he besado —continuó diciendo, avergonzado.

Las elegantes cejas de Jessica se alzaron a causa de la sorpresa. ¿Craven había sido capaz de preguntarle a su padre por su estado civil? ¿Con qué motivo? ¡No podía creerlo! ¡Debía ser una broma! No podía imaginarse al mestizo besando a su padre.

—¿Le has besado? ¿A mi padre? —Él asintió, y ella retuvo la carcajada que su garganta amenazaba con soltar—. ¡Ha debido quedarse pasmado! ¿Por qué has hecho eso?

—¿Besarle?

—No, preguntarle por... mi compromiso.

Los ambarinos ojos refulgieron, excitados. Craven se encogió de hombros sin apartar la vista de ella.

—¿Por qué no quieres negociar? Yo sólo quiero que seas mi mujer, y a cambio, te daré mi amor todos los días.

¡Cuántas noches había soñado ella con esas mismas palabras!

Craven acababa de romper las frágiles defensas que había intentado levantar contra él. No supo qué decir y le miró, perpleja. ¿Estaba allí por ella? ¿Porque quería convertirla en su mujer?

—Jess, ¿te casarías conmigo? —soltó Craven de sopetón.

El miedo a un rechazo se reflejaba en la tensión de su mandíbula. Si ella le decía que no, se lo tenía bien merecido. Jessica tenía razón: se había comportado como un machito orgulloso.

—No me importa dónde vivamos siempre que estemos juntos, Amaru, tú, nuestro hijo y yo. —Miró hacia el local desde donde espiaba su familia—. Te voy a ser sincero: Nueva York no me gusta mucho; creo que hay demasiada gente. Pero si ése es el precio para que me aceptes en tu vida, lo pagaré. Me

adapto.

—Mentiroso —susurró ella—. Una vez que nos hubiéramos casado, me obligarías a salir de aquí.

—Seguramente sí —admitió Craven, pero no por los motivos que ella creía. Se conocía demasiado bien y, de estar en la ciudad, corría el peligro de asociarse con William—. Pero a un sitio cercano, a una casa con campos y tierras, y con animales. Tampoco te iba a obligar; sólo te persuadiría. Amaru no se adaptaría muy bien a un sitio como éste porque se sentiría encerrado. Pero podemos venir siempre que quieras; lo prometo.

Jessica no podía creer lo que estaba oyendo. ¡Craven estaba dispuesto a hacer eso por ella!

—¿No tienes obligación de volver a la reserva? —le preguntó, extrañada.

Caminaron de nuevo calle arriba. Si se quedaban parados mucho tiempo corrían el peligro de congelarse. Jessica se había agarrado a su brazo para caminar con más soltura. El suelo pronto comenzaba a formar hielo en las entradas de las tiendas.

—Halcón Azul se hará cargo de todo, como siempre debió ser. Sólo tengo obligaciones para con mi familia, y yo quiero que pertenezcas a ella.

—Si lo dices por el bebé —puntualizó Jessica—, no es ninguna atadura para ti. Yo me las apaño bien sola.

Había salido a relucir su orgullo y se mordió la lengua para no meter más la pata. ¿Qué tal si Craven se retractaba de su ofrecimiento?

—Lo sé. Eres una de las mujeres más fuertes y cabezonas que conozco, Jess Sconner. —Se pasó la lengua por los labios y clavó los ojos en el suelo—. Tenía pensado proponerte matrimonio mucho antes de saber que llevabas a mi hijo dentro de ti; tenía pensado hacerlo cuando aún estabas en la reserva. —Hizo una pausa—. Amaru y yo te hemos extrañado mucho, y Amina se siente culpable por lo sucedido. Habría venido mucho antes de no haber tenido ciertos asuntos en Cheyenne —afirmó, y giró la cara hacia ella—. Dime que no me quieres cerca de ti, que no sientes nada por...

Jessica le cubrió la boca con su mano enguantada y le miró con amor.

—He estado esperando que vinieras a buscarme, Craven Logan. Me moría al pensar que no volvería a verte.



El lakota la tomó entre sus brazos y la besó largamente. No le importaba que la gente se detuviera a mirarlos con sonrisas y cuchicheos.

—¿Eso es un sí, dulzura? —preguntó con júbilo.

—Depende de lo que tú sientas por mí —contestó ella, retirándose las lágrimas de una mejilla con los dedos.

—No fui sincero contigo, Jess. Siempre te he querido, siempre. Me sentí atraído por ti en el mismo momento en que te vi, y luché contra los sentimientos que despertabas en mí. Yo soy un indio —dijo, sonriendo con tristeza—, un salvaje...

—No, no... —negó ella, agitando la cabeza.

—Sí, Jess; las cosas son así. Tú no encajas allí. Sé que lo intentarías, pero sería como encerrar un pajarillo en una jaula. Escaparías a la menor oportunidad, o te haría infeliz. Yo no deseaba eso para ti, y no lo deseo. No será tan malo vivir cerca de la ciudad. ¿Qué me contestas?

—¡Estaría loca si te dejara marchar sin mí! —exclamó Jessica risueña—. ¡Claro que quiero casarme contigo! Es lo que más deseo en este mundo.

Y se apretó contra él para recibir otro apasionado beso.

## Capítulo 20

Un buen rato más tarde, después de conversar largamente sobre ellos y su futuro juntos, Craven le presentó a su abuela materna, Katherine Carrington, y a una buena amiga de ésta, madame Fegurson Holt, una dama influyente y bien posicionada que ayudaba a la joven Amina en la elección de esposo. Se tomaron un chocolate caliente mientras Jessica les daba referencias sobre su familia. Sólo cuando tuvo enfrente a Katherine Carrington cayó en la cuenta de lo importante que era aquella mujer en la sociedad. Recordó que Ariadna había hablado de ella en alguna ocasión.

Al empezar a anochecer, Craven se despidió de su familia y se apresuró a acompañar a Jessica. Con la emoción y la alegría de la reconciliación y el compromiso, Jessica se había olvidado de que Carlo Rider estaba invitado a cenar en Sconner's House.

Cuando Craven y ella llegaron juntos para informar a sus padres, encontraron a Carlo en el salón de la casa charlando con Miles, y el momento fue de lo más incómodo. Craven y Carlo se enfrentaron en un silencioso duelo de miradas que no pasó inadvertido a nadie.

Por otra parte, Craven no ocultó su desconcierto. Nunca había tenido ninguna clase de afinidad con el oficial; al contrario, Carlo Rider tenía fama de mujeriego y estafador, un tipo arrastrado que enamoraba a las jóvenes aprovechándose de su fortuna a cambio de unos buenos revolcones. Encontrarle en el hogar de Jessica le había molestado muchísimo, por no decir que una salvaje oleada de celos se había apoderado de él.

Jessica advirtió su cambio de humor, y en esa ocasión comprendió

perfectamente la animadversión que existía entre ambos hombres; pero el encuentro, en el fondo de su ser, la halagaba. Craven la amaba y aún no se había lanzado al cuello de Rider. También comprendió en ese instante que jamás podría haberse enamorado del oficial. Era guapo y apuesto, atento y galante, pero le faltaba algo que no terminaba de llenarla.

A pesar de todo eso, Jessica se encontraba en el ojo del huracán, porque no deseaba ser descortés con Carlo, que tan bien se había portado con ella esos días acompañándola a donde fuera. Nerviosa como un flan, se apresuró a explicar el motivo de la visita de Craven, e incluso les informó de que él era el padre de su hijo, para que dejaran de conjeturar.

Miles se mostró amable y educado, mientras que Ariadna se mantuvo pensativa, con su habitual gesto arisco, y estuvo callada la mayor parte de la velada.

Ni Craven ni Carlo se encontraban cómodos, y cada vez que sus miradas se cruzaban eran dos espadas del más frío acero. Jessica era la única que intentaba encontrar un tema de conversación y mantener ésta a flote; sin embargo, era bastante difícil. De haberse acordado de la visita de Carlo, se las habría ingeniado para que ambos hombres no hubiesen coincidido.

Un poco después de acabados los postres, Carlo Rider por fin se despidió, y Jessica se ofreció a acompañarle hasta la puerta. Él parecía llevar prisa, pero ella lo detuvo con una mano apoyada en su brazo.

—Me he olvidado completamente de que usted venía a casa, Carlo. Me he encontrado con el señor Logan y...

—Lo comprendo, Jessica; de verdad.

La joven, al ver la sonrisa forzada del teniente, enrojeció. Se sentía culpable por haberle hecho pasar un mal trago. Le tendió la mano.

—No obstante, espero que podamos seguir siendo amigos —le dijo.

Carlo la miró como si dudara, enarcando ligeramente las cejas en un gesto de escepticismo. Jessica se ruborizó aún más.

—Será mejor que me marche ya. La están esperando y deben brindar por su futuro matrimonio.

—Por favor, Carlo, pase a visitarnos cuando lo desee.

No esperó a verlo montar en el caballo que el mozo de cuadra le traía.

Estaba deseando regresar junto a Craven. Tenía ganas de decirle todo lo que le había echado de menos; necesitaba abrirle su corazón y, sobre todo, amarle. Se volvió para entrar en la galería y se encontró con el objeto de sus pensamientos tras ella. No le había oído llegar, pero supo que él había escuchado la conversación.

Craven le tendió el brazo con una sonrisa y ella lo aceptó encantada.

—¿Va todo bien, dulzura?

—Ahora sí —respondió ella, frotando su mejilla en el brazo de él.

En la sala el ambiente se había suavizado notablemente cuando Jessica entró delante de Craven.

—¿Ya habéis pensado cuándo será el enlace? —preguntó el padre de la joven mientras le ofrecía una copa de licor y una silla alta a su futuro yerno.

—No hemos hablado de eso, señor. —Sus ojos brillaron al cruzarse con la mirada de Jessica—. De ser posible antes de que nazca el niño, pero me temo que pueda ser un poco precipitado para su estado.

Miles asintió, agitando suavemente el líquido en su copa.

—Me parece correcto. Tampoco hace falta mucho tiempo. Podríamos dejarlo solucionado para la semana que viene. Tengo un conocido que me debe varios favores. Estoy seguro de que podría conseguir una licencia especial en cuestión de horas.

—Papá, Craven tiene familia... Quizá prefiera esperar...

—No tengo ningún problema. Si por mí fuera, me casaría contigo esta misma noche —le dijo con una amplia sonrisa, y Jessica se la devolvió.

Ariadna se levantó de un sillón cercano con la mano tendida hacia ella.

—¿Te marcharás de aquí, Jessica Dorothea?

—Vendremos siempre que podamos —contestó la joven mirando a Craven, que asintió.

—¿Qué clase de vida llevaréis? No me malinterprete, señor Logan, pero debe admitir que su profesión es muy peligrosa. —Ariadna había estado escuchando con atención la breve historia de cómo y dónde se habían conocido—. Jessica...

—Discúlpeme —la interrumpió Craven—, he cedido mi puesto a un miembro de mi familia que está lo suficientemente capacitado como para

continuar con mi labor. —Se había encrespado un poco.

—¿Y qué hará, entonces? —insistió Ariadna.

Jessica se disponía a decirle un par de cosas a su madrastra cuando Craven empezó a explicar en un tono más suave:

—Siempre he querido dedicarme a la cría de caballos. —Todas las miradas cayeron sobre él—. Es algo que me gusta y se me da bastante bien. Quiero tener mi propio rancho —afirmó, y le devolvió la mirada a Jessica—, si a ti te parece bien.

Ella sonrió; un rancho podía estar muy bien porque se hallarían en la naturaleza sin tener que prescindir de ninguna comodidad.

—Además de ser un negocio muy lucrativo, es interesante —admitió Miles—. Yo poseo algún ejemplar. Uno de estos días si quiere podría echarle un vistazo. Mañana, por ejemplo; viene con su familia a comer y comentamos lo de la boda.

—¡Papá! —exclamó Jessica, que sentía que estaban presionando a Craven—. Si le quieres mostrar a *Silver*, desde luego deberá ser pronto. Es tan viejito que se morirá dentro de poco; además, está gordo. Tampoco sabes si Craven tiene planes para mañana...

—¿Los tiene, señor Logan? —preguntó Miles.

—Por supuesto que vendremos mañana. Mi abuela está deseando conocerles.

—¿Ves? —dijo Miles, que se volvió a su hija con una sonrisa—. ¿Y cómo puedes decir que *Silver* está gordo? —añadió al percatarse de lo que había dicho Jessica.

Craven ocultó una sonrisa tras la copa de licor.

—Jessica Dorothea, vamos a dejar a los hombres solos para que se vayan conociendo. Nosotras nos retiramos, ya que mañana tenemos que comenzar a preparar cosas.

La joven no se sentía cansada, al contrario, y aunque no quería separarse de Craven, no tuvo más remedio que hacerlo. Ni siquiera los dejaron solos para darse un triste abrazo, y él la besó en la mano como despedida.

Aquella noche Ariadna no dormiría mucho pensando en los preparativos, y Jessica, como castigo por su actitud curiosa, no pensaba decirle quién era la

abuela de Craven hasta que lo viera por sí misma.

—Jessica Dorothea, ese hombre, el señor Logan..., ¿es un indio?

—Mestizo.

—¡Válgame Dios! —exclamó Ariadna.

—Está civilizado. A veces es un poco brusco, pero no puede evitarlo; le ocurre como a mí.

—¿Y el señor Logan vive en la misma ciudad de Cheyenne?

—¿Qué es lo que quieres saber, Ariadna? ¿Me preguntas que si puede mantenerme?

—Sí, exactamente; eso es lo que pregunto.

—Pues no lo sé, pero no es un hombre rico.

No mentía. Realmente no sabía cuánto poseía Craven, a pesar de que Katherine Carrington era, sin duda, una mujer adinerada.

—Vive en una reserva dentro de un tipi, que es como una tienda de campamento. Nada más levantarte sólo tienes que salir y te encuentras con un pequeño pueblecito donde la mayoría de ellos visten con pieles. Pero yo tengo el suficiente dinero para que podamos mantenernos los cuatro y dos docenas más si quiero; dispongo de toda la herencia de mi madre, que es bastante, de modo que eso no sería un problema.

—¿Y él lo aceptaría así como así?

—Tal vez no, pero es un hombre sensato y acabaría cediendo.

—¿Llevan plumas? Las ilustraciones de los periódicos los pintan con ellas.

—Plumas, lazos, flores...

Recordó que varias mujeres jóvenes lucían lilas en las oscuras y largas cabelleras, y se lo dijo a Ariadna. Y así, sin darse cuenta, le fue contando cómo había vivido durante su corta estancia en la reserva.

Jessica se metió en la cama y apagó la luz de la mesita. No estaba muy segura de que pudiera dormir. Aún le duraba la emoción de los acontecimientos. Craven había ido a buscarla porque la amaba, y ella no podía contener la risa que bullía en su garganta. No veía la hora de que amaneciera.

Se hundió más en el colchón, escuchando el crepitar del fuego en la

chimenea y, por unos segundos, clavó los ojos en la llama, como hipnotizada. No sabía si Craven seguía en la casa o había regresado a la de su abuela. Desde la planta inferior no llegaban voces, y se habían apagado la mayoría de las luces.

Fuera había comenzado a nevar de nuevo, y los blancos copos, brillantes bajo la luz de la luna, flotaban sin orden, movidos de un lado a otro por el viento que golpeaba los cristales de las ventanas.

Finalmente, a Jessica la venció el sueño, por eso no se percató de que en silencio un intruso había entrado en su dormitorio y había cerrado la puerta con suavidad.

Se despertó sobresaltada cuando el colchón se hundió y sintió la presencia de un cuerpo duro y firme.

—No pasa nada, dulzura. —Una mano grande cubrió su boca con delicadeza—. Soy yo, mi amor. No podía mantenerme alejado de ti.

Ella le besó la palma de la mano y pronto se cobijó entre sus fuertes brazos.

—¿Cómo sabías cuál era mi dormitorio? —preguntó con un murmullo.

—No lo sabía —admitió él, metiendo la mano bajo el camisón de Jessica.

Los dedos de Craven rozaron sus caderas con una lenta caricia. Ella contuvo la respiración.

—He dado un buen susto a tu doncella. La he amenazado con cortarle la lengua si me delata.

—Pobre Pilar —susurró ella.

Craven se apoderó de su boca con dulzura, y Jessica se entregó a las artes amatorias de su lakota. Ambos se dijeron todo lo que había faltado por decir aquel día y se amaron con la desesperación de quienes hace meses que no se ven. Murmullos amorosos en la oscuridad se perdieron con los gemidos de la pasión.

Un poco más tarde, Craven estrechaba a Jessica contra su pecho. La luz de la luna iluminaba tenuemente el dormitorio, donde se oían débiles susurros.

—No sabía que Rider estuviera en Nueva York —dijo el lakota—. ¿Lleva mucho tiempo aquí?

—Unas semanas. Me dijo que tenía negocios que atender.

—¿Negocios? —Craven arqueó una ceja que Jessica no alcanzó a ver—. El único negocio que tiene ése es el de enamorar a señoritas y sacarles un buen dinero.

Jessica no pensó que estuviera hablando en serio e incluso creyó percibir un pequeño toque de celos.

—Dijo que era un asunto oficial —comentó, acariciándole el lóbulo de la oreja—. Craven, entre Carlo y yo nunca ha habido nada. —Él la besó en la frente, pero se mantuvo en silencio—. Mi padre quería conocerlo, y yo no vi nada malo en invitarle a cenar. —Le acarició el pecho con la punta de los dedos—. De haberlo recordado te habría avisado antes, pero estaba tan feliz de volver a verte... que lo he olvidado.

—Sé que no puedo prohibirte que le veas —contestó Craven, agitando la cabeza suavemente—, pero no me gusta nada.

Por primera vez, los dos durmieron felices y con las conciencias tranquilas después de haber estado mucho tiempo alejados.



## Capítulo 21

Al día siguiente, cuando Jessica se despertó se encontró sola en la cama. Bajo las mantas aún se notaba el calor de Craven. El fuego de la chimenea ardía con fuerza, y ella sonrió. Él se había preocupado de mantener la habitación caldeada para cuando ella despertara. Esos pequeños detalles que el lakota tenía con ella le daban mucha confianza respecto a sus sentimientos.

Así la encontró Pilar, sentada en la cama, tapada con las mantas y una sonrisa maravillada en su rostro.

—¿Ya se ha ido, señorita Jessy? —preguntó la doncella, metiendo la cabeza por el hueco de la puerta.

—Puedes pasar, Pilar. No te preocupes. Craven ya no está.

La mujer obedeció y cerró la puerta a su espalda.

—¿Qué opinas de él, Pilar?

—Es un hombre muy guapo, aunque no tiene mucho que ver con la descripción que usted hizo.

—¿A qué te refieres?

—Dijo que era maleducado, frío e insensible —le recordó.

Jessica asintió, sonrojada. Se colocó el camisón que se hallaba tirado a los pies de la cama y se cubrió con la gruesa bata, ocultando el rubor de su rostro. Pilar la miró con el ceño fruncido, y ella agitó la cabeza, ignorando su gesto.

—Cuando te hablé de él me sentía despechada y rabiosa. Ahora soy la mujer más feliz del planeta. ¡Voy a casarme, Pilar! ¿Te lo puedes creer? Es el hombre más guapo del mundo y me quiere. —Soltó una carcajada y corrió

hacia el tocador todo lo rápido que su cuerpo le permitió. En un cajón guardaba hojas perfumadas—. Voy a enviar un mensaje a Lara. Tiene que saber lo que ha ocurrido.

William Saxon no lo vio llegar y cayó estrepitosamente sobre una mesa antes de rodar hasta el suelo. Varios de sus hombres corrieron a su encuentro, pero él se levantó e hizo un gesto con la mano para que se apartaran y dejaran de amenazar al hombre que acababa de golpearle.

—¿Has perdido la educación desde que has regresado de la reserva? ¡Yo que creía que estarías encantado de verme de nuevo! —dijo William, limpiándose la sangre que manaba de su labio inferior.

—¿Por qué no me dijiste que Jessica estaba embarazada?

—¿No te lo dije? —contestó William, haciéndose el despistado, y ordenó a sus hombres que salieran de la pequeña sala. Se rascó la cabeza, pensativo—. Creí que cuando te dijera que alguien intenta boicotear la construcción del orfanato, vendrías más deprisa.

Craven soltó un suspiro y se dejó abrazar por su amigo.

—Tenía muchas cosas que hacer —admitió—, pero me hubiera gustado saber a qué me enfrentaba en Nueva York. Jessica me ha aceptado y vamos a casarnos.

—¡Eso es cojonudo! ¿Significa que te quedarás en la ciudad?

—No —respondió Craven cortante y con una mueca de disgusto—, pero tampoco estaré muy lejos.

Craven rechazó la copa que William le ofrecía y tomó asiento en el sillón de cuero, frente a un escritorio reluciente.

—Y dime, ¿cómo te van los negocios?

William sonrió, satisfecho, y se sentó frente a él.

—Muy bien, mejor que en Londres; aunque donde estoy sufriendo más pérdidas es en ese negocio en el que hiciste que me embarcara. ¡Por Dios, si alguien se entera de que soy socio de ese edificio, mi reputación quedará por los suelos!

—La gente siempre sabrá que dentro de tu sinvergüencería hay un corazoncito para los más pequeños.

—¡Ya! ¿Y no le dirás a tu futura esposa quién es el secreto inversor? Porque yo prefiero que siga sin saberlo. Verás..., hace tiempo que conocí a tu preciosa señorita Jessica, exactamente a los pocos días de llegar aquí... —Si William vio el cejo fruncido de Craven, lo ignoró deliberadamente—. Me conoces mejor que nadie y sabes que me pierden las caras bonitas.

—¿Qué tratas de decirme?

—¡Nada! ¡Es una tontería!

—¿Intentaste algo con ella?

—¡Ni siquiera os conocíais!

Craven se puso en pie, y William lo imitó para alejarse ligeramente del alcance de su puño.

—Fue antes de que ella viajara al Oeste. Si te tranquilizas, te lo cuento, y verás como no sucedió nada. ¡Siéntate, hombre!

Faltaba poco para que llegaran las visitas, y Jessica observó con satisfacción los adornos de Navidad que acababan de colocar en el salón. Un gran abeto con bolas de cristal multicolores presidía la estancia desde un rincón cercano a la chimenea, donde el fuego ardía con viveza para caldear el ambiente.

—Está todo precioso —convino Ariadna, complacida, y ordenó varios paquetes que se hallaban al pie del árbol—. ¿Qué edad tiene el hijo del señor Logan?

—Entre siete y ocho años, no estoy muy segura, pero te va a encantar. Es un niño muy cariñoso. ¡Tengo que comprarle algún regalo!

—Podemos salir de compras mañana. ¿Qué tal estoy? Quiero que la abuela de Craven se lleve una buena impresión; a lo mejor hasta nos conocemos.

—Ariadna, estás muy bien; seguro que logras impresionarla.

Sin duda, más impresionada iba a quedarse ella en cuanto viera a Katherine, y Jessica estaba deseosa de presenciar el encuentro. Ariadna vestía muy elegante, con satenes brillantes en tonos burdeos. Llamaron a la puerta, y ambas enderezaron sus ropas y alisaron imperceptibles arrugas con repentino nerviosismo.

Katherine Carrington era una anciana muy agradable y vivaracha, y vestía

con ropa de diseño exclusivo. Estaba muy feliz de que su nieto se casara y le diera una madre a Amaru. En todo momento se mostró más que dispuesta a unirse a los preparativos.

Ariadna estuvo a punto de sufrir un colapso cuando reconoció a Katherine. Teniéndola a ella en la familia, las pocas puertas que antes se le cerraban, se abrirían para ella de repente, y no pudo ocultar su júbilo, agradecida por el golpe de suerte. Por otro lado, Miles parecía haber aparcado sus vicios desde que había ido a buscar a Jessica al estado de Wyoming, y se comportaba tal y como lo había conocido durante sus primeros años de matrimonio, en que la había enamorado.

Durante la comida, Craven y Jessica se acariciaron sin parar con la mirada, igual que harían dos tórtolos recién enamorados, sólo que Jessica se ruborizaba cuando recordaba la noche anterior. Su cuerpo redondo y sin formas no había sido ningún impedimento para amarse, y lo que más la emocionaba era que él siguiera mirándola con esa chispa de deseo en sus ojos dorados.

Cuando tuvieron la oportunidad, Jessica le mostró la casa con el propósito de arrastrarlo al pequeño invernadero en busca de un poco de intimidad. Miles jugaba con Amaru a los naipes en la biblioteca, y Ariadna se había enfrascado en una larga conversación con Amina y Katherine.

El invernadero era un lugar pequeño y había sido decorado con muy buen gusto. Las enredaderas cubrían varias celosías oscuras que llegaban hasta un techo de cristal abovedado, que dejaba pasar la luz natural. El ambiente estaba cargado con el aroma de las flores y la tierra húmeda.

Jessica había pensado que aquél era un lugar seguro para que pudieran charlar íntimamente y abrazarse con pasión, pero olvidó que también era el rincón predilecto de su madrastra, ya que ella se encargaba, en su mayor parte, de cuidarlo. Así, cuando Katherine y Ariadna atravesaron la puerta, Craven tuvo que apartarse de Jessica con rapidez, pues los habían pillado en una actitud bastante comprometida.

—Esperamos no molestar —dijo Ariadna mientras dirigía a Katherine por los estrechos pasillos floreados.

Las mejillas de Jessica se habían tornado de color escarlata y sus ojos

evitaron encontrarse con los de las mujeres. De haber estado su madrastra sola, se hubiera atrevido a replicar, alegando que la estaba vigilando, pero hubiera sido una falta grave demostrar su enojo ante su futura abuela.

—Le estaba enseñando a Craven el trabajo que realizas para mantener este jardín así incluso en invierno —dijo, excusándose.

Por lo visto, ninguna de las damas la creyó, o al menos estaban más interesadas en admirar los gigantescos helechos que rodeaban un grueso tronco. Craven ni siquiera intentó disculparse por que los hubieran encontrado solos allí.

—¡Es un sitio muy hermoso! Las plantas siempre me han gustado mucho —comentó Katherine, que desapareció con Ariadna por un estrecho pasillo.

De todos modos, no se fueron muy lejos y podían oírlas con claridad.

—Se ve que hasta que no tengamos nuestra propia casa, no nos dejarán en paz —susurró él, tomando la mano de Jessica con fuerza.

—Yo lo estoy deseando —le contestó ella con picardía—. Además, no sabía yo que fueras tan buen partido. —Él arqueó las cejas a modo de interrogación—. La señora Carrington nos ha dicho que eres su heredero. Podrás imaginar que tienes a mi madrastra completamente subyugada.

Craven se pasó las manos por la cabeza con gesto severo, y se alejaron de allí discretamente.

—Una fortuna que siempre he rechazado.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Siempre he presumido de ganármelo todo a pulso.

Ella le miró, incrédula.

—¿Seguirás rechazándola, entonces? A mí no me importa, de verdad. Yo tengo mi...

—¿Crees que dejaría que tú me mantuvieras?

Ella le miró repentinamente seria, y Craven no quiso desilusionarla.

—Si no tuviera más remedio, lo haría —le dijo, sonriendo—; pero voy a aceptar mi herencia. Después de todo es un legado que me dejó mi madre. Se parecía mucho a mi abuela.

—Debió ser una gran persona.

—Sí, lo era. —Él tragó con dificultad—. Discutíamos mucho. Ella

deseaba que me quedara aquí, que aprendiera una profesión. —Soltó una carcajada—. Me siento como Amaru; no encuentro que la ropa sea cómoda y no me gusta encerrarme en casa y dejar que los demás hagan las cosas por mí.

Ella sonrió como si escuchara las quejas de un niño cabezota y tozudo. Estaba segura de que finalmente llegarían a un buen acuerdo.

Dos días antes de Navidad, en una pequeña capilla de un barrio a las afueras de la ciudad, Craven y Jessica pronunciaron sus votos.

Fue una ceremonia íntima, con familiares y amigos cercanos, que transcurrió de forma plácida y alegre gracias a que Jessica consiguió controlar su mal genio en más de una ocasión.

El sol los saludó varias veces y la nieve les dio una tregua.

La novia, radiante, obligó a Lara a que la pellizcase para cerciorarse de que todo aquello no era un sueño. Le resultaba difícil creer que eso estuviera pasando realmente y que el hombre guapo y apuesto que la esperaba en el altar fuera a convertirse en su esposo.

Antes de entrar en la capilla, lloró de nervios. Hubiese preferido casarse sin el bombo que precedía su paso. Sus amigas estaban mucho más bonitas que ella; al menos, más estilizadas. Aun así, sin ninguna cobardía, se acercó al altar del brazo de su orgulloso padre y bajo la atenta mirada de los ojos dorados. Sólo cuando el reverendo terminó la celebración y ella se halló entre los brazos de su marido comenzó a disfrutar del día.

No le fue fácil escuchar algunos comentarios y morderse la lengua. ¿Acaso ella misma no había tachado a Craven de salvaje? De no haber sido por Lara o por la misma Katherine, posiblemente hubiera tenido más de una disputa con algunas de sus conocidas; desde luego, a partir de aquel momento, no podía seguir llamándolas amigas.

Se sintió ofendida cuando le dijeron a Amaru que debía cortarse el cabello, o cuando se dio cuenta de que miraban a Amina con cierta compasión, pensando que no conseguiría casarse con un neoyorquino de buena posición. Aquellas actitudes conseguían que reforzara el amor que

sentía por los lakotas, que para ella ahora eran las personas más importantes de su vida, su familia.

Esos cotilleos no acabarían mientras siguieran viviendo en la ciudad y ella justo acababa de descubrir que no soportaba las críticas.

Era necesario conocer a los nativos para saber que a pesar de sus costumbres y su modo de vida eran personas como las demás, con los mismos temores y vergüenzas. Ella los había conocido y se sentía orgullosa, feliz de ser una más.

Craven parecía ajeno a todo eso, como si no le importara lo que opinasen de él o estuviera acostumbrado, cosa que Jessica no dejó de admirar en toda la noche. Le hubiera gustado comportarse con la misma naturalidad que él, en lugar de entrar al trapo cada vez que alguien los llamaba indios; pero por mucho que lo deseara su lengua no podía estarse quieta y salía en defensa de los suyos continuamente.

Quitando esos pequeños detalles que la encendían una y otra vez, disfrutó de un torpe vals en brazos de Craven, la única pieza que él bailó en toda la noche, y lo hizo sólo por no decepcionarla.

—No sé qué le has dado a mi nieto que parece otra persona —le dijo Katherine al sentarse a su lado en los salones del Five Stars cuando algunos invitados ya habían comenzado a retirarse.

—Es la ropa, que lo transforma —respondió Jessica, siguiendo a Craven con la mirada.

Él vestía totalmente de negro, excepto por la blanca camisa de seda, y parecía sumergido en una interesante charla con su padre y algunos amigos de éste. Era imposible no reparar en él dada su estatura; al menos les sacaba media cabeza a los otros. Al parecer, estaba disfrutando de la fiesta.

—Es un gran hombre. Su madre quería que se criara conmigo, y él lo intentó durante unos meses, antes de que se embarcara con aquellos piratas...

Si Katherine vio que los ojos de Jessica se abrían como platos y reparó en su carraspeo nervioso, no dio muestras de ello y continuó hablando.

—Más tarde regresó a la reserva, con su gente, como él los llama. Luego, se enamoró de Kyara.

Katherine agitó la cabeza con una mirada triste al recordar esa época.

—Ella nunca quiso venir a visitarme y se negó a que viera a Amaru cuando éste nació, y eso que yo estaba dispuesta a hacer tan largo viaje para conocerlo. Hubo un tiempo en que pensé que no volvería a ver a mis nietos, y entonces Kyara murió. —Lo dijo como si aquello hubiera sido una salvación para ella—. Sé que suena egoísta, pero es cierto que sentí un gran alivio. No deseaba su muerte, aunque cada noche rezaba por que aquel matrimonio no funcionara. Con que ella se hubiera apartado de Craven en vez de hacer aquella locura... ¡Quitarse la vida! Nadie sabe lo que puede encerrar la mente humana para actuar del modo como lo hizo, pero Craven se sintió culpable de su muerte. Fueron unos años muy duros para todos.

—¿Craven amó mucho a Kyara? —se atrevió a preguntarle Jessica, disimulando los terribles celos que se aferraban a su corazón.

—No lo sé con certeza —dijo Katherine sonriendo con ánimo—, supongo que no tanto como a ti. Lo ha dejado todo para seguirte. Era cierto. Craven había elegido comenzar una nueva vida junto a ella y había dejado boquiabiertos a quienes le conocían.

—Yo también lo amo mucho.

—Lo sé, querida, y eres muy valiente. Mi hija estaría muy orgullosa con esta unión.

—Esas palabras, viniendo de usted, me emocionan.

Katherine tendió su mano y acarició el vientre de Jessica con dulzura. Una fuerte patada del bebé las hizo sonreír.

Jessica compadecía a la anciana por todo lo que había sufrido. Hablar con ella sobre Craven le hizo comprender el irascible carácter del que hacía gala su esposo.

—Estoy segura de que sabrás llevarlo por el buen camino. Dudo que mi nieto lograra encontrar una esposa mejor que tú.

—Eso no lo sé, pero prometo que intentaré hacerle feliz cada día de mi vida.



## Capítulo 22

Horas más tarde, en la amplia y lujosa habitación del hotel donde habían decidido hospedarse, Jessica descansaba sobre el pecho de Craven mientras él le acariciaba su hombro con ternura. Acababan de hacer el amor para aplacar el fuego de su mutua pasión. Jessica no podía entender por qué Craven la deseaba con tanta fuerza estando encinta. Tenía los tobillos hinchados y le dolían los senos por lo mucho que habían crecido; además, ni siquiera los tenía bonitos, ya que estaban blancos como la leche y cubiertos de llamativas venas azules. Él, sin embargo, los veía perfectos y se mostraba encantado de que llenaran sus manos.

—¿Cómo se encuentra, señora Logan?

—Ahora mismo a las mil maravillas. No sabía que pudiéramos hacer el amor en tan diversas posturas.

Craven rió.

—Señora Logan, hay muchas cosas que debe aprender, pero todo a su tiempo, despacio. Yo te enseñaré...

Jessica le atrapó la mano que se deslizaba de nuevo a su entrepierna.

—Tú también tienes que aprender algunas cosas.

—¿Como qué?

—Por ejemplo, he descubierto lo bien que se llevan Amina y Darius. Qué lástima que él sea un sirviente, ¿verdad? No creo que Katherine le tenga en cuenta como un posible pretendiente.

—Yo no lo veo tan mal, y en última instancia, soy yo quien debería permitir el compromiso. ¿Te parecería mal?

—Lo que se dice mal...

¿Qué iba a decir ella, si se había casado con un mestizo?

—Darius es un hombre modesto y jamás se atrevería a pedir la mano de tu hermana.

—¿Por qué no? ¡Con tal de que se le pase el enamoramiento que siente por ti! —gruñó.

Ella se rió, divertida.

—¿Estás celoso?

Craven no quiso contestar y se quedó mudo de repente.

—Cariño, Darius desistió en cuanto tú apareciste en escena. Además, yo no me hubiera fijado en él de esa manera.

—¿Por qué?

—Es un mayordomo y no...

—¿La orgullosa señorita Sconner no podía casarse con un criado? —bromeó él.

—¡No iba a decir eso! —exclamó Jessica entre risas—. Iba a decir que no es mi tipo.

Darius era demasiado amable para su gusto, pero eso no pensaba decírselo a Craven. Siempre había soñado con un marido que la quisiese y la respetase, pero no con alguien que cumpliera todos sus deseos sumisamente, sin pararse a pensar en si estaría bien o mal lo que ella deseaba. Con una persona como Darius la conversación se hubiera acabado a los dos días de matrimonio, pues ella no habría tenido de que quejarse.

—¿Qué tipo de hombre te gusta a ti? —quiso saber con interés mientras su mano viajaba de nuevo hacia los sedosos rizos y le producía cosquillas.

—Pues me gustan mordaces, antipáticos, fríos...

Se rió cuando repentinamente él le pellizcó el interior de un muslo.

—Te gusto yo.

—¡No seas presuntuoso! Respecto a lo de Amina y Darius, creo que deberíamos descubrir sus sentimientos...

—Jess —ronroneó él, hundiendo la nariz en sus cabellos—, a mí no me enredes en esas cosas. Habla con mi hermana, con mi abuela o con quien quieras, pero no cuentes conmigo para hacer de casamentero.

—De acuerdo —respondió ella satisfecha—. ¿Tú mientras qué harás?

—Un amigo de tu padre, Walker...

—Sir Walker —le corrigió.

Craven ignoró su interrupción.

—Se marcha fuera del país a finales de año; tal vez antes, si logra vender sus propiedades. Tu padre me ha dejado caer que quizá me interesen sus tierras. Por lo visto tiene un rancho.

—¿Un rancho? Yo sólo conozco su casa aquí en la ciudad. —Jessica se mordió el labio, pensativa, tratando de recordar—. Sir Walker le proporcionó a mi padre al viejo *Silver*.

—He quedado con tu padre y mañana nos pasaremos a verlas.

—¿Tan pronto? ¿Dónde quedan esas tierras? ¡No me digas que vas a marcharte fuera unos días! Ariadna se pondrá hecha un furia, y a mí me gustaría pasar las Navidades contigo. ¿No pensarás abandonarme ahora que nos hemos casado?

—No serán unos días; sólo es mañana. A ese hombre le corre prisa venderlas, y pienso que puede ser una buena oportunidad para nosotros. Esa propiedad está dentro del estado, pero lo suficientemente alejada como para que nadie se extrañe si ve entrar a unos lakotas. Cuando quieras acudir a una de esas fiestas que Katherine dice que son importantes, no tendrás ningún problema en acercarte.

—¿Podré? —preguntó Jessica, desolada—. ¿Eso quiere decir que no piensas acompañarme?

—Jamás te dejaría sola —contestó él, pensando en su queridísimo amigo.

Aunque nunca lo diría, agradecía en el alma que Edward Hamilton hubiese fallecido en Cheyenne. De otro modo, jamás habría conocido a la pequeña hechicera que se había apoderado de su corazón.

—Quizá te acostumbres a estas reuniones.

—¿Tú crees? Ni siquiera sé bailar.

—Yo te enseñaré.

Él suspiró con tanta fuerza que Jessica se incorporó buscando sus dorados ojos, que brillaban a la luz de las llamas de la chimenea.

—¿Qué ocurre?

—Que no me gusta bailar, Jess —se quejó Craven con un murmullo.

—De acuerdo, pues no bailes. —Jessica lo besó, mordiéndole el labio inferior con ternura—. Ya bailo yo por los dos, y sólo serán un par de veces al año. ¿Podría acompañarte a ver esas tierras? —le preguntó, cambiando nuevamente de tema.

—Como tú quieras, pero creo que es mejor que te quedes en la ciudad. Iremos más deprisa y volveremos antes.

—Tienes razón —asintió ella, dejándose caer de nuevo sobre el colchón—. Mañana aprovecharé para terminar de hacer algunas compras y llevaré a Amaru a la pista de patinaje. Además, también quería pasarme por el orfanato.

Omitió decirle los extraños atentados que sufría la construcción, puesto que él no parecía estar interesado en sus proyectos.

Cuando Jessica despertó, Craven hacía horas que se había marchado. Le habría gustado ir con él y saber por ella misma cuán lejos estaban las tierras de sir Walker, pero él tenía razón: los caminos no debían ser muy buenos en esa época del año y, como ella debía pasar constantemente al aseo, los hubiese demorado.

Incapaz de quedarse ni un segundo más a solas en la amplia habitación, decidió ir en primer lugar hasta el orfanato, que estaba en la zona norte, frente a un magnífico parque de vistas espectaculares. En los meses más cálidos, los jardines ofrecían actuaciones al aire libre y música amenizada por orquestas, y se colocaban puestos de comida casera para que los visitantes se deleitaran.

El edificio en obras se sostenía por gruesas vigas de acero y formaba un siniestro monstruo de fuertes muros. Los peones trabajaban sin descanso; sabían que finalmente serían recompensados por sus esfuerzos.

Jessica observó las instalaciones desde la puerta del carruaje y el capataz, nada más verla, se acercó hasta ella con una sonrisa amable.

El suelo estaba totalmente embarrado y muy cerca de allí habían prendido fuego en el interior de varios bidones de hojalata oxidada. Algunos hombres se calentaban durante un breve descanso. El desagradable y chirriante ruido de las poleas se mezclaba con los golpes del mazo y los sopletes.

El capataz se apresuró a explicarle lo que habían adelantado, que no era mucho más en relación con la semana anterior.

—Entonces, manténgame informada. Respecto a esos guardias nocturnos...

—Los ha contratado su socio. De momento, su presencia ha sido suficiente para que nadie se haya atrevido a hacer algo más. Espero que las cosas continúen así y en unos meses podamos dar por finalizadas las obras.

—Yo también lo espero. Ahora debo marcharme, me están esperando.

Había dispuesto del vehículo de Ariadna y era seguro que ella lo estaba echando de menos.

Con un cálido apretón de manos, Jessica se despidió del capataz, pero cuando iba a subir al coche, un sujeto llamó su atención desde una esquina de la calle. No se veían muchos pistoleros en la ciudad, al menos no como aquél, que llevaba la pistolera sobre un largo abrigo de piel marrón oscuro.

Tan sólo tardó unos segundos en reconocer al hombre que la había amenazado en Cheyenne. Tenía el sombrero ligeramente echado hacia atrás y sus ojos estudiaban el orfanato con atención.

Jessica se apresuró a refugiarse en el interior del coche cuando un temor incipiente golpeaba ya su corazón. Debía advertir que el tal Anthony Sears se encontraba allí. Ahora estaba completamente segura de que él era el causante de todos los parones que estaban sufriendo.

Se estremeció. No había esperado volver a saber de él; después de todo, ya no existía el oro. ¿Qué desventurados planes tendría el sujeto?

Por el sombrío rostro de ojos fríos y su peligroso aspecto, no auguró nada bueno.

## Capítulo 23

La posada Kiss Me no era un sitio muy grande, pero siempre estaba llena de gente, sobre todo la parte destinada a los comedores. En días tan fríos como aquél no cabía un alfiler, ni siquiera a fuerza de golpes.

El alboroto de las voces y el ruido de la vajilla y de las jarras de cristal al ser depositadas sobre las mesas se mezclaba con el humo de los cigarros, que inundaba la sala con una tenue bruma.

Todos los sitios se hallaban prácticamente ocupados y, cerca del largo mostrador, la gente se apilaba tratando de alcanzar las bebidas y los platos de comida.

La posada era un edificio de dos plantas situado en la parte vieja de la ciudad, donde las calles aún estaban sin asfaltar, y las que sí lo estaban sufrían graves socavones y grietas de tamaño considerable. Era hora punta, y los peones se reunían para comer.

Carlo Rider consiguió un buen asiento frente a la enorme ventana cubierta con unas descoloridas cortinas de encaje blanco y volantes a cuadros rojos; los manteles que cubrían las mesas eran de un rojo chillón. La posada no tenía categoría alguna, pero todo estaba limpio.

Desde hacía unos minutos, Carlo observaba a los parroquianos, pero sólo se incorporó un poco cuando apareció el hombre con el que había concertado la cita. Anthony se sentó frente a él con gesto adusto.

—¿Esto es lo mejor que había? —preguntó señalando el lugar con un largo suspiro.

Mirándolo con fijeza, el otro se encogió de hombros.

—Te esperaba antes.

Carlo sacó un reloj dorado del bolsillo superior de su chaqueta. Después miró al camarero que estaba detrás del mostrador pendiente de que todo el mundo estuviera servido y le hizo una señal. Una muchacha joven se acercó en el acto para tomar nota y se alejó a por el pedido.

—¿Dónde estabas? —quiso saber Carlo, volviendo su atención a Sears.

—Llegué anoche; he tenido un par de lakotas pegados a mi culo durante todo este tiempo.

Dejó caer hacia atrás su sombrero de ala ancha y se pasó la mano por la incipiente barba.

—¿Los has despistado?

—Eso creo. Con un poco de suerte, habrán regresado a Cheyenne.

—Alce Gris se encuentra en la ciudad —le avisó Carlo.

La sorpresa se reflejó en los ojos de Sears, que apretó los dientes con rabia. ¿Es que no dejarían de seguirlo nunca?

—¿Ha venido tras tu damisela? —se mofó, irritando a Carlo.

—¡Esa estúpida zorra se casó ayer!

—¿Con el lakota?

—Sí.

Carlo recogió la jarra de cerveza antes de que la chica la colocara sobre la mesa y dio un largo trago, mirándola con ojos entrecerrados.

Sears se había quedado con la boca abierta, sorprendido. Por lo visto, el mestizo no había perdido el tiempo con la mujercita.

—Debiste haberte adelantado. Tuviste la oportunidad en Wyoming. A estas alturas tendríamos el oro. Desde luego no pienso irme con las manos vacías —gruñó, y escupió en el suelo.

Los comensales que ocupaban la mesa vecina le dedicaron una ceñuda mirada. Y entonces, con mucha lentitud, Sears sacó uno de sus revólveres y lo colocó junto a la bebida a modo de una silenciosa amenaza. Nadie se atrevió a decirle nada, y centraron su atención en sus propias conversaciones.

—¡Qué cabronazo es el indio! Te ha birlado a la moza —soltó riendo, pero al ver la furiosa mirada de Carlo se contuvo—. ¿Y qué hay de la otra? La hermana del difunto.

—Lo he pensado, pero siempre tiene cerca al mayordomo ese...

—Pues no sé cómo lo haremos, pero yo quiero mi parte. Delaware me arrancará los huevos en cuanto me vea, cosa que no va a hacer si me marcho antes.

—¿Te vas?

—A Europa.

Cuanta menos gente supiera de su futuro paradero, mejor. Tamborileó con los dedos sobre el mantel rojo y varió el rumbo de la conversación.

—Esta mañana he estado viendo el orfanato. Puede que con varias cargas de explosivos sea suficiente.

—Tienen vigilancia las veinticuatro horas.

—Lo sé. Voy a necesitar tu ayuda.

—Ni hablar —negó Carlo, que terminó su bebida y pidió otra, levantando de nuevo la mano hacia la muchacha.

—¡Claro que lo harás! No puedo marcharme de aquí sin mi dinero, así tenga que cargarme a la hermana del muerto.

—¿No me has oído cuando te he dicho que Alce Gris está aquí?

Sears se enfureció.

—Si yo caigo, lo harás tú también. Te joderé tu carrera militar.

El hombre sonrió cuando vio que Carlo perdía el color de su cara. Lo tenía entre la espada y la pared, y disfrutaba sintiendo su poder sobre él.

—¿Olvidas que mataste al sujeto? —Soltó una carcajada cargada de cinismo—. Ya os dije en su día que no me parecía buena idea que te hicieras pasar por un maldito sioux. ¿Creías que el general se pondría de tu parte y que acabaría con la reserva? Eres un ingenuo, Rider.

Carlo se tensó. No le gustó escuchar la amenaza del forajido.

—Si hubieras enamorado a la pelirroja, disfrutaríamos de lo que nos pertenece desde hace tiempo, y yo no tendría por qué estar en esta maldita ciudad intentando terminar tu trabajo. ¿No te jactabas de que ninguna moza se te resistía?

La camarera regresó con más bebida y se ganó una sonora palmada en las nalgas cuando pasó cerca de Anthony, que ignoró la furiosa mirada femenina. Los dos hombres se rieron del gesto repulsivo que hizo ella, pero en seguida



retomaron la conversación.

—¿Qué más daba si la otra estaba un poco rolliza? Tenía sus buenas carnes —lo siguió acicateando Sears.

—Me gustaba más Jessica —respondió Carlo—, pero la jodida señorita me engañó. Andaba diciendo que sentía asco por los salvajes y estaba preñada de uno.

—De uno, no —contestó Sears, que volvió a reír—; de Alce Gris. ¿No es eso lo que más te molesta? El hombre era el único que tenía contentas a todas las putas de Lucy.

—Todas unas zorras. —Carlo miró a Sears con rabia y apoyó los codos sobre la mesa—. Quien tendría que estar aquí reclamando lo suyo sería Delaware. Fue de él la idea de entregarte su oro para empujar al muerto a comprar la dichosa mina. ¡Le ha salido cara la propiedad! Si se hubiera cargado a Thompson desde el principio, nada de esto habría pasado.

—No te preocupes. Te aconsejo que hagas como yo. Saca lo que puedas de aquí y márchate lejos.

—Y después de explotar el edificio, si es que lo consigues..., ¿qué?

—¡Ah, bueno!, no te he contado lo mejor. Habrá víctimas en el caso de que no me paguen el rescate que pienso exigir.

Carlo le miró con los ojos entrecerrados.

—¿Qué tengo que hacer?

Sears sonrió y su brillante mirada voló hasta la camarera, que pasó de nuevo cerca de la mesa que ocupaban.

—Lo primero es lo primero. —Bebió todo lo que le quedaba de un trago y se puso en pie, limpiándose los labios con la manga del abrigo—. Recomiéndame un sitio para darme un buen revolcón con alguna mujerzuela, y esta noche volvemos a vernos para concretar los detalles.

Eran pasadas las once de la noche cuando Craven atravesó la puerta giratoria del Five Stars. La mayoría de las luces habían sido apagadas, y el vestíbulo se hallaba medio en sombras. El suelo era verde oscuro y un sillón circular rodeaba una ancha columna en el centro del *hall*.

Craven recorrió el lugar con una rápida mirada y se encaminó con prisa

hacia la escalera de mármol. Un mozo le salió al paso y le entregó un pequeño sobre. Jessica estaba en casa de Katherine y le decía que lo esperaba allí.

Ni siquiera subió a cambiarse. Era tarde, estaba cansado y lo único que deseaba era recoger a Jessica y regresar a dormir.

Se sentía muy satisfecho con las tierras de Walker. Lo había dejado todo medio apalabrado y estaba deseando que Jessica las viera y le diera su opinión. La casa era bastante grande; quizá un poco vieja, pero con algunos añadidos más y ciertas reformas sería una buena residencia. Con toda seguridad, Jessica pondría alguna pega, aunque nada que él no pudiera solventar con facilidad, o eso creía. Estaba pensando en ello cuando el vehículo se detuvo delante de la casa de su abuela. Se arrebujó con el abrigo y de una carrera llegó hasta la puerta principal.

Amaru salió a recibirle, seguido del mayordomo de Katherine.

—¿Cómo estás, chico?

Fue a frotarle la cabeza, pero vio el rostro preocupado del niño. Craven frunció el ceño.

—¿Ha pasado algo?

—¡Craven, querido! —exclamó su abuela, que se acercó y le puso la mejilla para que la besara—. Vienes muy tarde. Ya estaba dando órdenes para que Jessica se quedara a dormir aquí.

—¿Por qué esta aquí todavía? ¿Ha pasado algo? —se preocupó.

—Nada, querido; es sólo que Jessica se ha sentido muy sola hoy y ha pasado aquí todo el día. La señorita Hamilton y Amina también están dentro.

—No me ha dado tiempo a cambiarme —añadió él, más tranquilo.

Le entregó el abrigo al mayordomo y entonces sí que le revolvió los cabellos a Amaru.

—¿Has cenado ya? —le preguntó Katherine, observándole de arriba abajo.

—No he tenido tiempo, pero...

Katherine no le dejó continuar y le señaló la sala.

—Vete poniendo cómodo. Voy a avisar a la cocinera.

—Lo puedo hacer yo, señora Carrington —se ofreció el sirviente, que

había regresado de nuevo.

—No, gracias. Puede retirarse —dijo ella, y empujó ligeramente a Craven y Amaru para que fueran pasando al interior.

—¿Ha ocurrido algo? —insistió Craven.

Su hijo le miró y asintió con la cabeza.

—Jessy tiene algo que decirte. Es sobre un hombre de Cheyenne.

—¿Qué hombre?

Entraron juntos en la acogedora habitación. Las llamas chisporroteaban en el hogar.

Jessica estaba sentada en un ancho sofá junto a la señorita Hamilton. Ambas parecían estar inmersas en una interesante conversación, hasta que su esposa puso los ojos en él y, con una sonrisa, se levantó pesadamente para acercarse.

—¿De qué hombre me habla Amaru?

Vio que la joven regañaba al pequeño con la mirada, y después se puso de puntillas y lo besó en el mentón.

—¿Me vas a contestar, Jess? ¿Qué hombre de Cheyenne está aquí? ¿Has visto a Sears?

Ella abrió mucho sus azulados ojos, sorprendida.

—¿Ya lo sabías?

—No —respondió él, maldiciendo entre dientes—. Pero sabía que tarde o temprano vendría.

—Pero entonces, Craven, ¿qué es lo que querrá?

—No lo sé. ¿Dónde le has visto?

Jessica volvió a sentarse junto a su amiga y empezó a contárselo. Amina tenía un libro cerrado en el regazo y dormitaba frente al cálido fuego del hogar.

Craven insistió en saber si lo había visto bien y no se había confundido. Quería al menos hacerse la ilusión de pensar que la persona que Jess había visto podría ser un pistolero cualquiera sin ser necesariamente Anthony Sears; sin embargo, ella estaba muy convencida. En una ocasión había contemplado el rostro de Sears en un cartel, y era el mismo hombre que había querido lanzarla por el precipicio.

Un poco más tarde, Jessica entró en la habitación del hotel seguida por Craven, que no había hecho ningún comentario en todo el viaje de vuelta, y lo poco que había dicho había sonado confuso, como si estuviera encerrado en sus propios pensamientos.

—¡Tampoco es para tanto, Craven! Darius ya ha dado el aviso a las autoridades.

—Sí, pero ésta es una ciudad muy grande. Mañana nos trasladaremos a casa de mi abuela, y te prometo que cuando todo esto pase y vivamos en nuestra propia casa, tendremos una larga luna de miel.

Se quitaron los abrigos y Jessica le entregó el suyo a Craven, que los colgó en un perchero que había en la puerta.

—Te advierto que una habitación de hotel tampoco me entusiasma mucho —le confesó Jessica.

Craven la miró, pasmado.

—¿Y por qué no me lo habías dicho?

—¡Y ser yo la primera en quejarme! ¡Ja! Me hubiera mordido la lengua. Por cierto, no me has contado cómo ha ido tu visita a las tierras esas.

—Mañana, Jess. De verdad, estoy cansado.

Ella se acercó con tanta suavidad que dio la sensación de que levitaba, le cubrió las mejillas con sus delicadas manos y le clavó los ojos con fuerza.

—Estás con ese ánimo desde el mismo momento en que has sabido lo de Sears y no sé por qué, Craven. Tú eres más fuerte que él y, estando en nuestra luna de miel, no vas a separarte de mí, por lo que dudo mucho que ese tipo pueda acercarse.

Aunque ella pretendía ser valiente, Craven pudo percibir miedo en su voz. Recordó fugazmente el día en que hubo el tiroteo en la ciudad, cuando Jessica entró en estado de choque, completamente aterrada.

Enredó su mano en los cobrizos cabellos y la admiró a placer. Se perdió en las profundas lagunas azules que lo miraban con embeleso. Bajo sus ojos se dibujaban dos manchas rosáceas de no haber descansado mucho durante esos días. Besó sus párpados con dulzura, y ella los cerró con un suspiro. Craven se apartó ligeramente para observarla de nuevo. Era una ninfa de los

bosques, la mujer más hermosa que podía existir, y era sólo de él. Todavía no podía creer en su buena suerte.

Lentamente, acercó su boca a la de Jessica y con la lengua le acarició los delicados labios. Resultaban tan finos, tan jugosos y apetecibles que era un vicio besarlos. Ella le respondía con besos cortos, húmedos, tratando de alcanzar su lengua. Craven la aplastó contra sí todo lo que le permitieron los cuerpos.

Había pasado el día pensando en ella desde el mismo momento en que se había levantado de la cama y la había visto acurrucada bajo las mantas sabiendo que estaba desnuda. Si no hubiese tenido fuerza de voluntad, habría dejado la visita de Walker para otro día. Luego, había seguido pensando en ella durante el largo viaje en coche con su suegro y el amigo de éste. Nunca le había gustado tener compañía en los carruajes; de hecho, pocas veces los utilizaba. Pero esa vez el trayecto era demasiado largo para hacerlo a caballo con ese tiempo. Craven, desde luego, lo hubiese preferido; gracias a su sangre sioux, disfrutaba del azote del viento en la cara y de la sensación de tener los pulmones llenos, pero los otros dos hombres estaban algo mayores para ir cabalgando con esas temperaturas.

Craven lamió el labio inferior con sabor a vino dulce y gruñó, totalmente excitado. La desnudó al mismo tiempo que se desnudaba él, lanzando las ropas hacia algún lugar de la habitación. Con infinito cuidado, la ayudó a colocarse en la cama, y antes de acostarse junto a ella, la volvió a besar de una forma muy provocativa.

Ciertamente, la amaba muchísimo. La había conocido de un modo tan diferente a Kyara que le había costado darse cuenta. La límpida mirada de Jessica hablaba por sí misma. Si bien a veces resultaba muy pesada y no sabía contener la lengua, era sobre todo una persona muy tierna, y ahora que llevaba a su hijo en el vientre aún más. Desde que se había enterado de la noticia no dejaba de pensar en ello. Amaba a Jessica, pero también sentía la necesidad de hacer las cosas bien con Amaru; no quería que su hijo se sintiera desplazado en ningún momento. De todas formas, no sabía por qué se preocupaba tanto por esas cosas, cuando Amaru y Jess se llevaban estupendamente.

Kyara, una joven muy hermosa, de mirada penetrante, de la que se había enamorado con una sola sonrisa, no había sido más bonita que Jessy, ni tenía su clase ni su saber estar; eran totalmente diferentes. Kyara había querido controlarlo en todo momento; registraba sus alforjas cuando regresaba de alguna expedición y se acercaba corriendo cuando hablaba con alguna mujer, sin importar la edad que ésta tuviera. Ya no se sentía culpable por lo ocurrido. Él no había sido el que había tomado la decisión de quitarse la vida en vez de hablar.

Apartó aquellos pensamientos de su cabeza. Ahora era a Jessica a la que tenía ante sí; su piel de terciopelo, su largo cabello de seda, los rubores de sus pómulos elegantes. Era su esposa, la bandida que había capturado su corazón con sólo arrugar la nariz y elevar el mentón.

## Capítulo 24

Jessica se terminó de atar el cordón de la bata y mientras se ponía las zapatillas miró una vez más el cuerpo de Craven, que descansaba sobre el colchón ocupando el hueco que ella había dejado.

Estaba estirado de espaldas. La sábana le cubría desde los pies hasta la cintura, y todo su torso desnudo brillaba bajo los tenues rayos violetas del amanecer. Tenía un cuerpo soberbio, majestuoso. Los rasgos de su rostro, la manera de respirar con la boca entreabierta, todo ello parecía más suave cuando dormía, pero aun así Craven era un hombre cuya presencia imponía.

Cerró la puerta con sigilo. El dormitorio de Amaru estaba en el pasillo derecho, muy cerca del de Amina, y asomó la cabeza por la puerta entreabierta.

El niño, como si la hubiese oído, se sentó sobre el colchón con una perezosa sonrisa de bienvenida.

—¡Vamos, dormilón! —le dijo, entrando de lleno en la habitación—. No me digas que no tienes ganas de ver los regalos que Santa Claus te ha dejado...

Descorrió las cortinas de un par de estrechas ventanas y la habitación se iluminó de golpe. Las paredes estaban enteladas en un brillante tono de azúcar quemado, un color demasiado oscuro para un muchacho de la edad de Amaru; pero al parecer en aquel dormitorio se había alojado Craven siempre que había ido a visitar a su abuela. Jessica estaba segura de que, si ella no hubiera viajado a Cheyenne, podría haberse cruzado con Craven en cualquier calle de la ciudad en algún momento de su vida; claro que las cosas entonces

no habrían sido iguales.

En el mismo momento en que Craven se había marchado al hotel, Amaru se había apoderado de su dormitorio, y pensaba seguir allí hasta que se mudaran al nuevo rancho.

—¿Tú crees que ya los habrá dejado?

El niño se restregó los ojos.

—Todavía no he ido a mirar, pero yo diría que sí. ¿No oíste ruidos anoche? Porque yo sí.

—¿Los oíste, Jessy? ¿Por qué no me avisaste?

—Hacía frío —contestó ella, entregándole un batín de seda.

—¡Puede que fuera él!

—¿Por qué no lo averiguamos? —le preguntó, animándolo.

Los ojos de Amaru brillaron con alegría y no tardó ni un segundo en abandonar la habitación seguido por Jessica, que caminaba más despacio.

Fueron los primeros en llegar a la sala, donde alguien había atizado el fuego de la chimenea; seguramente la cocinera o alguno de los criados. El olor de bollos de pan recién hecho y chocolate volaba desde la cocina e impregnaba todos los rincones de la mansión Carrington.

El niño lanzó un grito de júbilo al ver los paquetes bajo el árbol y en seguida tomó asiento en el suelo buscando los suyos. Jessica se arrodilló junto a él. La postura no era del todo cómoda y la tripa le molestaba horrores; aun así, le ayudó a abrir los regalos con tanto entusiasmo que ambos disfrutaron de un momento muy agradable.

Poco a poco, los demás habitantes de la casa se fueron levantando al oír las risas que llenaban la sala donde lucía el hermoso abeto, y pronto se entregaron todos los regalos, acompañados de un chocolate bien caliente y pasteles templados.

Craven se había puesto los pantalones y un corto batín que dejaba una atractiva abertura en su amplio pecho. Allí de pie, con el cabello revuelto y los ojos aún adormilados, tenía un aire muy juvenil.

—¿Estás feliz, Amaru? —le preguntó a su hijo con la taza de porcelana en la mano.

La única que estaba a la mesa era Katherine, que observaba a su familia



con dicha. Sin duda, aquéllas eran las mejores Navidades que la anciana había pasado en mucho tiempo. Tenía a su familia al completo y la felicidad se reflejaba en su rostro como un libro abierto.

—¡Hay más de lo que imaginaba! —gritó Amaru, mostrándole algunas cosas.

Amina también se había arrodillado junto a Jessica y su sobrino, y exclamaba con ilusión cada vez que abría y admiraba sus regalos.

Jessica tendió la mano hacia Craven y él la ayudó a levantarse del suelo.

—Se me han quedado las piernas entumecidas —dijo, tratando de llegar hasta la silla apoyada en el brazo de su esposo.

Craven le rodeó la cintura para hacerle más fácil el camino.

—No deberías haberte sentado en el suelo —la amonestó con ternura.

—A veces, trato de pensar que no tengo este barrigón que me hace parecer una ballena. ¡Tengo tantas ganas de que salga ya!

Él le acarició el cabello desde atrás.

—Ya queda menos, Jess. —Se inclinó sobre ella y apoyó los labios en su coronilla—. Me hubiera gustado estar contigo desde el principio.

Ella cogió una de sus fuertes manos y, llevándosela a los labios, la besó.

—Te advierto que tampoco podrías haber hecho mucho.

—Con estar a tu lado hubiera sido suficiente.

Era muy temprano aún, y Jessica se sorprendió cuando Miles y Ariadna, como buenos madrugadores, entraron en la sala con los brazos llenos de paquetes.

—¿Todavía con la ropa de dormir? —preguntó Miles sentándose a la mesa del desayuno.

—Estábamos deseando ver los regalos —contestó Jessica.

Ariadna había ido directamente hacia Amaru y le instaba a que abriera sus paquetes con rapidez. El niño gritó cuando destapó el más grande.

—¡Es un tren! —exclamó, nervioso, deseando montarlo. Parecía un colibrí moviéndose de un lado a otro.

Craven dejó la taza y tomó asiento en el suelo, justo donde minutos antes había estado Jessica. La joven los observó mientras trataban de montar las piezas. A veces Craven era un cabezón y no admitía las ideas de nadie. Por

fin, poco antes de comer, el tren estaba montado sobre una larga mesa.

La tarde se vio ligeramente empañada con la llegada de Lara, que venía acompañada de Carlo Rider. Jessica no supo por qué, pero no le gustó mucho la pareja que hacían. Fue como si un sexto sentido la advirtiera de que algo extraño estaba pasando. Porque la forma en que Carlo trataba a su amiga no tenía tanta pasión como la que había utilizado con ella. Con Lara era demasiado cortés y al mismo tiempo muy frío..., casi cínico. Jessica no logró comprender del todo esos pensamientos tan repentinos, pero comenzó a pensar que Craven debía conocer al hombre para haber afirmado que era un dandi que buscaba la fortuna de las mujeres. ¿Y si no habían sido los celos los que le habían hecho hablar de aquella forma, sino que había dicho la verdad?

—Cambia la cara, Craven —le advirtió Jessica, dándole un pequeño codazo para que saludara a Carlo—. El hombre está aquí por Lara, no por mí.

—Lo sé —gruñó él, reacio a saludarle—. Como no ha conseguido nada contigo, está cambiando de táctica.

—¡Qué desconfiado eres! —murmuró Jessica, y le tendió la mano a Carlo cuando éste se acercó—. ¡Cuánto me alegro de que haya pasado a visitarnos! —le dijo.

—Me ha convencido la señorita Hamilton —respondió él con timidez.

—¡Es cierto! —corroboró la joven—. Carlo no quería venir, pero creo que es un día para que nadie esté solo. Además, le he contado que ese Sears está por aquí. —Lara se encogió de hombros con un mohín—. Como él es uno de los pocos que lo conocen, si lo ve puede avisar fácilmente a las autoridades.

—O detenerle —sugirió Craven, mirando a Carlo.

—Me temo que me pase como a usted, Alce Gris. No tengo ninguna jurisdicción en este estado —replicó Carlo—. Pero les prometo que estaré muy atento por si ese desalmado se cruza en mi camino.

—Eso espero —respondió Craven con frialdad.

Faltaban pocos días para la inauguración oficial del rancho Las Columnas, nombre que le había puesto Amaru al descubrir la enorme cantidad de pilares

que sustentaban la casa.

Habían trabajado con rapidez en la remodelación de la estructura y ya tenían instalado todo el mobiliario y la tapicería. Ricas alfombras cubrían los suelos del segundo piso hasta el comienzo de las escaleras y había largas cortinas en todas las ventanas.

El elegante rancho se elevaba en una suave cima que dominaba extensas praderas. Todas las tierras que quedaban a la vista, desde que se atravesaba el ancho portón de entrada hasta al río, pertenecían a Las Columnas; más allá, cambiaba el estado.

Habían decidido que las cuadras, los corrales, los pozos y los abrevaderos se instalaran contiguos a la casa para que Craven pudiera estar cerca en caso de que le necesitaran con urgencia. Jessica estaba encantada; de ese modo, podría ver a su marido siempre que lo necesitara sin tener que desplazarse a caballo ni utilizar la nueva carreta de robusta estructura que Craven había diseñado.

El vestíbulo de la entrada principal era enorme y tenía capacidad para muchas personas. Jessica, con la asistencia de Amina, que se había ofrecido a ayudarla desde el principio, había transformado el espacio: allí recibirían las visitas, Craven se reuniría con sus hombres, sus invitados podrían bailar... Finalmente, la sala se había convertido en una de las más importantes del rancho. Cada día se iban acoplando cosas nuevas: bancos alargados con cubiertas en telas brillantes de tonos azulados, pequeñas mesas situadas contra las paredes para poder dejar las bebidas, flores artificiales en cada rincón, visillos en las ventanas que dejaban pasar la luz del día... Cerca de las puertas dobles que daban al porche, varias escupideras colocadas en fila en la pared exterior dejaban muy claro que Jessica no iba a tolerar otra cosa en su casa.

Hubiera deseado poder terminar más deprisa con los últimos detalles, pero su cuerpo no respondía con la agilidad que ella le pedía. Faltaba muy poco para que naciera su bebé; días, semanas..., no podía saberlo con certeza.

Asustada, notaba ligeras contracciones que solían desaparecer cuando descansaba en algún sitio. Según la partera que habían traído de Nueva York, era muy normal tener esos síntomas.

Craven le había sugerido hacer la fiesta de inauguración después de que hubiese nacido el bebé, pero ella, cabezona como de costumbre, no quería esperar más tiempo a que sus amigos conocieran su nueva casa.

Con respecto a la decoración, Craven casi no había opinado nada. Confiaba plenamente en Jessica para los asuntos domésticos. Además, había contratado a tantos sirvientes que dejó que ellos la soportaran.

El genio de Jessica estaba últimamente a flor de piel. Se la veía nerviosa. Mandaba una y otra vez que cambiaran las cosas de sitio hasta que veía que encajaban correctamente, como ella quería.

Pilar, su fiel doncella, era quien siempre acababa tranquilizándola. De no haber sido por ella, Jessica se habría desesperado en más de una ocasión desde el mismo momento en que se mudaron.

Inicialmente, la casa no estaba tan mal, pero con las nuevas mejoras, el rancho Las Columnas era el lugar que todos querían visitar; por eso, y porque Craven había adoptado de nuevo su antigua vestimenta: túnica de flecos, pantalones ajustados y botas de piel altas. Muchos querían comprobar por sí mismos cómo era el sioux que había capturado el corazón de Jessica.

Cuando Craven tenía que trabajar cerca de los límites de la finca, ella solía sentirse ligeramente agitada. Sabía que era una tontería, porque a una sola palabra suya cualquier hombre correría a avisar a Craven; sin embargo, lo que menos deseaba era molestar o interrumpir innecesariamente cualquier cosa importante.

Pero el inminente nacimiento, la amenaza de Sears...

William Saxon se había quedado en la ciudad, atento a lo que pudiera pasar. La fuerte sospecha de que Sears sabía que le habían descubierto les prevenía sobre la posibilidad de que no trabajara solo. De momento, pensaban que había vuelto a salir de la ciudad.

Por su parte, Craven no se apartaba mucho de la casa porque en cualquier momento ella podía ponerse de parto y él quería estar allí cuando eso sucediera. Ariadna y Katherine viajarían juntas y serían las únicas invitadas que no regresarían con los demás a la ciudad. Las damas habían prometido quedarse un par de semanas para ayudar a la joven con el bebé.

Esa noche era tarde cuando por fin Jessica y Craven se retiraron a su

dormitorio. Esperaban que una vez que pasara la fiesta de inauguración las cosas se calmaran. Craven había hablado con algunos ganaderos que estaban bastante interesados en la cría, y ese día había negociado la compra de varios animales. Todo parecía ir viento en popa.

Jessica cayó rendida en la cama y agradeció profundamente las manos de Craven, que masajearon sus hombros. Durante los primeros días, siempre que él comenzaba a tocarla terminaban haciendo el amor. Craven se excitaba con sólo verla desnuda, y ahora tenía que hacer un esfuerzo sobrehumano para no poseerla, porque la mujer que la ayudaría durante el alumbramiento les había advertido que no mantuviesen relaciones sexuales en esos días. Él jamás pondría en riesgo la seguridad de Jessica ni la de su hijo sólo para calmar el deseo que le despertaba su mujer.

Envueltos por las sombras de la noche, se acurrucaban, relajados, y solían conversar sobre lo acontecido durante el día. Jessica era la primera en abrazar a Morfeo. Craven se quedaba absorto mirando embelesado su bello rostro de facciones delicadas bajo el reflejo de las llamas del hogar, acariciando los largos cabellos cobrizos que cubrían su parte de la almohada, escuchando la suave respiración, inhalando el perfume de su piel sedosa..., hasta que él mismo se dormía.

## Capítulo 25

Jessica cruzó el pasillo, atravesó la cocina con prisa y, antes de llegar a su destino, Amina le salió al paso y la arrastró hasta el dormitorio que tenía asignado.

—Me gustaría hablar con usted, señora Jessica.

—Amina, somos de la familia. Deja a un lado los formalismos conmigo —afirmó, y no era la primera vez que se lo decía—. ¿Has visto a Craven? —le preguntó, aprovechando el encuentro.

—Puede que esté en la galería. ¿Ha mirado allí?

—Iba en este momento.

Hizo el amago de salir, pero la joven lakota volvió a retenerla.

—Necesito hablar con usted, señora Jessica. Es importante para mí.

Vio la preocupación en los ojos de su cuñada, pero ¿no podía esperar? Ella sí que andaba apurada. Lara acababa de llegar con Carlo Rider. A Craven no le iba a gustar nada, y menos cuando Jessica había evitado enviarle una invitación porque supuestamente Carlo debía estar viajando a Wyoming. No quería ni imaginar lo que podía cruzar por la cabeza de su esposo cuando no sólo tuviera que soportar la compañía de ese hombre, sino que encima debiera alojarlo en su casa.

Jessica quería hablar con él antes de que se encontraran cara a cara.

—Por favor —le rogó Amina—. Sé que usted es amiga de Darius.

—Le conozco bastante bien, sí. ¿Pasa algo? —le preguntó con interés.

Cuanto más pronto hablara Amina, antes encontraría ella a Craven y podría zanjar el tema que le atacaba los nervios.

—No lo sé. El señor Darius prometió que vendría a la fiesta, pero no he visto que acompañe a la señorita Lara.

—Es porque ha venido el señor Rider con ella. Es por eso por lo que necesito encontrar a tu hermano. Darius se habrá tomado algunos días libres.

—No —negó Amina, convencida—. Lo último que supe de él hace dos días es que se dirigía hacia aquí.

Jessica frunció el ceño, pensativa. No sabía qué podía haber sucedido, lo que sí le quedó bastante claro es que entre su cuñada y el mayordomo existía algo especial.

—Puede que venga más tarde —respondió, y la lógica hizo que le restara importancia a la preocupación de Amina.

La joven lakota dejó de insistir, aunque no pareció quedar muy convencida.

Jessica prosiguió su camino hacia la galería.

Le vio en cuanto cruzó las primeras columnas que abrían un pequeño paso. El vestíbulo tenía dos niveles; Jessica se encontraba en el superior, desde donde se observaba perfectamente el nivel inferior entre una fila horizontal de pilares.

Abajo, Craven conversaba con varios hombres.

Jessica se levantó las faldas con una mano y con la otra se sujetó a la balaustrada.

—¡Señora Logan! —la llamó la cocinera.

La pobre mujer la estaba buscando y llevaba varias verduras en las manos. A Craven le gustaba cómo cocinaba; a Jessica, no mucho. La comida mexicana era demasiado picante.

—¡Se ha acabado el pimentón!

—¡Apúntelo en la lista, Manuela! —contestó un tanto enojada.

Se sentía molesta cuando los sirvientes la interrumpían con esas tonterías. Comprendía que en ese momento todos querían caerle en gracia y demostrar su valía, pero ella los había contratado porque quería tenerlo todo hecho sin haberse de preocupar por cosas tan simples como que faltaba pimentón.

—Son bastantes cosas las que se necesitan, señora —insistió la mujer.

—En cuanto pueda, iré a la cocina.

«O enviaré a Pilar», pensó.

Se volvió para continuar bajando por las escaleras, pero Craven ya no estaba a la vista. Maldijo entre dientes.

Llegó hasta la entreplanta y creyó oír el exótico acento de su esposo; esa vez venía de arriba. Craven debía haber subido por la otra escalera y uno de los pilares lo ocultaba parcialmente.

—¡Señora Logan!

La mujer que había contratado como ama de llaves se acercaba a ella con paso ligero. Jessica la miró; no podía escapar. Se acordó entonces de que Craven se había hartado de reír al enterarse de que su rancho tenía ama de llaves.

—¡Ahora no! Necesito hablar con mi esposo.

—Señora, tengo que saber qué dormitorio preparo para el huésped.

El huésped era Carlo Rider. Jessica resopló con impaciencia.

—No lo sé aún —respondió por encima de su hombro.

Craven había comenzado a rodear la galería con la intención de salir por donde Jessica había entrado.

—¡Craven! —le llamó, alzando un poco la voz.

Él pareció buscarla con la mirada.

—¡Craven! —repitió con más fuerza, subiendo de nuevo las escaleras.

Entonces, él asomó por detrás de una columna y caminó hacia ella con paso firme.

—Craven, te estaba buscando —le dijo entre suaves jadeos.

—Me coges de milagro. Estaba a punto de salir, dulzura.

—Tengo que contarte algo. —Le miró fijamente—. Pero no te enfades, ¿vale?

Craven no contestó y esperó a que Jessica hablara. No le gustó nada la autoinvitación de Rider y se enfureció hasta tal punto que le dijo al ama de llaves que le prepararan la habitación en los establos.

Por supuesto, Jessica se negó. No podía hacer eso con ningún invitado. Además, Carlo no le había demostrado en ningún momento que fuera una mala persona.



Poco después de comer, oscuras nubes cubrieron el cielo con un tono gris plateado. Las primeras gotas de lluvia llegaron en forma de imperceptibles alfileres e impidieron cualquier movimiento fuera de la casa; a todos, salvo a Craven, que se había puesto un largo impermeable negro y entraba y salía constantemente de la galería. Amaru le seguía a ratos, dependiendo de dónde encontrara más diversión.

Si Craven tuvo algún momento para saludar a Carlo lo descartó deliberadamente y evitó cualquier encuentro fortuito. Ni siquiera se presentó a comer, alegando que tenía mucho trabajo. Por una parte, Jessica prefirió eso a que pusiera al hombre de patitas en la calle, pero por otra prefería mil veces la compañía de Craven y sus conversaciones a las tontas bromas de Carlo.

En aquel momento sólo Jessica y Lara ocupaban la pequeña sala, donde tomaban té con tostadas. Las ventanas empañadas devolvían una imagen serena de las praderas. Finas gotas de lluvia repiqueteaban suavemente en los tablones del porche y el olor a humedad se mezclaba con el aroma de los troncos que crepitaban en el hogar.

—Jessy, sé que a tu esposo le desagrada la presencia de Carlo, y lo lamento mucho —se disculpó Lara en cuanto tuvieron un poco de intimidad—. No he podido evitarlo. Ha llegado a casa esta mañana temprano y se ha ofrecido a acompañarme al saber que Darius no podría venir.

—Lo entiendo, Lara. No sé por qué existe esa enemistad entre ellos, y tampoco por qué Rider, si sabe que mi esposo le rehúye, se ha atrevido a venir. Yo sé qué piensa de los... indios —le dijo bajando la voz; no quería que nadie la oyera—. ¿No te ha dicho por qué aún no ha regresado al fuerte?

—En realidad, pienso que ha venido por ti.

—¿Por mí? ¿Por qué?

Esa situación la ponía nerviosa.

—Porque aún sigues gustándole.

—Pues espero que se marche pronto. —Jessica estaba sentada en una cómoda mecedora junto a la chimenea—. ¿Y Darius? Amina me ha dicho que estaba preocupada por él.

Lara se encogió de hombros.

—Tenía unos asuntos personales que atender; al menos, eso fue lo que me dijo. ¿Por qué a Amina le interesa tanto? —preguntó Lara con ojos brillantes—. ¿Crees que se gustan?

Jessica asintió con la cabeza. Había estirado los pies hacia adelante y se frotaba los muslos sobre la ancha falda con ambas manos.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Lara, observándola.

—Estoy muy incómoda. Tengo la sensación de que debía haber hecho caso a Craven y haber aplazado la fiesta. —Torció los labios con un gesto intranquilo—. ¿Has visto ya el dormitorio de mi bebé?

—Sí. Ha sido lo primero que me has enseñado —contestó Lara sonriendo, y se inclinó para tomar a Jessica de la mano—. ¿Sientes miedo?

—Un poco —contestó su amiga con una sonrisa trémula—. Estoy convencida de que todo saldrá bien. Además, Amina ha ayudado ya en varios partos en la reserva, y Pilar también estará en todo momento con la matrona. —Se mordió el labio inferior con temor—. ¡Es mentira, Lara! ¡Estoy aterrada! ¿Y si no sobrevivo?

—¡No digas eso, Jessy! ¡Tú eres muy fuerte y no serás ni la primera mujer ni la última que tenga un hijo!

—Lo sé —admitió Jessica—. Es sólo un extraño presentimiento.

—¡Olvídate de eso! —Lara intentó animarla cambiando de tema—. ¿Tus padres vienen pronto?

—Mañana o pasado. ¡No te lo vas a creer, pero estoy deseando que Ariadna llegue!

—Me alegro mucho de que por fin esté todo solucionado entre vosotras. Al final, no parece mala mujer, ¿verdad?

Jessica soltó una carcajada al mismo tiempo que alzaba las cejas. Era cierto que se sentía feliz de haber descubierto la verdadera personalidad de Ariadna. Siempre seguiría siendo un poco arpía, pero ya no tanto como creía antes.

—¡Pobrecilla! ¡Cuánto la hice rabiar todo este tiempo!

—No fue sólo culpa tuya —le recordó Lara—. Creo que a ambas os gustaba lanzaros puntadas.

—Hablando de eso, ¿sabes que vendrá doña Petunia a la fiesta?

—¡Oh, no! —exclamó Lara, divertida—. Ya nos podemos poner perfumes.

Carlo Rider entró en la sala al oír las risas. Se acababa de despertar de una larga siesta y tenía los ojos ligeramente hinchados. Saludó a las damas, que le dieron la bienvenida ofreciéndole té.

—No llueve mucho —dijo él después de charlar un poco con ellas—. Podríamos salir a pasear en el vehículo. He oído decir que cerca de aquí hay unas ruinas impresionantes.

—¿Es cierto? —preguntó Lara a Jessica, pero ésta se encogió de hombros.

—No tengo ni idea. Como hemos estado tan ocupados y el tiempo ha sido tan malo, apenas si he salido desde que llegué.

Era raro que nadie hubiese comentado nada sobre esas ruinas porque había oído a Craven decir que faltaban piedras para el vallado. Tal vez él tampoco supiera de su existencia, o quizá esa clase de piedras no sirvieran para tal fin.

—Si no están lejos, a mí me apetecería ir —se entusiasmó Lara.

Jessica no sentía deseo alguno de salir de la casa, pero la expresión suplicante de su amiga, como la de un perrito que pide algo de comer, la engatusó.

—¿Por qué ha hecho eso, Carlo?

Jessica, al borde del llanto, se apretó contra la pared del vehículo, sosteniendo el peso de su amiga. Carlo había golpeado a Lara, y ésta había caído sin sentido sobre sus piernas.

—En realidad, con la gorda hubiese tenido suficiente —contestó él con voz fría.

Ella apretó más a Lara contra sí.

—¿Quiere dinero? Craven...

—¡No quiero volver a oír hablar de Alce Gris! —gritó Carlo, asustándola.

—¿No nos lleva a ningunas ruinas, verdad? —preguntó Jessica, temiendo oír la verdad, y él hizo un gesto como si no supiera a lo que se refería—. ¡Saldrán a buscarnos!

—No lo dudo. —Carlo sonreía con tranquilidad, y sus ojos viajaban una y otra vez a la ventana—. ¿Por qué no cierra su puta boquita un rato?

Con ojos lascivos, miró sus senos con descaro, y soltó una carcajada cuando Jessica cruzó una mano sobre el pecho.

—Antes de despedirnos nos vamos a divertir mucho.

—¡Cerdo!

¿Cómo podía haber sido tan estúpida al confiar en él? Pues no pensaba darle la satisfacción de verla sumisa. Con malicia, comenzó a pellizcar el brazo de Lara; necesitaba que estuviese despierta por si tenían la oportunidad de huir. Carlo era uno, y ellas, dos, si Lara despertaba...

—¿Qué es lo que quiere, Carlo? —insistió la joven, fingiéndose valiente. El corazón le latía desacompasado—. Seguro que podemos llegar a solucionarlo.

—Siempre me ha gustado cómo habla, Jessica, tan... —dijo él, y se estiró con recochineo agitando la cabeza como si fuera una mujer— sabionda. Usted en el colegio debió ser la típica niña empollona, ¿verdad? ¿A que todos los niños la odiaban?

Jessica frunció el ceño.

—Todos me querían. Si cree que voy a deprimirme por sus palabras es que no me conoce muy bien.

—¡Oh, sí la conozco!, ya lo creo. Dígame, Jessica, ¿me van a devolver el oro?

La joven abrió los ojos con sorpresa. Movi6 los labios, pero las palabras no salieron de su boca. ¿El oro?

—¡Exacto! Veo que después de todo la damisela no es tan tonta como parece y comienza a comprender.

—¡Está confundido! ¡No entiendo nada!

Deseaba que se lo explicara porque Carlo Rider la había descolocado. ¿Él, buscando el oro de Delaware? ¿Por qué?

Lara se incorporó despacio, y Jessica la ayudó.

—Mi... hermano era... el dueño —musitó Lara, frotándose la sien.

—Se cavó su propia tumba. Si vuelve a intentar algo contra mí —le advirtió, apuntando el arma hacia ella—, la mato.

Cuando Rider había sacado el arma para amenazarlas, Lara había forcejeado con él en un intento por desarmarlo; de ahí que hubiera recibido el golpe. Ninguna de las dos había esperado aquel súbito cambio en la actitud de Carlo.

Jessica se aferró con fuerza al brazo de Lara. Su hijo había comenzado a presionar y unas terribles contracciones la dejaron sin aliento.

Carlo maldijo su mala suerte al verle la cara. Llevaba a Jessica con el único propósito de tomarla, de vengarse de ella, pero no había contado con que pudiera dar a luz en cualquier momento.

—¿Está fingiendo, verdad? —le preguntó Carlo, agarrando varios mechones de su cabello.

—¡No!

Jessica se abrazó el abdomen. La piel de su rostro, normalmente satinada, había perdido el color y se la veía demacrada.

—Por favor, déjeme regresar a casa. Mi hijo va a nacer —imploró con un susurro jadeante.

Carlo la miró fijamente durante unos segundos y luego se dirigió burlonamente a Lara:

—Yo maté a su hermanito, pero el cabrón no tenía encima lo que yo estaba buscando.

Lara ahogó una exclamación. Jessica le oía como si su voz viniera de muy lejos.

—Le daré el doble si me lleva a casa —medio gritó Jessica, luchando contra los dolores.

—Por supuesto que me lo darán, aunque debo advertirles que Sears está muy furioso.

Con los vaivenes del coche, los aguijonazos de dolor que atravesaban el vientre de Jessica eran mucho más insoportables. La joven se cogió a uno de los tiradores de la puerta y, con los dientes apretados, aguantó hasta que el carruaje se detuvo.

La noche envolvía los edificios de la ciudad con espesas sombras, y la estructura del orfanato se alzaba, oscura y peligrosa, contra el negro satén repleto de brillantes.

## Capítulo 26

El hombre mordió las cuerdas que sujetaban sus muñecas con desesperación. Los dientes chirriaron ásperamente contra la soga, pero no logró aflojarla. Se agitó con violencia. Darius no sabía dónde se encontraba, pero era consciente de que tenía que salir de allí lo más rápidamente posible para advertir a Alce Gris. Carlo Rider los había engañado a todos.

La habitación donde le habían encerrado era un pequeño y sucio cuarto de alguna de las posadas de los suburbios de la ciudad. A través de la estrecha ventana sólo veía el muro de ladrillos de un edificio cercano, y calculó que debía estar en una planta alta. Cuando le llevaron allí estaba inconsciente por el fuerte golpe que le habían propinado en la cabeza, pero al despertar había descubierto, horrorizado, que el oficial planeaba el secuestro de la señorita Hamilton. No tuvo que adivinar que el hombre que le acompañaba era el famoso bandido Anthony Sears. De no haber estado tan enfrascado en su incipiente relación con Amina, habría advertido antes las extrañas intenciones de Carlo Rider.

El tiempo fue pasando con lentitud mientras Darius iba agotando las pocas fuerzas que aún le sostenían en pie. Hacía horas que no oía a nadie en la sala contigua, aunque desde la planta inferior le llegaban algunas voces ahogadas.

Por eso, cuando la puerta se abrió de un solo golpe y los goznes saltaron de la madera, se sobresaltó. La luz inundó de repente el cuchitril, y Darius tuvo que entrecerrar los ojos. Frunció el ceño. Conocía a William Saxon y la reputación que le precedía.

El caballero venía acompañado de varios hombres de dudoso prestigio que pronto comenzaron a desatarlo.

Darius estaba dispuesto a luchar por salir de allí.

El jinete espoleó los flancos del caballo para que ganara velocidad. La tierra húmeda había permitido que las ruedas del vehículo dejaran profundos surcos en el camino, por lo que fue fácil adivinar que regresaban a la ciudad.

Craven sentía furia y temor a partes iguales. Enfundado en el impermeable y con el rostro más bien bajo para evitar la lluvia en los ojos, imaginaba mil formas diferentes de matar a Rider por haberse atrevido a sacar a su mujer de casa, y también, por haberle hecho viajar a él con tanta ansiedad.

De vez en cuando debía pararse para comprobar que las huellas fueran recientes; no le llevaban mucha distancia y eran totalmente inconfundibles. Fue una suerte que Pilar le avisara de la pequeña excursión. No había ninguna clase de ruinas por la zona, y eso había sido lo que le había hecho sospechar.

—¿Por qué coño las has traído a las dos? —bramó Anthony.

Jessica le vio al final de unas anchas escaleras casi bañadas totalmente por un charco de sombra. Desde lo alto, el forajido los fulminaba con la mirada.

Jessica apenas podía ponerse recta, y Lara la sujetaba por la cintura con fuerza.

Rider les había hecho atravesar el vestíbulo hasta llegar a una sala en penumbra, tan sólo iluminada por un par de lámparas de aceite. Hacía frío. El aire penetraba por las ventanas aún sin cristales y aullaba contra los muros desnudos.

—¡Cállate! —rugió Rider, desenrollando una soga delgada y echando furtivas miradas a Jessica, que gemía de dolor—. ¡Ésta está de parto!

—¡Mierda! —oyeron que decía el hombre desde arriba.

Un atronador disparo resonó en el edificio y produjo un eco

ensordecedor.

—¡Te han seguido! —gritó el sujeto, moviéndose de ventana en ventana por el corredor superior.

—He tenido cuidado —respondió Rider, olvidándose de las cuerdas para preparar su arma.

Por arriba llegaban sonidos de carreras y pasos rápidos.

—¡Es el indio!

Sears volvió a disparar. Con cada tiro, el corazón de Jessica se encogía más y más. ¿Era posible que Craven hubiese llegado tan deprisa?

—¡Le he dado! —gritó Sears, bajando las escaleras de dos en dos hasta llegar a donde estaban ellos—. ¡Rider, sal ahí fuera y compruébalo!

Haciéndose cargo de las cuerdas sin ningún miramiento, Sears apartó a Lara de Jessica, cuyo grito desgarrador vibró intensamente en el interior. «¡Craven no puede estar herido!», pensó, sacudida por poderosas contracciones que la hicieron caer de rodillas ante la mirada ausente de Rider. Mientras, Lara forcejeaba por desasirse de las cuerdas que Sears trataba de enrollar en sus muñecas.

—¡No os vais a salir con la vuestra! —gritaba la joven, lanzándoles insultos.

—¡He dicho que vayas a mirar si he alcanzado al indio! —repitió Sears, furioso, que súbitamente se volvió hacia Jessica y la agarró por el cuello.

—No me quisiste hacer caso en Cheyenne —le dijo entre dientes, y la soltó de golpe, tirándola sobre el piso—. Debí acabar contigo entonces, zorra estúpida. ¡Con lo fácil que habría sido todo si hubieses devuelto el maldito oro! ¡Pero no! ¿A ti no te gustan las cosas fáciles, verdad?

Jessica se retorció. Algo en su interior explotó como un globo de agua y sintió cómo la humedad bajaba hasta sus muslos y empapaba el grueso vestido. Gritó, aterrada. Podía sentir la cabeza del bebé luchando por salir.

—¡Ayuda, por favor! —sollozó.

El suelo estaba duro, helado. Su abdomen se tensaba como si fuera a romperse y unas garras invisibles se adherían a sus riñones de forma violenta.

—¡Me voy a morir!

Luchó por no perder la conciencia. Sabía que si se desmayaba la vida de



su hijo se extinguiría como una llama.

—¡Craven! ¡Craven! —le llamó.

Lara tenía las manos entrelazadas, pero eso no le impidió arrodillarse junto a Jessica. Ambas lloraban, desesperadas.

—Todo va a salir bien —gimoteó Lara a su lado.

—¡Me duele mucho!

Sears volvió a subir a las ventanas del piso superior, y Rider, en vez de salir a comprobar cómo estaba Alce Gris, apagó las lámparas. El lugar quedó en penumbra, pero la luz de la luna, que entraba a raudales, permitía ver más que de sobra.

Se volvieron a oír disparos. Esa vez no sólo eran de Sears. Desde fuera llegaban voces y gritos.

—¡Prepara la dinamita! Si atraviesan la puerta, vuélalo todo por los aires —ordenó Sears.

—¡Te has vuelto loco! —musitó Rider—. No la haré estallar conmigo dentro.

Sears se inclinó sobre la balastrada agitando su revólver.

—¡Eres imbécil! ¿Por qué no has traído sólo a la hermana de Hamilton? Ya hubieras tenido tiempo de revolcarte con la otra, ¡joder! —dijo Sears, y se agachó cuando una bala pasó silbando junto a su oído; después regresó al hueco de la ventana.

En el exterior, Craven había comenzado a deslizarse hacia la puerta. Le habían alcanzado en un hombro y sangraba. Desde su posición, podía ver la silueta de un hombre moviéndose con velocidad por la primera planta, pero era un punto móvil que esquivaba las balas. En lo más alto, faltaban trozos de techo y el viento rugía ferozmente entre las vigas de acero.

—¡Disparad a las ventanas! —gritó William Saxon, escondido tras unos contenedores de metal.

Los hombres de Saxon se estaban desplegando por los alrededores del orfanato.

Craven volvió a revisar que su arma estuviera bien cargada y se deshizo del impermeable. Cuando todo aquello acabara, tendría que agradecerle a William su rápida intervención. Eso, si acababa bien, y debía confiar en ello

porque no iba a permitir que nadie lo separara de su esposa ni le hiciese daño.

—Intenté advertirle cuando me cogieron. —Darius también comprobó su arma—. Lo tenían planeado desde un principio; siempre me dio mala espina ese Carlo.

Craven asintió. Entonces se oyó un grito conmovedor que restalló por encima de los demás, y el lakota levantó la cabeza como un animal al acecho.

—Jess —murmuró, lanzándose de lleno a la entrada principal en medio de un cruce de balas.

—¡Le cubro! —gritó Darius, apuntando ciegamente hacia los huecos superiores.

La galería estaba vacía; desde fuera llegaban los ruidos estridentes de las armas de fuego. Craven volvió a oír los lamentos de Jessica y corrió hacia la zona de donde provenían. Su silueta se recortó durante unos segundos en la puerta y, con gran agilidad, penetró en las sombras, siempre vigilante. Bajo un claro de luz, vio a Jessica tirada en el suelo, gritando y retorciéndose, y su propio corazón golpeó con fuerza.

Sigilosamente, se fue acercando a ella con el corazón en un puño. Jessica estaba sufriendo lo indecible, y él no podía hacer nada para apaciguarla. Absorto en la escena que se mostraba ante sus ojos, no vio que Rider se ocultaba contra la pared. Afuera los disparos continuaban.

—¡Suelta el arma, Alce Gris! —gritó el teniente, accionando el percutor.

Craven obedeció y salió al claro de luz. Observó a Rider por unos segundos; luego, su atención pasó a Jessica. Lara le masajeaba el vientre con fuerza, tratando de aliviarla.

—¡Suéltalas! ¡No vais a salir vivos de aquí!

Un disparo proveniente de la parte alta impactó de nuevo en Craven. Esa vez había sido más cerca del pecho y la herida ardía.

—¡Acaba con él! —gritó Sears—, o él acabará con nosotros.

—No vais a poder escapar —susurró Craven, caminando con lentitud hacia su esposa.

Rider, pasmado por la fortaleza del indio, levantó el brazo y le apuntó el arma a la cabeza.

Jessica gritó.

De pronto, al teniente se le cayó el revólver de la mano. Una daga de mango nacarado había penetrado en su cuello y se le había quedado clavada grotescamente. La velocidad con que Craven le había lanzado el cuchillo había sido como un relámpago en la oscuridad. La hoja había brillado durante breves milésimas de segundo antes de desgarrar la carne blanda.

Craven no se detuvo a mirarle cuando cayó al suelo vomitando sangre, sino que se lanzó al piso rodando sobre su cuerpo con el afán de recuperar el revólver que había soltado Rider.

Anthony Sears disparaba a ciegas; unas veces hacia el interior del edificio y otras a los hombres que parecían haberse multiplicado en el exterior.

—¡Estás jodido, Sears! —masculló Craven, tratando inútilmente de verlo.

—¡Si no me dejas salir de aquí le disparo a ella! —bramó Sears, y la bala golpeó muy cerca de los pies de Jessica y levantó una pequeña nube de polvo.

Craven se mordió el labio, pensativo. Debía conseguir que Sears centrara su atención en él. Entonces, advirtió la entrada de varios hombres a su espalda; antes de que pudiera avisarlos, el primero se desplomó con una bala certera en la cabeza.

Sucedió todo tan repentinamente que sólo tuvo tiempo de correr y arrojar sobre las mujeres para ofrecerse como escudo. La sala retumbó con múltiples fogonazos que brillaron con intensidad, y al final, el cuerpo de Sears se desmoronó por encima de la baranda y golpeó secamente en el piso con un último alarido.

## Capítulo 27

—Jess.

Craven sostuvo los hombros de su esposa, que apenas podía mantener los ojos abiertos. Ella se retorció entre jadeos, llorando desesperada.

—Estoy aquí, dulzura —susurró, y le acarició las mejillas retirando el cabello que se adhería a la brillante película de su piel.

—¡Me voy a morir! —le dijo aterrada, agarrándose a su mano con fuerza.

—¡No, Jess!, ¡no vas a morir! —Craven la miraba con los ojos humedecidos, reteniendo las lágrimas—. ¡Vamos a salir de aquí, Jess!

Le cogió la cabeza y la apretó contra su pecho. Ni siquiera se dio cuenta de que su sangre manchaba los sedosos cabellos de su esposa; tan sólo sabía que vivir sin ella no entraba en sus planes. Jessica era como una pequeña tabla meciéndose a la deriva en el inmenso océano, como una sirena en la tierra. Aspiró su aroma. Jessica era una flor en el Salvaje Oeste.

—¡Le está haciendo daño, señor Logan!

Nada más oír a Lara, soltó a Jessica y la miró con ojos implorantes:

—Ayúdela, por favor.

Saxon le puso las manos en los hombros, tratando de levantarlo, pero Craven se negó a salir.

—Han ido a buscar al doctor.

—¡Darius! —exclamó Lara, atónita al verle allí.

—Señorita Hamilton —la saludó él con elegancia—, es mejor que no movamos a la señora de aquí.

El hombre se quitó el abrigo y la chaqueta, se arremangó la camisa y

comenzó a darle instrucciones a Craven sobre cómo podía situarse.

—Sosténgala por detrás, Alce Gris.

Craven se sentó con la espalda contra una gruesa viga de hierro y las piernas abiertas. Jessica, acostada entre ellas, apoyaba la cabeza en su pecho, sintiendo como entre brumas las manos de él, que se enredaban en su cabello, confortándola.

Los sollozos de Jessica y los gritos que brotaban de la garganta femenina seguidos por jadeos cuando empujaba para sacar a su hijo fueron lo único que mantuvo intacta la cordura de Craven, que se debilitaba por momentos a consecuencia de sus propias heridas. El primer disparo le había alcanzado en la base del hombro y le había desgarrando la carne; el segundo había sido más preciso al penetrar por el costado derecho, aunque realmente no podía estar seguro de su alcance.

—¿Sabe usted lo que hace? —preguntó Lara a Darius al verle tan decidido.

—No sé qué estoy haciendo, no, pero debemos sacarle el bebé, o morirá desangrada.

—Mucha de esta sangre es del señor Logan. —Lara empujó las rodillas de Jessica, doblándoselas hacia arriba—. Jessy, cógete las piernas con las manos.

—¿Puedo hacer yo algo? —preguntó William, intranquilo.

Sus hombres se habían cerciorado de que no había nadie más y se mantenían todos alejados de esa sala.

Lara miró a William, sorprendida; hasta entonces no se había percatado de su presencia. ¿Cómo era posible que el hombre más guapo, maravilloso y libertino de la ciudad estuviera allí en ese momento? Si ya estaba nerviosa por la salud de Jessica y por todo lo que había ocurrido, ahora sus mejillas ardieron y sus manos temblaron incontroladamente.

—Busque algo con que cubrirla.

Saxon echó un solo vistazo a su alrededor y, como un autómatas, se despojó de la chaqueta y se la lanzó.

—¿Esto sirve, o busco algo más?

—Servirá —farfulló Lara. Deseaba que ese hombre se marchara a hacer

otras cosas, pero William siguió allí parado—. Ilumine la sala.

La parturienta apretaba con fuerza y, cuando el dolor cedía por unos segundos, aprovechaba para tomar aliento entre rápidos jadeos.

—Lo estás haciendo muy bien, Jess —murmuró Craven débilmente—. Lo vamos a conseguir, dulzura.

No estaba seguro de que ella le escuchara, pero siguió animándola, rezando por que todo pasara pronto. Le destrozaba el corazón verla sufrir tanto. La sentía tan vulnerable y frágil que la pena lo ahogaba.

—Te amo, Jess.

Aproximadamente una hora después, Craven perdió el sentido antes de que naciera su hijo, un pequeño bulto de carnes morenas y oscura pelusilla.

Lara y Darius rieron, entusiasmados.

—¡Vaya pulmones que tiene el crío! —exclamó William, burlón.

Pero el hombre dejó de sonreír cuando Lara cortó el cordón umbilical con una pequeña navaja, envolvió al niño con su chaqueta y lo depositó entre sus brazos.

Jessica suspiró, aliviada. Los dolores desaparecieron como por arte de magia. Sus piernas temblaban por la incómoda posición, pero estaba más calmada y respiraba con normalidad.

—¿Qué hace él aquí? —preguntó, siguiendo a su bebé con los ojos.

Saxon era la última persona que habría esperado ver esa noche. Lara se encogió de hombros como respuesta.

—El señor William Saxon me liberó del sitio donde me habían encerrado esos dos —explicó Darius, echando un vistazo a las heridas de Craven.

Fue en ese momento cuando Jessica se dio cuenta de que el cuerpo de su esposo estaba flojo a su espalda, y se asustó.

—Sólo se ha desmayado, señora —le respondió, incrédulo—. Sus heridas no son tan graves. —Intercambió una sonrisa con Saxon y, mirando a Lara, añadió—: Parece que Alce Gris no es tan valiente, después de todo.

—¡Hombres! —gruñó Lara, divertida—. ¿Por qué le encerraron, Darius? ¿Cuándo lo hicieron?

—Al parecer al señor Saxon le llegaron los mismos rumores sobre el secuestro que a mí. Indagué un poquito y, tirando del hilo, llegué hasta el

teniente.

—Sigo sin entenderlo —respondió Lara, viendo cómo el criado continuaba trabajando.

—Yo se lo cuento, señorita Hamilton. ¿Qué hago con esto? —preguntó Saxon, observando el diminuto cuerpo que se revolvía en la prenda.

—Eso... es mi hijo..., creo.

Jessica alzó los brazos para recibir la preciosa carga. En ese momento, entró en la sala el doctor.

—¡Alce Gris! ¡Alce Gris!

Craven despertó, sobresaltado; le golpeaban el rostro. Dio un pequeño brinco y en seguida buscó a Jessica por la sala. Darius llamó su atención.

—La señora y su hijo le esperan en el vehículo.

—¿Cómo?

Desorientado, se pasó las manos por las heridas. Habían sido vendadas.

—¿Cómo están? —preguntó, ansioso, mientras se ponía en pie. Sentía la presión del vendaje que rodeaba su pecho.

—Están bien —respondió Darius, pero Craven ya estaba saliendo a la calle.

Lo primero que vio fue a William Saxon en la puerta del coche. Éste se volvió y su boca dibujó una amplia sonrisa.

—¡Por fin ha despertado la Bella Durmiente!

Craven frunció el ceño y le lanzó un gruñido.

—¡Déjame ver a mi esposa!

Se abrió paso y metió la cabeza en el interior del vehículo. Jessica estaba acomodada en uno de los asientos con varias mantas sobre las piernas. Se la veía agotada y con el rostro pálido a la luz de la lámpara, pero sonrió al verlo.

—Jess —susurró él con voz temblorosa.

Los ojos dorados de Craven recorrieron el cuerpo de Jessica hasta descubrir la oscura cabecita del bebé. Entró del todo en el coche para besar los labios de su mujer, que le esperaban anhelantes. Ella le mostró a su hijo, envuelto en prendas limpias que alguien había conseguido.

—Es una dulzura como su madre. —Sonrió con una mueca y la miró más

serio —. ¿Cómo estás, Jess?

—Estoy bien, Craven —contestó con las mejillas subidas de color; sus ojos se humedecieron—. Ya ha pasado todo, ¿verdad?

—Eso espero.

Craven oyó voces que discutían tras él y se volvió, curioso. La señorita Hamilton tenía las manos en las caderas y miraba a Saxon con tal furia que si sus ojos hubiesen lanzado hielo le habrían congelado.

—¡Es que no me lo puedo creer! —gritaba ella—. ¡Si me hubiesen dicho que usted era el socio secreto, no le habría aceptado!

—¿Por qué? ¿Soy demasiado malo para ser dueño de un orfanato? —se burlaba él.

—¡Demasiado malo!

Craven dejó de prestarles atención y devolvió la vista a su esposa. Jessica dormía plácidamente.

Horas más tarde, las autoridades habían tomado declaración a todos, excepto a la nueva mamá, que Craven había enviado a Sconner's House. Darius se ofreció a ir a Las Columnas a tranquilizarlos a todos. Esperaba que Amina le agradeciera haber estado con su hermano en un momento como ése.

Lara terminó de estampar la última firma, todavía algo confusa. Cerraba de esa manera el informe sobre la muerte de su hermano. Engañado, asesinado...

—Pero ¿Delaware quedará libre? —insistió ella de nuevo—. Él contribuyó a que engañaran a mi hermano.

—El señor Delaware no lo mató, señorita —le explicó un oficial—. Los testigos que podrían haberlo acusado acaban de morir.

— Ya..., pero...

—Delaware no va a reclamar ese oro, señorita Hamilton —le dijo Craven—. Fue un buen trato: la mina a cambio del oro.

—Eso espero —respondió Lara más tranquila—. ¡Lo que pasa es que aún no puedo creer que Carlo Rider fuera el asesino de mi hermano!

Era difícil de digerir que había compartido bromas con ese indeseable.

—¡Era él quien atentaba contra el orfanato! Y nosotros pensando... en



Sears.

—No le dé más vueltas, señorita. Ambos eran cómplices —dijo el oficial, cerrando la carpeta.

William Saxon se ofreció a llevarla a casa. Ella rechazó la invitación; prefería que llamasen a un coche de alquiler.

—¡No sea tonta! Después de lo que ha pasado, ¿quiere esperar a que venga alguien a recogerla? ¡Si yo estoy aquí!

—Señor Saxon, le conozco. —Lara le apuntó con un dedo—. Si me metiera en un coche con usted mi reputación caería en picado. Fíjese lo que le digo: ¡aunque estuviese diluviando y no hubiera transporte, preferiría ir andando a que usted me llevara!

William la miró, boquiabierto. Después observó a Craven, que se encogió de hombros con una sonrisa.

—Yo he venido a caballo. —Se inclinó ligeramente hacia Lara a modo de despedida—. Le agradezco mucho lo que ha hecho por Jess. De no haber sido por usted...

—¡Por favor, señor Logan! ¡Usted nos salvó la vida! —Miró de reojo a William con las mejillas encendidas—. Gracias a usted también —dijo como si le costara.

—Si quiere, puedo dejarla al principio de la calle para que nadie la vea bajar...

Saxon se fue tras ella intentado convencerla.

## Epílogo

El orfanato recibió a decenas de niños antes de que por fin se llevara a cabo la inauguración oficial del centro de acogida L. Hamilton & J. D. Sconner.

Sobre la entrada principal había una placa de plata con una mención honorífica a Edward Hamilton.

William Saxon, el inversor secreto, siguió guardando su identidad, pues de lo contrario Lara no le hubiese permitido continuar como socio.

Durante todo el acto, Craven no había perdido detalle de nada. Atento desde las primeras filas, sus ojos brillantes habían seguido con orgullo a las elegantes mujeres que ayudaban al alcalde a cortar la cinta.

Jessica, recuperada tras unos meses de reposo y ataviada con un vestido de satén verde oscuro que delineaba perfectamente su elegante silueta, había lucido hermosa.

Para Craven, era la mujer más bella de todo el país, y además, la joven no dejaba de sorprenderle. Unos días antes, en el rancho, había tratado de enseñarle cómo se colocaba la silla de montar. Ella había fingido prestarle atención, pero al final le había dejado claro que no ensillaría ningún caballo. Más tarde, ambos se habían lanzado a una loca carrera, y Craven no había podido ocultar su admiración cuando Jessica entró en la meta dos cabezas antes que él. Ahora pretendía enseñarle a usar el revólver, pero no había alma viviente capaz de ponerle en su mano un arma.

Tras el evento, habían disfrutado de la visita guiada por el centro y de una pequeña recepción en la que Darius había pedido formalmente la mano de Amina.

Los Logan habían sido los primeros en retirarse al tener el camino más largo por recorrer. El pequeño Kent Logan Sconner y Amaru se habían quedado a cargo de Pilar, y Jessica no veía el momento de reunirse con sus hijos.

—¿Qué piensas?

Jessica estaba sentada a horcajadas sobre el cuerpo de Craven. La primavera había dado sus primeros brotes y el rancho Las Columnas lucía espléndido con los brillantes colores de los capullos.

Él tenía sus hermosos ojos cerrados.

—¿Sabes que eres mi vida? —preguntó muy serio.

La joven sonrió.

—Y tú la mía.

Craven abrió los ojos y la miró con amor.

—Pero no me has dicho lo que piensas. No me digas que aún estás dándole vueltas al tema de Delaware... —dijo ella con un tierno mohín.

Las últimas noticias de Cheyenne les habían sorprendido. Máximo Delaware había encontrado oro en la vieja mina de Thompson.

Jessica apoyó las manos sobre los hombros de Craven y lo provocó con una lenta caricia.

—¿Quieres saber lo que pienso?

Muy cerca de allí aguas burbujeantes y cristalinas se deslizaban por un pequeño riachuelo. Craven la cogió por la cintura, la hizo rodar sobre la hierba y, finalmente, le tomó la cara con las manos.

—Nunca habría imaginado que podría enamorarme de una señoritinga de ciudad, consentida, quejica, terriblemente hermosa... —Las mejillas femeninas se tiñeron de color bajo la atenta mirada de aquellos ojos gatunos—. No olvides nunca... que eres mi vida. —Le besó los labios con dulzura—. Mi amor. —Volvió a besarla—. Mi flor.

Jessica le abrazó, hundiendo los dedos en su cabello oscuro. Jamás podría olvidarlo.

*Una flor en el Oeste*  
Sandra Palacios «Bree»

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© de la imagen de la portada, © Shutterstock  
© de la fotografía de la autora, archivo personal

© Sandra Palacios, 2013  
© Editorial Planeta, S. A., 2013  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.edicioneszafiro.com](http://www.edicioneszafiro.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

*Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.*

Primera edición: mayo de 2013

ISBN: 978-84-08-03920-4

Conversión a libro electrónico: Víctor Igual, S. L.  
[www.victorigual.com](http://www.victorigual.com)